



VEREDICTO

Quienes suscriben, integrantes del Jurado designado por el Consejo de Escuela de Antropología, en sesión del día 25-05-11, para examinar el Trabajo Final de la Bachiller Francys María Vásquez Hernández, C.I. 19.585.867, Titulado: **“RECUERDO DE UNA TRAGEDIA: VARGAS, 1999-2009. MEMORIA, OLVIDO Y DESASTRE EN EL ESTADO VARGAS/ VENEZUELA”**, presentado como requisito final para optar al título de Antropóloga, hacen constar que el día martes 13/09/2011, en el aula 206 de la Escuela de Antropología, siendo las 10:00 a.m, sometieron a discusión pública el mencionado trabajo, conforme disponen las Normas Vigentes, después de lo cual emitieron el siguiente veredicto: *“Se trata de una investigación que enriquece el conocimiento antropológico y transversal sobre el desastre del Estado Vargas en 1999, y que aporta nuevas perspectivas analíticas sobre la cuestión, abriendo líneas interpretativas al respecto y contribuyendo significativamente a la discusión del tema. El jurado ha decidido por unanimidad otorgarle la Mención Honorífica y sugiere incorporar al trabajo las observaciones y comentarios realizados en la defensa de la tesis par una eventual publicación”*.

La evaluación ponderada según el artículo 28 de las Normas de Investigación y Trabajo final, es la siguiente:

Nombre del Profesor	Trabajo Final Escrito	Presentación Oral	Defensa Pública	Final
Prof. (a) María del Pilar González	20	20	20	20
Ant. Emma Klein	20	20	20	20
Prof. Rogelio Altez	19	19	19	19
Calificación Final	19,66	19,66	19,66	
Calificación Ponderada	13,76	2,95	2,95	19,66
	(70%)	(15%)	(15%)	

El Jurado otorga por unanimidad el trabajo con veinte (20) puntos.

En la Escuela de Antropología, a los trece días del mes de septiembre de dos mil once.

PROF. (A) MARÍA DEL PILAR GONZÁLEZ
JURADO



PROF. ROGELIO ALTEZ
TUTOR

ANT. (A) EMMA KLEIN
JURADO

Universidad Central de Venezuela
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Escuela de Antropología
Departamento de Etnología y Antropología Social



RECUERDO DE UNA TRAGEDIA: VARGAS 1999-2009.

Memoria, Olvido y Desastre en el Estado Vargas/Venezuela

Trabajo Final presentado para optar al título de Antropóloga

Autora: Br. Francys Vásquez
C. I. V-19.585.867
Email: francysmvh@gmail.com

Tutor: Prof. Rogelio Altez
Email: ryaltez@yahoo.es

Septiembre de 2011

Universidad Central de Venezuela
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Escuela de Antropología
Departamento de Etnología y Antropología Social

RECUERDO DE UNA TRAGEDIA: VARGAS 1999-2009.

Memoria, Olvido y Desastre en el Estado Vargas/Venezuela.

Trabajo Final presentado para optar al título de Antropóloga

Autora: Br. Francys Vásquez
C. I. V-19.585.867
Email: francysmvh@gmail.com

Tutor: Prof. Rogelio Altez
Email: ryaltez@yahoo.es

Septiembre de 2011

A la memoria de la Tragedia de Vargas.

AGRADECIMIENTOS

- A Dios Padre que ha estado conmigo desde el vientre de mi madre. A su Hijo Jesucristo, el amigo que nunca falla y al Espíritu Santo por darme la sabiduría, fortaleza y el amor necesario para llegar a esta meta. A la Virgen María en la advocación del Carmen, por ser siempre la madre tierna que me cubre bajo su santo escapulario.

- A mis padres Francisco y Aracelys, me han enseñado que cuando las cosas se hacen con amor siempre salen bien. Gracias por darme todo, por esforzarse cada día para que no me falte nada, por sus palabras de aliento en los momentos en que más necesitaba. Gracias por confiar en mí... No alcanzaría toda mi vida para agradecerles todo lo que me han dado.

- A mis hermanos: Francisco Miguel, Francelys, Francisco José y Francisco Javier. Gracias por estar conmigo a cada instante, sin ustedes no lo hubiese logrado.

- A mi abuela Josefa, mis tíos y toda mi familia por ser parte de mi vida y enseñarme tanto. A mi cuñada Carmen Cecilia, por sus consejos desde el inicio de esta carrera. En especial a mis sobrinos: Francisco Rafael, Juan Francisco y María de los Ángeles, desde su inocencia me han alegrado la vida y me han enseñado a vivir.

- Gracias a la Orden del Carmen. A la comunidad de Frailes, en especial a Fr. Luis David y Fr. Luis Maza, gracias por sus oraciones y comprensión, han sido mi gran sustento en este caminar. A las monjas del Carmelo de la Anunciación, por brindarme un lugar en su corazón y en su casa para culminar esta tesis. A mis amigos y hermanos en Cristo de la Tercera Orden del Carmen y JUCAR (Juventud Carmelitana). Gracias. Es un orgullo pertenecer a esta gran familia carmelita.

- A mi querido profesor Rogelio Altez, gracias por su paciencia y apoyo. Es un honor y privilegio haber sido su alumna y tesista.

- Finalmente a todos aquellos que por falta de espacio no menciono aquí pero ustedes saben que están en mi corazón. Gracias.

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN.....	3
 CAPITULO 1. MARCO TEÓRICO-METODOLÓGICO	
1.1. La sociedad y el desastre: El desastre, ¿natural o social?.....	12
1.2. Riesgo: amenaza x vulnerabilidad.....	18
1.2.1. La dualidad del riesgo: de la percepción a la construcción social de los riesgos.....	19
1.2.2. El perfil natural del desastre.....	22
1.2.3. El lado débil del desastre: la vulnerabilidad.....	25
1.3. Bajo la mirada caleidoscópica del desastre.....	29
1.3.1. La eclosión de las ciencias sociales en el estudio de los desastres....	30
1.4. Memoria y desastre: El papel de la memoria colectiva en la construcción de vulnerabilidad.....	40
1.4.1. La otra cara de la memoria: el olvido.....	52
1.4.2. Memoria-Olvido/Desastre.....	56
 CAPÍTULO 2. LA COTIDIANA RECURRENCIA DE EVENTOS DESASTROSOS EN EL LITORAL CENTRAL DE VENEZUELA	
2.1. La Serranía del Litoral: una zona de riesgo.....	66
2.2. Contexto social vulnerable: El proceso de ocupación territorial en el Litoral Central de Venezuela.....	73
2.2.1. Precolombino.....	74
2.2.2. La Colonia: entre puerto, defensa y haciendas.....	75
2.2.3. De puerto a balneario.....	78
2.2.4. Vargas: la nueva urbanización.....	80
2.2.5. El urbanismo sin memoria.....	83
2.3. Una mirada a la historia de los desastres del Litoral Central de Venezuela	
2.3.1. Temporales y aludes del 11 al 14 de febrero de 1798: El primero de muchos.....	86
2.3.2. 6 y 7 de Octubre de 1892: “Extraordinario y nunca visto aguacero en todo el litoral de Venezuela”.....	96
2.3.3. 16-18 Febrero de 1951: El precedente.....	101

CAPITULO 3.

LA TRAGEDIA DE VARGAS 1999

3.1. Crónica del desastre: La <i>Tragedia de Vargas</i> 1999.....	108
3.2. Una tragedia anunciada.....	120
3.3. “Uno de los desastres más significativos en la historia de Venezuela”: daños de los aludes torrenciales.....	124

CAPITULO 4.

EL POST-DESASTRE: Una década de recuerdos (1999-2009)

4.1 Marcas de la memoria.....	137
4.1.1. Semana conmemorativa.....	140
4.1.2. Memoria inclusiva: apropiación de la Tragedia de Vargas.....	169
4.2. Reconstrucción de la memoria: desastres que han hecho presencia en el pasado y seguirán haciéndolo en el futuro.....	170
4.3. “La herida sigue abierta”: memoria y aprendizaje.....	179

REFLEXIONES FINALES.....	182
--------------------------	-----

FUENTES DE INFORMACIÓN.....	199
-----------------------------	-----

ANEXOS.....	211
-------------	-----

ÍNDICE DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. Proceso de construcción de la memoria.....	47
Figura 2. Ubicación de la Cordillera de la Costa.....	68
Figura 3. Ubicación relativa del estado Vargas.....	73
Figura 4. Franja costera del estado Vargas.....	82
Figura 5. Reproducción digitalizada de <i>El Nacional</i> , 22/02/1951, p. 2. “Las avenidas de aguas”.....	105
Figura 6. Descripción de la situación sinóptica entre el 1º y el 19º de diciembre de 1999.....	114
Figura 7. Comparación de precipitación estación glacial 1998-1999.....	115
Figura 8. Quebrada San José de Galipán en Macuto.....	117
Figura 9. Arrastre de flujos torrenciales observados en diciembre de 1999.....	118
Figura 10. Reproducción digitalizada de <i>El Nacional</i> 19/12/1999, cuerpo H, p. 4-5, “Recuento de una tragedia que se veía venir”.....	122
Figura 11. Reproducción digitalizada que da cuenta de la coyuntura entre la situación política nacional y el desastre. Tomado y adaptado de <i>Ultimas Noticias</i> , 16-12-1999, p.1. “Titular”.....	126
Figura 12. Caracterización del evento meteorológico y sus impactos.....	128
Figura 13. Reproducción digitalizada de la programación de la Semana de Vargas. Tomado y adaptado de <i>Ultimas Noticias</i> , 16/12/2000, p. 25, “Semana de Vargas”.....	142
Figura 14. Reproducción digitalizada de la programación conmemorativa de la Tragedia de Vargas en Diciembre de 2001. Tomado y adaptado de <i>El Nacional</i> , 15/12/2001, cuerpo C, p. 2, “Programación conmemorativa”.....	143
Figura 15. Reproducción digitalizada de la convivencia con las ruinas. Tomado y adaptado de <i>El Universal</i> , 16/12/2004, cuerpo A, p.1. “Errantes de Carmen de Uria”.....	151

Figura 16. Reproducción digitalizada de la serie de reportajes ofrecida por <i>El Nacional</i> en diciembre de 2004. Tomado y adaptado de <i>El Nacional</i> , 11/12/2004, cuerpo A, p. 21. “Vargas 5 años después”.....	152
Figura 17. Efectos de la vaguada de febrero 2005 en Camurí Grande aéreo.....	154
Figura 18. Reproducción digitalizada del mensaje motivo del séptimo aniversario de la Tragedia, por parte del Alcalde Alexis Toledo. Tomado y adaptado de <i>Ultimas Noticias</i> , 16/12/2004, p. 49. “Vargas...”.....	157
Figura 19. Reproducción digitalizada de la serie de reportajes ofrecida por <i>Ultimas Noticias</i> en diciembre de 2009. Tomado y adaptado de <i>Ultimas Noticias</i> , 16/12/2009, p. 17, “En Vargas 10 años después”.....	162
Figura 20. Fotocomposición de la realidad varguense once años después de la <i>Tragedia</i>	179

Universidad Central de Venezuela
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Escuela de Antropología

RECUERDO DE UNA TRAGEDIA: VARGAS 1999-2009. *Memoria, Olvido y Desastre en el Estado Vargas/Venezuela.*

Autora: Br. Francys Vásquez

Tutor: Prof. Rogelio Altez

RESUMEN

La posición asumida ante el desastre influye en su abordaje científico, esto se distingue en el cambio de paradigmas teóricos que pasaron de explicarlo como fenómeno natural a considerarlo resultado de la confluencia entre amenaza y contexto vulnerable. Este nuevo modelo teórico abrió el diálogo entre disciplinas científicas, pues un tópico con realidad caleidoscópica -como el desastre- merece la aplicación de estudios que abarquen el total de su complejidad. De esta manera, presentamos la siguiente investigación de carácter teórico-documental, la cual inscrita en la riqueza multidisciplinaria de la *Antropología de los Desastres* tiene como objetivo analizar el proceso de construcción de la memoria colectiva en el estado Vargas, teniendo como hilo conductor la cotidianidad de los desastres en la zona. En este sentido, se evidenció el olvido de grandes *tragedias* pasadas -a pesar de una amplia cronología registrada-. Por otro lado, aunque la convivencia periódica de las comunidades con eventos de menor escala haya cimentado su “normalización”, las prácticas conmemorativas emprendidas cada diciembre a partir del ‘99, así como el nombramiento colectivo del desastre como la *Tragedia de Vargas*, advierten pequeños cambios, los cuales estimularán transformaciones profundas que lograrían reducir la vulnerabilidad de la población varguense frente a los desastres.

Palabras clave: desastre, amenaza, vulnerabilidad, memoria, olvido, conmemoración, tragedia, Vargas, Venezuela.

INTRODUCCIÓN

La naturaleza multidimensional de los desastres conduce necesariamente a reconocerles como una realidad caleidoscópica y a construir, a su vez múltiples posibilidades de abordajes analíticos para comprenderlos. Son muchas las imágenes que se van formando a medida que vamos girando el lente, en la medida que vamos cambiando de perspectiva; son numerosas las puertas de entrada para el estudio de un *desastre*. Ciertamente, podríamos mirar el desastre desde un lente social, histórico o económico; no obstante, la riqueza de esta categoría se encuentra en el hecho de enlazar y atravesar todas estas perspectivas, creando así la imagen caleidoscópica.

Sin embargo, el estudio los desastres desde un principio fue visto a través de una sola arista del lente: la imagen del *desastre natural*; por lo tanto, durante mucho tiempo el estudio del *hecho natural*, sin tomar en cuenta a la sociedad como co-responsable en su condición vulnerable (Altez, 2002a), ocupó la atención de los investigadores de las ciencias físico-naturales como: la Ingeniería, la Geología, la Hidrometeorología, entre otras, quedando velada así la posibilidad de un estudio social de los desastres. Pero la necesidad de trascender la mirada del simple hecho natural, permitió el crecimiento de esta área investigativa,

...la cual inscrita inicialmente en el determinismo físico (...) ha concebido a las sociedades como entes pasivos y receptores de los fenómenos naturales, está hoy día representada por enfoques alternativos de vanguardia que destacan la corresponsabilidad de la sociedad en la producción de riesgos y desastres (Klein, 2007:29).

Es por eso que desde hace cerca de un siglo, "...sociólogos, antropólogos, geógrafos han puesto enfoques, han diseñado metodologías y han sugerido el uso de

herramientas variadas para acercarse al tema y a las problemáticas derivadas del mismo” (García Acosta, 2004:125).

La contribución que han hecho las ciencias sociales -especialmente la Antropología- al estudio de los desastres es significativa. En primer lugar, la *Antropología de los desastres* (propuesta subdisciplinaria de la Antropología Social que aborda el tema de los desastres) posee una serie de premisas. Ésta concibe al desastre:

...como resultado de la interacción de un agente potencialmente destructivo, natural o tecnológico, y una población que se encuentra en una situación de vulnerabilidad socialmente creada (...) Los desastres, por lo tanto, reflejan no sólo el impacto de los extremos naturales o tecnológicos, sino la interacción de tales elementos con las características sociales, políticas y económicas de la comunidad. En conclusión, la Antropología considera a los desastres como eventos evidentemente sociales (López, 1999:8).

Por lo tanto, el abordaje antropológico –cuyo modelo de trabajo es holístico– cruza la frontera disciplinaria para trabajar en convergencia con otras ciencias como: Sociología, Historia, Psicología Social, Economía, Geología, Ingeniería, entre otras. Es decir, “...incluye todas las cuestiones culturales y sociales que van más allá de aquellas directamente relacionadas con el medio ambiente” (López, 1999:10).

En segundo lugar, la antropología abarca una *perspectiva sociocultural* del desastre, la cual considera que éstos “...constituyen catalizadores de cambios en la estructura y organización de la sociedad (...) [y] frecuentemente revelan situaciones insostenibles y modelos desfasados” (López, 1999:10). En este sentido, el desastre devela el proceso socio-histórico que se ha venido gestando en la sociedad afectada y que de alguna u otra manera la ha hecho vulnerable; por lo tanto, la antropología no se limita a estudiar el desastre como el impacto en un momento determinado, sino

como una continuidad social y cultural que debe ser abordada de manera diacrónica, como un *proceso* donde el desastre es el hilo conductor. Este aporte *histórico-antropológico* permite estudiar los desastres “...más allá del mencionado momento impacto-efecto y apreciarles en una perspectiva que observe sus consecuencias en corto y mediano plazo, para atender críticamente la dinámica del proceso social que actuó para conjugar la coyuntura desastrosa, en su despliegue histórico posterior” (Altez, 2008:229).

Por otro lado, la antropología permite “...comprender que la capacidad de respuestas de las sociedades frente a los fenómenos naturales, está en estrecha relación con el manejo que éstas tengan de los mismos” (Klein, 2007:2), es decir, que la forma en la que se piensa, explica o se actúa ante el desastre parte de la interacción que establece la sociedad con el medio ambiente que le rodea. Por ende, tanto las interpretaciones como las respuestas a los desastres son “...*absolutamente culturales (contextuales)*” (Klein, 2007:2); y en tanto dependan del contexto en el que se producen, no serán las mismas histórica, social o culturalmente.

Contextualizando el desastre en un caso específico, se guió esta investigación partiendo del caso de la *Tragedia de Vargas* en diciembre de 1999, ya que este acontecimiento dramático para todos los venezolanos abrió las puertas a un estudio en profundidad de los eventos desastrosos similares anteriores a este, buscando principalmente la causa de la vulnerabilidad de los varguenses frente al fenómeno de las lluvias. Ciertamente este hecho “...marcó un antes y un después en el recuerdo de los habitantes de la región” (Altez, 2005:320).

Entre el 15 y 16 de diciembre de 1999 “...ocurrió en el estado Vargas, Venezuela, una de las catástrofes de mayor magnitud acaecidas en el siglo XX en América Latina, por la dimensión destructora de sus daños y pérdidas en vidas, bienes e infraestructuras” (Pacheco, 2002:129). Este desastre tuvo su origen en la confluencia de un factor antrópico representado en la ocupación irracional del espacio con fines urbanos -bajo la presión del crecimiento demográfico que se gestó a partir de los años ´60- y una serie de aludes torrenciales que fueron el resultado de lluvias extraordinarias -debido la presencia de una vaguada sobre el Mar Caribe- (Altez, 2005).

Este evento ha logrado exponer a flor de piel problemas que se venían gestando no sólo a nivel regional, sino nacional. En cierto modo, develó la vulnerabilidad de la sociedad varguense y venezolana ante situaciones de este tipo; “...una vulnerabilidad caracterizada por la ausencia de acciones concretas capaces de responder exitosamente ante los desastres” (Altez, 2005:315). No obstante, estos eventos no son nuevos para el litoral, sino, todo lo contrario, “...la zona convive con amenazas naturales y las mismas se han convertido en hechos catastróficos a lo largo de todo el proceso histórico de la región” (Altez, 2005:315). Podría decirse que se ha convivido con la cotidianidad del desastre, pero no se posee una memoria que dé cuenta de esto.

En este sentido, se presenta la siguiente investigación de carácter teórico-documental, la cual inscrita en la riqueza multidisciplinaria de la antropología de los desastres persigue como objetivo analizar el proceso de construcción de la memoria colectiva en el estado Vargas, teniendo como hilo conductor la cotidianidad de los

desastres en la zona, con el propósito de continuar la contribución –desde la Antropología- al estudio social sobre desastres en Venezuela¹.

Debido al abordaje multidisciplinario y siguiendo la propuesta de Klein (2007) “...hemos privilegiado el uso de la metodología múltiple (...) [que nos permite cruzar] estrategias analíticas de diferentes ámbitos del conocimiento y disciplinas científicas” (Klein, 2007:6); ya que un tópico con una realidad caleidoscópica -como lo es el desastre- merece un estudio multidisciplinario que pueda hacer frente ante tal complejidad. Una de las herramientas base para la realización de este trabajo fue la *investigación documental*, se buscó analizar la convivencia cotidiana con el desastre, por lo tanto, proyectamos una mirada al proceso histórico-social, descubriendo en él la construcción del contexto social vulnerable y develando también si la apropiación de los desastres ha construido memoria o simplemente han quedado en recuerdo. Es así como mediante la revisión de documentos históricos, crónicas, textos, fuentes de información hemerográfica, logramos abordar tanto la mirada al pasado como al despliegue post-desastre.

El presente trabajo se ha dividido en cuatro capítulos. El primero se centra en cimentar las bases teóricas de la investigación; en éste se atiende el cambio en la *noción de desastre* -en correspondencia directa con los procesos de transformación en la relación Sociedad-Naturaleza-, que finaliza en su construcción formal como categoría conceptual (Altez, 2002a:171). Esto condujo a un recorrido por el proceso

¹ Apenas tres antropólogos (Rogelio Altez, Sandrine Revet y Emma Klein) han dedicado investigaciones al respecto. Por lo tanto, son necesarias más aproximaciones al desastre desde esta mirada multidimensional que ofrece la antropología. De entre ellos hay que destacar que Revet es francesa y no reside en el país.

histórico el cual forjó la noción actual del desastre que se resume en la fórmula: *riesgo=amenaza×vulnerabilidad*. En este sentido, son conceptualizados los componentes de esta ecuación, para luego destacar que su abordaje desde la ciencia necesita romper con las barreras disciplinarias, abriendo un espacio multidisciplinario que abarque los perfiles naturales y sociales del desastre. Concluyendo el capítulo se desarrolla una discusión analítica con relación a uno de los factores que influyen en la producción del contexto vulnerable y por lo tanto en la cristalización del desastre: la noción de *memoria* ligada directamente al *olvido*. Presentamos cada una de las fases del proceso de construcción de la memoria y diferenciamos las nociones de memoria y aprendizaje, las cuales giran en torno la coyuntura desastrosa y son claves para el análisis de la misma.

En el segundo capítulo, se analiza el proceso histórico-social varguense que contribuyó a la construcción de un contexto vulnerable ante las lluvias del 1999, como resultado de esto se elaboró un cuadro con los hechos desastrosos relacionados con amenazas hidrometeorológicas anteriores al 99´ reconociendo así, la cotidiana recurrencia de eventos desastrosos en el Litoral Central venezolano. Sumado a esto se realiza el estudio de las condiciones geofísicas de la zona del litoral central, que la convierten en un escenario geológico natural riesgoso. Por último, se toman tres eventos desastrosos: febrero de 1798, octubre de 1892 y febrero de 1951 (antecedentes históricos del evento de 1999), que permiten reconocer no sólo la cotidiana recurrencia de eventos desastrosos en el Litoral Central, sino también el cambio de percepción de la población con relación a las causas del desastre, pasando

gradualmente de otorgarle su responsabilidad, primero a Dios, luego a la naturaleza y finalmente a la “sociedad mal ubicada”.

El tercer capítulo presenta el evento desastroso: la *Tragedia de Vargas*. En primer lugar, se destaca la importancia del nombramiento del desastre por parte del colectivo para la rememoración del mismo, evidenciando con esto que la palabra representa la memoria plenamente realizada, y “...aunque parecía improbable que la verbalización fuera un factor importante en la mayoría de los estudios tratados anteriormente, hay resultados que indican que la codificación verbal puede desempeñar un papel importante en el recuerdo del material” (Baddeley, 1988:262). Por lo tanto, el título del desastre en el caso venezolano anuncia los primeros pasos para la construcción de una memoria que permita superar la lógica del silencio reinante que ha guiado la reconstrucción de su pasado desastroso. Luego se enfatiza la cristalización del desastre por la confluencia entre la amenaza natural (evento hidrometeorológico extraordinario), y un contexto vulnerable, determinado tanto por las condiciones geo-físicas de la región, así como por “...la sobreexplotación ambiental, el desequilibrio ecológico, personificado por la desmedida y descontrolada invasión ocupacional en cauces y cabeceras de quebradas” (Klein, 2007:71), en donde también se evidenció “...la carencia de respuestas que por entonces poseía la sociedad venezolana ante un evento catastrófico de esa magnitud” (Altez, 2010a:173). Por último, se demuestran los efectos o daños físicos, sociales, económicos y ambientales que fueron resultado de “...la mayor catástrofe sufrida por la población venezolana en su historia contemporánea” (CEPAL-PNUD, 2000:15).

En el cuarto capítulo, y siguiendo la lógica procesual del desastre (la cual indica que éste no termina en el momento-impacto, sino que se despliega en el post-desastre), se presenta un recorrido por los diez años posteriores al desastre destacando en ellos la presencia de *prácticas conmemorativas* que de una u otra manera permiten advertir los primeros pasos hacia la ganancia de una memoria colectiva en el estado Vargas en torno al desastre.

Finalmente, se ofrecen las profundidades alcanzadas en la presente investigación mediante una serie de reflexiones finales. Cabe destacar que resulta imperceptible en la actualidad o con el paso de sólo *diez años* lograr advertir cambios estructurales-simbólicos en una sociedad (estos cambios no son apreciables en el tiempo histórico), por lo tanto, “...resulta metodológicamente insuficiente arrojar últimas palabras, en referencia a aspectos de la Cultura que trascienden el nivel fenoménico” (Klein, 2007:8). En este sentido, las reflexiones constituyen tan sólo una aproximación a los pequeños cambios empíricos –de la mano de la memoria colectiva- que podrían dar las bases a cambios mayores, los cuales permitirán reducir la vulnerabilidad de la población varguense ante eventos desastrosos similares.

Caracas, Julio de 2011

Capítulo 1

MARCO TEÓRICO-METODOLÓGICO

LA SOCIEDAD Y EL DESASTRE:

El desastre, ¿natural o social?

La forma en la que se piensa, explica o se actúa ante el desastre *no ha sido una sola a lo largo del proceso cultural* (Altez, 2002a), debido a que el desastre “...antes que un hecho, es un concepto; y como tal, es el resultado de una noción, de una relación con la realidad, la cual se presenta como un indicador de la interpretación que la cultura hace de los fenómenos naturales con los que convive” (2002a:169). Es decir, la sociedad a partir de la interacción que establece con el medio ambiente, va construyendo una visión propia del su entorno. Esta lectura o *trama de significados* (Geertz, 1992) que *cada grupo local produce*, “...organiza la realidad para permitir la acción intencional del hombre sobre la naturaleza” (Amodio, 2004:32). Por ende, tanto las interpretaciones como las respuestas a los desastres son *absolutamente culturales (contextuales)* (Klein, 2007:2); y si dependen del contexto en el que se producen, no serán las mismas histórica, social o culturalmente.

Siguiendo el planteamiento de Altez (2002a), es posible distinguir en el pasado americano el cambio procesual² de la noción de desastre, con relación al otorgamiento de la responsabilidad simbólica del evento, primero a Dios y luego a la naturaleza.

Antes de la modernidad, el orden universal que estructuraba a la cultura occidental y sus extensiones coloniales, se apoyaba en la fe, y en ese sentido, su forma de relacionarse con la naturaleza no pretendía interpretar ni conocer críticamente a los fenómenos; en

² Debido a que fue “...resultado de un proceso de profundas transformaciones en la lectura de la realidad, (...) no fue un giro automático” (2002a:170). Esto se demuestra en el hecho de que los diferentes modos de interpretación de la realidad pueden llegar a coexistir (Revet, 2007).

todo caso, el mayor objetivo constaba en describirles (...) No sobreviviría indemne esta lectura de la realidad al advenimiento moderno del siglo XIX. La eclosión de las ciencias y el conocimiento disciplinar propio del positivismo, iniciaría un proceso de descripción, clasificación y análisis fenomenológico con la intención científica del conocimiento, (...) si bien Dios ya no era visto como castigador a voluntad de sus desobedientes pecadores, (...) la naturaleza era asumida como culpable. De allí la idea de *desastre natural* (2002a:170).

Por lo tanto, y como señala Klein (2007), con el advenimiento de la modernidad y la racionalidad del pensamiento ilustrado, se forja una nueva relación Sociedad-Naturaleza, en la cual, "...el *Hombre* [moderno] (...) se auto-percibió como 'pensante', marcando distancia de aquello que le era efectivamente diferente (*Naturaleza*) para aprehenderlo" (Klein, 2007:11). A partir de este momento, la naturaleza es vista como dominable o maleable para los propósitos de la humanidad, y de este modo, como un fondo de recursos que los seres humanos no sólo tienen derecho a domesticar, sino también a modificar de la forma que estimen conveniente (Oliver-Smith, 2002). La sociedad se coloca un paso por delante de la naturaleza mediante la razón, por ende, la visión científica, supone que lo natural se encuentra rigurosamente ordenado y sigue leyes inalterables, es decir, *una naturaleza donde no cabe el capricho de los dioses* (Escalante en Ruiz, 2005:103). En consecuencia, esta nueva visión tuvo influencia sobre la noción de desastre, y sustituyó: "...la vieja idea del desastre como castigo de Dios por la idea de una naturaleza cruel, a lo cual se agregaba el uso (...) de 'desastre natural' como sinónimo de 'fenómeno natural'" (Ruiz, 2005:103).

Con esta noción de *desastre natural*, la naturaleza es señalada como responsable. Las manifestaciones de los fenómenos naturales (sismos, lluvias, sequías, huracanes, entre otros), son vistas como desastres en sí, porque son

“...eventos que violan la vida normal [de la sociedad]” (Lavell, 1993:113). Aquí se destaca, claramente por un lado, la posición pasiva de la sociedad que no se percibe a sí misma como responsable del desastre, así como la posición activa de la naturaleza que irrumpe en la vida estable, ordenada y predecible (Lavell, 1993).

Será la conjugación de las ideas del *desastre natural* como un evento “inesperado”, que “rompe con la cotidianidad”, y de la humanidad como la única capaz de *aprehender* y ordenar a la naturaleza mediante la razón, la que abrirá las puertas del estudio “predictivo” de los fenómenos naturales desde enfoques de tipo fisicalista (derivados de las ciencias naturales) y estructurales (derivados de las ciencias de la ingeniería), marginando los aportes de las ciencias sociales o limitando su contribución (Lavell, 1993). A partir de este momento las ciencias naturales se consagran en el dominio sobre la problemática de los desastres:

El estudio de patrones sísmicos y climatológicos, de la dinámica terrestre, y de estructuras ingenieriles entre otros variados aspectos, pone un énfasis notorio en los problemas de *predicción* y en la adecuación de estructuras a los parámetros físicos de los eventos naturales que amenazan la sociedad. Pero la sociedad no aparece en la fórmula, ni como objeto de estudio, ni como objeto de acción y cambio (Lavell, 1993:111).

Podemos advertir así, que la imagen humana en el estudio de los desastres *naturales*, fue por mucho tiempo suprimida o ignorada, esto condujo directamente a que las ciencias sociales se mantuvieran al margen del problema y los desastres se percibieran únicamente desde el lente físico, natural y material.

Sin embargo, hoy reconocemos que *los desastres no son naturales* y esta idea se introduce sólo después de celebrarse en los '90 el *Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales* (DIRDN). Aunque la motivación inicial que llevó a la proclamación del Decenio (guiada aún por la idea del desastre *natural*), fue

promovida por científicos, como geofísicos, ingenieros y otros, “...con el fin de reducir los desastres a través de una mayor vigilancia y conocimiento sobre las amenazas naturales, desde un punto de vista tecnicocientífico” (Molin, 1997:267), poco a poco, la imagen humana fue ganando terreno, al tomarse en cuenta dentro del estudio de los desastres el concepto de *vulnerabilidad*, como el resultado de *procesos sociales*.

Por lo tanto, afirmar que *los desastres no son naturales* implica reconocer, en primer lugar, que la ocurrencia de un “fenómeno natural” no necesariamente provoca un desastre (puesto que los fenómenos naturales ocurren siempre); este se produce únicamente si el factor humano está presente (Genatios y Lafuente, 2008). En adición, “...el fenómeno natural debe tener un impacto en un territorio caracterizado por una estructura social vulnerable” (Lavell, 1993:119), para que pueda gestarse el desastre.

The conjunction of a human population and a potentially destructive agent does not inevitably produce a disaster. A disaster becomes unavoidable in the context of a historically produced pattern of "vulnerability," evidenced in the location, infrastructure, sociopolitical organization, production and distribution systems, and ideology of a society³ (Oliver-Smith y Hoffman, 2002:3).

En segundo lugar, los desastres deben ser entendidos no como *eventos disruptivos*, sino como “...procesos resultantes de condiciones críticas preexistentes en las cuales la vulnerabilidad acumulada y la construcción social del riesgo ocupan lugares determinantes en su asociación con una amenaza natural” (García Acosta, 2004:129). Esta afirmación conduce directamente a un estudio del desastre con una

³ La conjunción de una población humana y de un agente potencialmente destructivo no produce inevitablemente un desastre. Un desastre es inevitable en el contexto “vulnerable” producido históricamente y se evidencia en la ubicación, infraestructura, organización socio-política, los sistemas de producción y distribución, y la ideología de una sociedad. Traducción propia.

perspectiva procesual, atendiendo no sólo al momento-impacto, sino a las condiciones vulnerables preexistentes y a su desenvolvimiento post-desastre.

Tomando en cuenta estas dos premisas, el desastre es definido como “...*el resultado de la confluencia entre un fenómeno natural peligroso y una sociedad o un contexto vulnerable*” (García Acosta, 1996:18). Finalmente, la imagen humana se hace presente, la sociedad que anteriormente conservaba un rol pasivo en la ocurrencia del desastre, ahora será corresponsable del mismo, debido a su condición *productora de vulnerabilidad* (Altez, 2002a:171). El peso que se le daba a la naturaleza en la responsabilidad de los desastres, ahora caerá sobre los hombros de la humanidad, admitiendo que los desastres son más bien fenómenos de carácter y definición eminentemente social, ya que son generados, en buena parte, como resultados de “...prácticas humanas relacionadas con la degradación ambiental, el crecimiento demográfico y los procesos de urbanización, todos estos vinculados en gran medida con el incremento de las desigualdades socioeconómicas” (García Acosta, 2005:16-17). En este sentido podemos afirmar, al igual que lo hace Rousseau al escribir una misiva a Voltaire en relación con el desastre de Lisboa, que “*La gran mayoría de nuestros males físicos son obra nuestra*” (Rousseau citado en García Acosta, 2005:19).

Como afirma Klein (2007), uno de los resultados de comprender al desastre como la convergencia de amenazas (naturales) y un contexto (social) vulnerable, es la demanda de participación conjunta tanto de las ciencias naturales como de las ciencias sociales (Klein, 2007:36). Y ciertamente, es a partir de este momento en el cual las ciencias sociales tornan la mirada hacia los eventos desastrosos,

promoviendo: “...la paulatina incorporación de los desastres dentro de los temas de interés comunes de la sociología, economía, desarrollo urbano y regional, geografía humana, psicología, antropología, derecho y ciencias administrativas” (Lavell, 1993:123). El lente a través del cual se miraba al desastre cambió; el *estudio predictivo* pasa a ser un *estudio de los procesos* que generan un contexto social vulnerable, por esto se afirma que “...la construcción formal del desastre como *categoría conceptual* permitió ganar una nueva plataforma epistemológica para la discusión científica y la toma de decisiones” (Altez, 2002a:171).

RIESGO = AMENAZA × VULNERABILIDAD

Fundamentándose en lo planteado a partir del Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales (DIRDN) se divulga mundialmente una fórmula que cambiaría la noción y el contenido semántico (Altez, 2002a:171) del desastre: *riesgo = amenaza natural × vulnerabilidad*. Esta fórmula resume la noción “moderna” del desastre al presentarlo como producto de la confluencia entre la manifestación de un fenómeno natural y una sociedad con un contexto vulnerable; y lo define mediante la conjunción de tres componentes: *riesgo*, *amenaza* y *vulnerabilidad*. Sin embargo, el uso que se le dio desde su creación, por parte de Gilbert White y sus colegas en los Estados Unidos (Maskrey, 2001), no es el mismo que se difundió en el decenio.

En su creación, la fórmula guiada por la idea de “...que la magnitud de un desastre estaba relacionada directa y físicamente con la magnitud de la amenaza” (Maskrey, 2001:33), y bajo la premisa de “predictibilidad”, se centraba únicamente en la amenaza natural como factor activo, mientras que la vulnerabilidad (factor pasivo), suponía que las poblaciones expuestas eran homogéneas. Por lo tanto, la fórmula inicialmente se utilizó para *medir* el grado de exposición (de la población) a una amenaza natural (Maskrey, 2001). No obstante, durante la última década, esta interpretación ha ido cambiando y ahora con el fin de facilitar una *aproximación cualitativa*, más que obtener unos *cuantificadores aritméticos* (Wilches-Chaux, 1993), “...el modelo busca explicar *por qué* la sociedad deviene vulnerable a las

amenazas, a través del *análisis de los procesos* causales económicos, sociales y políticos” (Maskrey, 2001:33). Aunque la vulnerabilidad se convierte en el factor activo de la fórmula, el uso de la misma difundido en el decenio, implica el reconocimiento de que los desastres no son producto de la naturaleza o sociedad, simplemente de la confluencia entre ambas cosas.

La dualidad del riesgo: de la percepción a la construcción social de los riesgos.

Según García Acosta (2005) hasta la fecha no se cuenta con una información fidedigna que indique el origen de la palabra y del concepto *riesgo*; sin embargo, la antropóloga inglesa Mary Douglas, que ha producido una importante obra sobre la temática, nos dice que, como concepto, “riesgo” surgió en la teoría de las probabilidades, un sistema axiomático derivado de la teoría de juegos que nació en Francia en el siglo XVII (Douglas en García Acosta, 2005). Este posible origen señala directamente uno de los rasgos fundamentales del riesgo como la *probabilidad de ocurrencia*. Por lo tanto, con relación al desastre, el riesgo constituye una condición latente para la sociedad. Representa así, “...la *probabilidad de daños*, los cuales, si alcanzan un cierto nivel, que es en sí socialmente determinado, pasarán a ser conocidos como ‘desastres’” (Lavell en García Acosta, 2005:21).

Una vez definido el riesgo como la probabilidad de ocurrencia de un desastre, es necesario precisar cómo se construye. Siguiendo el planteamiento de García

Acosta (2005), a la construcción del riesgo se le han atribuido significados diversos, contribuyendo en algunos casos, a confusiones en su utilización. Sin embargo, la antropóloga e historiadora mexicana, nos muestra dos facetas de la construcción del riesgo.

La primera, indica que *el riesgo es una construcción colectiva y cultural*, esto se relaciona directamente con la *percepción* -culturalmente determinada- de la realidad. Es decir, la forma cómo la sociedad distingue entre lo que es y lo que no es riesgoso e, incluso, lo que acepta o no como riesgoso, está prescrita por el ‘sesgo cultural’ (Bestard en García Acosta, 2005:15), que no sólo ordena nuestra forma de ver la realidad, sino, también de percibir los riesgos. Por lo tanto, “...la percepción del riesgo y los niveles de aceptación del mismo son construcciones colectivas” (García Acosta, 2005:15).

La segunda faceta es la *construcción social del riesgo*, la cual, “...remite a la producción y reproducción de las condiciones de vulnerabilidad que definen y determinan la magnitud de los efectos ante la presencia de una amenaza natural” (García Acosta, 2005:23). Este segundo significado atribuido a la construcción del riesgo se relaciona con la fórmula que se enunciaba al inicio del apartado ($r=a \times v$), e indica que la sociedad construye “...el riesgo (r) o probabilidad de daños sociales, ambientales y económicos” (Klein, 2007:28), “...por la interacción en un tiempo y territorio específicos de dos factores: las amenazas y las vulnerabilidades sociales” (Lavell en García Acosta, 2005:21).

Estas dos concepciones acerca del riesgo, permiten destacar la característica dual que guarda el mismo: es tanto, colectiva y culturalmente percibido, como socialmente construido.

Undoubtedly, our cultural life is deeply implicated in the construction of our material life and vice versa, but life does have to be produced before it can be read. Our values and orientations regarding shelter, nourishment, security, and relationships both reflect and affect the material practices and systems of social relations through which they are produced and condition our relative vulnerability within an environment that is mutually constituted by nature and society. Cultural readings can neither eradicate nor create the existence of a natural hazard. If a cultural reading apprehends the existence of a hazard, it may or may not alter practice in such a way as to either reduce or exaggerate the risk of disaster⁴ (Oliver-Smith, 2002:40).

No obstante, en muchas ocasiones, la percepción del riesgo (lectura cultural) no coincide con la situación real de la vulnerabilidad construida por las sociedades (vida material). Esto indica que hay –como plantea Klein (2007)- una *distorsión en lo que se percibe como riesgo* y lo que realmente es riesgoso; por lo tanto, es posible que materialmente se reproduzcan las condiciones sociales que construyen el riesgo sin que la sociedad se percate de ello. En este sentido, es necesario que el estudio del riesgo tome en cuenta su característica dual, con el fin de llegar a reconocer cómo se vincula *la percepción del riesgo* con la sistemática *construcción de riesgos materiales*, y así entender al mismo “...desde un lente más amplio o multidimensional que integre los aspectos [materiales], socio-culturales, emocionales y psicológicos” (Klein, 2007:20).

⁴ Sin duda, nuestra vida cultural está profundamente implicada en la construcción de nuestra vida material y viceversa, pero la vida debe producirse antes de que pueda ser leída. Nuestros valores y orientaciones con respecto a vivienda, alimentación, seguridad y relaciones, se reflejan en las prácticas materiales y sistemas de relaciones sociales a través del cual se producen y condicionan nuestra vulnerabilidad relativa dentro de un entorno que sea mutuamente constituido por la naturaleza y la sociedad. La lectura cultural no puede erradicar ni crear la existencia de un peligro natural. Si una lectura cultural aprehende la existencia de un peligro, puede o no puede modificar la práctica de tal forma que se reduzcan o aumente el riesgo de desastre. Traducción propia.

El perfil natural del desastre

Continuando con el segundo componente de la fórmula, nos encontramos con *las amenazas*. Estas implican la ocurrencia de un evento de índole *natural* o *antrópico* que puede causar daños en una sociedad, la cual no se encuentra preparada para afrontarlo. Recordemos que los fenómenos por sí solos no generan desastres; deben manifestarse en un contexto social y materialmente vulnerable para lograr tal resultado. Esto quiere decir que un evento natural no llega a representar una *amenaza* hasta que se cruza con un *contexto social vulnerable* ante sus impactos. Por lo tanto, cuando nos referimos a las amenazas, no estamos hablando únicamente de la ocurrencia de un evento natural o social, sino de su manifestación asociada obligatoriamente a un contexto vulnerable.

Por ende, es conveniente diferenciar los *tipos de amenaza* (véase Cuadro 1), pues su estudio –como afirma García Acosta (2008)- requiere de metodologías y acercamientos distintos. En primer lugar, las amenazas se diferencian por su *origen*, en naturales y antrópicas.

La *amenaza natural* es “...toda manifestación de la naturaleza. Se refiere a cualquier expresión que adopta la naturaleza como resultado de su funcionamiento interno” (Romero y Maskrey, 1993:7). Las hay de cierta regularidad o de aparición extraordinaria y sorprendente. Entre los primeros tenemos, por ejemplo, las lloviznas o lluvias regulares. El segundo caso sería un alud torrencial, inundaciones fluviales, un "tsunami" o maremoto, entre otros. En muchas ocasiones los daños producidos por

los fenómenos naturales regulares (lluvias) que se acumulan a lo largo de los años, pueden llegar a compararse o superar a los producidos en horas por un fenómeno natural extraordinario (García Acosta, 2008). Sin embargo, “...los parámetros de eventos menores y moderados asociados a múltiples tipos de fenómenos físicos no son considerados por muchos como “desastres”, pero éstos tienen las mismas causas y origen que los de gran magnitud” (García Acosta, 2008:18).

Las *amenazas antrópicas*, son los “...fenómenos que tienen su origen en la actividad humana” (Wilches-Chaux, 1993:20), y hacen referencia a la idea que “...en definitiva, casi todo lo que nos conforma y rodea es fuente de vulnerabilidad” (Ruiz, 2005:106), por lo tanto, “...los desastres son cada vez menos naturales” (García Acosta, 2008:13) y más producto de la sociedad. Estas amenazas antrópicas, manifiestan que la tecnología humana es un arma de doble filo, al mismo tiempo que puede dar seguridad o comodidad en algunos ámbitos, tales como la predicción de huracanes o la ingeniería antisísmica; también puede provocar grandes catástrofes (Hoffman y Oliver-Smith, 1999), tomemos como ejemplo: los colapso de estructuras, incendios, explosiones, disturbios civiles, las guerras, entre otros: “A hazard can be a hurricane, earthquake, or avalanche; it can also be a nuclear facility or a socioeconomic practice, such as using pesticides”⁵ (Oliver-Smith y Hoffman, 2002:4).

García Acosta (2008), sugiere además una tipificación de las amenazas de acuerdo a su *aparición*. Por un lado, las *amenazas de impacto súbito* cuya aparición,

⁵ Una amenaza no sólo puede ser un huracán, terremoto o avalancha, sino que también puede ser una instalación nuclear o de una práctica socio-económico, como el uso de plaguicidas. Traducción propia.

si bien en ocasiones y en ciertos casos puede ser anticipada, se manifiesta repentina e impetuosamente; están representadas por sismos y tsunamis, erupciones volcánicas, huracanes, tornados, granizadas y, en algunos casos, excesivas precipitaciones pluviales que provocan inundaciones. Por otro lado, tenemos a las identificadas como *amenazas de impacto lento*, dentro de las cuales se consideran básicamente: la escasez en las precipitaciones pluviales que provoca sequías y desertificaciones, plagas y epidemias (García Acosta, 2008:28). Las amenazas de impacto lento, tienen la particularidad de acumularse durante un tiempo prolongado, por lo tanto, su delimitación temporal (fechar su inicio y su término) constituyen un verdadero reto para el investigador (Mendoza en García Acosta 2008:28).

En algunos casos -y esto es importante señalarlo-, “...las *inundaciones* forman parte también de este segundo grupo de amenaza, ya que tienen un comienzo relativamente lento, con lluvias continuas” (Blaikie *et al*, 1996:129), que en comparación con la ocurrencia de un terremoto, permiten al menos una lapso disponible para la toma de decisiones, como por ejemplo, la evacuación temprana de la población. A continuación presentamos un cuadro que reúne la tipología de las amenazas, en el cual se conjugan las variables *natural/antrópico* con *impacto lento/súbito*.

CUADRO 1. Tipología de las amenazas	
Amenazas naturales de ocurrencia súbita/inesperada.	• Avalanchas, deslizamiento y desprendimiento de rocas, terremotos, inundaciones, ciclones, tormentas, tornados, huracanes, tormentas tropicales, aludes torrenciales y erupciones volcánicas.
Amenazas naturales. Impacto lento.	• Sequías, desertificación, heladas, plagas.
Amenazas antrópicas de ocurrencia súbita e inesperada.	• Accidentes estructurales: el colapso en un edificio, viaducto. • Accidentes de transporte: terrestre, aéreo o marítimo. • Accidentes tecnológicos industriales. • Explosiones químicas o nucleares. • Polución: lluvia ácida, polución química. • Incendios.
Amenazas antrópicas. Impacto lento.	• Epidemias, disturbios civiles, guerras, conflictos internacionales.

Tomado y modificado de: Martín, C. (2000). *Apoyo psicosocial en catástrofes colectivas. De la prevención a la reconstrucción*. Caracas: Asociación Venezolana de Psicología Social/Comisión de estudios de postgrado Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, pp. 17.

La inclusión del componente *amenaza* en la fórmula, nos recuerda que en el estudio del desastre no se debe ignorar el origen, desarrollo e impacto de los fenómenos naturales, por lo contrario, es necesario incorporar las estrategias de las ciencias naturales que nos permitan comprender el fenómeno integralmente, para lograr aprehender al desastre en sus múltiples dimensiones, incluyendo la físico/natural, y así vislumbrar en su totalidad el evento desastroso.

El lado débil del desastre: la vulnerabilidad

El último componente, que introdujo a la sociedad en la fórmula del desastre es: la *vulnerabilidad*. En estricto sentido, es decir, “...semánticamente, la vulnerabilidad refiere o define la cualidad de ser vulnerado, esto es, de recibir daño,

de ser herido” (Ruiz, 2005:104). La noción de vulnerabilidad, que proviene del vocabulario de la gestión de riesgos (Revet, 2007), halla los comienzos de su configuración como una categoría práctica (y no de análisis) en las ciencias naturales, “...su empleo fue tan sólo para señalar territorialmente espacios proclives a la irrupción de fenómenos naturales, en otras palabras, zonas geográficas de riesgo” (Klein, 2007:39). Sin embargo, es ahora comúnmente usada por los científicos sociales, para describir un *estado de debilidad* y abarca tanto las situaciones individuales y colectivas, como materiales (Revet, 2007).

A partir de esta idea, la vulnerabilidad se define como “...la incapacidad de una comunidad para absorber, mediante el autoajuste, los efectos de un determinado cambio en su medio ambiente, o sea su inflexibilidad o incapacidad para adaptarse a ese cambio” (Wilches-Chaux, 1993:22). Klein (2007) señala que este concepto está cargado de cierta negatividad, “...en tanto expresa ‘discapacidad’ (...) debilidad e indefensión de las colectividades para afrontar amenazas” (Klein, 2007:40). Conforme a esto, la antropóloga venezolana afirma que la negatividad inscrita en el concepto de vulnerabilidad, ha sido relacionada con la ausencia tanto de: *resistencia* – fortaleza ante las amenazas– y *resiliencia* –capacidad auto-reconstructiva y de adaptación ante las nuevas condiciones adversas del desastre–. Esto indica que ser vulnerable es “...ser susceptible de sufrir daño y tener dificultad de recuperarse de ello” (Romero y Maskrey, 1993:8). Es decir, la sociedad no sólo presenta debilidad ante el momento/impacto, sino, también a sus secuelas. Por lo tanto, la vulnerabilidad no se manifiesta únicamente en la coyuntura desastrosa, sino que es una condición social que está presente, *produciendo o reproduciéndose a lo largo del proceso*

histórico-social; y en muchas ocasiones las sociedades exponen una mayor vulnerabilidad a los efectos posteriores que al momento/impacto de las amenazas.

Por otra parte, no hay una sino muchas lecturas sociales y culturales de la vulnerabilidad. “Diferentes grupos sociales y culturales manejan diferentes imaginarios de la vulnerabilidad y de los desastres en base a diferentes lecturas y percepciones del tiempo y espacio en los cuales están inmersos” (Maskrey, 2001:39). Por lo tanto, la vulnerabilidad estará determinada de acuerdo a las características particulares de cada grupo poblacional, “...lo que significa que con el impacto de un tipo de amenaza de una intensidad dada, algunos evitan el desastre y otros no” (Cannon en Maskrey, 2001:34).

Si la vulnerabilidad es el “lado débil” de la fórmula y es imposible (algunas veces) intervenir la amenaza (evento natural o antrópico), la única alternativa para la disminución de los desastres (o reducir sus daños) está en la modificación de la vulnerabilidad (Klein, 2007:64). No obstante, debemos tener en cuenta que, la misma “...no se destruye, tan sólo se transforma y se acumula; la sociedad libre de riesgos o el hombre emancipado de las amenazas sólo existe como argumento de utopías” (Ruiz, 2005:109).

Esto conduce directamente a interrogarnos acerca del origen de la vulnerabilidad. Wilches-Chaux (1993), explica que la vulnerabilidad surge como consecuencia de la interacción de múltiples factores (naturales, sociales, culturales, ideológicos, educativos, físicos, ecológicos, técnicos, institucionales, económicos y políticos). A esa interacción de factores le dio el nombre de *vulnerabilidad global*. En este sentido, somos vulnerables a una infinidad de factores ambientales y sociales que

se tornan peligrosos para la sociedad. Sin embargo, “...las condiciones de vulnerabilidad que una población presenta no son condiciones que se hayan dado independientemente de la acción humana, muy por el contrario, es la misma sociedad quien las ha creado” (Romero y Maskrey, 1993:7) diferencialmente (en contextos específicos) a lo largo de procesos históricos sociales y culturales. Así, más allá de ver la conjunción de los factores que producen la vulnerabilidad, debemos tener en cuenta que éstos “...son producto de *procesos*, es decir, la vulnerabilidad es históricamente construida” (Ruiz, 2005:102).

Finalmente, a través de este recorrido conceptual reconocemos cómo la instauración de la ecuación: $r = a \times v$, permitió ampliar la visión del desastre, trajo consigo la necesidad de aprehenderlo en sus múltiples dimensiones: natural, social, cultural, procesual, entre otras, creando así una imagen caleidoscópica del desastre, la cual abrió las puertas al diálogo interdisciplinario.

BAJO LA MIRADA CALEIDOSCOPICA DEL DESASTRE

La naturaleza plurivariable y multidimensional de los desastres conduce necesariamente a reconocer las diferentes posibilidades de abordar un tópico con una realidad caleidoscópica. Son muchas las imágenes que se van formando a medida que vamos girando el lente, en la medida que vamos cambiando de perspectiva; son numerosas las puertas de entrada para el estudio de un *desastre*. Ciertamente, lo podríamos mirar desde un lente social, cultural, natural, material, histórico, político o económico; no obstante, la riqueza de esta categoría se encuentra en el hecho de fusionar todos los matices, enlazando y atravesando todas estas perspectivas, para crear así *la imagen caleidoscópica del desastre*. Tal cual se van mezclando los colores dentro del lente caleidoscópico, así el enfoque multidisciplinario permite comprender la imagen del desastre en su totalidad integral y compleja; destruyendo los muros que parcelan su comprensión se logra mirar más allá de lo aparente.

El estudio de una imagen de tal tipo, reclama necesariamente un enfoque *multidisciplinario*, este “...responde a esa necesidad cada vez más evidente de rebasar las fronteras disciplinarias, de trabajar en convergencia entre ellas” (García Acosta, 2004:125), es por esto, que desde hace cerca de un siglo, “...sociólogos antropólogos, geógrafos han puesto enfoques, han diseñado metodologías y han sugerido el uso de herramientas variadas para acercarse al tema y a las problemáticas derivadas del mismo” (García Acosta, 2004:126). Por ejemplo, una de las contribuciones que han hecho las ciencias sociales -en especial la Antropología- al

estudio de los desastres es significativa y se concreta en: la *Antropología de los desastres*⁶, la cual tomaremos como base para realizar esta investigación. Según plantea Oliver-Smith (2001), la perspectiva holística que ofrece la antropología para el estudio de los desastres, es la única capaz de capturar la multidimensionalidad del mismo.

Few contexts provide a social science with more opportunity for theoretical synthesis of its various concerns than does the study of disaster provide anthropology. Within disaster research, anthropology finds an opportunity to amalgamate past and current cultural, ecological, and political- economic investigations, along with archaeological, historical, demographic, and certain biological and medical concerns⁷ (Oliver-Smith y Hoffman, 2002: 6).

La eclosión de las ciencias sociales en el estudio de los desastres.

Como hemos señalado anteriormente, la mayor parte de las investigaciones iniciales enfocadas en el desastre, prestaban más atención a los agentes físicos de las catástrofes *naturales* (Hoffman y Oliver-Smith, 1999), buscando *predecir* su ocurrencia, o diseñar posibles medidas para contrarrestarlas (López, 1999). Sin embargo, el estudio de los desastres desde una perspectiva social, aunque se mantuvo al margen, no fue nulo. Dio sus primeros pasos en la investigación realizada por el canadiense Samuel Henry Prince (1920), acerca del impacto social de la explosión de municiones en el Puerto de Halifax (Hoffman y Oliver-Smith, 1999), centrando su

⁶ Esta propuesta subdisciplinaria de la Antropología Social, surge a fines del siglo XX de la mano del antropólogo Anthony Oliver-Smith.

⁷ Pocos proporcionan una ciencia social con más oportunidades para la síntesis teórica de las diversas preocupaciones que tiene el estudio de los desastres como lo hace la antropología. Dentro de la investigación de desastres, la antropología encuentra una oportunidad para fusionar las investigaciones pasadas y actuales culturales, ecológicos, económicos y políticos-, junto con las preocupaciones biológicas, médicas arqueológicos, históricos, demográficos. Traducción propia.

trabajo más en los *cambios sociales-estructurales*, que en el desastre como tal (García Acosta, 2004). Esta perspectiva del *cambio*, contradecía el interés de las ciencias sociales, que buscaba el estudio de la repetición, regularidad y cotidianidad;

Habituellement conçus comme des ruptures dans le quotidien, les désastres paraissent contredire la routine de la vie sociale, créent chaos et désordre, détruisent la structure sociale et substituent le désordre à l'ordre (...), ils déroutent ainsi les sciences sociales dont l'intérêt principal sera d'étudier les comportements répétitifs et les modèles établis⁸ (Revet, 2007:33).

“Otro aporte teórico fundamental es el de Pitrim Sorokin, (...) quien empleando el concepto de *calamidad* extiende la perspectiva de Prince al incluir dentro del área temática el tratamiento de los niveles organizativos, culturales y psicológicos de las sociedades afectadas” (Klein, 2007:31). Estas primeras contribuciones van asomando un interés por el estudio *holístico* de los desastres, que años después dará pie al verdadero ejercicio interdisciplinario.

Luego, el trabajo social de los desastres tuvo un período de sequedad, “...no volvió a retomarse casi medio siglo después” (López, 1999:6). Será en la década de los 50 hasta la década de los 70 que resurge el énfasis de los científicos sociales. El “...interés estuvo dirigido al análisis empírico de *la naturaleza del comportamiento humano*” (Klein, 2007:31) y las organizaciones involucradas durante las diferentes fases de un desastre –alerta, impacto y consecuencias inmediatas-; los patrones socio-culturales y el contexto histórico de la sociedad en cuestión raramente constituían parte del análisis (Hoffman y Oliver-Smith, 1999). Afirma Klein (2007) que el estudio del comportamiento en períodos de emergencia, reafirmo la idea que “...la

⁸ Por lo general, diseñado como interrupciones de lo periódico, los desastres que parecen contradecir la rutina de la vida social, crear el caos y el desorden, destruir la estructura social y reemplazar el orden por el desorden (...), confundirán a las ciencias sociales, cuyo objetivo principal será el de estudiar los comportamientos repetitivos y patrones establecidos. Traducción propia.

respuesta humana a los desastres se caracterizaba por altos niveles de actividad, racionalidad y altruismo, y no por un comportamiento antisocial, aberrante y criminal, como anteriormente se afirmaba” (García Acosta en Klein, 2007:31).

El aporte de la antropología en los años setenta “...fue de significativa importancia, a razón de que la aplicación del *método comparativo* en los trabajos etnográficos, facilitó entender que la sobrevivencia de la sociedad bien depende del manejo que ella tenga de los factores ambientales” (Klein, 2007:31). Incluir la variabilidad cultural, permitía ampliar la visión acerca del desastre, reconociendo así, que la percepción o respuestas a los mismos dependerá del contexto socio-cultural en el que se desarrollen. “El principal impulsor (...) fue el antropólogo *William Torry*, identificando ya al de los desastres como un campo de interés específico y de particular atención para la antropología” (García Acosta, 2004:127).

Para los años ´80 el desarrollo de la perspectiva de la *Ecología Cultural* -por parte de la antropología-, llevó a muchos investigadores a redefinir los desastres en función de la estructura social de la población y no únicamente como resultado de fenómenos naturales. “Solo así se evidenció que en su gran mayoría los desastres no eran resultado de procesos externos sino internos...” (García Acosta, 2004:128). Este nuevo enfoque presta especial atención a la adaptación de la sociedad a la totalidad de su medio ambiente (López, 1999), y reconoce que los desastres no suceden simplemente, sino que son el resultado de las fuerza sociales, políticas y económicas *preexistentes*, incluyendo así el concepto de *diacronicidad* o dimensión temporal (López, 1999). Esto significa que *los desastres son resultados de procesos* que han ido desarrollándose durante largos períodos de tiempo.

En este sentido, advertimos los primeros aportes de la antropología al estudio de los desastres; concretados en “...el *acercamiento histórico* [perspectiva a largo plazo] y *comparativo* [trabajo de campo en profundidad] centrados en el estudio de la cultura, [lo cual] ha constituido un marco idóneo que ha permitido identificar ciertos elementos teóricos y metodológicos fundamentales en este tipo de estudio” (García Acosta, 2004:128).

A partir de estas contribuciones se van formando varias tendencias en el estudio de los desastres por parte de la Antropología. Hoffman y Oliver-Smith (1999) han identificado cuatro perspectivas: *histórica y arqueológica*, la *ecología política*, *socio-cultural y de comportamiento*, y la *antropología aplicada*⁹. No obstante, nuestra investigación se enfoca desde la perspectiva desarrollada por el *estudio histórico-social de los desastres*.

Entre finales del siglo XIX y principios del XX, nuevas disciplinas científicas emergieron, las cuales, en el presente han buscando comunicarse entre sí, con el fin de proporcionar una explicación de la realidad mucho más nutrida (Bastide en Devereux, 1973). Aunque algunas no son complementarias, otras por el contrario, lo son y este es el caso de la *antropología* y la *historia*. Estas dos perspectivas se han complementado en el estudio de los desastres, con el fin de comprender al mismo como una confluencia entre una amenaza y un contexto vulnerable resultado de *procesos histórico-sociales*, logrando alcanzar cuestiones profundas y ubicando la mirada más allá del simple momento/impacto.

⁹ Ver más en: Hoffman, S. y Oliver-Smith (1999). *The Angry Earth: Disaster in Anthropological Perspective*. New York: Routledge.

La perspectiva antropológica/histórica del desastre parte de tres elementos a tener en cuenta, los cuales han sido desarrollados por García Acosta (1996). En primer lugar, afirma que el desastre ya que es considerado como el resultado de la confluencia entre una amenaza natural o antrópica y una sociedad o contexto vulnerable, es necesario conocerlo profundamente “...es decir, las condiciones en las que se presentó determinada amenaza y en las que se desarrolló y evolucionó el desastre” (García Acosta, 1996:18). Este primer elemento nos permite advertir, por un lado al *hecho natural*, es decir, *la amenaza*, por lo tanto, se incluye necesariamente la contribución de las ciencias naturales dentro de la investigación. En nuestro caso, el aporte de la *geología* y la *hidrometeorología* serán fundamentales para comprender, tanto las condiciones físico-naturales de la zona de estudio, así como la dinámica del evento natural en el momento que hizo presencia. Sin embargo, no sólo enfocamos nuestro lente en la amenaza, debemos tomar en cuenta la indicación de García Acosta (2006) y atender también *el contexto social*. Para lograr esto, “...la Antropología ha aportado su método principal de investigación: el trabajo etnográfico” (López, 1999:7). “El trabajo de campo provee al estudioso de los desastres de elementos vivos de lo ocurrido, lo cual permite indagar y cuestionar directamente a los diversos actores sociales” (García Acosta, 1996:19), no obstante, en muchos ámbitos los etnógrafos necesitan estudiar documentos (Hammersley y Atkinson, 1994), así “...al aconsejar que se preste atención a las fuentes escritas, en los medios sociales apropiados para ello, somos conscientes del papel histórico” (Hammersley y Atkinson, 1994:144).

La antropología (...) ha de procurar combinar ambos tipos de fuentes. Debe basarse en una metodología que privilegia la narrativa y la observación, el registro etnográfico obtenido a través del trabajo de campo combinado con los reportes históricos y en ocasiones incluso mezclándolos con métodos cuantitativos (García Acosta, 2004:133).

Siguiendo con los elementos a considerar, en segundo lugar, es necesario reconocer que los desastres constituyen el *resultado de procesos* que ante la presencia de una amenaza se convierten en *detonadores o reveladores de situaciones insostenibles* y modelos desfasados (Hoffman y Oliver-Smith, 1999). Por lo tanto, “...el estudio de un desastre ofrece las condiciones de una especie de laboratorio social, pues confluyen y surgen en momentos específicos una serie de relaciones, alianzas, circunstancias que podrían pasar inadvertidas en otros momentos” (García Acosta, 1996:18). Pero para evitar caer en anacronismos y poder enmarcar el desastre en su verdadera dimensión resulta necesario, como mencionábamos antes, estudiar el contexto; esto último permite:

...determinar el grado de vulnerabilidad de la sociedad afectada, vulnerabilidad no sólo en términos de riesgo físico sino particularmente como resultado del incremento de las desigualdades sociales y económicas productos de un determinado desarrollo a lo largo del tiempo y en el espacio específico estudiado (García Acosta, 1996:18).

Este segundo elemento incluye el *estudio de los procesos histórico-sociales que dieron como resultado un contexto vulnerable* o “modelos desfasados” que no fueron capaces de responder exitosamente ante las amenazas. En consecuencia, incluiremos en la presente investigación el estudio del proceso histórico, apoyándonos en la *investigación documental*, y proyectando una mirada al pasado, con el fin de descubrir en él la ocurrencia de algún hecho desastroso, así como distinguir los factores que construyeron un contexto social vulnerable obteniendo en su totalidad espacial/temporal la imagen de la sociedad vulnerable. Mediante la

revisión y el análisis de documentos históricos, crónicas, textos, fuentes de información hemerográfica, lograremos abordar esa mirada al pasado.

No obstante, la perspectiva histórica propuesta debe trascender las barreras del pasado, alcanzando el presente con dirección al futuro, para lograr dibujar la línea histórico-procesual del desastre. Siguiendo el planteamiento de García Acosta (2004), el estudio de los desastres a partir de metodologías desarrolladas por la antropología, permite llevar a cabo el doble juego de la *sincronía* y de la *diacronía*, que es precisamente donde algunos estudiosos sitúan la *larga duración*, rechazando la cada vez menos aceptada idea de reducir la historia al estudio del pasado (García Acosta, 2004). Para entender la larga duración debemos tomar en cuenta no sólo aquello que permanece o que no cambia a lo largo de prolongados períodos de tiempo, sino también ver aquello que cambió y entender qué fue lo que provocó el cambio

...la combinación de datos provenientes de informes oficiales, correspondencia privada u oficial, crónicas, diaristas de la época, escritos de viajes, periódicos, etc., permite ir reconstruyendo un rompecabezas que dé cuenta de un desastre específico, coyuntural o bien de desastres recurrentes en un mismo espacio, cuyo estudio sistemático permite descubrir los cambios y continuidades estructurales que en su caso, permitan al investigador apreciar lo que Braudel denominó larga duración (García Acosta, 1996:19).

Para finalizar, el tercer elemento hace mención a la sociedad como ente activo del desastre, de esta manera se deberá tomar en cuenta, por un lado, las *estrategias adaptativas*, que son “...aquellas medidas, actitudes, posturas que la sociedad afectada encuentra, adopta y adapta” (García Acosta, 1996:18), así como, la *capacidad de recuperación* de los diversos sectores o grupos sociales.

Las estrategias adaptativas y la capacidad de recuperación constituyen, a fin de cuentas, los elementos que permiten dimensionar *los efectos del desastre* pues se derivan directamente del contexto específico y, por ende de la *vulnerabilidad diferencial* existente que comprende tanto las condiciones físicas como las sociales y económicas (García Acosta, 1996:18).

Este último elemento, guiado también por la noción del *desastre como proceso*, resalta la necesidad de un *estudio a largo plazo*, no sólo con el lente puesto en el pasado, sino con miras en lo que se denomina “vivir en el post-desastre” (Altez, 2008). Ya que los procesos no tienen principio, ni fin, es primordial seguirlos en su desarrollo posterior al momento/impacto del desastre¹⁰. Por lo tanto, las actitudes que adopta la sociedad para la recuperación post-desastre, permiten distinguir el aumento, disminución o reproducción de los factores que generan la vulnerabilidad social. Para acercarnos a estos factores, las herramientas que ofrece la *Psicología Social*, resultan efectivas, permitiendo estudiar el comportamiento de las personas afectadas por un desastre; en el proceso de reacción, “...el manejo de la alerta, los rumores, el pánico y la solidaridad en la emergencia, pero también los problemas para la reconstrucción” (Martín, 2000:15) (véase Cuadro 2).

¹⁰ Para la reconstrucción del proceso histórico-social de la región en torno a la *Tragedia* fueron revisados más de dos mil artículos de los diarios nacionales: *Ultimas Noticias*, *El Nacional* y *El Universal*.

CUADRO 2. Algunos efectos psicosociales de las catástrofes colectivas

• Impacto directo de los hechos traumáticos; trauma, estrés, <i>duelo</i>.
• Empeoramiento de las condiciones de vida (<i>desplazamiento</i>, pérdidas económicas, desintegración social).
• Restructuración familiar: <i>impacto por las pérdidas familiares</i>, cambios en su estructura y relaciones
• Aislamiento social: división comunitaria, distancia social, <i>miedo</i>.
• Amenazas: <i>riesgos futuros</i>, señalamientos, <i>estigma</i>.
• Cambios culturales: aculturación, <i>repuestas colectivas de defensa</i>.
• Desestructuración organizativa: <i>pérdida de referentes</i>, límites al desarrollo.

Tomado y adaptado de: Martín, C. (2000). *Apoyo psicosocial en catástrofes colectivas. De la prevención a la reconstrucción*. Caracas: Asociación Venezolana de Psicología Social/Comisión de estudios de postgrado Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, pp. 22.

Una de las maneras de evaluar el impacto del desastre es mediante las experiencias traumáticas, aunque para los individuos éstas actúan de manera diferencial, “...el trauma psicosocial se refiere a esa relación dialéctica que existe entre la persona y la sociedad” (Baró citado en Martín, 2000:25). Los psiquiatras realizan una evaluación de *Síndromes de Estrés Post-Traumático* (PTSD), los cuales indican muchas veces la contradicción existente en “...la evolución de la *historia natural*, según la cual el impacto traumático tendría que ir disminuyendo con el paso del tiempo” (Martín, 2000:22), y en la mayoría de los casos aumenta. La lógica de esto es que algunas respuestas del PTSD “...tienen que ver con aspectos neurobiológicos más universales, pero otras probablemente están mediatizadas por la cultura y el contexto” (Martín, 2000:28). A través de esta herramienta buscamos

conocer si esas respuestas mediatizadas, permiten la construcción de una memoria post-desastre, que faculte la toma de medidas adecuadas para disminuir la vulnerabilidad y por lo tanto, incluir en el marco de reacciones, las respuestas necesarias que sean efectivas frente a las amenazas.

Como hemos visto, el actual aporte de las ciencias sociales al estudio de los desastres es significativo, ya que su modelo de trabajo es multidimensional y transdisciplinario. Por lo tanto, el abordaje antropológico –cuyo modelo de trabajo es holístico– cruza la frontera disciplinaria para trabajar en convergencia con otras ciencias como: la Sociología, Historia, Psicología Social, Economía, Geología, Ingeniería, entre otras. Es decir, “...incluye todas las cuestiones culturales y sociales que van más allá de aquellas directamente relacionadas con el medio ambiente” (López, 1999:10). Por ende y como recomienda García Acosta (1996), tomar en cuenta los tres elementos mencionados, que en suma proponen un estudio conjunto de la amenaza y del contexto cuyo resultado es el desastre, resulta fundamental para poder llevar a cabo estudios sobre los mismos (García Acosta, 1996).

MEMORIA Y DESASTRE:

El papel de la memoria colectiva en la construcción de vulnerabilidad

Cuando estudiamos los desastres en perspectiva histórico-social, no posamos la mirada únicamente en los acontecimientos pasados, sino que estamos tras la búsqueda de los *factores* presentes a lo largo del proceso que apuntan y moldean dichos sucesos, que intervienen en la construcción del contexto social vulnerable, y que luego del momento/impacto siguen actuando, quizás cambiando o reproduciendo su estructura. Uno de esos factores es la *memoria*, su uso podría ayudar a proporcionar las bases de un contexto menos vulnerable, así bien su rechazo en muchas ocasiones es la razón de la construcción de vulnerabilidades profundas que se reproducen en el tiempo.

Para explicar esta idea, tomemos un ejemplo: dibujemos la imagen de una comunidad que convive con amenazas -las cuales se hacen presentes cada cierto tiempo-, pero que no almacena en su memoria común la vivencia de los desastres que experimentan, lógicamente concluiríamos que no poseen memoria en torno a los desastres vividos, por lo tanto, esta ausencia daría paso a la construcción de un contexto cada vez más vulnerable ante la ocurrencia del fenómeno natural.

...la ausencia de memoria en una comunidad, entre otras variables, debe entenderse como uno de los factores determinantes de la vulnerabilidad, pues su carencia contribuye contundentemente a la ausencia de respuestas ante la repetición de los fenómenos naturales que pueden causar daños en su entorno (SOCSAL, 2003:81).

Sin embargo, una afirmación tal como “la sociedad no aprende de los errores cometidos”, alcanza a divisar este caso desde una perspectiva más profunda, debido a

que muchas veces se recuerdan los desastres, pero no se asimila el aprendizaje. Por lo tanto, nos preguntamos: ¿recordar eventos desastrosos pasados ayudaría a disminuir la vulnerabilidad de una sociedad?; ¿ser vulnerable guarda alguna relación con el olvido?; ¿cómo actúa la memoria en el proceso histórico-social de los desastres?; ¿cómo se construye (o reconstruye) la memoria a partir de un evento desastroso?; ¿de qué manera se diferencia el papel de la memoria en la “cotidianidad” y en los “desastres”?; ¿funciona de la misma forma en los dos casos?; ¿qué se olvida y por qué?

Al incluir en el estudio del desastre la noción *memoria*, se adiciona un color a la presentación de la imagen caleidoscópica, lo cual complejiza –como se puede apreciar- aún más el abordaje integral del tema, debido a que “el estudio de la memoria como fenómeno cognoscitivo biológico, histórico y social” (Aranda, 1990:7), ha traspasado las barreras que separan a las disciplinas para unificar trabajos conjuntos de neurología, sociología, antropología, psicología, biología, entre otras. Como escribió Piaget, “...no se suprime ninguna de las otras dimensiones de la investigación. Muy al contrario, este estudio tiende a integrarlas (...) la investigación únicamente puede desembocar en coordinaciones interdisciplinarias” (Piaget en Aranda, 1990:7).

Por otro lado, la memoria no debe contemplarse desde una perspectiva romántica como algo que está en el aire y envuelve al colectivo; más bien es una categoría analítica que permite en este caso utilizarla como base para comprender los factores que influyen en la producción y reproducción de la vulnerabilidad en las sociedades. En este sentido, debe establecerse a partir de este momento una precisión

teórica para atender el problema de la *memoria*, ya que entre ésta y *recuerdo* hay una diferencia conceptual que es necesario tener en cuenta al emprender una investigación en torno a los desastres.

Tomando como base el estudio de SOCSAL (2003), la noción de *recuerdo* se vincula con “...la *acción individual y sensoperceptible*, no necesariamente incluye una articulación con la memoria de una comunidad” (SOCSAL, 2003:81), mientras que la *memoria* es intrínsecamente *colectiva*, y permite “...reconocer como propio el pasado de la comunidad, independientemente de la distancia de ese pasado y de la vivencia del mismo” (SOCSAL, 2003:81). Esta propuesta apunta a colocar lo colectivo sobre lo individual, el plano simbólico sobre lo sensoperceptible, por ende, *cuando nos referimos a la memoria en caso de desastres, estamos aludiendo directamente a un colectivo*, en este sentido, debemos tener en cuenta que los *recuerdos* aislados no necesariamente se articulan en beneficio de la comunidad como estrategia para la disminución de la vulnerabilidad, porque desaparecen con el individuo que los atesora (SOCSAL, 2003:81), mientras que la *memoria colectiva* que abarca ámbitos simbólicos ofrece los cimientos para asumir el aprendizaje a partir de los eventos desastrosos, produciendo transformaciones profundas en la sociedad, es decir, *estructurales*.

Una vez elucidada la diferencia sustancial entre memoria y recuerdo, es fundamental emprender un recorrido a través las fases que hacen posible la construcción de la memoria colectiva; para lograr esto, los estudios desde la psicología han sido de mucha ayuda.

Tener memoria -según Donald Norman (1985)- “...es haber realizado adecuadamente tres cosas: la adquisición [unido a la codificación], la retención y la recuperación de la información. Cuando (...) [se olvida] hay un fallo en la realización de alguna de ellas” (Norman, 1985:17). Claramente han quedado señaladas tres etapas en el proceso para la construcción de la memoria: *adquisición, retención y recuperación*. La primera fase abarca el ámbito sensoperceptible y es donde puede localizarse el recuerdo individual –de la manera en que fue definido anteriormente-. En esta etapa hay un *estímulo o conjunto de estímulos* (Izquierdo, 1992:9) exterior(es) producto de “...la interacción del individuo con el medio” (Ruiz Rodriguez, 2003:199).

Los primeros comportamientos pertenecen a la fase de adquisición. Tienen como objetivo explícito o implícito la memorización de ciertos aspectos de la situación en la cual se encuentra el individuo, de los acontecimientos u objetos que la caracterizan, de una tarea que ella permite realizar y de las repuestas que exige. Esta fase es a veces muy corta: puede bastar una simple percepción; pero a menudo se prolonga durante períodos más largos, ocupado por una actividad de análisis y de organización generalmente complejas (Flores, 1975:5).

Con relación al desastre, el estímulo exterior que experimenta la sociedad es de tipo traumático, lo cual tiene repercusiones en *la codificación* del hecho. Esta no es más que la comprensión del evento mediante un “...buen asidero [de información] (...) de modo que éste se acople (...) a un marco de conocimiento ya existente” (Norman, 1985:17). Es decir, las experiencias traumáticas de desastres pasados, permitirán que lo vivido en el presente logre ser no sólo adquirido, sino también asimilado: “La tarea de comprender una situación nueva implica, en cierta medida, buscar esquemas existentes de conocimiento pasado que pueden actuar como guía en

el desarrollo de un esquema nuevo, apropiado para esa situación” (Norman, 1985:121).

Al momento en que se codifica, la realidad experimentada pasar a ser un *relato o narración*. En el caso de eventos penosos o de fuerte impacto como los desastres, esta narración es evadida y el silencio toma protagonismo en la sociedad afectada (causa de olvido en la primera fase del proceso de construcción de memoria). Al no haber verbalización se va configurando una represión de lo vivido, lo cual cumple con una “...función protectora impidiendo que los pensamientos desagradables se entrometan en la experiencia consciente” (Norman, 1985:55).

Sin embargo, el silencio no es en todos los casos sinónimo de amnesia¹¹, por ejemplo “...para Namer, esa memoria traumática que *se mantiene oculta*, la denomina **memoria avergonzada**; [y] la designa así porque son memorias regionales que no están preparadas para ser abordadas en un dialogo social” (Ontiveros, 1999:54), pero una vez “superado” el trauma –esto llega a extenderse por meses o años-, se puede reabrir el diálogo y continuar con el segundo momento en la construcción de la memoria: *la retención*.

Esta segunda fase es una ampliación de la anterior, la sociedad utiliza las herramientas que tenga a disposición para *almacenar la información*. Una de ellas es el *discurso o narración* -que como se advierte es determinante en el proceso de la memoria- el cual elaborado en la etapa anterior, llega a consolidarse plenamente en este momento fijando la impronta de la *huella mnemónica* (Flores, 1975:7). Sin

¹¹ “El olvido es distinto a la amnesia. Aquel consiste en la pérdida natural de memorias alguna vez adquiridas a medida que el tiempo pasa; cosa que nos ocurre a todos. La amnesia es la pérdida excesiva, a veces total, de memorias previamente adquiridas” (Izquierdo, 1992:59).

embargo, “...frecuentemente [codificamos] eventos en nuestras propias palabras y (...) retenemos nuestras propias verbalizaciones” (Howe, 1974:89), por lo tanto, la memoria que se construye está implantada sobre las bases de la *abstracción de una experiencia* (Baddeley, 1988:376), es decir, *la realidad que percibimos es una cosa y la memoria que consolidamos otra* (Izquierdo, 1992:11). Por esta razón, lo que se recuerda no es la realidad en sí, sino el discurso que se construye a partir de esa realidad.

La importancia de la verbalización en este contexto se pone de manifiesto por la observación común de que cuando alguien es testigo, digamos, de un accidente automovilístico y, después, escribe un informe de él, posiblemente lo recordará muchos años más tarde y será más fuerte el recuerdo de su relato que el del evento real. A menudo, la persona puede pensar que está reproduciendo detalles del hecho cuando en realidad está recordando su propia reproducción (Howe, 1974:89).

En este momento es posible hablar de la transición entre el *recuerdo* y los primeros vestigios de la *memoria*, ya que hay codificación y almacenamiento de la experiencia vivida, -resaltando además que el discurso es colectivamente compartido y aceptado¹²-. En materia de desastres, si a éste se le designa un nombre o título, del cual se apropie el colectivo, -por ejemplo en nuestro caso de estudio: *La Tragedia de Vargas* -, la experiencia sensoperceptible pasará a ser retenida por el colectivo, no sólo como un desastre más en la larga lista antecesora (los cuales no fueron nombrados), sino como el evento que produjo una sacudida en las bases simbólicas de la sociedad y se abrió paso en la memoria.

¹² “Básicamente, la memoria (...) plenamente realizada es el comportamiento de la narración. Este comportamiento es social, pues solamente adquiere sentido con la presencia de otro individuo” (Lieury, 1985:186).

Sin embargo, esta etapa de retención no está libre de la presencia amenazante del olvido. Y es que precisamente, la verbalización de la experiencia puede llegar a distorsionar la realidad.

Parecen muy comunes los errores en los testimonios; rara vez se recuerdan las cosas exactamente cómo ocurrieron; aunque se piense que sí. Freud y otros han indicado que tal falla para recordar ocurre por numerosas razones, relacionadas frecuentemente con factores afectivos (necesidades, motivos, etcétera) (...) Es probable que la falla para recordar correctamente los eventos se deba a menudo, a una percepción equivocada, más que a defectos en la retención, por razones prácticas, va a ser difícil decidir si en una situación dada es una o ambas de esas posibles causas las que provocan reproducciones incorrectas (Howe, 1974:89).

La última etapa en el proceso formulado es la *recuperación* de la información retenida. La memoria no existe si no puede evocársele, por lo tanto, esta etapa es sumamente importante para evidenciar si hay una verdadera construcción de la memoria. “Los comportamientos ulteriores pertenecen a la fase de *actualización*. Tienen como objetivo identificar o restituir los datos memorizados en el curso de la fase [anterior]” (Flores, 1975:5). Rememoramos de múltiples modos y por diferentes motivos; por ejemplo, César Flores (1975) distingue cuatro grandes categorías de comportamientos mnemónicos, que pueden operar tanto aislados como en conjunto:

1. Los comportamientos de **reconocimiento**, que tienden a buscar y a identificar los datos adquiridos (objetos cualesquiera, mensajes verbales, individuos, etc.), estando estos presentes dentro del campo perceptivo o en el entorno próximo al individuo.
2. Los comportamientos de **reconstrucción**, en los cuales, siendo estos datos percibidos bajo una forma alterada, la actividad del sujeto debe reconstruirlos en su organización original.
3. Los comportamientos de **evocación** del objeto ausente, concerniente a su descripción o a su reproducción, así como a la reproducción de un acto efectuada en la fase de adquisición.
4. Finalmente, los comportamientos de **(re)aprendizaje** tienen una importancia particular en el interior de este conjunto. Consisten en un segundo aprendizaje que, generalmente más rápido que el primero da pruebas de retención a través de la economía de tiempo y de ejercicio resultante. Esta economía es especialmente la consecuencia de unos reconocimientos y de unas evocaciones a los que favorece una situación ya familiar para el individuo (Flores, 1975:6-7).

La fase de recuperación tiene su cristalización en prácticas conmemorativas, ya que los acontecimientos importantes son señalados colectivamente mediante una ceremonia (Lieury, 1985:188). En las fechas convenidas por la sociedad, se rememora o se *actualiza el pasado desde el presente* -señala Maurice Halbwachs-, esta actualización no sólo incluye la evocación de la experiencia, sino también la transmisión de ésta a la próxima generación. Sin embargo, “...las nuevas generaciones pueden llegar al escenario público con otras visiones” (Jelin, 2002:123) y no asimilar, ni reavivar la memoria, produciéndose un desfase en la transmisión y por ende un olvido de lo que anteriormente se había *retenido*.

La última etapa -que se añade a las tres anteriores- para obtener así en totalidad la imagen del proceso¹³ de construcción de la memoria es el *aprendizaje*, (véase Figura 1).



Figura 1. Proceso de construcción de la memoria. Lo hemos designado *proceso* (aunque metodológicamente se divida en etapas), ya que las actividades implicadas (adquisición, retención, evocación y aprendizaje) no siguen una línea, sino que son convergentes en la construcción de la memoria. Elaboración propia.

¹³ Las cuestiones relacionadas con los procesos de memoria se refieren a las actividades que realizamos para hacer ingresar la información a la memoria, y a las actividades que posteriormente utiliza esa información (Wingfield y Byrnes, 1988:15).

La fase de aprendizaje¹⁴ se adiciona de manera opcional al proceso ya que es factible conservar memoria sin aprendizaje y esto que se advierte –en la mayoría de los casos- en las experiencias traumáticas como los desastres. Es posible alcanzar una etapa de evocación del pasado trágico y hasta transmitirlo a una próxima generación mediante conmemoraciones, pero sin aprender de él las estrategias que ayudarían a disminuir las condiciones vulnerables del contexto social.

Una vez finalizado el recorrido por el proceso que permite la instauración definitiva de la memoria en la sociedad, es posible resumir sus etapas a partir del concepto de memoria que presenta Michael Howe (1974) en su texto *Memoria Humana*, en el cual afirma que: “...la palabra memoria se refiere a la retención y a la subsecuente recuperación de la información y, extendiendo un poco esa definición, un sistema de memoria incluye ciertos procesos necesarios para la codificación y la recodificación de materiales para la retención y la recuperación” (Howe, 1974:86).

Para Howe, el proceso de selección de la información para ser retenida se hace dependiente de los factores de *importancia o interés*, el cual cumple con un rol individual, ya que cada sujeto define qué es importante o relevante para él almacenar en su memoria. Sin embargo, debemos añadir a esto, que la construcción de la memoria está determinada histórica, social y culturalmente, por lo tanto, este proceso de selección, se extiende más allá del plano individual, llegando a niveles más profundos de significados, ya que *cada sociedad determina lo que es o no importante recordar*, y partir de aquí el individuo se desenvuelve. Consecuentemente, *aunque la memoria sea una facultad humana universal, su construcción o reconstrucción es*

¹⁴ Ver más adelante el desarrollo de esta fase.

netamente social. Por lo tanto ¿es posible hablar de memorias colectivas? Esta pregunta ha dedicado muchas páginas a las ciencias sociales, y manifiesta, una vez más la eterna tensión y el eterno dilema de la relación entre individuo y sociedad (Jelin, 2002a).

La noción de *memoria colectiva* se debe a la figura del investigador francés, Maurice Halbwachs (1877-1945) “...es este sociólogo del conocimiento quien inicia las investigaciones sobre la memoria colectiva” (Ontiveros, 1999:45). En Halbwachs, la memoria colectiva es definida como “...*proceso de construcción y reconstrucción de hechos y recuerdos que deviene del proceso consensual de un grupo social, de la afectividad del colectivo, sin embargo, cada memoria individual es un punto de vista de la memoria colectiva*” (Ontiveros, 1999:46).

Varios elementos son importantes de resaltar en este concepto de memoria colectiva. El primero es -como afirmábamos en líneas anteriores-, que *la memoria es un proceso consensual de cada grupo social*. “El recuerdo sobrevive cuando el otro que forma parte de la sociedad también recuerda, cuando hay una prioridad del colectivo sobre lo individual: porque los otros recuerdan, es que la memoria individual es posible” (Ontiveros, 1999:46). Por lo tanto, para recordar es necesario un consenso social que determine qué experiencia es o no importante conservar en la memoria. De aquí que Halbwachs ha propuesto la idea de la reconstrucción de la memoria individual desde los *cuadros sociales de la memoria* (lenguaje, espacio, sociedad, religión, entre otros), es decir, un individuo reconstruye su memoria de acuerdo al cuadro social en el cual participe. Toda memoria es *individual*, al fin y al cabo son los individuos los que hacen o no uso de ella, pero al mismo tiempo toda

memoria es *colectiva*, es decir, se nutre y se transforma a partir de referentes culturales en función de la interacción social (Valcuende en Acosta *et al*, 2007).

Uno de los principales cuadros sociales para la reconstrucción de la memoria, -según Halbwachs- es el *espacio*, para él “...no hay memoria colectiva que no se localice, que no se desarrolle en un cuadro espacial” (Halbwachs en Ontiveros, 1999:72), por lo tanto, en el estudio de la memoria espacial es necesario advertir los objetos materiales o los lugares ligados con acontecimientos pasados que son elegidos por diversos actores para inscribir territorialmente las memorias (Jelin, 2002a). En este sentido, cuando hablamos de una memoria espacial colectiva en torno a un desastre, debemos reconocer que “...la destrucción de un lugar, el desalojo, el cambio abrupto de los referentes espaciales, puede originar un resquebrajamiento en la Memoria Colectiva del grupo” (Halbwachs en Ontiveros, 1999:72). Por lo tanto, estos *lugares de memoria*¹⁵, son fundamentales en la reconstrucción del recuerdo post-desastre, y actúan como *referentes de ubicación* de lo que desapareció con el evento desastroso; estos son *puntos clave para la activación de la memoria colectiva* -se concretan materialmente en sitios como casas históricas, restaurantes, hoteles, plazas, monumentos, entre otros-.

Otro cuadro social -señalado por Halbwachs- que actúa de manera determinante en la evocación de la memoria es el *tiempo*.

Las fechas y los aniversarios son coyunturas de activación de la memoria. La esfera pública es ocupada por la conmemoración, con manifestaciones explícitas compartidas y con confrontaciones. En términos personales y de la subjetividad, son momentos en que el trabajo de la memoria es arduo para todos, para los distintos bandos, para viejos y jóvenes, con experiencias vividas muy diversas. Los hechos se reordenan, se desordenan esquemas existentes, aparecen las voces de nuevas y viejas generaciones que preguntan,

¹⁵ Ver más Nora, P. (2008). *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Montevideo: Ediciones Trilce.

relatan, crean espacios intersubjetivos, comparten claves de lo vivido, lo escuchado o lo omitido. Son hitos o marcas, ocasiones cuando las claves de los que está ocurriendo en la subjetividad y en el plano simbólico se tornan más visibles, cuando las memorias de diferentes actores sociales se actualizan y se vuelven “presente” (Jelin, 2002a:52).

El segundo elemento -presente en el concepto de memoria colectiva de Halbwachs- permite distinguir que la memoria, aunque sea colectiva, ciertamente está determinada por la *afectividad*. Esto es muy importante tenerlo en cuenta a lo largo de la investigación, ya que la sociedad tiene un sentimiento común y esa *afectividad* *guía la selección de los recuerdos*: lo que el grupo social *quiere* olvidar, lo que *quiere* recordar. Sin embargo -y este es el tercer elemento-, Halbwachs reconoce que el pasado no se conserva, sino que se *construye* y *reconstruye* partiendo del presente – como advertimos en la fase de recuperación o evocación-,

...es el presente lo que permite dar cuenta del pasado, es el ‘hoy’ que permea, que permite la construcción y reconstrucción de aquello que ha dejado una impronta en nuestra vida social. No hay, pues, pasado inmutable independiente de la experiencia presente (...), sino un pasado siempre recommenzado y reconstruido. Nuestra memoria, al explorar el pasado, realiza un viaje retrospectivo en el que sabe que el presente es la meta en la que se desemboca y la perspectiva desde la que se puede reconstruir y relatar (Ramos citado en Ontiveros, 1999:47).

Nuestro recuerdo, por lo tanto, está condicionado por toda una serie de factores, tanto en el momento en el que se produjeron los hechos, como en etapas posteriores en la que se producen acontecimientos que pueden transformar su sentido y significado. Por ende, “...aproximarnos a los recuerdos de una persona o de un grupo en concreto significa comprender tanto sus circunstancias pasadas, pero sobre todo, las circunstancias actuales, en las que se enmarca el recuerdo” (Valcuende en Acosta *et al*, 2007:23).

Otro aporte de Halbwachs a la noción de memoria colectiva, es que separa la *memoria local* de la *memoria histórica*, siendo la primera aquella que conserva más de los datos arraigados en la comunidad que de los datos formales (Ontiveros, 1999).

La *memoria histórica* se refiere a hechos formales, personajes, es la historia basada en fechas, héroes, etc. la *memoria colectiva* hace mención a una historia, pero la forjada día tras día, por el colectivo, la historia de la cotidianidad, la de los personajes de todos los días (Ontiveros, 1999:49).

Ciertamente podemos afirmar que este último aspecto señalado por Halbwachs, se hace presente en la reconstrucción de la memoria a partir de un desastre. Y es lo que nos permite estudiarla en sus dos ámbitos: por un lado, el de la *formalidad*, representado en el registro -es su mayoría escrito- del conjunto de catástrofes “memorables” que acontecen a lo largo del proceso histórico-social en una determinada comunidad. Y por otro lado, el de la *cotidianidad* -construida por el colectivo-, que son los desastres que produjeron una huella en la comunidad, y puede llegar a reflejarse en las acciones de la vida diaria.

La otra cara de la memoria: *el olvido*

Aunque la memoria colectiva permita al grupo social compartir los mismos recuerdos -formales o locales-, cada individuo recuerda desde su experiencia. En consecuencia, el antropólogo Joël Candau (2002) afirma que aquello que unifica la memoria colectiva, no es lo que se recuerda, sino, lo que se olvida;

Lo único que los miembros de un grupo o de una sociedad comparten realmente es lo que olvidaron de su pasado en común. Sin duda, la memoria colectiva es más la suma de los olvidos que la suma de los recuerdos pues, ante todo y esencialmente, éstos son el resultado de una elaboración individual, en tanto que aquellos tienen en común, precisamente, el haber sido olvidados. Por lo tanto, la sociedad se encuentra menos unida por sus recuerdos que por sus olvidos. Es posible ver que existe una casi certeza en cuanto a los olvidos comunes de un grupo, de una sociedad, pero nunca es posible

estar seguros en cuanto a los recuerdos, pues cada uno de ellos, incluso el histórico, recibe la impronta de la memoria individual. La ausencia es segura, las modalidades inciertas de la presencia quedan por determinar (Candau, 2002:64).

Para Marc Augé (1998) la memoria y el olvido guardan en cierto modo la misma relación que la vida y la muerte, es decir, se definen una con relación a la otra: el olvido como una especie de muerte y la vida de los recuerdos. Esta idea trajo consigo la percepción negativa del olvido; así éste “...es temido, ya que su presencia amenaza la identidad” (Jelin, 2002a:19). Sin embargo, “...las sociedades construyen su memoria jugando permanentemente con los dos registros: por una parte, el deber o necesidad de memoria (...) [y] por otra parte, el deber o la necesidad de olvido” (Candau, 2002), de esta manera, el olvido llega a ser “...un alter fraterno e inseparable de la memoria” (Aranda, 1990:9).

Sí, es necesario recordar el pasado para poder actuar en el presente¹⁶, pero no lo podemos recordar todo -tampoco es posible olvidar todo-. Es por esto que la memoria actúa selectivamente, recordando algunas cosas y olvidando otras. De esta manera, *el olvido no es negativo, todo lo contrario, es necesario y actúa en complemento con la memoria.*

Recordar u olvidar es hacer una labor de jardinero, seleccionar, podar. Los recuerdos son como las plantas: hay algunos que deben eliminarse rápidamente para ayudar al resto a desarrollarse, a transformarse, a florecer (...) Los recuerdos son moldeados por el olvido como el mar moldea los contornos de la orilla (Augé, 1998:27).

No obstante, hay diferentes tipos de olvidos y éstos son enumerados por Elizabeth Jelin (2002a). El primero se relaciona con lo que hemos expuesto anteriormente, haciendo referencia a la memoria selectiva, la cual implica un tipo de

¹⁶ Recordemos que la memoria “...es la columna vertebral sobre la cual se erige el cuerpo de la Cultura” (Aranda, 1990:7).

olvido necesario para la sobrevivencia y el funcionamiento del sujeto individual y la cohesión de los grupos y comunidades.

Un segundo tipo de olvido es el profundo, Jelin (2002a) lo denomina: *definitivo*, que responde a la borratura total de hechos y procesos del pasado, producidos en el propio devenir histórico. El objetivo es que si esta supresión total es exitosa, su mismo éxito impide su comprobación, por lo tanto, estaríamos frente una amnesia total del evento experimentado. “Este tipo de olvido puede ser producto de una voluntad o política de olvido y silencio por parte de actores que elaboran estrategias para ocultar y destruir pruebas y rastros, impidiendo las recuperaciones de memorias en el futuro” (Jelin, 2002a:29). Sin embargo, algunas veces, pasados que parecían olvidados “definitivamente” “...reaparecen y cobran nueva vigencia a partir de cambios en los marcos culturales y sociales que impulsan a revisar y dar nuevo sentido a huellas y restos, a los que no se les había dado ningún significado durante décadas o siglos” (2002a:29).

Está también el olvido que Ricoeur denomina *evasivo*, que refleja un intento de no recordar lo que puede herir. “Se da especialmente en períodos históricos posteriores a grandes catástrofes sociales, masacres y genocidios, que generan entre quienes han sufrido la voluntad de no querer saber, de evadirse de los recuerdos para poder seguir viviendo” (Semprún citado en Jelin, 2002a:31). Aquí se divisa la voluntad de silencio –del cual se hacía referencia anteriormente en la fase de retención-, “...de no contar o transmitir de guardar las huellas encerradas en espacios inaccesibles, para cuidar a los otros, como expresión del deseo de no herir ni transmitir sufrimientos” (Jelin, 2002a:31). Finalmente, está el *olvido liberador*,

“...que libera de la carga del pasado para así poder mirar hacia el futuro (...) al condenar la fiebre histórica y al reclamar un olvido que permita vivir, que permita ver las cosas sin la carga pesada de la historia” (Jelin, 2002:32).

Centrémonos en estos dos últimos tipos de olvido, para trabajar con la presencia de la memoria en los desastres. Primero vemos que el olvido evasivo, aunque no es necesario, lógicamente es voluntario, porque ¿quién desea recordar algo que hace daño?, por lo tanto, la experiencia de un desastre, que es un hecho doloroso, no busca ser evocada. No obstante, muchas personas afirman “deseo olvidar, pero no puedo”, estas personas optan así, por el silencio, y aunque recuerden el hecho, no transmiten esa experiencia, con la finalidad de proteger a las generaciones siguientes del daño que sufrieron. Vemos lo complejo de esta situación, ya que si no se transmiten las vivencias dolorosas a los descendientes (y el aprendizaje, en consecuencia), éstos podrían llegar a sufrir los mismos daños de los que se intentaban proteger, es decir, el olvido evasivo llega a reproducir el contexto social vulnerable voluntariamente.

Sin embargo, en tiempos modernos se entrelaza este tipo de olvido evasivo con el liberador, como resultado de la idea del progreso. El pasado es visto como una carga de la que hay que librarse (¿qué tanto más rápido se busca liberarse del pasado doloroso?), por lo tanto, hay que correr un velo sobre ese pasado doloroso y mirar hacia el futuro (Revet 2007). Así, el olvido evasivo que era *voluntario*, pasa a ser *necesario*, porque aquello que me hace débil no me permite tener mejor futuro (Revet, 2007).

Memoria-Olvido/Desastre

Anteriormente se ha advertido que la memoria es construida a lo largo de un proceso, en el cual se seleccionan algunos recuerdos y se olvidan otros. Por lo tanto, señalar que el olvido de los desastres es una disfuncionalidad de la capacidad de la memoria, sería ir contra el principio selectivo de ésta. Igualmente afirmar que hay un borrado total de los desastres -una amnesia en la sociedad- es un error debido a que los desastres no son eliminados completamente de la historia, ya que podemos rastrear sus huellas -como afirma Revet (2007)- en una memoria formal o escrita, exhibida en el caso venezolano a través de los catálogos de desastres.

En este sentido, la forma como se elabora la memoria en torno a un desastre, llega a tener dos variantes. En el primero caso, es posible llegar *recordar los eventos del pasado, pero sin aprender nada de ellos*, por ende se reproducirían, sin ninguna modificación, los factores que construyen el contexto vulnerable. Estas "...lesiones sobre el aprendizaje (...) pudiesen, en muchos casos, explicarse por medio de cambios en la percepción y la motivación" (Rosenzweig, 1977:16), por lo tanto, la reacción emocional hacia el evento traumático no hace otra cosa que desencadenar (Rosenzweig, 1977), un rechazo al pasado trágico y esto a su vez lleva, con el transcurso del tiempo, al olvido o -en palabras de Namer- a una memoria avergonzada. La segunda variante es que la sociedad no se inhibe ante la experiencia vivida y puede *ganar un aprendizaje y transmitirlo a las siguientes generaciones*, buscando superar así los errores del pasado y disminuir la vulnerabilidad ante las amenazas.

Muchos psicólogos han trabajado sobre esta relación entre *aprendizaje* y *memoria*; por ejemplo, Howe (1974) afirma que “...cuando se adquieren significados nuevos y se efectúa alguna reorganización grande de la estructura cognoscitiva, la palabra *aprendizaje* resulta más adecuada y cuando se hace hincapié en la retención de la información, sin reorganización cognoscitiva radical, suele emplearse la palabra *memoria*” (Howe, 1974:95).

Aprendizaje y memoria son conceptos interrelacionados. El estudio de la memoria pone el énfasis en cómo se retiene la información y cómo más tarde se recupera para su utilización. El estudio del aprendizaje se centra en la adquisición de la información y el del rendimiento en cómo se utiliza ésta (Norman, 1985:93).

Como es posible apreciar -en las diferencias anteriormente expuestas-, el aprendizaje es algo más que el sólo recordar, “...también es rendimiento, la capacidad para realizar una tarea de modo diestro (...) El aprendizaje implica un recuerdo propositivo” (Norman, 1985:17), es en cierto sentido llevar a la práctica -de manera eficiente- aquello que se mantiene retenido en la memoria. Es por esto que en el proceso de la construcción de memoria, la fase del aprendizaje es opcional. Sin embargo, éste se manifiesta de diferentes formas; Norman (1985) las clasifica en las tres siguientes:

1. *Agregación*: es la adición de nuevos conocimientos a los esquemas de memoria existentes. El marco existe, pero se añaden nuevos datos. La agregación es la forma más común de aprendizaje.
2. *Estructuración*: es la formación de nuevas estructuras conceptuales o nuevas formas de concebir las cosas. Los esquemas existentes no bastan, debiendo formarse otros nuevos. La estructuración es poco frecuente y habitualmente implica gran trabajo y esfuerzo, si bien probablemente es la forma más importante de aprendizaje.
3. *Ajuste*: es el acoplamiento sutil del conocimiento a la tarea. Ya existen esquemas adecuados y contienen el conocimiento apropiado, pero no alcanzan su propósito de modo eficiente, ya sea porque son demasiado generales o porque no se corresponden de modo exacto con el uso particular que se requiere de ellos, de modo que es preciso ajustar el conocimiento, adaptarlo continuamente a la tarea. La práctica es la única manera de conseguir el ajuste, pueden precisarse miles de horas de práctica para alcanzar el nivel que caracteriza al experto. Quizás sea esta la

forma más lenta de aprendizaje, pero es la que convierte el mero conocimiento en un rendimiento diestro (Norman, 1985:111).

Si bien los desastres –en palabras de Hoffman y Oliver-Smith (1999)- constituyen el resultado de procesos que ante la presencia de una amenaza se convierten en detonadores de situaciones insostenibles y modelos desfasados, son por lo tanto también reveladores de una carencia en el aprendizaje –tomando como base la experiencia de desastres anteriores-. En este sentido, es ineludible que la comunidad afectada adquiera un aprendizaje de tipo estructural, ya que no hay conocimiento de los desastres pasados y mucho menos son asimilados y superados conscientemente los factores productores del contexto vulnerable. Por ende, las nuevas estructuras conceptuales formarán el asidero de información necesario para concebir la realidad tal cual se presenta, logrando así actuar sobre ella, teniendo a mano las herramientas necesarias para responder eficazmente ante la nueva presencia de la amenaza: “El aprendizaje queda evidenciado cuando se produce un incremento de la respuesta tras la asociación de ciertos eventos” (Miller, Fiori y Navarro, 1993:29). Por esta razón, es factible afirmar que la cristalización del aprendizaje –en la experiencia traumática- representa la memoria plenamente realizada y puesta en práctica.

Jelin (2002a), confirma esto al hablar acerca de una *memoria “ejemplar”*. Esta postura implica una doble tarea. Por un lado, *superar el dolor* causado por el recuerdo logrando asumir la vulnerabilidad y *aprender de él*, derivar del pasado las lecciones que pueden convertirse en principios de acción para el presente (Jelin, 2002a).

La memoria en relación con los desastres no nos interesa sólo como una reconstrucción del pasado, sino como una manera de transformar el presente (Martín, 2000). En este sentido, si el aprendizaje es un proceso, una modificación dinámica, la memoria es su impulso, y por ese hecho, algo que puede examinarse por medio de diversidad de métodos (Rosenzweig, 1977). Por lo tanto, -como hemos afirmado anteriormente- para validar la experiencia de hechos catastróficos se necesita no sólo que la memoria tenga formas de expresión pública, es necesaria *una memoria que produzca aprendizajes para el futuro*, reivindicaciones, herramientas que antes no existían. Recordemos que “la conmemoración de lo ocurrido permite darle un sentido y reconocimiento público, pero incluso cuando no puede hacerse, la memoria puede subsistir como hábitos, tradiciones orales y archivos históricos” (Martín, 2000:75), sin un aprendizaje, “...de espaldas al pasado, al que sólo se le reconoce de manera alucinatoria, como un referente romántico o mítico, pero nunca real” (Altez, 2005:315).

Capítulo 2

LA COTIDIANA RECURRENCIA DE EVENTOS DESASTROSOS EN EL LITORAL CENTRAL DE VENEZUELA

LA COTIDIANA RECURRENCIA DE EVENTOS DESASTROSOS EN EL LITORAL CENTRAL DE VENEZUELA

A raíz de la experiencia desastrosa vivida en el Litoral Central venezolano en diciembre de 1999 se iniciaron un conjunto de esfuerzos de investigación, por parte de antropólogos, geólogos, historiadores, entre otros; con el fin de señalar las causas de la poca preparación de la población ante el fenómeno natural. Por un lado, era necesario proporcionar respuestas a las interrogantes *¿por qué nos pasó esto? ¿por qué no estábamos preparados?*, y, por otro lado, la inquietud de saber si algo similar *había ocurrido antes*, condujo directamente a la opción de ahondar en el pasado de la región, buscando revelar en él algunos eventos similares.

Para nuestra sorpresa, el evento del '99 no es el primero (ni último) que se produce en el Litoral Central venezolano, este tipo de fenómeno hidrometeorológico no es nada nuevo, sino que "...la zona convive con amenazas naturales y las mismas se han convertido en hechos catastróficos a lo largo de todo el proceso histórico de la región" (Altez, 2005:315).

A partir de esta "revelación", surgen otros problemas. Ahora que nos percatamos de que estos tipos de eventos son recurrentes en el Estado Vargas ¿cómo percibir la *tragedia* del '99? Tal como advierte Sandrine Revet (2007), podríamos caer en el error de *relativizar o destacar las características excepcionales* de la *tragedia* de 99' al compararla con los desastres anteriores. Es por eso que al sumergirnos en el mar del pasado debemos tener precaución y aún más asumiendo como objeto de estudio al *desastre*.

Éste se dibujó por muchos años como la figura misma del *tiempo corto* del cual el científico social debía cuidarse, ya que es “...el tiempo del acontecimiento, un tiempo engañoso que explica poco o nada de los movimientos históricos” (Braudel citado por Trepát y Comes, 2006:36). No obstante, más allá de ver la *Tragedia* del ’99 únicamente de forma *sincrónica* (propia del *tiempo corto*), nos hemos dispuesto a percibirla como “...el resultado de *procesos* que ante la presencia de una amenaza [natural o antrópica] se convierten en detonadores o reveladores de situaciones críticas preexistentes en términos sociales, económicos y políticos” (García Acosta, 1996:18). Por lo tanto, como resultado de *procesos*, los desastres están sujetos inevitablemente a un *análisis histórico*, en el cual debemos tomar en cuenta tanto la dimensión *diacrónica* como la *sincrónica*.

La dimensión histórica requiere estudiar determinado tema o problema en términos de su continuidad en el espacio y en el tiempo, teniendo la posibilidad de hacer altos en el camino y analizar también el acontecimiento siempre enmarcado en un contexto espacio-temporal que lo define (García Acosta, 1996:15).

Siguiendo el planteamiento de García Acosta (1996), hacer historia de los desastres no es estudiar desastres memorables, inolvidables, sino desastres ocurridos a lo largo de la historia de un determinado grupo o sociedad, enmarcados en una localidad o región; “...significa reconstruir historias en las cuales el desastre, como resultado de procesos sociales y económicos constituye el hilo conductor” (García Acosta, 1996:20).

En nuestro caso, la reconstrucción histórica de los desastres enmarcados dentro del Litoral Central venezolano que aspiramos realizar, tiene la finalidad de demostrar: *La cotidiana recurrencia de eventos desastrosos* en la zona de estudio.

Una recurrencia determinada no sólo por las condiciones físicas/naturales del lugar, sino por su relación intrínseca con el proceso de poblamiento urbano. Es decir, esta dualidad (amenaza/contexto vulnerable) nos permite distinguir ciertamente que las condiciones naturales del Litoral (propicias a la repetición de fenómenos hidrometeorológicos como el del '99) sólo pueden llegar a convertirse en potenciales amenazas si están en relación con un contexto social vulnerable.

Es así como este rasgo dual propio del desastre nos exige, en primer lugar, ahondar en el *escenario natural* del Litoral Central venezolano, que frente a un contexto vulnerable actúa como una amenaza latente ya que, "...considerando las características topográficas, geológicas, climatológicas e hidrológicas de la zona (...) los fenómenos inmanentes al proceso de conformación de este sistema se repetirán en el futuro" (Pacheco, 2002:15). En segundo lugar, es esencial el estudio del proceso que sentó las bases para la construcción de un *contexto social y material vulnerable*.

Dentro del estudio de este contexto vulnerable podemos señalar; por un lado, la ausencia de respuestas eficaces frente al desastre, producto de la presencia protagónica del *olvido* durante el proceso histórico. Una consecuencia notable de este aspecto se observa en el establecimiento anárquico de las viviendas en el estado Vargas, la mayoría de ellas ubicadas en zonas de alto riesgo (laderas inestables o conos de deyección) como consecuencia de "...un desconocimiento grave del entorno en el cual sobrevive y un olvido sistemático (...), de las propias condiciones que construyeron la realidad en la que se desenvuelve" (Altez, 2005: 315), creando así un *urbanismo sin memoria* (Altez, 2004) en buena parte responsable de las consecuencias trágicas en diciembre del '99. Por esta razón, es primordial el estudio

en profundidad de este proceso urbanístico desmemoriado, al que dedicaremos un apartado en el presente capítulo.

Otro factor relevante que se distingue en la reconstrucción histórica de los desastres del Litoral Central venezolano, es el cambio de *percepción* de la población sobre el desastre. Esto no es más que la modificación de los saberes colectivos acerca del riesgo, producto de una lectura de la realidad elaborada por los actores sociales durante la interacción con su entorno (Klein, 2007:2); reconociendo así que las respuestas de las sociedades frente al desastre están relacionadas intrínsecamente con la noción que posean acerca de éste.

El desastre, antes que un hecho, es un concepto; y como tal, es el resultado de una noción, de una relación con la realidad, la cual se presenta como un indicador de la interpretación que la cultura hace de los fenómenos naturales con los que convive. Por ello la noción de desastre no ha sido una sola a lo largo del proceso cultural, ni única culturalmente (esto es: no es universal) (Altez, 2002a:169).

En nuestro recorrido por la historia de los desastres del Litoral Central veremos cómo se han contado e interpretado estos eventos en el pasado, logrando así reconocer la lectura de la realidad o discurso en cada contexto con relación a los desastres, aspirando entender qué significaban estos fenómenos para entonces (Altez 2002a).

La reconstrucción histórica que presentamos se constituye de 39 eventos entre 1680-1999, asociados únicamente a fenómenos hidrometeorológicos. Recordemos que la *tragedia* del '99 estalló debido a lluvias extraordinarias, por lo tanto, este tipo de fenómeno resaltaré las características comunes entre el conjunto de eventos registrados.

Sin embargo, el número de eventos recopilados es elevado y más allá de ofrecer una simple cronología, buscamos profundizar en el proceso histórico-social, con el fin de llegar a distinguir tanto el cambio de percepción hacia el desastre, como la presencia del olvido. Es así como juzgamos conveniente centrarnos en ejemplos que puedan reflejar el objetivo planteado; por lo tanto, de los 38 eventos, seleccionamos un desastre que representará a cada siglo como antecedentes al de diciembre de 1999, siendo los tres desastres: 11-14 de Febrero de 1798, 7 de Octubre de 1892 y 16-18 Febrero de 1951. La escogencia de estos tres eventos tiene una lógica de selección que se irá presentando en cada apartado.

Por último, con base en la premisa: *los desastres han hecho presencia en el pasado y seguirán haciéndolo en el futuro*, realizaremos una reflexión en torno a eventos posteriores al '99; observando en ellos la dualidad naturalización/olvido. Siguiendo el planteamiento de Klein, la *naturalización* tiende a ignorar los peligros más cotidianos (2007:88-89); se hacen “normales” las amenazas naturales permanentes y vulnerabilidades cotidianas, es decir, eventos más comunes como son las lluvias de poca intensidad (causantes de un daño menor en la población). Mientras que el *olvido* ha sido asignado para aquellas amenazas más infrecuentes o de baja probabilidad de ocurrencia, como son las lluvias extraordinarias, *eventos que se repiten cada 1000 años* (Urbani, 2008; Rodríguez, 2008; Salcedo, 2000). Ciertamente, tanto la naturalización de los fenómenos hidrometeorológicos de baja escala como el olvido de eventos extraordinarios debido a una gran distancia temporal-espacial entre la ocurrencia de los mismos, ha contribuido a la reproducción del contexto vulnerable en el Estado Vargas.

LA SERRANIA DEL LITORAL:

Una zona de riesgo

Una de las cosas que nos hace vulnerables frente a la naturaleza, es el escaso control que tenemos sobre ella: no sabemos realmente cuándo y cómo hará presencia un fenómeno natural potencialmente destructor. Aunque podemos aproximarnos a ellos mediante el estudio de los períodos de retorno, ciertamente éstos no son 100% seguros. Por ende, debemos *estar preparados* para cualquier situación extraordinaria que se presente. Esta preparación parte de un profundo conocimiento de la zona en la cual desarrollamos nuestra vida diaria y del reconocer que la naturaleza en sí misma es dinámica; por lo tanto “...evoluciona y cambia continuamente” (Urbani, 2008:189).

Siguiendo a Franco Urbani (2008), las transformaciones del escenario natural producto del dinamismo, pueden presentarse de dos formas (no excluyentes); la primera, mediante períodos largos, con un ritmo lento casi imperceptible; y la segunda, caracterizada por episodios de corta duración, aunque violentos y de gran magnitud. Esta última se enmarca dentro de la corriente de pensamiento del *catastrofismo*¹⁷ y representa la imagen viva de los erróneamente llamados “desastres naturales”.

Evidentemente la naturaleza es dinámica y se transforma utilizando algunas veces como recurso a los fenómenos que hemos designado extraordinarios; sin

¹⁷ “[Esta corriente] considera que la evolución de nuestro planeta fue sólo el resultado de grandes catástrofes, posición que ciertamente tiene inicio en las ideas del diluvio universal” (Urbani, 2008:191-192).

embargo, éstos no son desastres, son fenómenos naturales. Como ya hemos discutido, los desastres son el “...resultado de la confluencia entre un fenómeno natural peligroso y una sociedad o un contexto vulnerable” (García Acosta, 1996:18). De ahí que en esta reconstrucción histórica, sea absolutamente necesario conocer en profundidad tanto las condiciones naturales como sociales que confluyen dando origen al desastre. Pues está claro que “...la naturaleza y su dinámica no han producido las mismas consecuencias a lo largo del tiempo, sino que esas consecuencias son el producto del contexto (histórico, social y cultural) en el que tienen lugar” (Altez, 2008:226). En el presente apartado nos centraremos en el primer factor: *el escenario natural*, considerando las características topográficas, geológicas, climatológicas e hidrológicas que hacen del Litoral una potencial zona de riesgo.

El Litoral Central venezolano se ubica dentro del sistema montañoso de *La Cordillera de la Costa* (ver Figura 2) que abarca un área de 52.000 kilómetros cuadrados (Pacheco, 2002), extendida al norte de Venezuela y paralela a la línea costera, en dirección oeste-este, con una longitud de 870 kilómetros de largo y una anchura entre 10 y 80 kilómetros.



Figura 2. Ubicación de la Cordillera de la Costa. Tomado y modificado del Instituto Geográfico de Venezuela Simón Bolívar disponible en <http://www.igvsb.gov.ve/>

Este sistema montañoso se inicia al Oeste en la Depresión de Yaracuy y se prolonga hacia el Este hasta llegar a la Península de Paria, allí se sumerge para reaparecer en la región septentrional de la Isla de Trinidad. Según Urbani (2008), la Cordillera de la Costa elevó su topografía actual como producto de la compleja colisión entre las placas del Caribe y Suramericana, en tiempos relativamente jóvenes del Cretácico tardío hasta la actualidad.

En esta Cordillera se distinguen tres grandes unidades: el macizo de Nirgua al Oeste, una *Región Central*, que va desde el abra de Trincheras en el estado Carabobo hasta el Cabo Codera en Miranda y la *Región Oriental*, que corresponde al eje montañoso de las penínsulas de Araya y Paria. Para efectos de la investigación, nos

ubicaremos en la región Central de la Cordillera, específicamente en *La serranía del Litoral*.

Con el estudio de sus características se pueden destacar las condiciones naturales que la hacen potencialmente una zona de riesgo con “...amenazas (...) de *carácter geológico* (sismos, avalanchas, deslizamientos) e *hidrometeorológicos* (inundaciones, lluvias, huracanes)” (Klein, 2007:56).

La serranía del Litoral “...tiene una orografía caracterizada por altos picos, fuertes pendientes y valles en forma de V, encañonados hacia las partes altas los cuales son cruzados por numerosos cursos de agua de importancia variable” (Pacheco, 2002:23). Al mismo tiempo, posee una geoquímica proclive a los fenómenos de meteorización que da origen a la presencia de materiales potencialmente móviles, cuya inestabilidad hace fácilmente desprendibles grandes bloques de roca (Urbani, 2008).

Estas características de la serranía (montañas altas con fuertes pendientes, junto con la fragilidad del suelo) la convierten en un *escenario geológico natural riesgoso*, proclive a deslizamientos, desprendimiento de roca y sismos -no sólo por convivir con un sistema de fallas muy activo, sino por el hecho de suelos frágiles altamente amplificadores de ondas sísmicas- (Altez, 2007a).

Si las características geológicas y orográficas hacen de la serranía un escenario potencialmente peligroso para la población que vive en la zona, el cruce de estas variables con una *amenaza hidrometeorológica* aumentaría el peligro; ya que bajo la acción del agua (que actúa como medio lubricante) el deslizamiento se da con mayor rapidez y grandes daños: “...en consecuencia, habiéndose formado montañas

de gran elevación y con laderas de mucha pendiente, éstas son precisamente las más propensas a flujos torrenciales en caso de lluvias extremas, con o sin algún mecanismo sísmico de disparo” (Urbani, 2008:202).

Como señalábamos anteriormente, las montañas que conforman la serranía del Litoral están cruzadas por numerosos cursos de agua: ríos, arroyos, quebradas que contienen cuencas y subcuencas interconectadas de extensión variable, capaces de recoger un volumen muy alto de agua en los momentos de lluvias excepcionales. Por lo tanto, la presencia de ríos y quebradas montañosas sinuosas y de abruptas pendientes, bajo lluvias extraordinarias, concentradas en períodos cortos de tiempo, producen aumento violento de sus caudales y avenidas transitorias o discontinuas (Pacheco, 2002).

Estas amenazas podrían disminuir en cierto modo con la existencia de un nivel pluvioso controlado; sin embargo, hay una situación meteorológica que puede modificar las condiciones de buen tiempo, sobre todo en los meses de la estación seca en Venezuela (entre noviembre y abril); y es la acción de los frentes fríos¹⁸ (*los llamados Nortes*). Estos al llegar a costas venezolanas se confrontan con un mar tibio y una atmosfera baja que los obliga a elevarse encontrando como barrera a la Cordillera de la Costa. En la subida “...disminuyen su temperatura y su capacidad de carga hídrica, y entonces el exceso de vapor de agua pasa a estado liquido, formando gotas y nubes” (Muguerza, 2001). Este ascenso y el choque con la montaña producen lluvias intensas y precipitaciones excepcionales;

¹⁸ “Masa de aire frígido y húmedo que se desplaza desde el noreste” (Muguerza, 2001:20).

...el régimen de lluvia es normal mientras soplan los alisios en dirección NE- SW; cuando soplan los nortes, pueden presentarse graves consecuencias, ya que los valles por su orientación sur-norte recogen de pleno los vientos, dando lugar a lluvias extraordinarias, saturación de los suelos y aludes torrenciales (Pacheco, 2002:24).

Por lo tanto, la coincidencia en la Cordillera de la Costa de montañas abruptas con litologías que propenden a generar grandes bloques de rocas meteorizadas, junto a las condiciones hidrometeorológicas imperantes, e inclusive la sismicidad de la región, hacen que Litoral Central se vea severamente amenazado por “...riesgos *sísmicos* (terremotos), *geológicos* (deslizamientos y desprendimientos de rocas), *hidrometeorológicos* (aludes producidos por vaguadas y tormentas), y *meteorológicos* (mares de leva o marejadas provocados por tormentas)” (Altez, 2005:317).

Una vez presentado el escenario natural del Litoral Central de Venezuela, reconocemos las características (topográficas, geológicas, climatológicas e hidrológicas) propias del área, que se conjugan formando una zona de alto riesgo. *Si estas características no se cruzaran, otra sería la historia.* Un ejemplo evidenciará esta afirmación: al presentarse las lluvias irregulares sobre la serranía del Litoral Central, se producen flujos torrenciales, unos en sentido norte, hacia la costa y otros en sentido sur, hacia Caracas. El relieve marca la diferencia en este caso, determinando que los cursos de agua que drenan hacia el mar sean más significativos que los orientados a la capital de la República. Por lo tanto, podemos ver que la conjugación del fenómeno natural (las lluvias) y la condición topográfica de la zona (relieve), dejan en una situación de riesgo muy particular a las poblaciones que se ubican en la costa (Muguerza, 2001).

No obstante, todas estas condiciones naturales que hacen del Litoral una zona altamente riesgosa; “...son parte del proceso de restauración natural del equilibrio de las montañas” (Pacheco, 2002:25), es decir, son el reflejo de la dinámica de la naturaleza a la cual hacíamos referencia en líneas anteriores. Sin embargo, en ciertas ocasiones, esta dinámica natural puede ser acelerada por la acción antrópica, llegando a modificar el mínimo equilibrio existente en laderas y vertientes de la serranía.

Una de estas acciones presentes en el proceso histórico-social del Litoral ha sido el desarrollo urbano invasivo y anárquico; éste, por un lado, se convirtió en la causa de una mayor desestabilización de la zona, y por otro, profundizó la vulnerabilidad de los habitantes ante eventos potencialmente destructores (Altez, 2005). Así, las zonas más densamente pobladas de la región central se corresponden con aquellas que precisamente tienen un alto o moderado riesgo ante lluvias extraordinarias; con capacidad de producir desde simples inundaciones (agua predominante), pasando por toda la gama en las características de los fluidos, hasta el extremo de los devastadores flujos de detritos con bloques de dimensiones métricas (Urbani, 2008). Con esto, reafirmamos lo dicho por García Acosta (2005) que “...los desastres son generados, en buena parte, por prácticas humanas relacionadas con la degradación ambiental, el crecimiento demográfico y los procesos de urbanización” (García Acosta, 2005:16).

Dando continuidad a lo que hemos planteado, distinguiremos seguidamente el otro lado de la moneda del riesgo: la *vulnerabilidad social*, tanto víctima como detonante de los desastres.

CONTEXTO SOCIAL VULNERABLE:

El proceso de ocupación territorial del Litoral Central de Venezuela.

El estado Vargas se alza sobre “...un extenso y estrecho borde costero, al norte de Venezuela” (Genatios, 2000:XVIII) (ver Figura 3). La reducida franja costera, ha sido el resultado de la acumulación progresiva de capas de sedimentos producto, por un lado, del aporte lento pero continuo de las crecidas anuales, y por otro, de los eventos torrenciales de gran magnitud. Estos en cuestión de horas “...pueden movilizar volúmenes de sedimentos comparables a siglos o milenios de acción lenta” (Urbani, 2008: 209-210).

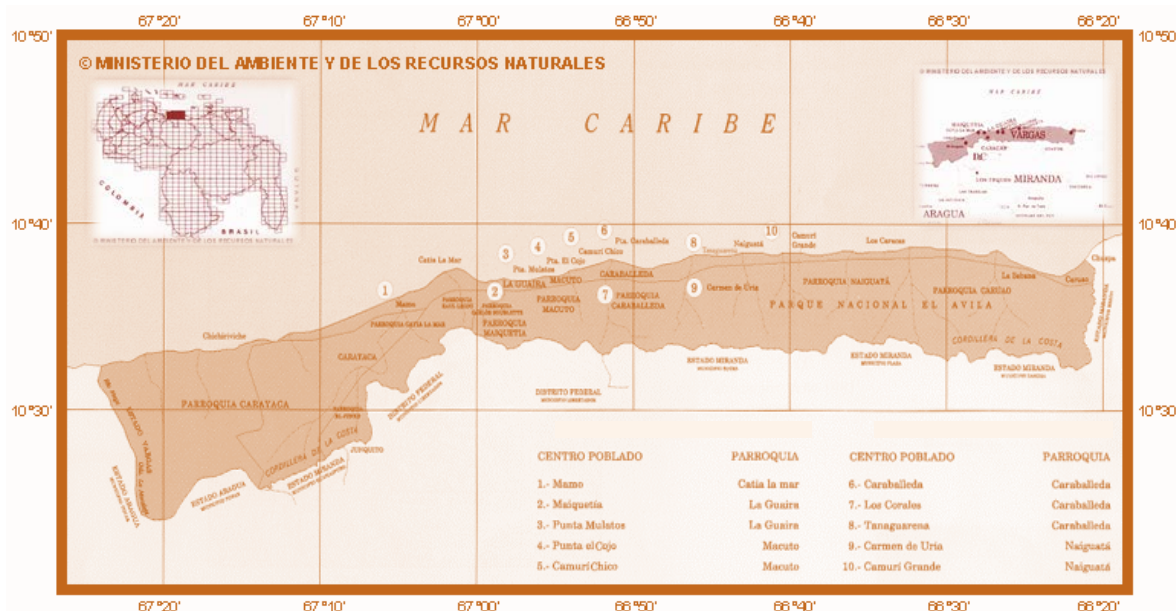


Figura 3. Ubicación relativa del Estado Vargas. Tomado y modificado del Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales (1999).

Sin embargo, en esta estrecha franja entre la montaña y el mar se fue asentando la población. Desconociendo las condiciones que construyeron el entorno,

edificaron sus vidas sobre los cauces de ríos y quebradas que parecían “dormir”, pero que para desconcierto de la población crecen violentamente de cuando en cuando. Por lo tanto, afirmamos junto con Revet (2007), que si se puede hablar de una historia de desastres “naturales” en el Litoral Central, esta historia fue escrita de forma paralela al desarrollo urbano de la región. Es por esta razón que profundizaremos en el estudio del proceso de ocupación territorial del Litoral Central de Venezuela, esforzándonos por comprender la lógica que acompañó a este proceso desde tiempos precolombinos hasta la actualidad. Demostrando así, la responsabilidad directa de la sociedad en la construcción de un contexto altamente vulnerable.

Precolombino

El poblamiento de la costa antes de la llegada de los españoles (a mediados del siglo XVI), estaba caracterizado por una ocupación dispersa de los grupos indígenas¹⁹. Aunque no es posible determinar cuán antigua es esta presencia indígena en el Estado Vargas, el antropólogo Pedro Rivas la estima dentro del período *Paleoindio venezolano*, “extendido entre los 15.000 y los 5.000 años antes de nuestra era” (Altez, Y. y Rivas, 2002:89).

Sólo se sabe que, en algún momento entre los 5.000 y 1.000 años antes de nuestra era, a lo largo de la costa, y probablemente en sentido Oeste-Este, se produjo la expansión

¹⁹ Entre ellos se encuentran: *Comunidades recolectoras marinas de Cabo Blanco* (algunos indicios apuntan su relación con ancestros de los indígenas Warao), los *Tocuyanoides* (de origen Noroccidental, con presencia en las planicies elevadas de Cerro Machado), *Ocumaroides* y los *Barrancoides/Saladoides* (de posible filiación Arawak), los *Valenzoides* (grupo de filiación Caribe) y los *Caraca* (grupo indígena identificado en los periodos Colonial y Republicano, la gente con la cual debió interactuar el colonizador hispanomestizo Francisco Fajardo y numerosos encomenderos y hacenderos) (Altez, Y. y Rivas, 2002).

gradual de algunas comunidades indígenas especializadas en la pesca y recolección de animales marinos así como en la explotación de fauna y flora característica de las áreas con manglares (Altez, Y. y Rivas, 2002:90).

La ubicación geográfica de los asentamientos de estas comunidades aborígenes estaba ligada a los ecosistemas marinos. Por lo tanto, levantaron sus viviendas en las partes bajas y relativamente planas de la costa, muy cerca de la orilla del mar, lo que les facilitaba el acceso a la principal fuente de recursos de su economía y podría servirles de protección ante la mirada de observadores extraños que navegaban frente a la costa (Altez, Y. y Rivas, 2002).

Sin embargo, según Altez, Y. y Rivas (2002) se encontraron restos de algunos asentamientos en las alturas de la montaña, a pesar de las fuertes pendientes. La elección de estos lugares quizás fue debida a la experiencia de sucesivos desbordamientos de algunos ríos. Todo esto nos permite reconocer que la ubicación de las viviendas en tiempos precolombinos, estaba determinada por la estrecha relación existente entre la población y la naturaleza, tanto para la obtención de recursos de subsistencia, como para el resguardo ante las crecidas de los ríos, las cuales debieron ser frecuentes.

La Colonia: entre puerto, defensa y haciendas.

El primer agente de la conquista de las costas venezolanas fue Francisco Fajardo, el cual desembarca por primera vez (1557-1558) en un lugar llamado Panecillo, ubicado en las adyacencias de lo que hoy se conoce como La Sabana (Altez, Y. y Rivas, 2002). El mestizo Fajardo abandona el lugar, para luego regresar

por segunda vez (1560), desembarcando ahora en Caraballeda, y ahí funda un poblado con el nombre de El Collado y lo convierte en el primer puerto de la costa (Revet, 2007); sin embargo, la resistencia indígena no permite consolidar este levantamiento.

Mediante estas primeras iniciativas de conquista de la región costera, se aprecia el carácter que era impreso en la zona, como potencial puerto. Este carácter se reafirmó luego en 1589, cuando el gobernador Diego de Osorio fundó el puerto de La Guaira, con el fin de “...proveer a Caracas de un puerto que lo comunicara con ultramar, dándole entrada y salida a todos los productos que se comercializaban dentro de la provincia” (Marcano y Barrios, 2001:100). No obstante, La Guaira servía a Caracas, tanto para el comercio, como para la protección; pues era el “...puesto avanzado de defensa de la capital de la provincia de Venezuela ante ataques piratas” (Fundación Polar, 1997:879).

Por lo tanto, la consolidación poblacional del Litoral, en tiempos fundacionales va a estar determinada por su cercanía a Caracas; “...los españoles que exploraron el entorno buscaban un acceso rápido al valle” (Altez, 2005:316). Esta cercanía se convertirá en una cuestión estratégica que llevará a la construcción de vías de comunicación entre estos dos lugares (Revet, 2007).

Por otro lado, el Litoral asumía también un rol económico con la producción agrícola. Es importante reconocer que la conquista del territorio venezolano por los españoles en el siglo XVI, se realiza siguiendo una lógica de colonización y desarrollo, en donde la agricultura es la forma más obvia de alcanzar este objetivo

(Revet, 2007). Esta lógica, explicará el porqué de la localización de la población en sitios específicos a lo largo de la costa central venezolana.

La principal razón de asentamiento en el Litoral estaba determinada por parajes donde confluían condiciones ambientales óptimas para la producción agrícola, “...estos criterios coincidían en gran medida con los criterios de la población autóctona precedente, los grupos indígenas que habitaron ese territorio hasta el siglo XVIII” (Altez, Y. y Rivas, 2002:18). Por lo tanto, la distribución de las haciendas sobre el Litoral tenían relación con el tipo de producto que se cultivaba;

Por ejemplo, sitios tales como San Faustino, Todasana o la Hacienda El Banco, se encuentran localizados en zonas con temperaturas superiores a los 24°C, en donde quizás haya sido favorable el desarrollo de plantaciones de cacao y caña, afines al clima ‘cálido’. La colonización de las zonas altas (...), sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, se relaciona más bien con la introducción del café, planta para la cual se requería un clima más bien ‘frio’, templado y una vegetación boscosa húmeda (Altez, Y. y Rivas, 2002:21).

A pesar del papel agroexportador del Litoral y su importancia para la protección de Caracas, la región no adquiere un grupo demográfico consistente (Revet, 2007). De hecho, gran parte de los comerciantes de La Guaira siguen residiendo en Caracas y sólo visitan el puerto para *hacer negocios*; “...en realidad parece haber sido costumbre de la época el que los amos no residieran en sus haciendas sino en Caracas, fundamentalmente aquella parte de la población aristócrata blanca y criolla, llamada «Mantuana»” (Altez, Y. y Rivas, 2002:53).

De puerto a balneario

Es notable que desde tiempos fundacionales se destaque la relación intrínseca existente entre la ciudad de Caracas y litoral central, relación que se reflejará incluso en el proceso de división político-territorial, ya que hasta 1998 dicha zona había estado integrada territorialmente a la ciudad de Caracas. Pero anteriormente, como lo señala la constitución de la Provincia de Caracas de 1812, la actual región de Vargas fue uno de los Departamentos que formaban parte del “*Cantón de Caracas y sus costas vecinas*”²⁰

Durante el transcurso del siglo XIX se refuerza aún más la relación entre Caracas y “su costa”. Este va a ser un siglo marcado, tanto por el desarrollo comercial del puerto de La Guaira, realizando mejoras en la infraestructura, necesarias para facilitar el comercio entre los lugares de producción, distribución y consumo; como por el desarrollo constante de la infraestructura en la costa, permitiendo una comunicación efectiva: La apertura de la carretera entre Caracas y La Guaira en 1845, la línea telegráfica en 1856, la ruta entre La Guaira y Macuto en 1875, la línea de ferrocarril entre Caracas y La Guaira en 1883 (Revet, 2007).

²⁰ Todo ese territorio del “Cantón de Caracas y sus costas vecinas” en la Constitución de los Estados Unidos de Venezuela de 1864, pasó a integrar el recién creado Distrito Federal (1863), el cual tenía dos Distritos: el Distrito Libertador en el valle de Caracas y el Distrito Vargas en el litoral central. Hasta que la Ley Orgánica del Distrito Federal de 1986 creó dos municipios: Libertador y Vargas. Después de muchos intentos por separar el municipio Vargas del Distrito Federal, en 1998 se logra crear mediante Ley Orgánica el *Territorio Federal Vargas*, desagregándolo del Distrito Federal, para luego convertir, en el mismo año, dicho Territorio Federal en el *Estado Vargas* (Plunz, Baratloo y Conard, 2005:21).

Sin embargo, el final del siglo va a estar bajo la influencia del caudillo dictador Antonio Guzmán Blanco (1870-1877, 1879-1884, 1886-1888), quien marcó considerablemente al país con su política de “modernización”, la cual incluía una planificación urbana tomando como ideal los grandes centros urbanos de París (Revet, 2007). Dentro de este modelo de modernización, se encuentran los *lugares de descanso*. El Litoral desempeñará un nuevo papel como el *balneario de Caracas*, que imprimirá considerablemente un estatus recreacional a la costa, el cual se conservará a lo largo de los años.

Guzmán Blanco eligió la localidad de Macuto para establecer su *lugar de descanso cerca del mar*: La Guzmania. Esta comprende dos aspectos fundamentales que debemos tener en cuenta. El primero es que Macuto como zona con fines recreacionales fue producto de una planificación y la Guzmania es “...la primera obra de carácter recreacional de nuestro país” (Fundación Polar, 1997:881).

La Guzmania representa una innovación en el país en cuanto a su disposición y organización espacial: se trata de un modelo de casa-quinta característico de las zonas de veraneo en las ciudades balneario de Europa y Latinoamérica (que acostumbraba visitar Guzmán Blanco) (Fundación Polar, 1997:881).

El segundo aspecto es que logra introducir en el pensamiento de los ciudadanos la idea del Litoral como el lugar que permite *un cambio de aire de la ciudad*. “El ejemplo de poseer una casa de descanso cerca del mar pronto tuvo sus seguidores y los ciudadanos adinerados y los gobernantes sucesores de Guzmán Blanco realizaron en años sucesivos sus propias viviendas en la nueva urbanización de la Guzmania” (Fundación Polar, 1997:881). Es así como la imagen del Litoral se va transformando de puerto a balneario, es decir, de una zona comercial a un lugar de recreación,

reposo, descanso y esparcimiento frente al mar. Sin embargo, más adelante veremos cómo estos roles asumidos por el Litoral (siempre determinados por su relación con la capital de Venezuela), no van a desaparecer, sino que se superpondrán para formar la imagen *collage* actual de Vargas, que de una u otra forma cristaliza este largo proceso de urbanización.

Vargas: la nueva urbanización

Ya para el siglo XX las transformaciones que se producen en la costa van a estar caracterizadas por la rapidez, cambios veloces, pero significativos. Desde la década de 1930, en toda Venezuela se ha producido una importante reorganización del espacio. Durante el final del régimen de Juan Vicente Gómez (1908-1935), la riqueza del petróleo comienza a ser reinvertida en la labor de planificación y creación de servicios o instalaciones (Revet, 2007). La costa no va a escapar de esta planificación. En 1942 el gobierno otorga el contrato para la construcción del Aeropuerto Internacional de Maiquetía, que será culminado dos años después (Marcano y Barrios, 2001). Mediante el Aeropuerto se refuerzan las características de La Guaira como puerto, concedidas desde su fundación, es decir, su papel de comercio y transporte vital, pero ahora no sólo servirá a la ciudad de Caracas, sino a toda Venezuela, ya que "...funciona como la principal puerta de acceso al país (...) desde el exterior y su localización geográfica privilegiada le permite servir de punto de enlace para las rutas que cubre América Latina, el Caribe y Europa Occidental" (Marcano y Barrios, 2001:135).

Sin embargo, paralelamente a todo este proceso de modernización de la Costa y a su característica particular de puerto, aeropuerto y lugar de descanso, la población del Litoral en la segunda mitad del siglo XX comienza a crecer muy rápidamente, pero sin una planificación urbana considerada seriamente.

Es por esta razón que en la historia del proceso de urbanización del Litoral Central, la intrínseca relación entre la capital y “sus costas vecinas” es fundamental. Es tanto así que el *boom* del poblamiento del Vargas fue impulsado por el “...crecimiento desmesurado de las grandes concentraciones urbanas latinoamericanas desde los años 50” (Singer, 2008:172), que no dejó por fuera a la ciudad de Caracas y ésta poblándose en su máxima capacidad, tuvo en la “costa vecina” una vía de escape.

Por lo tanto, debido a este significativo proceso de desconcentración territorial que experimenta Venezuela a partir de los años ´60 (Marcano y Barrios, 2001), el Litoral Central fue habitándose desmesuradamente sobre conos de deyección y laderas inestables, sin percatarse del riesgo que se corre al asentarse en estas zonas²¹. Sin embargo, debemos hacer un paréntesis en este momento para dar razón del asentamiento sobre los conos de deyección.

Ciertamente la población dio la espalda a las condiciones naturales que originaron la zona donde situaron sus viviendas, no reconocieron que esas planicies formaban parte de desembocadura de los ríos y fueron formadas por “...la

²¹ Las poblaciones de Los Caracas, Camurí Grande, Naiguatá, Carmen de Uria, Tanaguarena, Caraballeda, sector Las Quince Letras, Macuto, Punta de Mulatos, La Guaira y Maiquetía han sido desarrolladas sobre los abanicos aluviales depositados por las quebradas que descienden de las montañas (OPS, 2002:12).

contribución de depósitos fluviales normales y por flujos torrenciales ocasionales” (Salcedo, 2000:896). No obstante, recordemos que Vargas es una *estrecha franja* que llega a tener una distancia entre el mar y la montaña, en algunos casos, de tan solo 8 kilómetros (Revet, 2007) (ver Figura 4).



Figura 4. Franja costera del estado Vargas (Foto: Manuel Alejandro Prado), tomada de Organización Panamericana de la Salud (OPS, 2002:49).

Si enfocamos nuestro lente en esa estrecha franja observada, distinguiremos rápidamente que *no hay espacio* para acoger a una gran cantidad de población, los únicos lugares disponibles en la costa serían estas grandes planicies (de la cual ya sabemos su origen) y las laderas inestables de las montañas. Por lo tanto, “...la población se fue asentando en los pocos espacios que permitieron el crecimiento urbano” (Altez, 2005:316).

Por otro lado, este proceso que concentró grandes cantidades de población en el Litoral en torno a la ciudad de Caracas, estuvo acompañado de la mejoras en las vías de comunicación entre estos dos lugares. La huella constructora del general

Marcos Pérez Jiménez marcó definitivamente lo que se gestó siglos atrás. Con la construcción de la autopista Caracas-La Guaira (1950-1953) se reafirmó, tanto en lo concreto como en lo simbólico, la eficacia, el interés estratégico y funcionalidad de la cercanía entre la capital y “su costa” (Altez, 2007b), ahora la distancia era más corta, “...apenas 15 minutos de duración para el recorrido” (Altez, 2007b:38).

Esta conexión rápida y efectiva, ciertamente generó un nuevo papel para el Litoral. Con la expansión de la ciudad se concreta una relación constante y cotidiana entre Caracas como centro y el Litoral como su periferia. A partir de aquí la costa no sólo será el puerto, aeropuerto o el balneario de Caracas, sino que será *su periferia*.

Les liens qui unissent Vargas à Caracas sont anciens et œuvrent dans les deux sens. Ainsi, nombreux sont les habitants de Vargas qui travaillent ou étudient à Caracas. A cet égard, le trafic routier entre les deux entités est constant, d'où l'importance primordiale de l'axe autoroutier qui les relie. Les *caraqueños*, quant à eux, considèrent « *El Litoral* » avant tout comme une extension de Caracas, comme « leur » espace de plaisir et de détente. Ils viennent le week-end et pendant les vacances, après des heures d'embouteillages, profiter de toutes les stations balnéaires qui s'étendent de Catia la Mar à Los Caracas et des structures qui y sont associées : restaurants, clubs privés, bars et dancings²² (Revet, 2007:48)

El urbanismo sin memoria

Para finalizar este apartado, es importante señalar “...que el mayor crecimiento urbano de la región se desplegó sobre estas zonas luego del evento de 1951” (Altez, 2008:242). Entonces, podríamos asomar que la causa de este desconocimiento se

²² Los lazos que unen a Vargas y Caracas son viejos y están presentes en ambas direcciones. Por lo tanto, muchas personas que trabajan o estudian en Caracas son de Vargas. En este sentido, el tráfico entre las dos entidades es común, de ahí la importancia de la autopista que las conecta. Los caraqueños, por su parte, creen que "El Litoral" es como una extensión de Caracas, como "su" espacio de placer y relajación. Vienen los fines de semana y días festivos, después de las horas de los atascos de tráfico a disfrutar de todas las balnearios que se extienden desde Catia la Mar hasta Los Caracas; y de las estructuras que se asocian con restaurantes, clubes privados, bares y baile. Traducción propia.

debe al “olvido” de eventos desastrosos anteriores; ya que el último evento de gran magnitud había ocurrido en 1951 y el *boom* del proceso de urbanización se dio entre los años 60’s.

En esta entidad federal el proceso de urbanización cobró fuerzas desde 1960, desconociendo los antecedentes de avenidas de ríos y de movimientos rápidos de masas, característicos de su geografía, los cuales habían coexistido con los asentamientos humanos desde sus inicios. La fragilidad de la memoria fue sustrato fértil para que se diese un proceso acelerado e irrespetuoso de invasión de los espacios naturales, no sólo en las zonas bajas y aun medias de los conos de deyección de antiguos cursos, pudiendo más la mercantilización de las conciencias y la perentoriedad habitacional (Pacheco, 2002: 130).

Consecuentemente, este olvido hizo vulnerable a la población varguense cuando en 1999 los ríos reclamaron sus cauces, obligándole a recordar a esta sociedad desmemoriada. Sin embargo, algo nos llama la atención en este proceso urbanístico y es que si bien el hecho de diciembre de 1999 pudo reclamar el recuerdo de un pasado “desastroso de la zona”, la población que perdió sus viviendas por la avenida de ríos y quebradas, volvió a la misma zona habitacional, buscando reconstruir de nuevo sus vidas sobre los cimientos del desastre “ocupando generalmente las zonas afectadas por los eventos destructores o bien reconstruyendo sobre los mismos lugares impactados” (Altez, 2007a:69).

...el urbanismo de la región (...) construyó toda su estructura y su infraestructura en zonas de explayamientos recurrentes de esos abanicos aluviales, lapidando con ello evidencias de los eventos anteriores y sepultando, asimismo, la memoria de la sociedad que además de olvidar su pasado, continúa reproduciendo el riesgo de volver a sufrir las consecuencias del justo reclamo de espacio de los cauces y lo abanicos aluviales (Altez, 2007a:60).

Al parecer, el urbanismo del Litoral Central venezolano no sólo se encuentra controlado por la topografía y las condiciones geológicas de la región, sino especialmente por las decisiones que se toman posteriormente a los eventos destructores, por el olvido y sobre todo por la cotidianidad de eventos desastrosos,

donde la “...población ha aprendido a sobrevivir con su perfil de ‘alto riesgo’...” (Altez, 2008:247). Es aquí donde se cumple el axioma que sostiene que *la sociedad es directamente responsable en la construcción de los riesgos* y que la vulnerabilidad de Vargas es producto del proceso tanto histórico, como geográfico, social y político (Revet, 2007).

Por otro lado, se señala el error en la falta de planificación urbana. Ciertamente, luego de diciembre de '99 se iniciaron un conjunto de proyectos con el fin de crear nuevos desarrollos urbanos en el estado. Para disminuir el riesgo y queriendo enmendar el error del pasado, en esta planificación se incluyeron las variables ambientales; sin embargo, lo que no se tomó en cuenta fue la particular relación simbólica de la población con su medio ambiente;

Si la prevención funcionara más allá de la creación de estrategias para enfrentar los riesgos, las comunidades asumirían como parte de su cotidianidad la memoria de lo que la comunidad misma (como ente que trasciende el presente y que es determinado por su pasado), ha experimentado. En tanto esto no suceda, las estrategias de organización social que manejan el riesgo, sólo contarán con una eficacia funcional y no con la posibilidad de transformar simbólicamente las relaciones con el medio ambiente (SOCSAL, 2003:98).

Con este recorrido hemos advertido que los fenómenos naturales (aunque están presentes a lo largo del proceso y conformación histórica-social de la región), junto a la invasión anárquica en zonas de alto riesgo -producto del un *urbano sin memoria*- (Altez, 2004) han producido una mayor vulnerabilidad ante los riesgos geológicos e hidrometeorológicos latentes en la zona, vulnerabilidad que al “parecer” se sigue reproduciendo en el post-desastre.

UNA MIRADA A LA HISTORIA DE LOS DESASTRES DEL LITORAL CENTRAL DE VENEZUELA

Nos proponemos ahora profundizar en la historia de las catástrofes que han sacudido al Litoral Central, con el fin de reconocer la cotidiana recurrencia de estos eventos desastrosos en la región. En primer lugar, es importante delimitar el tipo de amenaza natural con la que trabajaremos. Ya que el evento del '99 estalló debido a lluvias extraordinarias, extrapolaremos este riesgo hidrometeorológico durante el recorrido histórico a realizar. Por lo tanto, los 38 eventos desastrosos recogidos en la breve cronología (ver anexo 1), están relacionados únicamente con desastres asociados a riesgo hidrometeorológico (aludes producidos por vaguadas y lluvias).

En segundo lugar, la mirada hacia el pasado puesta en práctica tomará en cuenta la interacción entre los eventos naturales y las reacciones, explicaciones e interpretaciones que se inspiran en cada contexto particular, para evitar caer en el error metodológico de querer comprender el pasado con la lógica de presente; "... se trata de conocer el discurso de cada contexto (...) para comprender analíticamente a los testimonios, descripciones, documentos y toda clase de reflejo o imagen entendidos como un dato" (Altez, 2002a:169).

En tercer lugar, para distinguir entre los 38 eventos desastrosos recogidos, hemos seleccionado tres desastres que estudiaremos en profundidad (1789, 1892, 1951). Dentro de la historia de la región estas fechas han sido catalogadas como los desastres más significativos, ya que reflejan claramente cómo un evento dañino

produce la interrupción del funcionamiento de una sociedad, causando pérdidas humanas y materiales, pero sobre todo, cómo van fundando su propio “olvido”.

En cuarto lugar, destacaremos el cambio de percepción de la población con relación a las causas del desastre. Pasando gradualmente de otorgarle su responsabilidad, primero a Dios, luego a la naturaleza y finalmente a la “sociedad mal ubicada”.

Por último, la reconstrucción histórica fue posible en gran parte por la ayuda del material hemerográfico (siglos XX y XXI). Sin embargo, el “...tratamiento general de algunas noticias (...) muestran un enfoque sensacionalista” (Rodríguez, 2002:50). En algunos de los titulares sobresale el uso del elemento “alarma” y esto puede deberse a “...la percepción de un evento catastrófico por las sociedades afectadas (es decir, cómo es calificado por quien lo padece), lo cual, generalmente, conduce a la magnificación o minimización del hecho y no a la calificación “objetiva” del mismo” (Altez, 2005:320). Ciertamente lo que Schoeneich -citado en Altez, 2005-, ha llamado *intensidad objetiva* (o intensidad del fenómeno en sí), e *intensidad subjetiva* (o intensidad percibida), podría estar marcando una significativa diferencia en la interpretación de los desastres del pasado.

Temporales y aludes del 11 al 14 de febrero de 1798: *El primero de muchos.*

Eventos como el de diciembre de 1999 han ocurrido en el Litoral Central de Venezuela constantemente a lo largo del tiempo geológico, “...de hecho basta ver un mapa topográfico para ver los numerosos conos aluviales que se extienden hacia el mar” (Urbani, 2000:148). Otra fuerte evidencia de que en el pasado ocurrieron flujos torrenciales de gran magnitud es “...el hecho de que en muchos de los conos de deyección se encuentren bloques de rocas metaígneas, las cuales pertenecen a unidades litológicas que afloran en las cuencas medias y altas de la montaña” (Salcedo, 2000:917), el traslado de estas rocas es posible gracias a las crecidas ordinarias y extraordinarias. Ciertamente, estos flujos torrenciales pre-históricos que dieron origen a la franja del litoral, son los primeros de muchos otros que le siguieron, pero no tuvieron la connotación de desastres hasta que se cruzaron con un contexto vulnerable; porque “...donde no hay habitantes (es decir, donde no hay construcciones e intereses), no se produce información” (Altez, 2005:319), ni se producen desastres.

La historia de los desastres del Litoral que presentamos, inicia en el siglo XVIII (aunque dentro de la cronología expuesta se registra el primer suceso en siglo XVII en el año 1680, pero su ocurrencia se marca como dudosa). En este siglo se reconocen 5 eventos desastrosos: 1740, 1780, 1781, 1797, 1798. Podría resultar confuso afirmar que el evento de 1798 es el primero de muchos, ya que hay cuatro casos anteriores a éste; sin embargo, la primera evidencia descrita testimonialmente con el sentido de desastre (conjugación entre amenaza natural y contexto vulnerable)

es la del año de 1798, además –según Revet 2007- es el primer fenómeno del que se dispone una descripción detallada. Es por esto que hemos decidido profundizar en el estudio de este “*primer desastre*”, distinguiéndolo como el evento representativo del siglo XVIII.

Según Revet (2007) se poseen tres fuentes principales para el estudio del caso: La primera es una comunicación dirigida por el Tribunal de Justicia de Caracas de parte del Oidor de la Real Audiencia de Caracas, don Juan Nepomuceno de Pedroza, quien fue testigo directo de los acontecimientos. La segunda es un artículo titulado “Una vista previa de los acontecimientos observados en el puerto de la Guaira, de 11 a 14 de febrero, 1798”, fechado en 1798 y que narra el acontecimiento y el daño que produjo. Y la tercera es la narración de Alexander von Humboldt en su recocida obra *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente* realizada en 1799 -un año después del evento-.

Entre el 11 y 14 de febrero el Litoral se ve afectado por constantes precipitaciones, el Oidor de la Real Audiencia de Caracas, don Juan Nepomuceno de Pedroza, quien se encuentra de “temperamento” en el puerto, está asomado en el balcón de su casa cuando comienza a llover. Desde ese mismo balcón va siguiendo, detalle por detalle, el curso progresivo de los acontecimientos, para luego dirigirse, con fecha 15 del mes de febrero de 1798, a los Señores Presidente, Regente y Oidores del Alto Tribunal participándoles:

...el terrible golpe que ha descargado la Mano poderosa sobre este desgraciado Pueblo, pues el Domingo 11 del corriente a las 11 de la mañana empezó a llover, siguió sin cesar hasta la mañana del martes; hizo alguna pausa la lluvia, pero a poco rato volvió con más violencia, hasta llegar el caso de que a la una y media de la tarde fue tal la avenida de piedras, árboles y tierra por el río que llenó todo el cauce (...) de modo que no quedó puente alguno ni más comunicación entre las dos partes del pueblo que la

muralla (...) Pero el daño más temible para el pueblo era el derrame por la calle del cerro y demás de la parte izquierda del río, pues todas las aguas iban a parar a lo principal del pueblo, y lo más hondo es imponderable la confusión y gritería de las gentes que veía correr desde mi casa sin saber yo todavía el origen de este movimiento, pero en el mismo instante se dejó venir el río para la Plaza y Calle de la Caleta y callejón de la mosca llenando a todos de horror y espanto²³.

A continuación, este funcionario de la monarquía resalta el servicio prestado por los “Oficiales” a fin de evitar nuevas desgracias, afirmando: “No puedo pasar en silencio el importante servicio que hicieron al público los Oficiales (...), llegando al punto de desfallecer por el arriesgado y continuo trabajo de día y noche”²⁴ Además destaca la acción del Teniente Coronel Agustín García quien se hizo cargo oportunamente de la apertura de la Puerta de la Caleta para dar salida a las aguas, “si esta se conservaba cerrada el pueblo se hubiese anegado por completo”. Por otro lado, hay una imprecisión en los daños ocasionados por el evento, ya que; “Se ignora el número de muertos que ha habido, pero son varios los que se han sacado (...), lo mismo sucede por lo que respecta a las casas, pues además de la muchas caídas han quedado varias arruinadas”²⁵

El testimonio concluye con una invitación a prestar asistencia a la costa: “Considero que estas personas dignas de toda compasión merecen ser consolados y auxiliados”²⁶, también hace hincapié en la necesidad de tomar providencias para evitar tales desgracias y proteger al pueblo contra las aguas, que si en todas partes son temibles, en esta plaza con más razón porque está al pié de un cerro altísimo y las

²³ *El Universal*, 19/1/1939. “Divulgaciones históricas del Archivo Nacional”, por Andrés Hernández Pino, citado en Röhl, (1949), p. 37-38.

²⁴ (1949:39).

²⁵ (1949:40).

²⁶ (1949:44).

aguas toman en el descenso una fuerza imponderable, como también los árboles que arrastra.

El segundo documento que describe el evento, hace énfasis en “...la rápida violencia de las aguas [la cual] no respetaba cosa artificial ni aún de las naturales”²⁷. Al salirse el río de su cauce derribó 5 puentes: “...sus arcos, a pesar de la sólida construcción, embalsados con los árboles y materiales que vomitaba la corriente, no podían resistir”²⁸. Otro aspecto que se destaca es la modificación de la línea de la costa; “Los materiales que arrojaba el Rio se avanzaron al Mar en parages á distancia de 50 toesas formando con las puntas una nueva costa en donde antes no se veía sino multitud de peñas grandísimas”²⁹ El documento culmina señalando la causa que pudo haber ocasionado aquel desastre;

La voz común confiesa que la causa de tan terrible daño procede de los desmontes, banqueros, piedras arrancadas y demás que se arrojó á las orillas de Rio y vertientes en la abertura de los caminos de las alturas y con el torrente impetuoso de las aguas precisamente por su gravedad habían de descender á la parte más profunda que es el río³⁰

Humboldt en su obra *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*, como buen naturalista presenta importantes observaciones a su llegada al puerto de La Guaira advirtiéndolo en primer lugar, que ésta “...es más bien una rada que un puerto, pues el mar está allí constantemente agitada, y los navíos sufren a una vez de la acción del viento, el nivel de la marea” (Humboldt, 1985:266). Por otro lado,

²⁷ *Documentos para la Historia de la Vida Pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*. Publicados por disposición del General Guzmán Blanco ilustre Americano, Regenerador y Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, en 1875, Tomo 1, Caracas, Imprenta de la “Opinión Nacional” de Fausto Tedor de Aldrey, Plaza Bolívar, 1875, p. 355.

²⁸ (1875:356).

²⁹ (1875:356).

³⁰ (1875:356).

destaca el peligro del rápido aumento en el caudal de los ríos –causa de la geología local- que dificultaba en algunos casos su traslado, ya que debía “...atravesar torrentes que crecen rápidamente a causa de la proximidad de las montañas” (Humboldt, 1985:241).

Sin embargo, dentro de la narración se encuentra una descripción del “pluvioso año de 1798”. La referencia del Barón de Humboldt al evento de 1798 –realizada a su llegada un año después (1799)- está relacionada directamente con la noticia de la fiebre amarilla; ya que algunas personas afirmaban que “....la alteración extraordinaria en la constitución atmosférica causada por el desbordamiento del río de La Guaira” (Humboldt, 1985:246) aceleró el desarrollo de esta enfermedad. Reseña Humboldt la noticia del desastre de la siguiente manera,

Este torrente, que por lo general no tiene 10 pulgadas de hondo, tuvo, después de sesenta horas de lluvia en las montañas, una creciente tan extraordinaria, que arrastró troncos de árboles y masa de rocas de un volumen considerable. El agua medía durante la creciente de 30 a 40 pies de anchura por 8 a 10 pies de profundidad. Suponíase que había salido de algún depósito subterráneo formado por infiltraciones sucesivas en las *tierras movediza y nuevamente desmontadas*. Varias casas fueron arrebatadas por el torrente y las inundaciones hizo tanto más peligrosa para los almacenes, cuanto la puerta de la ciudad, que únicamente podía dar salida a las aguas, se había cerrado accidentalmente. Fue menester abrir una brecha en una muralla del lado del mar. Más de treinta personas perecieron y los perjuicios fueron evaluados en medio millón de pesos (Humboldt, 1985:246).

La narración de Humboldt centra la atención de su texto principalmente en las características físicas de la zona, al presentar las medidas de amplitud y profundidad del río (Revet, 2007). Luego declara que la población pensó que aquel torrente era causado por un depósito subterráneo formado por infiltraciones de la geología local –altamente movediza- devastada por los desmonte. Sin embargo, como se advierte su narración mantiene los principales elementos contenidos en la declaración del Oidor

Pedroza (Revet, 2007). Acota al final de la descripción que el evento de 1798 no pudo haber sido la principal causa de la propagación de la fiebre amarilla

Las aguas estancadas que infectaban los almacenes, los sótanos y los calabozos de la cárcel pública esparcían sin duda miasmas en el aire, los cuales, como causas predisponentes, pueden haber acelerado el desarrollo de la fiebre amarilla; pero pienso que la inundación del río de La Guaira fue tan escasamente la causa primitiva de aquella cuanto lo fueron los desbordamientos para Sevilla, Ecija y Málaga en las funestas epidemias de 1800 y 1804 (Humboldt, 1985:273).

Una vez presentado el evento, es necesario focalizar en algunos aspectos fundamentales. Primero, debemos tener en cuenta la explicación por parte de la voz común acerca de la *causa que produjo el desastre*. Como apuntamos anteriormente, la opinión plasmada en la documentación de la época atribuye un grado de responsabilidad de la catástrofe a los *banqueos y desmontes* producidos por algunos de sus pobladores. Sin embargo, por otro lado, Juan Nepomuceno de Pedroza cree ver en el desastre, la furia y *el castigo divino* ante la blasfemia libertina: “*el terrible golpe que ha descargado la Mano poderosa sobre este desgraciado Pueblo*”. A partir de esto, podemos advertir cómo opera el cambio gradual de señalamiento de la responsabilidad del suceso; el desastre es entendido por algunos como resultado de la ira divina, pero para otros el hombre no es sólo la víctima, sino que también se le puede encontrar responsable de los daños.

En segundo lugar, es importante vislumbrar las consecuencias que trajeron consigo el desastre y cómo se responde a ellas. Recordemos que para esta época el Litoral cumple el papel de lugar de defensa. Por lo tanto, las pérdidas van a estar focalizadas en los parques de artillería, fortificaciones, maestranzas, bóvedas. Encarar la catástrofe ocasionada por las lluvias caídas en ese febrero de 1798, produjo un serio contratiempo, que significó en lo tocante al Estado español pérdidas de dinero y

distracción obligada de recursos, que debieron canalizarse a socorrer, en primer lugar, a los damnificados y, en segunda instancia, a reponer la infraestructura afectada y subsanar los daños ocasionados en los fuertes militares (Pacheco, 2002). Casi simultáneamente se tomaron las previsiones para encauzar las quebradas y ríos, concentrándose en el Osorio, que era el curso de agua, principal, que pasaba por la población de La Guaira. “Esta decisión tenía como fin: impedir que el cauce del río tuviese obstáculos que le impidiesen correr con fluidez y salirse de la madre, en caso de nuevas lluvias” (Pacheco, 2002:60). Este tipo de acciones reflejan un pensamiento que tiene en cuenta la recurrencia del fenómeno, pero sobre todo promueve planes de recuperación y prevención.

No obstante, con respecto a los planes de prevención, el Oidor Juan Nepomuceno señala que se deben tomar providencias para evitar semejantes desgracias, por lo tanto, debe hacerse “...una discreta combinación de la defensa de la plaza contra los enemigos; del resguardo contra el comercio furtivo, y de la conservación del pueblo contra las aguas”³¹ Las medidas que sugiere el Oidor revelan la situación de vulnerabilidad del Litoral, no sólo frente a las avenidas de los ríos, sino porque la costa debe defenderse, resguardarse y conservarse de sus principales enemigos: los piratas, el contrabando. Esta estrategia de prevención nos permite reconocer claramente que los desastres son “...detonadores o reveladores de situaciones críticas preexistentes en términos sociales, económicos y políticos” (García Acosta, 1996:18) y que una vez que el evento dejó en descubierto la

³¹ (1949:44).

vulnerabilidad del Litoral, se toman las medidas para resguardarse de todo tipo de amenaza.

Por último, debemos considerar la percepción que tiene la población acerca de la naturaleza. Ciertamente, en la lectura de los relatos logramos distinguir el conocimiento que posee la población del entorno que la rodea. Por ejemplo, Juan Nepomuceno reconoce que es necesario el *resguardo ante las condiciones naturales* del Litoral. Afirma que en cualquier sitio la población podría protegerse de las aguas, pero en la plaza donde se encuentra, el resguardo debe ser mayor, porque el lugar “...está al pié de un cerro altísimo y las aguas toman en el descenso una fuerza imponderable”³² Por otro lado, la relación con la naturaleza que se presenta en el segundo documento es de *respeto*: “La naturaleza por una casualidad ó un inmenso tesoro podrá volver á proporcionar al Pueblo el propio cause que el Rio tenía”³³ Por lo tanto, la naturaleza se percibe en una relación de respeto cruzada por el miedo (tiene el poder de dar y quitar), sin embargo, la idea de resguardo logra superar ese miedo, ya que los planes de prevención conllevarían a la adaptación de las condiciones naturales, capacitando a la población para dar una respuesta ante los fenómenos naturales potencialmente destructores.

Si, à la veille du XIX siècle, le poids de l'explication divine de la catastrophe est indéniable, l'humain apparaît néanmoins comme un acteur à part entière, à la fois partiellement responsable de ce qui arrive et capable d'envisager des solutions et de prendre des mesures de «prévention»³⁴ (Revet, 2007:68).

³² (1949:44).

³³ (1875:356).

³⁴ Si, en vísperas del siglo XIX, el peso de la explicación divina del desastre es innegable, sin embargo, los humanos parecen ser participantes de pleno derecho, tanto en parte responsable de lo que sucede, como en ser los capaces de considerar soluciones y tomar medidas para la "prevención". Traducción propia.

6 y 7 de Octubre de 1892: “Extraordinario y nunca visto aguacero en todo el litoral de Venezuela”

El 11 de Julio de 1900 sale a la luz una cronología de los desastres más notables en Venezuela desde 1798; en ella hay una reflexión muy importante que debemos tomar en cuenta antes de seguir con nuestro recorrido histórico de los desastre del Litoral Central. En esta reflexión se afirma que “*El hecho de aparecer más tempestades, crecientes, inundaciones y huracanes en el siglo XIX con respecto al siglo anterior, depende de que la prensa periódica con su progreso ha tomado nota de ellas*”³⁵

Esto nos hace recapacitar ante la idea errónea que se maneja la cual afirma acerca de que los fenómenos naturales en la actualidad son muchos más que en el pasado. Ciertamente en el pasado hubo muchos fenómenos naturales de una gran magnitud destructiva, en comparación con los que podemos distinguir en actualidad, pero, ¿qué consecuencias pudieron tener si no había población en la zona donde se hacían presencia? “Obviamente la naturaleza no dejó de actuar por el hecho de que la sociedad no cuente con presencia en los lugares en donde se manifestaron los fenómenos” (Altez, 2005:331). Además, el hecho de la recolección de información de un desastre, dependerá de la importancia que se le otorgue al mismo. Por ejemplo, “...la ausencia de reportes de daños por terremotos, lluvias, aludes o tempestades

³⁵ Landaeta, M. “Tempestades, crecientes, inundaciones y huracanes notables en Venezuela desde 1798”. *La restauración liberal*, 11/07/1900, p. 2-3.

antes del siglo XIX, se debe, claramente, a la escasa población y la falta de ‘noticias que ello significaba’...” (Altez, 2005:331).

En la actualidad, no podemos afirmar que hay más desastres que en el pasado o que cada vez se hacen más frecuentes en el globo terráqueo, porque caeríamos en un error. La reflexión correcta acerca de esto sería: los desastres son más frecuentes porque se toman más notas de ellos, se hacen más destructores porque además de que la población ha crecido, existen los medios de comunicación que los registren.

Esta reflexión no está desligada del presente apartado. Ya que trabajaremos a continuación con el siglo XIX, caracterizado como el siglo parcialmente inactivo con respecto a los desastres en el Litoral (Rodríguez, 2008). Esta inactividad no es debida a la ausencia de fenómenos naturales potencialmente destructores, sino, a la ausencia de información acerca de ellos; “No se tienen noticias de eventos torrenciales que hayan afectado el Litoral Central para el siglo XIX (...) posiblemente consecuencia de la actividad política y guerrera que afecta a la nación, esta podría haber eludido las noticias sobre los eventos sucedidos en este siglo” (Rodríguez, 2008:281).

Apenas 10 eventos son registrados en nuestra cronología³⁶. El evento a profundizar en este apartado es el que se desencadenó los días 6 y 7 de Octubre de 1892, aunque se posee poca información descriptiva del suceso, hemos elegido este evento por el hecho de ser el primero en introducir la noción del olvido, representada en la frase: “Extraordinario y nunca visto aguacero en todo el litoral de Venezuela”.

Sólo apenas dos fuentes se poseen acerca del hecho. La primera son varios artículos publicados en *La Opinión Nacional* para el año 1892. La segunda referencia

³⁶ Entre los años: 1817, 1822, 1845, 1881, 1890, 1892, 1895, 1896, 1898, 1899.

se encuentra dentro del artículo de Manuel Landaeta Rosales, titulado “Tempestades, crecientes, inundaciones y huracanes notables en Venezuela desde 1798” publicado en *La Restauración Liberal* para el año 1900. Complementaremos el uso de estas fuentes con algunas referencias que realiza Germán Pacheco (2002) en su texto “Iras de la Serranía”. Y concluiremos con una reflexión tomando como base el artículo de Arístides Rojas titulado “El cordonazo de San Francisco”, publicado en *El Cojo Ilustrado* para el año de 1892.

Los días 6 y 7 de Octubre de 1892 el Litoral fue seriamente afectado por un “aguacero inmenso” que “parecía secar el cielo”; “los ríos crecieron como no hay ejemplo: puentes de las poblaciones, caminos y –vías de– ferrocarriles fueron destruidas” (Pacheco, 2002:85-86).

Extraordinario y nunca visto aguacero en todo el litoral de Venezuela, arrasando con todas las sementeras de la orilla de los ríos, que crecieron como no hay ejemplo. Puentes de las poblaciones, caminos y ferrocarriles fueron destruidos, y otros muchos estragos causó aquel aguacero inmenso que comenzó a las 6 de la tarde del 6 de Octubre en el Oriente de la República y continuó al centro y occidente toda la noche y el día 7 de Octubre de 1892 (Landaeta Rosales, 1900: 2-3).

Lo más notable del relato de Landaeta es la afirmación “*Extraordinario y nunca visto aguacero en todo el litoral de Venezuela*” (Landaeta Rosales, 1900: 2-3). Con esta frase que busca magnificar el desastre (bien sea debido a los daños que produjo o a la cantidad de lluvia caída), se “inicia” el hábito de olvidar los eventos anteriores. Esta es la primera vez en las fuentes que hemos utilizado, que la *noción de olvido* se hace presente. Con la frase “nunca visto” pasan a un segundo plano los desastres del pasado, porque no son representativos en comparación con el que se reseña, por lo tanto, al reafirmar que el evento de 1892 es único entre un conjunto de desastres acaecidos en el Litoral, se selecciona al mismo como *marco de referencia*,

tanto para la minimización de eventos anteriores como para medir el grado destructivo de los futuros desastres, "...a medida que pasa el tiempo el acontecimiento va cayendo en el olvido histórico, para ser reemplazado por otros eventos más cercanos" (Jelin, 2002b:70).

Consecuentemente, si se reconoce en un futuro un evento más catastrófico que el suceso de 1892, este pasaría de ser caracterizado como "extraordinario y nunca visto" a formar parte de los desastres olvidados y menos destructores. Esta manera de concebir a los desastres se reproducirá en el tiempo, lo que ocasionará la constante magnificación del último evento vivido y recordado, olvidando así sus antecedentes.

Pasando a otro aspecto, recordemos que el siglo XIX está caracterizado por la reafirmación de la relación estratégica entre Caracas y "su costa", mediante la construcción de vías de comunicación (La apertura de la carretera entre Caracas y La Guaira en 1845, la línea de ferrocarril entre Caracas y La Guaira en 1883). Ya para este evento (1892), las consecuencias que acarrearán la interrupción sobre las vías de comunicación se intensifican.

Como el desastre trae consigo derrumbes, el Litoral queda incomunicado, tanto con la Capital, como con el resto del país. Ocasionando un gran efecto negativo en la economía del país, que debe ser solventado en la menor cantidad de tiempo posible, por lo tanto, la mejor alternativa es la improvisación, para superar los efectos del desastre momentáneamente y no a largo plazo, reafirmando así que la seguridad del "individuo" es considerada menos importante que la seguridad del comercio (Revet, 2007).

Más de ochocientos hombres se encuentran trabajando en remover los derrumbes ocurridos en el Ferrocarril de La Guaira, creyéndose que dentro de seis u ocho días podrá dicha vía abrirse nuevamente al servicio público. La reconstrucción de un gran puente destruido habría tardado el tráfico más de un mes, pero tenemos entendido que merced a una nueva desviación, podrán circular los trenes desde Caracas a La Guaira en el término expresado³⁷.

Por último, resaltaremos la interpretación que se le da al evento, en la cual, aunque se introduce una explicación científica de la acción de la naturaleza, aún se mantiene sujeta, en el imaginario, la idea de una presencia divina productora del desastre. Es por eso que en *El Cojo Ilustrado* (Año 1. N° 19) se hace referencia a la leyenda americana del *Cordonazo de San Francisco*. Éste es el equivalente de tempestad, de tormenta;

...es el nombre cristiano del fenómeno meteorológico que se presenta en la época del equinoccio de Otoño, en obediencia a *leyes inmutables del organismo terrestre* (...) En tierra el Cordonazo arranca los arboles seculares, llevase como aristas los techos de las casa, flagela, destruye ciudades y aldeas, y en su curso circular, se introduce por las cañadas, se apodera de los valles siempre destructor, hasta extinguirse (Rojas, 1892:308).

Sin embargo, en las últimas líneas Rojas afirma que "...el cordonazo de San Francisco, cual *azote de Dios*, rindió culto a la justicia y condenó al criminal". El paso del señalamiento de culpabilidad del desastre de Dios a la Naturaleza se confirmará en los siguientes años, pero ya para esta fecha se observan los primeros pasos del cambio de percepción y lectura de la realidad, ya que es significativo que tales interpretaciones religiosas se crucen con las explicaciones científicas, como las "*leyes inmutables del organismo terrestre*".

³⁷ *Agencia Pumar*, 13-10-1892. "Ferrocarril de La Guaira a Caracas", citado en Altez (2005), p. 327.

16-18 Febrero de 1951. El precedente

Si el siglo XIX es caracterizado como *inactivo* en cuanto a la historia de los desastres del Litoral Central Venezolano, el siglo XX entonces tomará el rol del *más activo*. En la cronología se registran 22 eventos³⁸. Siendo el más representativo del siglo indudablemente el evento de Diciembre de 1999; sin embargo, no lo profundizaremos en esta sección, sino que lo desarrollaremos extensamente en otro apartado.

Por lo tanto, fue necesario elegir un segundo representante del siglo que pudiéramos profundizar en esta historia de los desastres, quedando así seleccionado el evento de 1951, no sólo porque es el que posee mayor información descriptiva, sino porque ha sido el *marco de referencia* que se ha utilizado para medir la magnitud del desastre de '99.

Las fuentes acerca del evento de Febrero de 1951 son extensas. Por un lado, tenemos gran cantidad de referencias hemerográficas de los diarios *El Nacional* y *El Universal*. No obstante, más allá de utilizarlas de una manera descriptiva del evento, nos enfocaremos en tres artículos de *El Nacional* que reflexionan acerca de las causas de estos desastres y su repercusión en el futuro. El primero es publicado por Maza Zabala el día 22 de Febrero de 1951 y se titula “Temas del día: Las avenidas de aguas”; el segundo es publicado por J. de A. titulado “Las lluvias” el día 23 de

³⁸ Entre los años: 1909, 1914, 1924, 1938, 1944, 1948, 1951, 1954, 1969, 1972, 1975, 1977, 1978, 1979, 1999.

Febrero de 1951; y el tercero es de Miguel Parra León publicado el 1 de Marzo de 1951 con el título “Las inundaciones”.

Entre los días 15 y 17 de febrero de 1951, se produjeron gran cantidad de inundaciones y deslizamientos de tierra que causaron daños a propiedades y algunas pérdidas de vidas, principalmente en la Cordillera de La Costa (Wiese, 1959). Tras sesenta horas seguidas de lluvia caídas –producto de un tipo frontal de tormenta, llamado situación norte que tiene una ocurrencia inusual en esta magnitud (Wiese, 1959)-, los cursos de agua que bajaban de la cara norte, crecieron en forma inusitada, desbordándose muchos de ellos. Los suelos bajo la situación de lluvias extraordinarias se volvieron deleznable, saturados quedaron debilitados y sin mayor resistencia, pues al rellenarse los poros de aguas y comunicarse entre sí se formó un medio continuo con tendencia a fluir. El aislamiento de las partículas sólidas al aflojar los enlaces y cementos hizo a los suelos viscosos, conduciendo al deslizamiento por gravedad. Bajo esta situación de lluvia continua, además, la cobertura vegetal era aflojada por las aguas y su peso se erigía en una carga que contribuía al deslizamiento. “De este modo las aguas arrastraron gruesos volúmenes de sedimentos, piedras de diversos tamaños y gigantescos árboles en unos sectores, a estos tipos de movimientos de masas se adicionarían flujos de lodo material fino en otras zonas de la geografía” (Pacheco, 2002:108).

Estos aludes se volcaron a gran velocidad pendiente abajo y al exceder la capacidad de los cauces y canales existentes desparramaron su carga de agua y materiales sobre las áreas rurales y urbanas, causando serios destrozos, con pérdidas materiales y humanas.

El día 18 de febrero en la primera página de *El Nacional* aparece el título “Otra vez inundación: 20 muertos y desaparecidos en Caracas y el Litoral”, haciendo referencia a los daños que habían provocado los dos días de lluvia continua sobre el Litoral se escribe “La lluvia ha continuado cayendo sobre todo el Litoral. Las actividades comerciales han sido nulas (...). La situación en el Litoral es de calamidad pública, todos los servicios han quedado paralizados”³⁹

Sin embargo, esto fue poco para lo que se publicó el día 19 de Febrero en el mismo diario. Los títulos alarmantes ratificaban la magnitud de los daños ocasionados por el desastre; éstos expresaban: “El desastre es de proporción nacional”⁴⁰; “El desastre es mayor que en 1948”⁴¹; “La situación es grave anuncia el gobierno”⁴²; “Trescientas viviendas destruidas”⁴³. Este desastre es reconocido en la prensa como un evento único en la historia del Litoral, resaltando la magnitud de la catástrofe. Los títulos como: “El desastre es de proporciones nacionales” o “El desastre es peor que en 1948”, nos llevan reconocer que “...la percepción de un evento catastrófico por las sociedades afectadas (es decir, cómo es calificado por quien lo padece), conduce generalmente a la magnificación o minimización del hecho y no a la calificación “objetiva” del mismo” (Altez, 2005: 320); confirmando lo que explicábamos en el apartado anterior acerca del olvido de desastres pasados y la magnificación del último evento vivido y recordado

³⁹ *El Nacional*, 18/02/1951, p.1, “Otra vez inundación: 20 muertos y desaparecidos en Caracas y el Litoral”.

⁴⁰ *El Nacional*, 19/02/1951, p. 1, “El desastre es de proporción nacional”.

⁴¹ *El Nacional*, 19/02/1951, p. 22, “El desastre es mayor que en 1948”.

⁴² *El Nacional*, 19/02/1951, p. 31, “La situación es grave anuncia el gobierno”.

⁴³ *El Nacional*, 19/02/1951, p. 23, “Trescientas viviendas destruidas”.

Por otro lado, la prensa demuestra el cambio de percepción sobre el desastre, señalando directamente como culpables no sólo a los habitantes que construyeron sus casas a lo largo de los ríos, sino también a la presencia del *Olvido*, ya que no se había tomado ninguna medida de prevención luego del desastre de 1948. En el artículo de Maza Zabala titulado “Las avenidas de las aguas” (ver Figura 5), se hace referencia a esto:

...y ahora ocurrirá lo que tantas veces anteriores: las lamentaciones, las consolaciones, los donativos, los hechos filantrópicos, las medidas de emergencia extenderán un manto piadoso sobre el dolor del desastre. Se harán comentarios, el nuestro incluso, sobre las causas y las consecuencias de las avenidas de las aguas, en los cuales casi siempre se dice la verdad, pero luego que pase el temporal, nadie más ocupará del problema, ni los comentaristas, a la caza permanente de las oportunidades del día (...). Cada año la intensidad del peligro crecerá. Mientras no se tomen las medidas requeridas en esta materia, las tragedias se sucederán, las pérdidas aumentarán, no habrá seguridad alguna para la vida en estas zonas tan despiadadamente desguarnecidas de defensa⁴⁴.

Sin embargo, los errores no sólo son señalados a partir del olvido, sino que también forman parte de la falta de previsión, por lo tanto, a la falta de leyes o normas;

El que analiza a fondo los hechos, está de acuerdo en que los efectos de las lluvias se deben en gran parte a la falta de previsión, ósea, a la carencia de obras de defensa suficientes para proteger las zonas que se van poblando y a la notoria falta de conservación con que acostumbramos atender las obras ya construidas (...) Nada se hizo y nada se está haciendo⁴⁵

⁴⁴ *EL Nacional* 22/02/1951, p. 2, “La avenidas de las aguas”.

⁴⁵ *El Nacional* 1/03/1951, p. 4, “Las inundaciones”.

EL NACIONAL - JUEVES 22 DE FEBRERO DE 1951

TEMAS AL DIA

Las Avenidas de Aguas

por D. F. Maza Zavala

"En ninguno de los países de Hispano-América que he tenido oportunidad de visitar, he notado un estado de cosas tan deplorable, en materia de destrucción de bosques y de esterilización del suelo, como en los valles centrales de Venezuela", expresó en su trabajo "Consideraciones acerca de la destrucción de los bosques y del incendio de las sabanas", el doctor Henri Pittier, sabio a quien hemos recordado mucho en estos días de angustia por las inundaciones y los derrumbes, cuya secuencia predijo con singular acierto.

Lo ocurrido en el presente no es sorpresivo, ni obedece en manera alguna a la fatalidad. No debemos hacer responsable a la naturaleza, puesto que ésta no hace más que reaccionar violentamente contra los diversos males que se le han hecho, contra las ofensas gratuitas que se le han inferido. La naturaleza tropical, si arbitraria, no es menos desconsiderada y bárbara que la naturaleza de las zonas templadas y frías. Pero la acción del hombre en estas tierras sí es desconsiderada y bárbara. Ello se debe a la inconsciencia del poblador o a instinto criminal y mucho más a lo primero que a lo segundo. Pero sobre todo se debe —dado por sentado que no podemos de la noche al día corregir los vicios de la población respecto al tratamiento del suelo— a la ausencia de una labor oficial de envergadura, que tienda a reparar en su origen los daños causados a la riqueza forestal, a la potencialidad productiva de la tierra, a las fuentes de agua, en una palabra, a cuanto constituye el más preciado patrimonio de la Nación.

Los intereses creados de los géneros más diversos han impedido hasta la fecha la ejecución de todos aquellos actos y trabajos necesarios para la conservación y el fomento de los recursos naturales del país, de los cuales depende en grado determinante el régimen de aguas, la productividad del suelo, el beneficio de las lluvias o su maleficio, la seguridad y el bienestar de la población, en una palabra. Es así como la acción privada, guiada por el lucro o por la ignorancia, ha agredido a mansalva a esos recursos, empobreciéndolos, deformándolos, enfermándolos, hasta convertirlos en enemigos del hombre, en fuentes de la destrucción, como hemos tenido oportunidad de constatar ahora. La acción oficial se ha limitado a restañar parcialmente las heridas, a promover tímidos ensayos de reforestación y recuperación, a aliviar el problema en pequeña proporción, pero sin desnudar y curar su verdadera raíz, esa que mostró a la luz pública el sabio Pittier en numerosas ocasiones, cuando su voz era apenas escuchada, porque aún no habían sobrevenido en la magnitud actual los desastres que han apenado a la Nación, moral y materialmente.

Y ahora ocurrirá lo que tantas veces anteriores: las lamentaciones, las consolaciones, los donativos, los hechos filantrópicos, las medidas de emergencia extenderán un manto piadoso sobre el dolor del desastre. Se harán comentarios, el nuestro, incluso, sobre las causas y las consecuencias de las avenidas de aguas, en los cuales casi siempre se dice la verdad; pero luego que pase el temporal, nadie más se ocupará del problema, ni los comentaristas, a cara permanente de las oportunidades del día, inconstantes por demás. El Gobierno dictará las providencias del caso, los daños materiales se cargarán a la cuenta de pérdidas y ganancias de la Nación, las instituciones humanitarias cumplirán labores encomiables y continuará la imprevisión, la esencia del problema, la entraña viva del mal, preparando futuras y más tremendas catástrofes, de las cuales serán víctimas principalmente los sectores humildes de la población, los que se ven obligados a vivir en las zonas de mayor peligro, los que llenan las cifras de la estadística de muertos trágicamente en las inundaciones y los derrumbes.

Cada año la intensidad del peligro crecerá. Mientras no se tomen las medidas requeridas en esta materia, las tragedias se sucederán, las pérdidas aumentarán, no habrá seguridad alguna para la vida en estas zonas tan despiadadamente desguarnecidas de defensas. Y no sólo son los valles centrales del país, sino casi todo el territorio nacional, cuyas fuentes de aguas se empobrecen, cuyos ríos se cargan de materia desplazada del suelo por la acción erosiva y apenas llueve el caudal de sus aguas se repleta y desborda, causando daños a vidas y haciendas.

Para impedir esa secuencia es menester coordinar una campaña en grande, sin contemplaciones con intereses creados, enérgica y sostenida, para rescatar de manos imprevisivas y destructoras lo que nos resta de riqueza forestal y de aguas. Declarar de patrimonio nacional los bosques y las cuencas colectoras de los manantiales; todas las cabeceras de aguas y las zonas forestales que ayudan a su conservación y control. Y para corregir los vicios derivados del estado primitivo en que se encuentra el sector mayoritario de nuestra economía rural —los que son factores poderosos de destrucción de la feracidad del suelo y fomentan las causas de inundaciones y derrumbes— no hay más que un camino justo y eficaz: la reforma agraria, concebida y ejecutada sobre las normas técnicas y económicas modernas, que en otros países han dado tan espléndidos frutos.

Figura 5. Reproducción digitalizada de *El Nacional*, 22/02/1951, p. 2, "La avenidas de aguas".

Por último, la señalización del olvido o la falta de previsión como causante de los desastres no quedan como marca única en estas reflexiones. También se busca corregir los errores y pensar en un futuro, “El hombre sabe ahora que es lo que puede y debe hacer para reconstruir lo destruido a través de muchas generaciones. Es una tarea larga y dura, es verdad, pero hay que emprenderla cuanto antes”⁴⁶

Se ha podido advertir cómo este resumen de eventos desastrosos relacionados con amenazas hidrometeorológicas, nos hacen reconocer la cotidianidad de los mismos en la región del Litoral Central de Venezuela: *Estas catástrofes que ciertamente se han hecho presentes en el pasado, lo seguirán haciendo en el futuro.* También quedó en evidencia la fragilidad de la memoria colectiva de nuestra sociedad, al olvidar todos estos eventos anteriores –lógica que ha guiado el proceso histórico de la zona-. Sin embargo, debemos tener en cuenta que el hecho de diciembre de 1999 marcó una impronta en la población, ya que la reacción ante el suceso de febrero 2005 –como afirma Altez (2005)-logró vislumbrar un aprendizaje obtenido por la experiencia sensible y aún queda la esperanza de que al menos estas generaciones expresen certeramente una ganancia, pues quizás puedan transmitir la misma a su descendencia.

Es a eso a lo que se le puede llamar ‘recuerdo’ de la *tragedia*: continúa siendo un ‘hecho sensible’ a todos los sobrevivientes; alimentar la *memoria* de las comunidades expuestas al retorno de este fantasma, depende de dejar de verle como tal, y comenzar a comprender, también, que no se trata del único *hecho terrible que tiende a repetirse* (Altez, 2005: 337).

⁴⁶ *El Nacional*, 23/02/1951, p. 4. “Las lluvias”.

Capítulo 3

LA TRAGEDIA DE VARGAS 1999

CRÓNICA DEL DESASTRE: LA TRAGEDIA DE VARGAS 1999

La designación o nombramiento del desastre es producto del ordenamiento simbólico del mundo concreto por parte de cada contexto social, como se ha advertido en capítulos anteriores⁴⁷, y forma parte de una fase del proceso de construcción de la memoria: *la retención* del acontecimiento mediante la verbalización. En este sentido, es un "...indicador de la interpretación que la cultura hace de los fenómenos naturales con los que convive" (Altez, 2002a:169). Por lo tanto, es de suma importancia, "...comprender metodológicamente a la lectura de la realidad en los contextos de los desastres (...), entender *qué* significan esos fenómenos (...), *conocer* el discurso de cada contexto" (2002a:169).

En Venezuela, el evento acaecido en diciembre de 1999 es denominado por el colectivo como: *La Tragedia de Vargas*. Revet (2007), *manifiesta que la expresión "Tragedia" marca el carácter fatal y excepcional del caso*, por ende, es tomada en su investigación como *una construcción social*, para describir el modo en que la sociedad venezolana *aprehende* el fenómeno.

J'ai choisi de lui attribuer systématiquement une majuscule, pour respecter la façon dont elle apparaît lorsque l'expression est écrite- dans la presse par exemple, même si, bien sur, dans les entretiens ou dans tous les échanges oraux, la majuscule n'est perceptible que si l'on interprète le contexte de l'énoncé pour en déduire que la personne évoque non pas une tragédie mais « La Tragédie » de Vargas, celle de 1999⁴⁸

⁴⁷ Ver capítulo 1.

⁴⁸ Elegí asignar sistemáticamente en mayúscula el nombre del evento, para cumplir con la forma en que aparece cuando la expresión se escribe en la prensa, aunque, por supuesto, en las entrevistas o en cualquier intercambio verbal, se reconoce la interpretación del contexto, cuando la persona no evoca una tragedia más, sino, "*La Tragedia*" de Vargas, en 1999. Traducción propia.

Según Klein (2007) en el espacio de la investigación formal el nombre asociado al evento es asignado con los títulos de: *Flujo Torrencial del Estado Vargas* ó *Alud torrencial del Estado Vargas* (Klein, 2007:91), dándole más peso al *fenómeno natural*. Aunque se advierte el uso colectivo de expresiones –técnicas o descriptivas– como por ejemplo: *el deslave de La Guaira* con el fin de darle una designación el evento desastroso del '99, el uso del término “*Tragedia*” en la representación social, permite comprender, no sólo cómo el desastre afectó al colectivo, sino también la apropiación simbólica, espacial y temporal del mismo.

Como se advierte, la verbalización de la experiencia trágica a través del título del desastre, es sumamente importante para reconocer la viabilidad del proceso de construcción de la memoria. Es decir, *mientras el desastre sea nombrado, es reconocido y apropiado por el colectivo*; si no es nombrado, se pierde en la historia, en las cronologías o en los catálogos. Asignar un título al evento desastroso “...es conferirle o restituirle su presencia en medio de la ausencia” (Beuchot, 2005:299), es –como afirma Lieury (1985)- corporeizar el recuerdo mediante la palabra, porque la memoria plenamente realizada se expresa en la narración.

Tocando extremos filosóficos afirmaríamos que *si un desastre no es nombrado, simplemente no existe*⁴⁹, y esto es lo que ha pasado con los eventos desastrosos anteriores y posteriores a la *Tragedia de Vargas*: no han sido nombrados, y no sólo los acontecidos en el Litoral Central, sino en casi toda la realidad venezolana. Hagamos un ejercicio retrospectivo, ¿cuántos desastres reconocemos en

⁴⁹ Obviamente, el desastre tuvo su presencia, aconteció en un momento y lugar. No negamos su existencia real; sin embargo, al no ser verbalizado se pierde en la historia y no puede ser rememorado ¿cómo recordar algo que no hemos nombrado?.

la historia de Venezuela?; ciertamente, luego de un tiempo prudencial recorriendo el pasado desastroso nos llegarán a la mente sólo títulos, -muchos de ellos sin fechas: “El Terremoto de Caracas”, “La *Tragedia* de Vargas”, “El Terremoto de Cariaco” - sólo por colocar algunos ejemplos- ¿y los demás desastres presentados en las grandes cronologías? No se les ha dado un nombre por parte del colectivo, bien sea porque no causaron un gran impacto que estremeciera los cimientos de la sociedad o debido a la necesidad de ocultar ese pasado trágico y/o vergonzoso⁵⁰ -en palabras de Namer-; es un “...mecanismo de defensa, que impiden que determinados recuerdos desagradables o palabras que los evocan alcancen la conciencia de individuo” (Lieury, 1985:182). Por lo tanto, al no verbalizarse, no son retenidos en la memoria porque no tienen una expresión pública.

Aunque parecía improbable que la verbalización fuera un factor importante en la mayoría de los estudios tratados anteriormente, hay resultados que indican que la codificación verbal puede desempeñar un papel importante en el recuerdo del material (Baddeley, 1988:262).

En el caso particular venezolano, como se advierte, no hay una memoria sólida en torno a los desastres, y esto va más allá de los eventos desastrosos, es una lógica que ha guiado a la sociedad venezolana en el transcurso de su historia y en la reconstrucción de su pasado, una *lógica del silencio* -como afirma Fauquié (1991)-, “...cuanto menos se hablase de ello y cuánto más profundamente lo olvidásemos mejor” (Fauquié, 1991:17).

...los venezolanos carecemos de tradiciones que el tiempo haya perpetuado. Entre nosotros el paso de los años consolida muy pocas cosas. Monumentos, ornamentos, costumbres: todo pareciera recubrirse con el signo de lo efímero, de lo provisional de lo no definitivo (...) En un país de corta memoria como el nuestro, volver los ojos al pasado es lo mismo que dialogar con el silencio (Fauquié, 1991:19-20).

⁵⁰ “...parece verosímil que los recuerdos y las palabras tengan todos una tonalidad afectiva en la memoria, ya sea aquella agradable, desagradable o neutra” (Lieury, 1985:185).

Así podemos reconocer que el título de un desastre no sólo es una cuestión terminológica, sino que llega a profundidades semánticas, lo cual abre paso a la comprensión de la forma en que fue absorbido, asimilado y procesado por la sociedad venezolana el fenómeno destructivo que afectó a Vargas en diciembre de 1999 (Revet, 2007). Sin duda alguna da una base fuerte para advertir los primeros pasos en el proceso de construcción de la memoria; sin embargo, dejemos claro que el nombramiento del desastre ciertamente crea memoria, mas no aprendizaje⁵¹, es posible evocarlo mediante la palabra y superar los silencios que han guiado la historia venezolana, pero aún no llega a penetrar las profundidades estructurales en la sociedad que permitan no sólo rememorar el evento, sino poner en práctica esa memoria mediante las respuestas eficaces ante la amenaza, es decir, ganar un aprendizaje.

El título del desastre (“*Tragedia de Vargas 1999*”), ubica en el espacio y tiempo al evento, dando paso a la construcción de un discurso público común: *no es cualquier tragedia, sino, La “Tragedia” de Vargas en 1999*. Este discurso, logra la activación de la memoria pública (Jelin, 2002a), al enmarcar en un lugar y momento el hecho catastrófico.

Las fechas y los lugares son coyunturas de activación de la memoria. Cuando las claves de lo que está ocurriendo en la subjetividad y en el plano simbólico se tornan más visibles, cuando las memorias de diferentes actores sociales se materializan, se vuelven ‘presente’ (Jelin, 2002a:52).

Por lo tanto, una primera ruta para explorar los conflictos de la memoria consiste en analizar la dinámica social en *las fechas* (Jelin, 2002a). Estas se presentan

⁵¹ Ver más en el Capítulo 1.

en las conmemoraciones, “...el conjunto de huellas dejadas por los acontecimientos que han afectado al curso de la historia de los grupos implicados tienen la capacidad de poner en escena esos recuerdos comunes con motivo de las fiestas, los ritos y las celebraciones públicas” (Ricoeur en Jelin, 2002a:22). Es por esto que mediante la conmemoración de los días 15, 16 y 17 de diciembre a lo largo de diez años, se evoca un momento específico, en el que sucedió la “*Tragedia*”. Además de las marcas en las fechas, están también las marcas en el *espacio o lugares* ¿cuáles son los objetos materiales o los lugares ligados con acontecimientos pasados que son elegidos por diversos actores para inscribir territorialmente las memorias? -siguiendo a Jelin, 2002a-. Aunque el evento afectó varios estados venezolanos (Falcón, Miranda, Yaracuy, Nueva Esparta y Distrito Federal), el contexto local de la *tragedia* es designado espacialmente en un solo lugar: *El estado Vargas*.

La “*Tragedia de Vargas*” es la expresión para el desastre que sufrió Venezuela entre los días 15 y 17 de diciembre de 1999, cuando un gran número de regiones del país en los estados: Vargas, Distrito Federal, Miranda, Carabobo, Yaracuy, Falcón, Zulia, Táchira, Anzoátegui y Nueva Esparta (CEPAL-PNUD, 2000), se vieron afectadas por fuertes lluvias durante tres días consecutivos. El estado Vargas sufrió la descarga más significativa del fenómeno, lo cual produjo deslizamientos de tierra masivos, desbordamiento de quebradas, aludes torrenciales con grandes cantidades de flujo de detritos, enormes daños a la infraestructura, desaparición de referentes históricos y culturales, además de significativas pérdidas humanas (Altez, 2010a).

Cuando en diciembre de 1999 se produjeron los numerosos derrumbes, deslizamientos y flujos torrenciales ya mencionados, cincuenta y tres quebradas (once de ellas ubicadas en las parroquias de La Guaira, Macuto, Caraballeda y

Naiguatá, fueron las más contundentes), transportaron miles de toneladas de materiales que arrastraron en sus cauces, depositando en las terrazas de sus márgenes un altísimo volumen de sólidos (...), responsables de la transformación del paisaje de la región. La zona de mayor daño y mayor acumulación sedimentaria se halló entre Macuto y Tanaguarena, al este del Litoral (...), en donde tuvieron lugar las más grandes destrucciones y números de muertes en comparación con el resto de la región (Altez, 2010a:171-172).

“El *fenómeno natural* debe entenderse como un *evento hidrometeorológico complejo*; las altas precipitaciones en la región norte de Venezuela fueron causadas por una persistente *Vaguada*⁵² sobre el Caribe” (López y Pérez-Hernández, 2010:29), sumado a un resto de *Frente Frío* proveniente del norte. Esto generó una gran masa de aire saturada de vapor de agua y de baja temperatura que se vio atraída hacia el continente dada la baja presión causada por las temperaturas menos frías; así, las precipitaciones extraordinarias fueron sin duda, la consecuencia de la sobresaturación (Sancio en Klein, 2007:70) (ver Figura 6).

En la estación meteorológica del Aeropuerto Internacional de Maiquetía, ubicada a 43 metros sobre el nivel del mar, se registró un total de 911 mm durante los días 14, 15, 16, hasta totalizar 1.207 para el 18 de diciembre (López y Pérez-Hernández, 2010);

Si comparamos estos datos con los registros históricos en Maiquetía para un período de 52 años (excluyendo 1999), los cuales reportan un promedio anual de 523 mm, un máximo anual de 961 mm, y un mínimo anual de 205 mm, tenemos que concluir que la lluvia fue realmente extraordinaria (López y Pérez-Hernández, 2010:30).

⁵² “Las ‘vaguadas’ son flujos de vientos en la altura con sentido de desplazamiento oeste-este y se asocian a la generación de extensos campos nubosos e intensas precipitaciones que se mantienen por aproximadamente 5 días, aunque su influencia puede sentirse por mayores lapsos de tiempo, manifestándose su acción en Venezuela durante el final e inicio de la época lluviosa” (López y Pérez-Hernández, 2010:29).

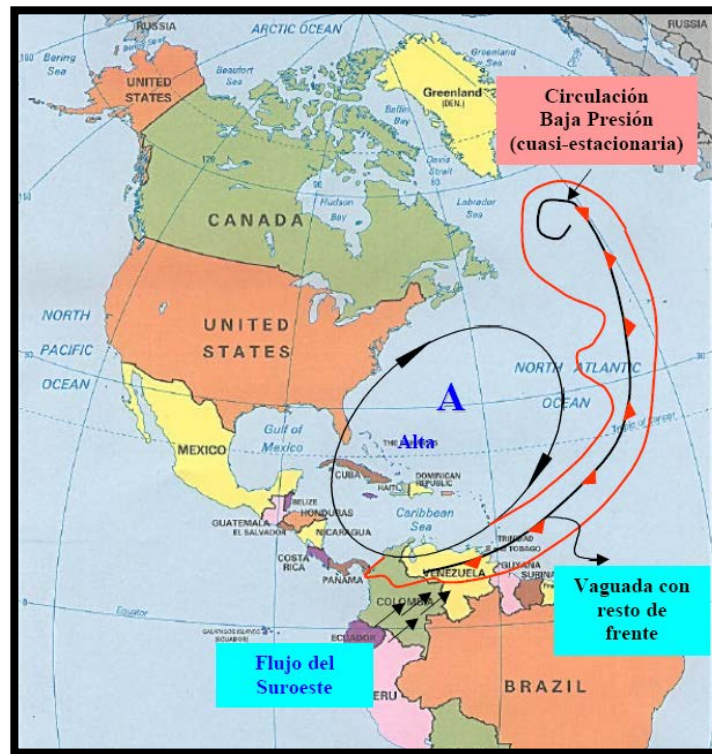


Figura 6. Descripción de la situación sinóptica entre el 1º y el 19 de diciembre de 1999. Tomado de CEPAL-PNUD (2000). *Los efectos socioeconómicos de las inundaciones y deslizamiento en Venezuela en 1999*. México D.F Sede subregional de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), en el marco del proyecto VEN/00/008/A/08/52, pp. 5.

Desafortunadamente no existían otras estaciones operando en la parte alta de las cuencas de Vargas que permitan comparar los datos para tener una visión total del evento hidrometeorológico, pero usualmente se acepta que la precipitación en la montaña puede ser el doble que en la costa. Sin embargo, -siguiendo lo planteado por López y Pérez-Hernández (2010)- estudios recientes (con base a los datos del satélite GOES⁵³), indican que la zona de máxima lluvia se concentró en las partes bajas y medias (López y Pérez-Hernández, 2010), por lo tanto, la estación de Maiquetía proporciona la información necesaria para afirmar que el fenómeno natural fue

⁵³ El Satélite Geoestacionario Operacional Ambiental (Geostationary Operational Environmental Satellite, GOES).

extraordinario. Así también podemos extrapolar la información registrada por el Observatorio Cagigal en Caracas, para dar cuenta de la magnitud del evento pluviométrico, que comparado con las lluvias registradas en el mes de diciembre del año anterior (1998), supera en 131 mm (ver Figura 7).

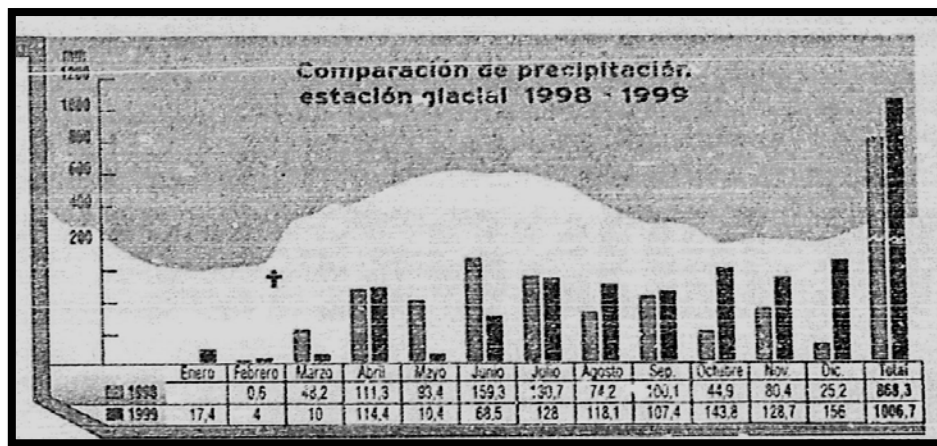


Figura 7. Comparación de precipitación estación glacial 1998-1999. Tomado y adaptado de: *El Universal*, 18/12/1999, cuerpo C, p. 3, “Efectos climatológicos El Niño y La Niña son la causa del desastre”.

Como hemos señalado anteriormente, estas precipitaciones caídas sobre el Litoral Central, conjugándose con las condiciones geo-físicas de la región (zona de montañas de alta pendiente con un perfil de meteorización considerable), produjeron deslizamientos de tierra, inundaciones y aludes torrenciales (ver cuadro 3),

Cuadro 3. Procesos típicos de un alud torrencial

Nombre	Definición	Proceso
Deslizamiento, derrumbe o flujo	Movimiento de masas de suelo y rocas descompuestas que constituyen la fuente principal de sedimentos.	Falla de taludes.
Alud torrencial en ladera	Flujo superficial muy rápido de sedimentos parcial o totalmente saturados en laderas empinadas sin confinamiento en canal.	Transporte y erosión con incorporación de nuevo material.
Alud torrencial en cauce	Flujo rápido confinado en cauces de pendientes pronunciadas, con altas concentraciones de sedimentos que pueden transportar materiales no-cohesivos o materiales cohesivos.	Transporte y erosión con incorporación de nuevo material.
Abanico aluvial	Área de deposición de sedimentos que puede existir a consecuencia de una reducción de la pendiente o pérdida de confinamiento del alud en ladera o del alud en cauce.	Deposición.

Tomado y adaptado de López, J. L. y Courtel, F. (2010). “Un enfoque integral para las medidas de prevención contra aludes torrenciales”. En López, J. L. *Lecciones aprendidas del desastre de Vargas. Aportes científico-tecnológicos y experiencias nacionales en el campo de la preservación y mitigación de riesgos*. Caracas: Fundación Empresas Polar, Instituto de Mecánica de Fluidos, Facultad de Ingeniería, Universidad Central de Venezuela, pp. 85.

La combinación de aludes torrenciales en laderas y cauce, transportaron grandes volúmenes de sedimentos, algunos se depositaron en las gargantas y conos de deyección, en otros casos penetraron al mar, modificando sustancialmente la línea de la costa; “La deposición de sedimentos desplazó la línea de la costa (...), hasta 20 m hacia el mar, generando nuevas playas y zonas de recreación. La cantidad de terreno ganado al mar se estima en 150 ha” (López y Pérez-Hernández, 2010:36) (ver Figura 8).



Figura 8. Quebrada San José de Galipán en Macuto⁵⁴. Tomado y adaptado de López, J. L. y Altez, R. (2010). “Una visión espacial de la Tragedia de Vargas: antes y después”. En López, J. L. *Lecciones aprendidas del desastre de Vargas. Aportes científico-tecnológicos y experiencias nacionales en el campo de la preservación y mitigación de riesgos*. Caracas: Fundación Empresas Polar, Instituto de Mecánica de Fluidos, Facultad de Ingeniería, Universidad Central de Venezuela, pp. 52.

Por otro lado, el arrastre de los grandes bloques de piedra, árboles y otros materiales, provocaron la destrucción de la infraestructura de la zona, la pérdida de sitios históricos y de vidas. Después que las aguas descendieron la región quedó hecha un “mar de piedras”, fachada significativa de aquel diciembre de 1999 (ver Figura 9).

⁵⁴ “En estas imágenes se aprecia la ocupación del cauce por parte de viviendas formales e informales. Los aludes de 1999 cambiaron el curso del río, desplazando su desembocadura unos 200, hacia el oeste, modificando la línea de costa y penetrando los sedimentos hasta 150 metros en el mar. La comparación de fotos pone en evidencia los numerosos deslizamientos que se produjeron en las faldas de la montaña. Obsérvese los rasguños o cicatrices (foto derecha) indicativos de movimientos en masa. El círculo muestra un deslizamiento en la zona de La Veguita...” (López y Altez, 2010:52).



Figura 9. Arrastre de flujos torrenciales. Izquierda: árboles de tamaño excepcional arrastrados por los flujos torrenciales. Derecha: cantidad de rocas exorbitante que bañaron el Litoral en diciembre de '99 causando grandes daños. Tomado y adaptado de CEPAL-PNUD (2000). *Los efectos socioeconómicos de las inundaciones y deslizamiento en Venezuela en 1999*. México D.F Sede subregional de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), en el marco del proyecto VEN/00/008/A/08/52, pp. 74.

La *Tragedia de Vargas* en diciembre de 1999 fue, por lo tanto, producto de la confluencia entre la amenaza natural (evento hidrometeorológico extraordinario), y un contexto vulnerable, determinado por las condiciones geo-físicas de la región, así como por “...la sobreexplotación ambiental, el desequilibrio ecológico personalizado en la desmedida y descontrolada invasión ocupacional en cauces y cabeceras de quebradas” (Klein, 2007:71), en donde también se evidenció “...la carencia de respuestas que por entonces poseía la sociedad venezolana ante un evento catastrófico de esa magnitud” (Altez, 2010a: 173).

“El desastre fue descrito como un *evento de impacto súbito*” (Klein, 2007:71), -siguiendo la clasificación señalada por García Acosta (1996) y que hemos desarrollado en el Capítulo 1-, no obstante, ante esta afirmación es importante precisar, al igual que lo hace Altez (2010b), que si bien los aludes torrenciales son calificados como “desastres de impacto súbito”, debe tomarse en cuenta “...que la velocidad con la que el alud alcanza su expresión paroxismal puede tardar varias

horas, las cuales son suficientes como para que las personas observen el proceso de crecimiento del cauce, desbordamiento, arrastre de sólidos, y la conformación final del flujo más denso de detritos capaz de trasladar bloques de alto tonelaje” (Altez, 2010b:138). Este proceso, sin duda alguna permite que las personas puedan buscar refugio, por lo tanto, el impacto no es totalmente súbito (como lo puede ser un terremoto), sino que da la oportunidad de reaccionar ante su presencia.

El atributo asignado a la *Tragedia* como un *evento inesperado*, debe llevarnos irreversiblemente a una reflexión, ya que la situación hidrometeorológica que se presentaba en el país durante todo el año de 1999 anunciaba definitivamente la ocurrencia de un desastre mayor; sin embargo, la sociedad se mantuvo sorda a los murmullos de la naturaleza, esto indica sin duda las escasas medidas de prevención que se manejaban para entonces ante eventos que (como hemos visto en el capítulo anterior) no son nada nuevos para el Litoral Central venezolano.

UNA TRAGEDIA ANUNCIADA

Los días 15, 16 y 17 de diciembre de 1999, no fueron sino la culminación de una anomalía que se venía anunciando desde antes con bastante claridad: ya en abril se habían registrado precipitaciones considerablemente mayores al promedio de los siete últimos años, situación que volvió a repetirse en julio, octubre, noviembre y, desde luego, diciembre. “En octubre la prensa nacional registraba «un rosario de tragedias» en Vargas, con derrumbes de viviendas y avalanchas de lodo que habían hecho impracticables algunas carreteras” (Negrón, 2000:40).

En los primeros días del mes de diciembre, el país estaba amenazado por las intensas lluvias que venían registrando⁵⁵: “2.511 damnificados han dejado las últimas lluvias en todo el país (...) Zonas afectadas estados Sucre, Anzoátegui, Zulia, Falcón, Yaracuy y Mérida”⁵⁶. El estado Vargas fue declarado una y otra vez en emergencia, así se demuestra en el diario *Ultimas Noticias* entre los días 3 y 6 de diciembre⁵⁷. Ya para el martes 14 de diciembre, las autoridades manifiestan la escasez de respuestas

⁵⁵ “Las imágenes satelitales (...) registraban una situación de evidente anomalía por lo menos hasta la primera quincena de diciembre, entre ellas la presencia de temperaturas anormalmente altas en la superficie del océano y de una nubosidad casi estacionaria sobre el norte de Venezuela” (Negrón, 2000:40).

⁵⁶ *Ultimas Noticias*, 4/12/1999, p. 12 “”

⁵⁷ “Nuevamente el estado Vargas fue declarado en emergencia ante las fuertes lluvias que cayeron sobre la región por más de cuatro horas”. *Ultimas Noticias*, 3/12/1999, p. 6; “El estado Vargas fue declarado en emergencia” *Ultimas Noticias*, 4/12/1999, p. 6; “El estado Vargas fue declarado en emergencia dado a las fuertes lluvias caídas sobre esta región, dejando un saldo de 300 familias afectadas, en las zonas de Catia La Mar y Maiquetía”. *Ultimas Noticias*, 5/12/1999, p. 16; “El estado Vargas fue declarado en emergencia” *Ultimas Noticias*, 6/12/1999, p. 18.

que disponen para enfrentar el evento⁵⁸ aunque este, sea la expresión de “...la *tragedia* que se repite en los mismos lugares que en épocas anteriores por la misma época”⁵⁹. Este mismo día, *El Universal* informaba que tras 11 días de lluvia las pérdidas en infraestructura vial requerirían una inversión equivalente a 4,5 millones de dólares, mientras que se registraban 6.400 personas damnificadas hasta el domingo 12. Por lo tanto, las lluvias excepcionales que se abatieron sobre el Litoral Central de Venezuela entre 15 y 17, fueron precedidas por la persistencia de precipitaciones que venían afectando al país desde Junio (OPS, 2002) “...fue la gota que derramo el vaso” (Pacheco, 2005:133).

A partir de aquí, se puede reconocer cómo la *Tragedia*, no sólo es anunciada por la ocurrencia de eventos anteriores de “menor escala” que inciden directamente en la producción de la coyuntura desastrosa que estalla entre los días 15 y 17 de diciembre (ver Figura 10), sino que el evento no es nada nuevo para la realidad venezolana: “la *tragedia* que se repite en los mismos lugares y por la misma época”⁶⁰.

⁵⁸ “El jefe de Defensa Civil Nacional, Ángel Rangel, sostuvo ayer que la tragedia provocada por las lluvias [superó] la capacidad de respuestas del Estado venezolano”. *Ultimas Noticias*, 14/12/1999, p. 49.

⁵⁹ *Ultimas Noticias*, 14/12/1999, p. 49.

⁶⁰ *El Nacional*, 19/12/1999, cuerpo H, p. 3.



Figura 10. Reproducción digitalizada. Tomado y adaptado de *EL Nacional*, 19/12/1999, cuerpo H, p.4-5, “Recuento de una tragedia que se veía venir”.

...una buena parte de la catástrofe, como las telenovelas, nos fue ofrecida y anunciada por entregas. Todos los años, por el tiempo de lluvias, la conciencia compartida entre autoridades de área metropolitana y los habitantes de esas viviendas técnicamente conocidas como “no consolidadas” eran sacudidas ya por sucesos que cumplían más o menos con la misma secuencia: lluvia intensa/quebrada crecida/terreno deslizado/vivienda perdida/seres humanos muertos o convertidos en damnificados/. Una secuencia cumplida anualmente casi con la rigurosidad de un ritual (...) y nos acostumbramos al ritual⁶¹

En todo caso, la cuestión fundamental de la comprensión de los desastres en Vargas, según Altez (2005), no se halla en las malas decisiones o los desaciertos coyunturales de gobiernos de turno, ni en decisiones irracionales individuales o incompetencia profesional (aunque esto influya también en la formación de un

⁶¹ *El Nacional*, 19/12/1999, cuerpo H, p. 3.

contexto vulnerable), sino en “...entender que toda la zona convive con amenazas naturales y que las mismas se han convertido en hechos catastróficos a lo largo del proceso histórico de la región” (Altez, 2005:315). Ciertamente hay un recuerdo de eventos anteriores a la *Tragedia* del '99, pero estos no han logrado cavar profundidades simbólico-estructurales en la población venezolana, que permitan crear no sólo *memoria*, sino *aprendizaje* que conlleve a respuestas efectivas ante la presencia de esos eventos, los cuales “...se les reconoce de manera alucinatoria, como un referente romántico o mítico, pero nunca real” (Altez, 2005:315), como un ritual que tiende a repetirse o como hechos “naturales” terribles ajenos a la acción social.

“UNO DE LOS DESASTRES MAS SIGNIFICATIVOS EN LA HISTORIA DE VENEZUELA”: DAÑOS DE LOS ALUDES TORRENCIALES

Debido al impacto causado por el evento destructor de diciembre de '99 se ha designado a este como “...la mayor catástrofe sufrida por la población venezolana en su historia contemporánea” (CEPAL-PNUD, 2000:15). El desastre llegó a traspasar “...los límites territoriales sensibilizando la solidaridad internacional, cuya ayuda se hizo presente a través del despliegue de numerosos recursos humanos, materiales y técnicos” (Klein, 2007:73).

Sin embargo, como hace notar Klein, “...en términos de la investigación histórica es un error metodológico suponer un carácter inédito en la intensidad de este desastre dentro de la historia venezolana y más aún a nivel local, cuando los datos resultan insuficientes y los contextos históricos-sociales son obviados” (2007:73); por ejemplo, “...¿cómo pueden medirse los eventos catastróficos en comparación con la actualidad, donde el desarrollo urbano y poblacional es radicalmente distinto al pasado?” (Altez, 2005:319). Evidentemente los aludes de 1999 causaron más daños que los de 1951, por el simple hecho de haberse producido en un contexto más poblado y desarrollado, por tanto, -como advierte Altez (2005)- es un error comparar las intensidades entre eventos desastrosos sin tomar en cuenta el contexto en el que se produce.

Además, debemos estar alertas a la interpretación que se hace de todo evento desastroso, ya que “...la percepción de un evento catastrófico por las sociedades afectadas (es decir, cómo es calificado por quien lo padece), conduce generalmente a la magnificación o minimización del hecho y no a la calificación ‘objetiva’ del mismo” (Altez, 2005: 320). Ya hemos desarrollado este punto en el capítulo anterior, en el cual distinguimos cómo el impacto de un desastre produce una expresión común de magnificación del último evento, desplazando o minimizando los casos anteriores: “Extraordinario y nunca visto” (aludes de 1892), “El desastre es mayor que en 1948” (aludes de 1951) y en este caso (aludes de 1999) “Uno de los desastres más significativos de la historia de Venezuela”.

Lo que sí puede afirmarse de la *Tragedia* de 1999, es tanto la particularidad de sus consecuencias como la desatención a la amenaza, siendo ésta última una verdadera constante, sin duda, esta omisión debe entenderse como un factor que ha contribuido a incrementar la vulnerabilidad de la comunidad varguense (Klein, 2007:74).

Como hemos señalado anteriormente, la *Tragedia de Vargas* en diciembre de 1999,

...destruyó edificaciones y todo tipo de infraestructura, produjo pérdida de la capa vegetal en zonas montañosas, alteró historias locales, cambió la geografía, desapareció playas y modificó el frente costero, produjo severos daños en asentamientos urbanos, generó muerte, desolación y un profundo pesar en el pueblo venezolano, ensombreciendo la llegada del nuevo milenio (Genatios y Lafuente, 2003:s/p).

A ese escenario hay que sumar la coyuntura política que se estaba viviendo, pues el propio 15 de diciembre, día en que se daba inicio al torrencial aguacero que no habría de cesar sino hasta la madrugada del día 17, tenía lugar un sufragio nacional para decidir la aprobación o rechazo de una nueva Constitución (ver Figura 11).

En estos contextos, donde se advierte una coyuntura política conflictiva, cualquier desastre incrementa sus efectos, y sus resultados negativos deben observarse más allá de la destrucción material o de las pérdidas económicas, para tomar en cuenta las formas de interpretación que se expresan al respecto en el propio momento del despliegue del evento, así como las que intervendrán posteriormente (Altez, 2010b:129).



Figura 11. Reproducción digitalizada que da cuenta de la unión de una coyuntura política nacional y el desastre. Tomado y adaptado de *Ultimas Noticias*, 16-12-1999, p.1, “Titular”.

Cuando culmina el momento-impacto del desastre, le sigue la etapa de revisión de los daños producidos por el mismo, para iniciar luego el proceso de reconstrucción, este último siempre está guiado por la finalidad de volver a la situación anterior al desastre; por ejemplo, “...la población de Vargas persistió en permanecer cerca de sus viviendas o bien regresar tan pronto les fue posible” (CEPAL-PNUD, 2000:17). Sin embargo, los daños permiten reconocer la escasa

resiliencia que presentó la población ante el evento desastroso, en este sentido, la finalidad no es volver a la situación anterior, sino ganar experiencias, tener un aprendizaje que permita la transformación simbólico/estructural, para así gozar de respuestas efectivas ante la posibilidad de otro evento similar,

...no se trata de restablecer lo que existía antes de la inundación, puesto que ahora es oportuno e imprescindible modernizar la infraestructura: redimensionarla de acuerdo con las características de la demanda actual y de la futura previsible; incorporar notables avances tecnológicos de reciente data; aprovechar esta ingrata experiencia y relocalizar los emplazamientos en lugares que minimicen riesgos similares; en fin, se trata de establecer obras modernas, suficientes, eficientes y seguras (CEPAL-PNUD, 2000:93).

Por lo tanto, es necesario reconocer los impactos ambientales, sociales, económicos que trajo consigo la *Tragedia de Vargas* (ver Figura 12).

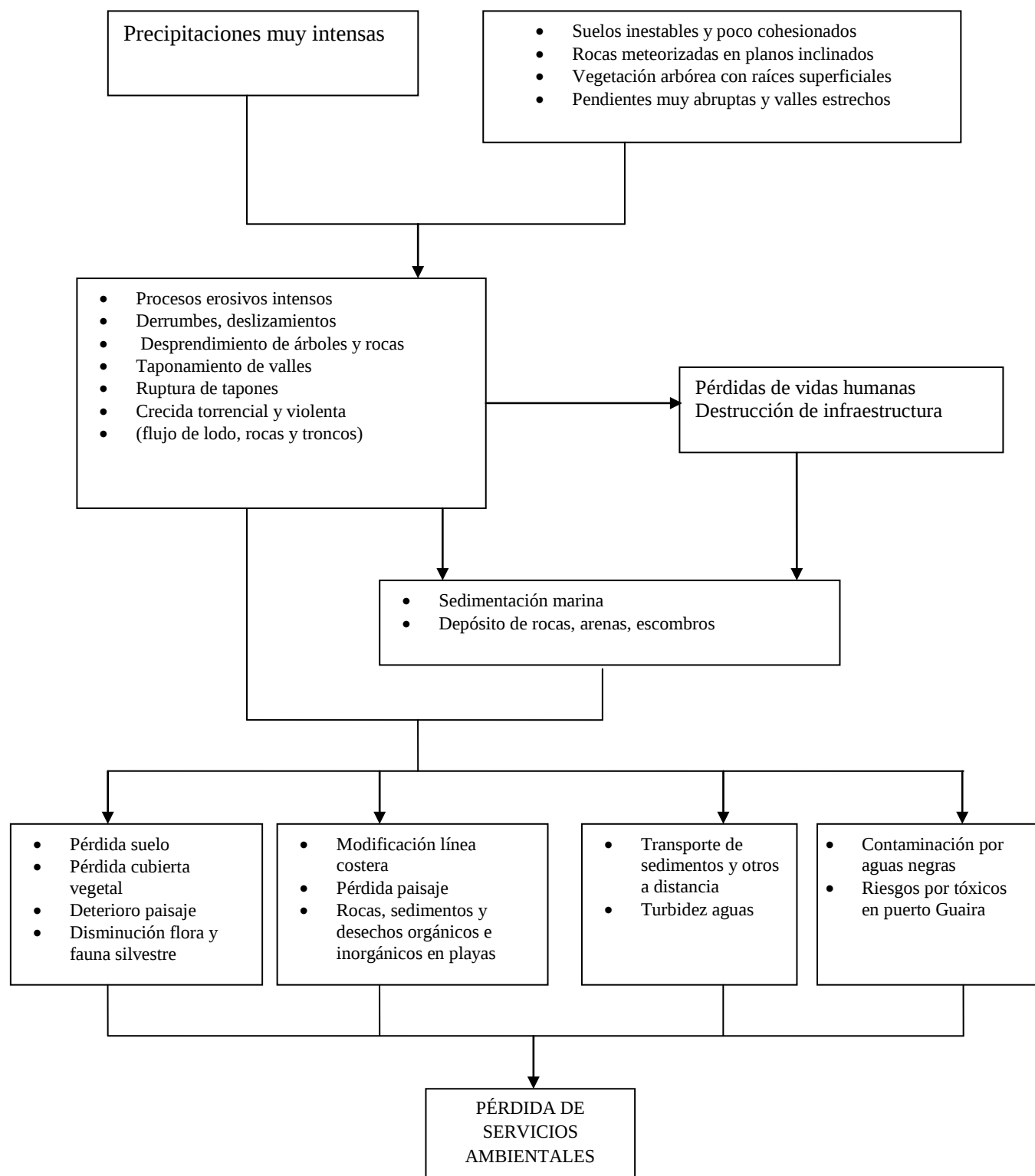


Figura 12. Caracterización del evento meteorológico y sus impactos. Tomado de CEPAL-PNUD (2000). *Los efectos socioeconómicos de las inundaciones y deslizamiento en Venezuela en 1999*. México D.F Sede subregional de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), en el marco del proyecto VEN/00/008/A/08/52, pp. 55.

Según García Acosta (2008) para que un desastre sea denominado como tal, debe sobrepasar la capacidad local causando gran daño, destrucción y sufrimiento humano, además debe tener como mínimo entre 10-100 personas fallecidas. El rango de muertes que establece García Acosta (2008), señala directamente que la muerte masiva no es el principal rasgo característico del desastre, ni siquiera lo define. En el caso de Vargas, no se dispone de estimaciones confiables del número de víctimas fatales de este siniestro, ni del número de heridos y desaparecidos. Partes oficiales a más de una semana del evento ubicaban entre 246 y 338 el número de muertos⁶² (CEPAL-PNUD, 2000:15). Por otro lado, las autoridades políticas y asistenciales tanto a nivel nacional como internacional señalaron entre **15.000 y 50.000** pérdidas humanas (Altez, 2010b). Sin embargo, tras el esfuerzo de investigación (Altez y Revet, 2004; Altez, 2007; Altez, 2010b), se estima un número no mayor de **700** víctimas (desaparecidos y fallecidos) de los deslaves del 99 en Vargas. La diferencia entre 50.000 y 700 muertes es obviamente significativa, no obstante, Altez (2007) afirma que:

Si la representación social generada por los discursos públicos desplegados al efecto (en donde la idea de que los fallecidos rondan cifras que oscilan entre los 15.000 y los 50.000), contribuye a que la sociedad genere memoria colectiva y mecanismos de defensa consecuentes al respecto, parece más pertinente asistir a la construcción de procesos sociales en los que las comunidades solidifican sus respuestas frente a eventos adversos, preparando a generaciones posteriores a través del desarrollo de su memoria. Es ésta una paradoja sin solución, pues la representación casi mítica del desastre, quizás aporte herramientas culturales con las que enfrentar eventos similares en el futuro (Altez, 2007:267).

⁶² “La primera estimación proviene del *Reporte General de Daños No. 26*, del Ministerio de la Defensa, del 28 de diciembre de 1999. De los 246 fallecidos 150 correspondían a Vargas y 83 al Distrito Federal. La segunda estimación, procedente de Defensa Civil, aparece reproducida en *Venezuela-Floods, OCHA Situation Report No. 4*, de la Oficina de la Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA), Ginebra, 23 de diciembre de 1999 (Vargas 197 muertos, el Distrito Federal 83 y Miranda 52). En este mismo informe se indica que según fuentes no oficiales la cifra de muertos podría rebasar los 15.000” (CEPAL-PNUD, 2000:15).

En segundo lugar, la pérdida de la *infraestructura local* fue de gran magnitud, ya que la fuerza del alud torrencial se llevó todo a su paso. Según cifras ofrecidas por la OCEI⁶³, unas 2.770 casas fueron destruidas y 17.851 resultaron afectadas (OCEI, 2000 en Altez, 2010a)⁶⁴.

...la reconstrucción de los sistemas afectados, sin embargo, habrá de requerir inversiones superiores al daño, debido a la necesidad de reubicar en sitios seguros a la infraestructura dañada, introduciendo medidas de prevención y mitigación ante nuevos eventos que puedan suceder en el futuro. Se estima que tales inversiones se situarán en torno a los 200 millones de dólares (CEPAL-PNUD, 2000:39).

En tercer lugar, el sector de *transporte y comunicaciones* resultó ser el más afectado por el desastre. Daños de importancia se produjeron en la red vial, en el aeropuerto internacional de Maiquetía, en el puerto de La Guaira, y en las redes de telecomunicaciones, quedando incomunicado por varios días el estado Vargas y el país, lo cual produjo grandes pérdidas en la economía local y nacional⁶⁵

Los daños en este sector pusieron de manifiesto la vulnerabilidad del sector, al cortarse tanto el eje Norte Costero que desempeña una función integradora para todo el territorio nacional, como el flujo vehicular entre la Capital y el Estado Vargas y entre Caracas y el Oriente del país. Igualmente, se reveló la vulnerabilidad al no disponerse de un verdadero aeropuerto internacional alternativo al existente en Maiquetía (CEPAL-PNUD, 2000:40).

El Litoral Central históricamente se ha destacado como la zona turística de la capital y representa un importante potencial para el turismo internacional, por lo tanto, su economía gira en torno al *polo turístico*. Esto ha consentido el desarrollo de

⁶³ Oficina Central de Estadística e Informática.

⁶⁴ “Es importante destacar que en este caso local de Vargas ’99, no se cumplió el supuesto sociológico que asume que los más golpeados en un desastre son los sectores populares o de bajos ingresos o bien aquellos ubicados en zona de mayor riesgo por detentar menores recursos para el desarrollo o ubicación de sus viviendas. Todos los sectores (tanto de clase media como popular) padecieron consecuencias materiales devastadores, y no sólo la población más pobre y menos resiliente, como suele presuponerse” (Altez, 2010a:173).

⁶⁵ “Al respecto, es del caso destacar que los principales daños físicos ocasionados por las lluvias — además de su trágica secuela de dolor y de muerte— se traducen en pérdidas en la mayoría de los sectores económicos, productivos y sociales, y de manera drástica en activos de infraestructura urbana, especialmente viviendas y servicios públicos” (CEPAL-PNUD, 2000:88).

una gran cantidad de restaurantes, clubes de recreo, hoteles, condominios, casas vacacionales y una infraestructura comercial y de servicios, la cual en diciembre de '99 que quedó arrasada por las grandes avalanchas de lodo, árboles, roca (CEPAL-PNUD, 2000:46). “El turismo de la zona afectada es básicamente nacional. Los capitalinos pasan esos lugares los fines de semana. Además hay una gran cantidad de personas relacionadas con la operación del aeropuerto que generan un grado importante de la ocupación hotelera” (CEPAL-PNUD, 2000:51). Sin embargo, el turismo internacional –poco promocionado en el estado- se vio afectado con el cierre de los hoteles cinco estrellas más emblemáticos de la región (hoteles Sheraton y Meliá Caribe), esto condujo directamente a la disminución –o eliminación- de las visitas turísticas internacionales, a falta de un alojamiento formal en la zona este del Litoral.

Estos daños no son en sí el desastre, sino que representan la materialización del mismo, es decir –y siguiendo lo afirmado por Lavell-

...son (...) las evidencias reales, concretas y palpables, que permiten identificar un problema de mayor envergadura. O sea, se comienza con las manifestaciones concretas de daño y pérdida y sus significados, para después considerar los factores y procesos que generan las condiciones que pueden explicar por qué los desastres suceden. Tales factores y procesos son la base para entender las formas de intervención más apropiadas para lograr la reducción del riesgo de desastre en el futuro (Lavell, s/f:3).

Capítulo 4

EL POST-DESASTRE.

Una década de recuerdos (1999-2009).

EL POST-DESASTRE:

Una década de recuerdos (1999-2009).

El evento desastroso de diciembre del '99 en el estado Vargas, ha marcado sin duda "...un antes y después en el recuerdo de los habitantes de la región" (Altez, 2005:320), y en tal caso, de toda la sociedad venezolana. Esta "frontera catastrófica" (como la designa Altez, 2005), no sólo ha incentivado la búsqueda de eventos anteriores a la fecha, sino que dio continuidad al estudio del proceso post-desastre, demostrando que el desastre actúa mucho después del momento/impacto. En este sentido, se hace pertinente estudiarlos "...más allá del mencionado momento impacto-efecto y apreciarles en una perspectiva que observe consecuencias a corto y mediano plazo, para atender críticamente la dinámica del proceso social que actuó para conjugar la coyuntura desastrosa, en su despliegue histórico posterior" (Altez, 2008:229).

La razón para mirar el post-desastre, no es la simple respuesta a la interrogante sobre qué paso después de la *Tragedia de Vargas*, sino que está guiada por la necesidad de distinguir al desastre como un *proceso* que continúa desarrollándose posteriormente al evento destructor –siguiendo a García Acosta, 2005–, reconociendo en él la producción de respuestas adaptativas o en tal caso la *reproducción* (simbólica y material) de las condiciones productoras del contexto vulnerable.

El contexto vulnerable (como hemos advertido en capítulos anteriores) surge como consecuencia de la interacción de múltiples factores: naturales, sociales,

culturales, ideológicos, educativos, físicos, ecológicos, técnicos, institucionales, económicos y políticos (Wilches-Chaux, 1993). Dentro de estos factores, las nociones *memoria/olvido* juegan un rol fundamental, por lo tanto, nuestra mirada hacia el post-desastre está delimitada por el lente *memoria/olvido*, tomando en cuenta la apropiación (a lo largo de diez años) de la *Tragedia de Vargas* dentro de la historia tanto local como nacional, mediante actos conmemorativos y otras huellas mnémicas que han permitido “mantener vivo” el recuerdo de la *Tragedia*.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que el recuerdo puede no llegar a trascender su nivel individual y continuar perteneciendo a un espacio sensorial, sin dar paso a cambios estructurales, sin promover un aprendizaje generador de transformaciones significativas que permitan reducir los factores productores del contexto vulnerable a lo largo del proceso histórico-social de la comunidad. Es decir, el desastre en algunos casos, no es asumido como una lección o evento causante de transformaciones estructurales, sino como un recuerdo aislado que no necesariamente se articula en beneficio de la comunidad, desapareciendo generalmente con el individuo que lo atesora (SOCSAL, 2003).

Por ello, la *memoria* de la comunidad, entre otras variables, “...debe entenderse como uno de los factores determinantes de la vulnerabilidad, pues su carencia contribuye contundentemente a la ausencia de respuestas ante la repetición de los fenómenos naturales que pueden causar daño en su entorno” (SOCSAL, 2003:81). Es pertinente, por lo tanto, cuestionar si las prácticas conmemorativas iniciadas a partir de la *Tragedia de Vargas* podrán alcanzar la transformación profunda de las estructuras de la comunidad varguense y con ello generar una nueva

forma de relacionarse con el medio ambiente (SOCSAL, 2003). Lamentablemente, resulta imperceptible en la actualidad (o con el paso de diez años)⁶⁶ determinar de manera concluyente si estas prácticas conmemorativas, logran o lograrán transformaciones profundas en las propias comunidades, de tal manera que estas estrategias puedan superar su rol recordatorio inmediato y adquirir un espacio estructural en el proceso histórico-social (SOCSAL, 2003). Sin embargo, es posible vislumbrar que la *Tragedia de Vargas*, como *frontera catastrófica* ha marcado un antes y un después⁶⁷ en la historia contemporánea de Venezuela, generando algunas prácticas que pueden garantizar los primeros pasos de una ganancia en la memoria tanto del estado Vargas como del país.

Para seguir el rastro de las huellas de la *Tragedia* en la memoria colectiva, se realiza un recorrido por los diez años posteriores al evento de diciembre del '99, fijando la frontera de esta investigación entre: 1999-2009. Delimitando aún más, se trabaja con lo que se ha denominado “la semana conmemorativa” (11-18 de diciembre).

Tomando como base el discurso público de uno de los “vehículos de la memoria”⁶⁸ (Jelin, 2002a), como *la prensa* se analiza esta *semana conmemorativa* en tres diarios venezolanos: *Ultimas Noticias*, *El Nacional*, *El Universal*⁶⁹.

⁶⁶ “La aplicación de las lecciones de la historia ocurre al menos con veinte años de distancia, por el tiempo que lleva a la nueva generación acceder al poder” (Jelin, 2002a:122).

⁶⁷ “...se siente aún el impacto de una tragedia que dividió la historia de Vargas en dos” *Ultimas Noticias*, 17/12/2001, p. 24.

⁶⁸ Jelin afirma que la memoria compartida por una sociedad se materializa en “...diversos productos culturales que son concebidos como, o que se convierten en, *vehículos de la memoria*, tales como libros, museos, monumentos, películas o libros de historia” (Jelin, 2002a:37).

⁶⁹ Su selección está guiada por la razón de ser los tres diarios de mayor circulación en el país.

Cabe destacar -como advierte Altez, 2002a- que este esfuerzo casi exclusivo de lectura, debe asumirse como un ejercicio de interpretación (hermenéutico), por ello, no se trata solamente de posar los ojos sobre un texto, sino de comprender su contenido semántico, conocer el discurso (partiendo del axioma que afirma que *leguaje* es lo mismo que *pensamiento*), para comprender analíticamente los documentos como datos en la investigación, que reflejan la lectura de la realidad en los contextos de los desastres e indican la interpretación que la cultura hace de los fenómenos naturales con los que convive.

MARCAS DE LA MEMORIA:

La memoria en tiempos de desastre

La memoria y el olvido, la conmemoración y el recuerdo, se tornan cruciales cuando se vinculan a acontecimientos traumáticos. Un desastre implica un suceso negativo para la sociedad, a menudo imprevisto y brutal, que provoca destrucciones materiales y pérdidas humanas, así como un gran número de víctimas y una desorganización social importante (Martín, 2000). Esta destrucción trae consigo diversas consecuencias: físicas, sociales, económicas, afectivas que pueden llegar a permanecer en el tiempo grabando una impronta traumática. Sin embargo, la profundidad de esta huella interviene directamente en lo que la sociedad recuerda u olvida (Jelin, 2002a).

Siguiendo el planteamiento de la socióloga Elizabeth Jelin (2002a), es posible, por lo tanto, afirmar que las experiencias traumáticas masivas pueden llegar a provocar un hueco en la capacidad de hablar o transmitir la vivencia del evento;

...incluso los supervivientes pueden desear olvidar, tanto como contar cuanto sufrieron. Los hechos traumáticos tienden a evitarse o inhibirse, ya sea por el carácter amenazante y doloroso del recuerdo, por la estigmatización y el rechazo que pueden provocar, o como una forma de proteger a los próximos (Martín, 2000:74).

En este sentido, una condición para la construcción de la memoria colectiva en tiempos de desastres es: *tener las palabras y los medios para expresar lo vivido*. En primer lugar, el acontecimiento rememorado o “memorable” -según Jelin 2002a- debe ser expresado como un relato o una forma narrativa con un mínimo de coherencia. Por lo tanto, el tener palabras para exteriorizar la experiencia, implica que no sólo se

trata de “contar” lo vivido, sino que *la expresión elaborada al respecto debe ser socialmente aceptada*, para que logre grabar una impronta, ya que “...las vivencias individuales no se transforman en experiencias con sentido sin la presencia de discursos culturales, y éstos son siempre *colectivos*” (Jelin, 2002a:37). En este sentido, la expresión de lo vivido es una “...transmisión, es decir, el proceso por el cual se construye *un conocimiento cultural compartido* ligado a una visión del pasado” (Jelin, 2002a:36).

Podemos distinguir, en nuestro caso, el hecho de designar al evento desastroso de diciembre del '99 como la *Tragedia de Vargas*; este apelativo es socialmente compartido no sólo por la población varguense, sino también por el resto de la sociedad venezolana, además manifiesta *el carácter fatal y excepcional del caso* (Revet, 2007). En consecuencia, la primera condición para la construcción de la memoria en torno al desastre, se hace válida en este hecho, ya que la expresión “*Tragedia*” en la representación social, permite comprender, no sólo cómo el desastre afectó al colectivo, sino también la apropiación simbólica, espacial y temporal del mismo, es un término que actúa como activador de la memoria en torno a los hechos del '99 en la sociedad venezolana: *no es cualquier tragedia, sino, La “Tragedia” de Vargas en 1999.*

No obstante, aunque se exprese la experiencia traumática y se comparta socialmente, pueden haber confrontaciones acerca de las formas o medios “apropiados” de rememorar, así como en la determinación de qué actores tienen legitimidad para actuar, es decir, quiénes tienen el poder (simbólico) de decidir cuál deberá ser el contenido de la memoria (Jelin, 2002a).

La memoria como construcción social narrativa implica el estudio de las propiedades de quien narra, de la institución que le otorga o niega poder y lo/a autoriza a pronunciar las palabras, ya que, como señala Bourdieu, la eficacia del discurso performativo es proporcional a la autoridad de quien lo enuncia. Implica también prestar atención a los procesos de construcción del reconocimiento legítimo, otorgado socialmente por el grupo al cual se dirige. La recepción de palabras y actos no es un proceso pasivo (Jelin, 2002a:35).

Por lo tanto, para lograr compartir esas experiencias traumáticas individuales, con el fin de tornarlas colectivas o públicas, se recurren a los *vehículos de la memoria*, tales como: conmemoraciones, monumentos, museos, libros, películas, entre otros (Jelin, 2002a).

Se necesita que la memoria tenga formas de expresión pública, no solamente una memoria privada. Los grupos no deberían quedarse entre los muros de una reunión o de una escuela, tienen que tener formas de expresión pública que validen la experiencia colectiva. Es necesaria una memoria que saque aprendizajes para el futuro, reivindicaciones, herramientas que antes no existían. La conmemoración de lo ocurrido permite darle un sentido y reconocimiento público, pero incluso cuando no puede hacerse, la memoria puede subsistir como hábitos, tradiciones orales y archivos históricos (Martín, 2000:75).

Estos *vehículos de la memoria* no son más que puestas en escena de la transmisión en los “espacios sociales de circulación de la memoria” -siguiendo a Jelin, 2002a-, con el objetivo de “...hacer entrar en *las memorias* la creencia del cuerpo social en su propia perpetuación, la fe en raíces comunes y en un destino compartido” (Candau, 2002:107); es decir, hacerlo público, compartido, común. Siguiendo esta lógica, es posible definir una primera “...ruta para explorar los conflictos de la memoria, [que] consiste en analizar la dinámica social en las fechas, aniversarios y las conmemoraciones” (Jelin, 2002a:51).

Semana conmemorativa

A un año de la *Tragedia de Vargas*, se promueve la llamada: *Semana de Vargas*, por parte de *CorpoVargas*⁷⁰ en conjunto con el *Ministerio de la Secretaría de la presidencia* y el *Ministerio de Gestión comunicacional*, con el lema: “Más allá de las acciones, está nuestro empeño en impulsar la transformación moral y material de todos los venezolanos. Vargas camino a la transformación, con visión de futuro”⁷¹.

La semana abarca desde el 11 hasta el 16 de diciembre; “...ésta programación está dedicada a *conmemorar el primer año de la reconstrucción* del devastado estado”⁷². No es sorprendente que luego de vivir un desastre de tal magnitud como el de diciembre del '99, designado como “...la mayor catástrofe sufrida por la población venezolana en su historia contemporánea” (CEPAL-PNUD, 2000:15), se conmemoren o recuerden sus efectos un año después, ya que la *Tragedia* aún era sensible y mucho más con la presencia de un evento de menor magnitud en noviembre del 2000, el cual hizo volver el pánico a la región, “...haciendo recordar días de contingencia que hubieran preferido olvidar hace rato”⁷³.

En el programa de esta *Semana de Vargas* (ver Figura 13), se enmarcaban tres tipos de actividades; en primer lugar, *foros* relacionados con la educación y prevención del desastre, así como con planes y proyectos de reconstrucción; en segundo lugar, la *inauguración de obras*; y por último, un *acto central* que incluye misas y marchas que concluían en un momento significativo, en el cual se lanzaban

⁷⁰ Corporación para la Recuperación y Desarrollo del Estado Vargas.

⁷¹ *El Nacional*, 11/12/2000, cuerpo D, p. 3, “Semana de Vargas”.

⁷² *El Universal*, 10/12/2000, cuerpo 4, p. 4, “Mañana inicia semana de Vargas”.

⁷³ *El Universal*, 16/12/2000, cuerpo, 4, p. 10, “El pánico volvió en noviembre”.

flores al mar en memoria de los desaparecidos en el desastre. En este acto central conmemorativo, participaron “...más de 500 personas, [que] luego de concluir la misa, se encaminaron a orillas del mar, donde entre lágrimas, rezos y recuerdos lanzaron ramilletes de flores rojas, blancas y amarillas al Mar Caribe”⁷⁴.

A partir de aquí podemos distinguir cómo la conmemoración no sólo se centra en el “acto de recordar” la *Tragedia*, sino que abarca una serie de actividades tanto de *formación preventiva*, como *información de los planes de rehabilitación y reconstrucción* del estado Vargas, tarea designadas a las instituciones AUAEV⁷⁵ y Corpovargas. Todo esto se realizaba en relación con la lógica del *Plan de Ordenación y Rehabilitación del Litoral Central del Estado Vargas*⁷⁶, el cual “...dibujó la oportunidad de crecimiento y desarrollo futuros en una zona de gran potencial turístico y económico” (Klein, 2007:97), y demandó “...un espacio destinado a la gestión de riesgos, [mediante] la articulación entre los sectores del poder y del conocimiento; (...) posteriormente el aprendizaje adquirido penetraría en los grupos locales a través de la capacitación y participación de los miembros de las comunidades” (2007:97).

⁷⁴ *Ultimas Noticias*, 17/12/2000, p. 14, “Carmen de Uria toma iniciativas”.

⁷⁵ Autoridad Única de Área para el Estado Vargas.

⁷⁶ “El estado Vargas será reconstruido y desarrollado con los mejores criterios urbanísticos, evitando los errores del pasado, para transformarlo en un litoral con los más altos estándares ambientales e identidad propia, que garanticen una mejor calidad de vida y recreación tanto a los habitantes como a los visitantes”; “Vargas: camino a la transformación”, en *El Nacional*, 10/12/2000, p. 6.

**REPÚBLICA BOLIVARIANA
DE VENEZUELA**

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

Semana de Vargas

11 al 16 de diciembre de 2000

A C T I V I D A D E S

ACTIVIDAD	FECHA	HORA	LUGAR
Exposición Hidrocapital Acto Clausura	13 al 15/12/00 16/12/00	3:00 p.m. a 6:00 p.m. 4:00 p.m.	Paseo Macuto
Primer Foro "Educación y Prevención para el desastre" Cruz Roja Seccional Vargas Acto Clausura	13 al 15/12/00 15/12/00	8:00 a 6:00 p.m. 9:30 p.m.	Aeropuerto de Maiquetía
Entrega de Créditos a Microempresas (143 Créditos)	14/12/00	10:00 a.m.	Pabellón de Exposiciones Bañero Macuto
Foro Planes y Proyectos de Reconstrucción del estado Vargas y Políticas de Vivienda	14/12/00	9:00 a.m. a 3:00 p.m.	Aeropuerto de Maiquetía (CIAM)
Entrega de 55 Créditos a Microempresas, en el área de pesca, artesanía, consumo, puerto, aeropuerto	14/12/00	10:00 a.m.	Pabellón de Exposiciones Bañero Macuto

O B R A S A I N A U G U R A R

OBRA	FECHA
Reacondicionamiento y Pavimentación del Tramo Vial Punta de Mulato-Boulevard Montecarlo. La Actividad incluye Inauguración del Puente Cariaco	15/12/00
Desarrollo Habitacional Vista al Mar, Arrecife, Edo. Vargas	16/12/00
Rehabilitación Hospital Periférico de Pariata	16/12/00

A C T O C E N T R A L

ACTIVIDAD	FECHA	HORA	LUGAR
Inauguración de Infocentro	16/12/00	3:00 p.m.	Biblioteca José María Vargas detrás de la Casa Guipuzcoana
Acto Central Semana de Vargas	16/12/00	5:00 p.m.	Casa Guipuzcoana
Marcha de la Solidaridad	16/12/00	7:00 p.m.	De la Casa Guipuzcoana a Punta de Mulatos
Misa de Campaña	16/12/00	8:00 p.m.	Punta de Mulatos

Vargas
camino a la transformación,
con visión de futuro

Ministerio de la Secretaría
de la Presidencia
Viceministerio de Gestión Comunicacional


CORPOVARGAS

Figura 13. Reproducción digitalizada de la programación de la Semana de Vargas. Tomado y adaptado de *Ultimas Noticias*, 16/12/2000, p. 25, "Semana de Vargas".

La lógica de la *conmemoración del desastre*, adoptada en el primer aniversario de la *Tragedia de Vargas*, continuará reflejándose en los años posteriores. Para diciembre del 2001, *la semana conmemorativa de Vargas pasó a ser un triduo* (ver Figura 14), el cual iniciaba el día 14 de diciembre con la graduación de 270 agentes de la I promoción de la Policía Metropolitana del Estado Vargas y la clausura de la exposición “Construyendo el Futuro de Vargas”; continuaba el 15 con una “Marcha contra el Olvido” convocada por organizaciones no gubernamentales y la vigilia de las 200 familias damnificadas que se han regresado a sus hogares en Los Corales. La programación culmina el día 16 con misa solemne en honor a los fallecidos y desaparecidos de la *Tragedia* de 1999, una bendición cristiana en las orillas del Mar Caribe (donde se lanzaran flores al mar) y el programa radial *Aló Presidente*, desde las instalaciones del terminal marítimo de La Guaira.

Programación conmemorativa		
La siguiente es la programación conmemorativa del 2º año de la tragedia del estado Vargas, la cual fue extraída de la Diócesis de La Guaira, las asociaciones civiles, organizaciones no gubernamentales y la Secretaría de la Presidencia de la República. ✓ VIERNES 14 DE DICIEMBRE 12:30 pm: Graduación de 270 agentes de la I promoción de la Policía Metropolitana del Estado Vargas en el Teatro Pedro Elías Gutiérrez de Maiquetía.	7:00 pm: Clausura de la exposición Construyendo el Futuro de Vargas en el Complejo Cultural José María Vargas de Maiquetía. ✓ SÁBADO 15 DE DICIEMBRE 10:00 am: Marcha contra el Olvido, en la avenida Soublette de La Guaira, convocada por sectores políticos de oposición y organizaciones no gubernamentales independientes. 6:00 pm: Vigilia de las 200 familias damnificadas de clase media que se han regresado a sus hogares en	Los Corales. Los organizadores piden a todos los demás varguenses y ciudadanos de otros estados que deseen participar de la vigilia y posterior misa, la donación de un juguete para los niños pobres de Vargas. ✓ DOMINGO 16 DE DICIEMBRE 9:00 am: Misa solemne en honor a los fallecidos y desaparecidos de la tragedia de 1999, en la Iglesia Espíritu Santo de Los Corales. La ceremonia será oficiada por el nuevo obispo de La Guaira, monseñor José de la Trini-

Figura 14. Reproducción digitalizada de la programación conmemorativa de la Tragedia de Vargas en Diciembre de 2001. Tomado y adaptado de *El Nacional*, 15/12/2001, cuerpo C, p. 2, “Programación conmemorativa”.

Una vez más, dentro de la programación conmemorativa, se incluyen actividades que buscan tanto resaltar la labor de rehabilitación y reconstrucción emprendida en el año 2001, como la necesidad de “no olvidar”. Ciertamente, la lógica

de esta programación se debe al contexto que se desarrollaba en el año 2001: el aumento en la delincuencia en el estado⁷⁷, el retorno de los desplazados⁷⁸, y el desvío de los fondos para la reconstrucción⁷⁹. Además, este mismo año la *Alcaldía del Municipio Vargas* publica un decreto mediante el cual se declaran el 15 y 16 de diciembre como *días de duelo* en todo el territorio del litoral central, "...con la finalidad de conmemorar y rendirle honores a los miles de varguenses que perdieron la vida durante la tragedia natural ocurrida hace exactamente dos años"⁸⁰. Un aspecto que es necesario señalar para el año 2001, es la imagen de la crisis generada en la población varguense:

...los reubicados en asentamientos desplegados a nivel nacional, en su mayoría, retornaron poco tiempo después a levantar sus casas en los mismos lugares en que fueron destruidas; muchos otros, aún en diciembre de 2000, aguardaban por una solución (que en muchos casos nunca llegó) sobreviviendo en refugios casi inhabitables; otra cantidad de población que antes de esa tragedia vivía en zonas marginales, decidió invadir las viviendas abandonadas, semi destruidas o asentadas en medio de cauces aún activos, desatendiendo los llamados a desalojo y desafiando las probabilidades de padecer una suerte similar a los antiguos propietarios; otros, en cambio, decidieron retornar presionados por una sensación agobiante y desconocida hasta entonces: el desarraigo que les conminó a buscar los referentes perdidos y levantar con su esfuerzo la vida de su tierra (Altez, 2008:243).

A partir del sentimiento de *desarraigo*, la población no sólo volvió a la región para reconstruir sus vidas en las mismas zonas de riesgo, pero ahora colapsadas por la destrucción y falta de servicios (Altez, 2008), sino que también los sobrevivientes que se encontraban dispersos en todo el territorio nacional, y durante el acto

⁷⁷ "Hace escasos 20 años el litoral central era una de las zonas más seguras de toda Venezuela por la baja incidencia de los delitos mayores que se cometían, pero el crecimiento vertiginoso y la crisis económica, que se experimentó entre 1980 y 1999, convirtió a la región en un refugio perfecto para delincuentes". *Ultimas Noticias*, 14/12/2001, p. 23, "La seguridad impone toque de queda".

⁷⁸ "Cansados de esperar la vivienda prometida, hemos decidido volver a nuestro barrio a pesar del peligro que corremos aquí" *Ultimas Noticias*, 15/12/2001, p. 23.

⁷⁹ "En suma y bajo las lluvias que nuevamente golpearon al estado Vargas en diciembre del 2001, el proceso de reconstrucción de la región develó categóricamente el desvío de los fondos, la crisis de los poderes gubernamentales y la actuación de la desigualdad social" (Klein, 2007:101).

⁸⁰ *Ultimas Noticias*, 16/12/2001, p. 19, "Decretados dos días de duelo".

conmemorativo, “...regresaron a sus lugares de origen para recordar a sus seres queridos y acompañarse una vez más en el dolor”⁸¹. Sin embargo, el regreso masivo de la población a Vargas en muchos casos, fue motivado debido al rechazo por parte de las comunidades receptoras hacia los habitantes varguenses desplazados⁸². Revet (2004), explica que el origen de esto parte de una estigmatización⁸³ hacia el varguense, el cual es visto como delincuente, y quien lleva consigo una “memoria avergonzada”⁸⁴

El portador de memoria puede estar dotado de prestigio si aquello que hace recordar está valorizado (es el que sabe) o estigmatizado cuando la imagen del pasado que él vehicula es rechazada por toda la sociedad (es aquel del cual no se quiere saber nada) (Candau en Revet, 2004:41).

Así termina el diciembre de 2001, conmemorando por segunda vez la *Tragedia*, mediante actos y la designación de dos días de duelo; mientras la población desplazada regresa a las zonas de “alto riesgo”, la rehabilitación se hace cada vez más lenta y la vulnerabilidad de la zona se demuestra en cada evento hidrometeorológico menor⁸⁵.

Siguiendo a Klein (2007), “...la inestabilidad política vivida en Venezuela para el año 2002 (hechos sangrientos tales como los enfrentamientos del 11 de Abril en el

⁸¹ *El Universal*, 17/12/2001, cuerpo 4, p. 4, “Vargas conmemoró su duelo con lluvia”.

⁸² “...muchos se han ido obstinados, sólo nos miran como bichos... se me escapó decir que soy de Vargas y quedé sin trabajo” *Ultimas Noticias*, 13/12/2001, p. 23, “En Barinas persiste el rechazo a los damnificados”.

⁸³ *Ultimas Noticias*, 13/12/2001, p. 22, “Nuestra procedencia pareciera un estigma”.

⁸⁴ Ver más en: Revet, S. (2004). “¿Quién soy? ¿Quiénes somos? Entre categorización y estigma. ¿Cómo gestionan sus identidades los venezolanos damnificados?”, *Revista venezolana de economía y ciencias sociales*. Vol.10 n° 1 (ene-abr) pp. 39-57.

⁸⁵ “Las dos imágenes parecen del 15 de diciembre de 1999, pero en realidad corresponden a la víspera del segundo aniversario del deslave que azotó al estado Vargas... ayer y como si nada hubiese cambiado en 24 meses, el río Carmen de Uria volvió a salirse de madre y obstaculizó la circulación de vehículos. La canalización de los ríos y el embaulamiento de las quebradas, obras prometidas por las autoridades, no se han ejecutado, como tampoco proyectos hermosos que quedaron en planos” *El Nacional*, 15/12/2001, cuerpo A, p.1, “La lluvia sí cumple”.

Puente Llaguno, del 6 de diciembre en la Plaza Francia de Altamira, y la crisis en la industria petrolera), parecieron tener repercusiones –paradójicamente– en todo el país excepto en el estado Vargas que una vez más conmemoró la Tragedia del ‘99” (Klein, 2007:101). Sin embargo, el contexto político del año 2002 influye en la rememoración de la *Tragedia*, vemos como “...no ha faltado quien haga la comparación entre la hermandad y solidaridad que reinó entre los venezolanos esos días de contingencia [en la *Tragedia* de Vargas ‘99], versus la división que marcan las horas y minutos de la coyuntura política y social que padecen actualmente”⁸⁶.

Al cumplirse tres años del deslave, las opiniones acerca de la recuperación son encontradas. Por un lado, “...la gente señala que por fin Vargas está comenzando a superar la crisis de 1999, no obstante, debido al paro, la actividad es menor que la normal en la entidad litoralense, a lo que se suma el hecho de que hay pocas playas aptas para bañarse”⁸⁷. Por otro lado, el discurso por parte de *Corpovargas* se repite: “A pesar que hubiéramos querido hacer mucho más por el pueblo de Vargas, habría que concluir que este año hemos demostrado que sí nos interesa la recuperación definitiva del estado Vargas”⁸⁸.

Aunque algunas comunidades continúan viviendo en las ruinas producto de la *Tragedia*⁸⁹, se utiliza la carga significativa de estos días (15 y 16 de diciembre) para la reinauguración de nuevas obras: “Las comunidades de La Guaira, de Los Corales y de Carmen de Uria esperan que el Jefe de Estado acuda al estado Vargas a

⁸⁶ *El Universal*, 15/12/2002, cuerpo 2, p.5, “El día cuando todos éramos hermanos”.

⁸⁷ *El Universal*, 15/12/2002, cuerpo 2, p. 2.

⁸⁸ *El Nacional*, 15/12/2002, cuerpo A, p. 16. “Corpovargas presenta resultados positivos”.

⁸⁹ “Vargas intenta superar el dolor de las muertes. No será con infraestructura que logre olvidar el drama, pero si contribuirá a que los varguenses vuelvan a creer en que su estado no es más un pueblo fantasma”, *Ultimas Noticias*, 15/12/2002, p. 23.

conmemorar los tres años de la tragedia y reinaugar La Guzmania, la plaza de Las Palomas y escuela Francisco Fajardo”⁹⁰. Mientras que el *Estado* hace presencia en la *visita presidencial* y en la transmisión del programa dominical *Aló Presidente*⁹¹, el *sector opositor es el encargado de dirigir el acto conmemorativo*:

...se congregaron ayer en la plaza de La Prosperidad en La Guaira para lanzar unas flores al mar, como un homenaje a las víctimas de la tragedia de las lluvias de 1999. Con señales de luto, los partidarios de la oposición y algunos familiares de las victimas guardaron un minuto de silencio y elevaron diversas oraciones, al tiempo que manifiestan su decepción por la lentitud en el proceso de reconstrucción⁹².

Como podemos ver, *a partir de este año en adelante la conmemoración pasó de ser una semana o un triduo a un día* (que se juega entre 15 ó 16 de diciembre). Ya para el año 2003, al cumplirse el cuarto aniversario de la *Tragedia*, “...la minimización de los riesgos y la reactivación del turismo parecieron ser los puntos de mayor atención en el proceso de reconstrucción” (Klein, 2007:102).

En este sentido la Gobernación de Vargas reportó la construcción de 84 ‘grandes obras’ a un costo de 87 mil millones de bolívares y aún cuando la mayor parte de éstas se halla ‘aguas arriba’ (razón por la cual resultan un tanto ‘invisible’, para la colectividad), se resaltaron también como logros la recuperación de la vialidad principal en un 90%, las mejoras en la infraestructura escolar y hospitalaria y la reedificación de las viviendas afectadas (Klein, 2007:102).

En este año los diarios nacionales inician “reportajes” para dar razón de la vigencia de la *Tragedia* (cuatro años después), en los sobrevivientes desplazados que “...entre carencias, recuerdos, tristezas y esperanza llevan la vida aquellos a quienes un día los sorprendió la furia de la naturaleza”⁹³. Un ejemplo de esta “serie de reportajes”, es presentado en el diario *Ultimas Noticias*. Titulando los reportajes: “Con la tragedia auestas”, este diario nacional se dio a la tarea de ir a los lugares del

⁹⁰ *El Nacional*, 15/12/2002, cuerpo A, p. 16. “Tres años de desolación en Vargas”.

⁹¹ *El Nacional*, 15/12/2002, cuerpo A, p. 16. “Aló, Macuto”.

⁹² *El Nacional*, 16/12/2002, cuerpo A, p.10.

⁹³ *Ultimas Noticias*, 14/12/2003, p. 7.

interior de Venezuela donde fueron ubicados los damnificados de la *Tragedia*: Nueva Esparta, Anzoátegui, Guárico, Cumaná, Barinas, Monagas, Carabobo, Bolívar, con el fin de “...recoger las vivencias de estos venezolanos, objetivo fundamental de esta serie de reportajes (...) que iniciamos el domingo pasado [7 de diciembre] y que terminará el 16 de diciembre, día en que se conmemora el cuarto aniversario de la *Tragedia de Vargas*”⁹⁴.

*Desde el año 2001 ni la gobernación de Vargas ni el gobierno nacional han realizado actos protocolares para recordar el desastre del 15 y 16 de diciembre de 1999. “Esta vez, cuando se cumplan 4 años de la fecha, (...) sólo se recordará la prisa con la que finalizaron algunas obras de reconstrucción”*⁹⁵. Una vez más la conmemoración es el acto donde se pone en público no sólo el dolor y recuerdo causado por el desastre, sino que también aparece en escena la *memoria y cuenta* de la reconstrucción del estado Vargas, con la obligada inauguración de obras. El evento en Maiquetía fue organizado por la *Escuela para la Formación de Gestión Ciudadana Ezequiel Zamora*, en Naiguatá la *junta parroquial* fue la encargada de las serie de actividades conmemorativas que se llevaron a cabo en la Plaza El Indio, igualmente, “...el encuentro de los naiguatenses, sirvió para que los Bomberos de Vargas dieran una charla sobre el mapa de riesgo de la zona”⁹⁶, para así mantener *formada e informada* a la población.

No obstante, la conmemoración *con cuarenta docenas de flores de diferentes colores*, con que un grupo de guaireños recordó por cuatro años consecutivos a las

⁹⁴ *Ultimas Noticias*, 14/12/2003, p. 7.

⁹⁵ *El Nacional*, 10/12/2003, cuerpo B, p.16, “Apuran las obras de reconstrucción en el Litoral”.

⁹⁶ *Ultimas Noticias*, 16/12/2003, p. 4.

personas que fallecieron durante la *Tragedia* de diciembre de 1999 en todo el Litoral, es vista por algunos como algo sin sentido, ya que “...no hay nada que festejar. Vargas aún vive entre el duelo y la desesperanza...Hoy sigue la tragedia”⁹⁷.

A cinco años de la *Tragedia*, para diciembre de 2004, “...la mixtura caracterizó el paisaje de la región: si bien por un lado se apreció la recuperación de algunos sectores (Macuto, el casco histórico de La Guaira), otros fueron la estampa de la desolación y de la tragedia ‘viva’ aún” (Klein, 2007:106). Un ejemplo de esto se puede distinguir en el espacio en ruinas de Los Corales, donde algunas familias desplazadas encontraron un lugar provisional para vivir; sin embargo, estas mismas eran conscientes que “...si las enormes rocas que quedaron atravesadas en Los Corales como testimonio infeliz de la catástrofe no fueron removidas hasta ahora, nunca serán apartadas de lo que antes fue una urbanización prestigiosa de clase media”⁹⁸. La memoria en este caso se hace presente utilizando como medio el espacio habitado, es decir, se hace viva la *memoria espacial*.

Dice Halbwachs ‘Si entre las casas, las calles y (...) sus habitantes, hubiese una relación accidental y de corta duración, los hombres podrían destruir sus casas, su barrio, su ciudad, reconstruir sobre el mismo lugar otro, siguiendo un proyecto diferente, pero si las piedras se dejan transportar, no es fácil modificar las relaciones que se han establecido entre las piedras y los hombres. Cuando un grupo humano vive mucho tiempo en un lugar adaptado a sus hábitos, no solamente sus movimientos sino sus pensamientos también se regulan sobre la sucesión de imágenes materiales que le representan los objetos exteriores’. La destrucción de un lugar, el desalojo, el cambio abrupto de los referentes espaciales, puede originar un resquebrajamiento en la Memoria Colectiva el grupo. No hay memoria colectiva que no se localiza, que no se desarrolle en un cuadro espacial (Ontiveros, 1999:72).

La apropiación del espacio se puede entender desde un sentido simbólico y uno real/material. Por ejemplo, algunos buscan puntos de referencia dentro del

⁹⁷ *El Nacional*, 18/12/2003 cuerpo A, p.7, “Cuatro años de soledad”.

⁹⁸ *El Nacional*, 14/12/2004, cuerpo B, p.12.

espacio destruido⁹⁹, mientras que otros viven en ese espacio¹⁰⁰ (o se acostumbran a él), recordando (o inhibiendo) día tras día lo que representan las ruinas: aprender a “vivir en riesgo” (ver Figura 15).

Nos vendieron la idea que teníamos que aprender a convivir con los riesgos, demarcarlos en un mapa que los delimitara y caracterizara, crear múltiples formas de protección ambiental, construir grandes canales ecológicos y diseñar edificaciones apropiadas a cada una de las zonas, proteger los terrenos ganados al mar y capitalizarlos como parte integral de un enorme desarrollo turístico recreacional que debía convocar grandes inversiones nacionales y extranjeras de capital público y privado; brindar seguridad jurídica a los inversionistas y a los propietarios de tierras y edificaciones; integrar al habitante al desarrollo propuesto y no confiscarle su tierra y su futuro; armonizar y optimizar el uso de los espacios, pero *seguimos esperando*¹⁰¹.

Por otro lado, para conmemorar la *Tragedia*, los diarios nacionales utilizan este tema del paisaje aún destruido de la región varguense, para dar cuenta mediante “una serie de reportajes” del avance o retraso en la reconstrucción del estado. Ejemplo de esto lo ofrece *El Nacional* (ver Figura 16).

⁹⁹ “Todo esto eran casa bellas” *El Universal*, 13/12/2004, cuerpo 2, p.19.

¹⁰⁰ “Ahora a cinco años del deslave, la mayoría de los edificios y quintas que quedaron en ruinas, ubicados en la parte este de Los Corales, están invadidos” *El Universal*, 14/12/2004, cuerpo 2, p.17.

¹⁰¹ *Ultimas Noticias*, 12/12/2004, p. 41.



Figura 15. Reproducción digitalizada de la convivencia con las ruinas. Tomado y adaptado de *El Universal*, 16/12/2004, cuerpo A, p.1. "Errantes de Carmen de Uria".



EL NACIONAL

presenta a sus lectores la serie

VARGAS

5 AÑOS DESPUÉS

7 reportajes

de colección con exclusivas historias sobre
el Vargas de hoy, ¿qué se ha hecho
y qué se dejó de hacer?

Busque sus reportajes especiales a partir
de este domingo 12 de diciembre,
todos los días, hasta el domingo 18 de diciembre

Figura 16. Reproducción digitalizada de la serie de reportajes ofrecida por *El Nacional* en diciembre de 2004. Tomado y adaptado de *El Nacional*, 11/12/2004, cuerpo A, p. 21. “Vargas 5 años después”.

No obstante, entre ruinas y recuerdos, los actos conmemorativos anuales de la *Tragedia* continúan su ejecución: “Ayer, cuando se cumplían cinco años de la tragedia por el deslave de 1999, habitantes de Carmen de Uria caminaban por el desolado pueblo con flores en las manos y una oración por los difuntos en la boca”¹⁰². En medio del ritual conmemorativo 57 familias recibieron la buena nueva de parte del teniente coronel Edgar Camejo, presidente de *Fondur*¹⁰³, de que tendrían una casa digna¹⁰⁴. Además, “siete emisoras del litoral central enlazan sus señales hoy para ofrecer un minuto de silencio por los caídos en la tragedia de 1999... es la primera vez en cinco años que realizan un homenaje de este tipo”¹⁰⁵. Así termina el quinto aniversario de la *Tragedia*, recordando por las ruinas y continuando los actos conmemorativos que empiezan a hacerse una verdadera obligación en la región cada diciembre, “...el post-desastre parecía no tener fin al cierre del 2004: la crisis y el peregrinaje forzoso que culmina con el retorno (...) perviven naturalmente, sobre todo aquello que las aguas enterraron hace cinco años” (Klein, 2007:108).

Sin duda alguna, la Vaguada de febrero del 2005 ratificó el anunciado fracaso de la reconstrucción¹⁰⁶, las lluvias de febrero del 2005 pusieron a prueba la capacidad de resiliencia en la fase post-desastre obteniéndose el **colapso** como indiscutible resultado, el fracaso demostró que los criterios para la reconstrucción resultaron ineficaces y teñidos de ‘*insensatez*’ (Altez, 2005), caracterizado de *anárquico* el desarrollo urbano de Vargas luego del ‘99” (Klein, 2007:108) (ver Figura 17).

¹⁰² *Ultimas Noticias*, 17/12/2004, p. 26.

¹⁰³ Fondo Nacional del Desarrollo Urbano.

¹⁰⁴ *Ultimas Noticias*, 17/12/2004, p. 26.

¹⁰⁵ *Ultimas Noticias*, 11/12/2004, p. 28.

¹⁰⁶ “La vulnerabilidad se profundiza a medida que se reconstruye sobre lo devastado y se sepulta la memoria, porque lo que se logra es una satisfacción alucinatoria de las necesidades y el pasado se convierte en una cosa fantasmal, casi mítica” *EL Nacional*, 16/12/2005, cuerpo B, p.26.



Figura 17. Efectos de la vaguada de febrero 2005 en Camurí Grande aéreo. Anónimo.

Para el 2005 la rememoración de la *Tragedia* del '99, ya no sólo es producto de la convivencia con las ruinas¹⁰⁷, sino de la presencia de los eventos menores que recuerdan anualmente que la zona "...convive con amenazas naturales y que las mismas se han convertido en hechos catastróficos a lo largo de todo el proceso histórico de la región" (Altez, 2005:315).

Poca es la diferencia de los días de diciembre de 1999, cuando los varguenses vivieron en carne propia la fuerza de la naturaleza, con los de hoy en 2005, cuando en muchos sectores el panorama mantiene vivo los estragos del deslave¹⁰⁸.

Por lo tanto, en el despliegue post-desastre del año 2005, se puede demostrar que la población se acostumbra a vivir en riesgo¹⁰⁹: "...la tragedia camina por cada

¹⁰⁷ "No sólo en el recuerdo están marcados los destrozos que dejó el deslave del año 1999 en el litoral central. La lentitud en las labores de reconstrucción permite ver aun la magnitud de los daños y la incompetencia de quienes debían borrar los rastros", *EL Nacional*, 16/12/2005, cuerpo B, p. 27.

¹⁰⁸ *Ultimas Noticias*, 13/12/2005, p. 34.

esquina rota- muchos continúan en su lugar después de la lluvia que arreció en 1999, en 2000, en 2001 y en febrero pasado”¹¹⁰. Esto llega a evidenciar, por un lado, que “lo más probable es que la tragedia de Vargas sea un recuerdo que sensibilice a esta generación, pero no una memoria que te haga consciente de que tenemos una relación con la naturaleza en la que siempre ha habido desastres”¹¹¹, o que la *Tragedia* ha dejado ganancia “...han aprendido a mirar el río; claro luego de que el deslave lavó sus cauces y los hizo visibles. Antes del 99, le gente vivía a espaldas de la montaña, veía sólo el mar”¹¹².

...las comunidades residentes en la zona de desastre han desarrollado herramientas que son producto de la experiencia y la asistencia, capaces de enfrentar exitosamente la ocurrencia de eventos similares (aunque no iguales, al menos en el presente), y de responder a las circunstancias de deterioro de servicios e infraestructura en las que se encuentran (Altez, 2008:249).

El único acto conmemorativo registrado para diciembre de 2005 (bien sea por la ironía de recordar víctimas del ´99, teniendo algunas más, producto del evento de febrero de 2005), fue la peregrinación con la Virgen de Fátima por parte de **los vecinos de Tanaguareñas**: “Una vez más salieron a peregrinar en Vargas, como lo hacen desde hace seis años”¹¹³.

Esta situación de desidia persiste para diciembre de 2006, al cumplirse siete años de la *Tragedia*, “...te consigues con que la tragedia está viva, como una imagen

¹⁰⁹ “Saben que un día puede repetirse la historia, pero no conocen otra forma de vida”, *Ultimas Noticias*, 13/12/2005, p. 34.

¹¹⁰ *EL Nacional*, 16/12/2005, cuerpo B, p.26.

¹¹¹ *EL Nacional*, 16/12/2005, cuerpo B, p.26.

¹¹² *EL Nacional*, 16/12/2005, cuerpo B, p.26.

¹¹³ *EL Nacional*, 16/12/2005, cuerpo B, p.26.

congelada, como un recordatorio perenne que no te deja cerrar del todo las heridas del alma”¹¹⁴.

Han pasado siete años y aún en mi recuerdo todo lo que pasó durante esos días sigue presente. Se habla fácil de recuperación, de reconstrucción; pero se deja de lado la lentitud con que se ha desarrollado todo. Cada vez que paso por Carmen de Uria creo que es un monumento para mi dolor...uno como que se acostumbra a vivir con lo que tiene, dando gracias porque el río te dejó lo más importante: la vida¹¹⁵.

Aunque la noticia que recuerda la *Tragedia* de '99 va mermando, en este año se hace evidente el debate público entre aquellos que reconocen la lentitud en la reconstrucción del estado Vargas¹¹⁶ vs. las autoridades que intentaban defender su integridad gubernamental (Klein, 2007:109), mediante propagandas (ver Figura 18).

Por otro lado, con el acto denominado “Una flor por la vida y la esperanza” *organizado por la Alcaldía de Vargas*, se conmemoró el séptimo aniversario del deslave ocurrido en la región litoralense: “...lanzaron rosas de todos los colores al mar, en La Guaira, como forma de homenaje a los que murieron durante la tragedia y para alentar a los sobrevivientes a seguir luchando por sacar adelante el estado”¹¹⁷. Distinguimos en esta última frase que el acto conmemorativo tiene una doble visión, no sólo mira hacia el pasado trágico, sino que coloca su perspectiva y esperanza en un futuro prometedor, que le permita al estado salir de “las ruinas” y por lo tanto del desastre, es decir, la visión progresista se hace cada vez más evidente en la conmemoración.

¹¹⁴ *EL Universal*, 16/12/2006, cuerpo 4, p.1.

¹¹⁵ *EL Universal*, 16/12/2006, cuerpo 4, p.1.

¹¹⁶ “El paseo Macuto se ha ido recuperando en cámara lenta. No se puede concebir que siete años después, transversales como la calle Santa Ana aún tengan las mismas piedras que un día bajaron desde las faldas del Ávila. Pena ajena siento por el gobernador de estado”, *Ultimas Noticias*, 13/12/2006, p. 36.

¹¹⁷ *Ultimas Noticias*, 16/12/2006, p. 37.

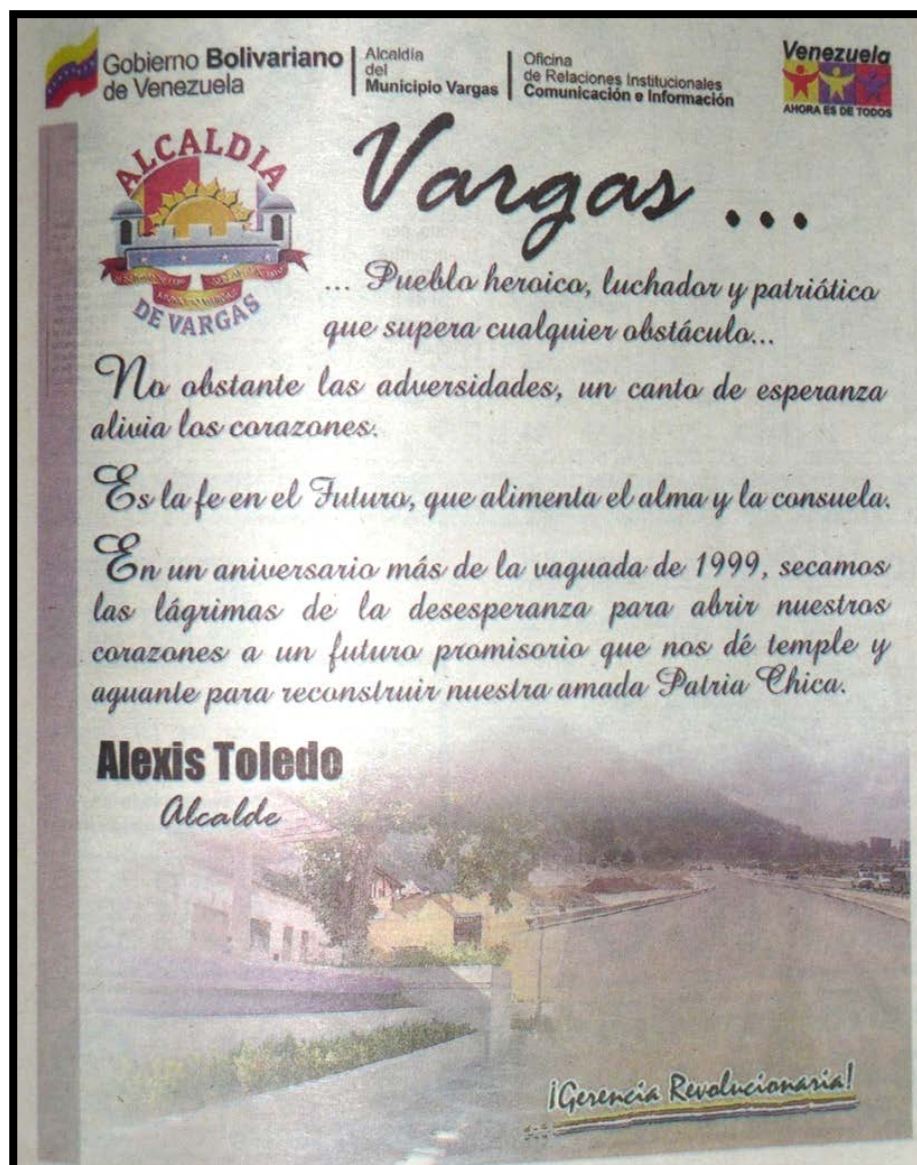


Figura 18. Reproducción digitalizada del mensaje motivo del séptimo aniversario de la Tragedia, por parte del Alcalde Alexis Toledo. Tomado y adaptado de *Ultimas Noticias*, 16/12/2004, p. 49. "Vargas..."

En el año 2007 la frase clave que describe el contexto del estado Vargas se resume en: “Conmemoración de la desidia”¹¹⁸. Aún continúan las “heridas” de la *Tragedia* resonando tanto materialmente¹¹⁹, como en el discurso público, “El 15 y 16 de diciembre de 2007 se conmemoran 8 años de la tragedia que enlutó a cientos de familias en Vargas y Caracas, y aún se ven los vestigios de la desidia gubernamental... ¿Cómo podríamos catalogar el abandono de estas familias, cuyo único pecado es vivir en una zona de alto riesgo?”¹²⁰. Ocho años después, la *Tragedia* continúa¹²¹ y las comunidades que viven estas condiciones,

...ya han aprendido lo suficiente como para sobrellevar su vulnerabilidad, aprender de ella y desplegar recursos eficaces a los riesgos. Se trata, ciertamente, de un aprendizaje no deseado e incómodo (paradójico, quizás), el cual a la par de haber generado recursos positivos frente a las amenazas, también ha despertado una triste desesperanza aprendida, a través de la cual la vulnerabilidad ya es una cuestión cotidiana e incluso consciente (Altez, 2008:248).

No obstante, se debe tener en cuenta que este aprendizaje vivencial es reforzado por los distintos programas y planes educativos desplegados luego del '99. Entre ellos se hace presente el “Programa de Prevención de Desastres y Reconstrucción Social” (Prederes) que “...nació como instrumento destinado a ‘ponerle las pilas’ a la población, a conjurar el demonio de la tragedia y enseñarle a la gente la mejor manera posible de enfrentar las consecuencias de las lluvias torrenciales”¹²².

Por otro lado, desde el ámbito científico se denuncia la acción de Corpovargas en los últimos años, quién ignoró los proyectos diseñados por los expertos para la

¹¹⁸ *El Nacional*, 16/12/2005, cuerpo C, p. 14, “Conmemoración de la desidia”.

¹¹⁹ “Residentes de los Corales sobreviven entre escombros y falta de servicios”, *El Nacional*, 16/12/2007, cuerpo C, p.1.

¹²⁰ *El Nacional*, 16/12/2005, cuerpo C, p. 14, “Conmemoración de la desidia”.

¹²¹ *Ultimas Noticias*, 16/12/2007, p. 38.

¹²² *Ultimas Noticias*, 16/12/2007, p. 34.

reconstrucción del estado y utilizó materiales inadecuados en la confección de las obras. “Esta, al decir de Carlos Genatios, es la causa principal de que no se haya logrado convertir a la tragedia en una oportunidad de crecimiento y desarrollo, además de colocar en riesgo a la población”¹²³.

...al abandonar los proyectos de ordenamiento urbano se le quitó a la gente el sueño y la esperanza de tener un Vargas bonito, con calidad de vida y, sobre todo, seguro...Vargas sigue representando un potencial. Pero todavía se ven calles destruidas, casa abandonadas. Eso son señas de que el Gobierno no supo cómo reactivar el Litoral Central¹²⁴.

Finalizando el octavo aniversario del desastre de diciembre de '99, sin mucha publicidad se recuerda la *Tragedia* públicamente con un acto conmemorativo titulado: *por la vida y la esperanza*, que “...celebró la *Alcaldía de Vargas* en Punta de Mulatos en memoria de las víctimas del deslave del 99, del que el pasado domingo [16 de diciembre] se cumplieron ocho años”¹²⁵.

Para diciembre de 2008, a nueve años de la *Tragedia* hace presencia de nuevo otro evento hidrometeorológico de menor magnitud, que “puso a temblar a los varguenses”¹²⁶.

...a las 7 pm del lunes [15 de diciembre] empezó a llover en el Litoral y los varguenses volvieron a sentir el mismo temor de hace nueve años, cuando se produjo la tragedia que enlutó a la región. Muchos recordaron los momentos más críticos que les tocó vivir ese fatídico día¹²⁷.

Sin embargo, las comunidades varguenses desde días anteriores y en vista de las continuas lluvias durante el mes de diciembre, prepararon “...un simulacro en caso de inundaciones [que] realizaron (...) los habitantes de tres comunidades de la

¹²³ *El Universal*, 15/12/2007, cuerpo 3, p.2.

¹²⁴ *El Universal*, 15/12/2007, cuerpo 3, p.2.

¹²⁵ *El Universal*, 15/12/2007, cuerpo 3, p.6.

¹²⁶ *El Universal*, 15/12/2008, cuerpo 3, p.1, “Palo de agua puso a temblar a los varguenses”.

¹²⁷ *El Universal*, 15/12/2008, cuerpo 3, p.1, “Palo de agua puso a temblar a los varguenses”.

parroquia Urimare, para preparase en caso de que las lluvias causen estragos (...) el proyecto define las medidas y estrategias que tomarán las comunidades, en caso de producirse desastres naturales”¹²⁸. Estas respuestas por parte de la población ante un evento menor, nos permiten advertir que la *Tragedia* aún es sensible y que la presencia de lluvias continuas activa el recuerdo de los días de aquel diciembre del ’99; sin embargo, el recuerdo –en este caso– produce una reacción en la población, es decir, una respuesta que se activa como un reflejo muscular que parece dar cuenta de que poco a poco se va ganando un aprendizaje que es capaz de ponerse en práctica. El hecho de emprender un simulacro con el fin de prepararse ante una contingencia, demuestra los primeros pasos de la población hacia la ganancia de una memoria que permita (en un futuro), disminuir uno los factores que producen el contexto vulnerable ante este tipo de amenazas.

Por otro lado, las huellas del desastre siguen visibles y los varguenses las reconocen en los lugares que promueven el turismo como lo son, “...el antiguo hotel Sheraton [que] sigue sin abrir, mientras el hotel Caribe guarda la destrucción en su interior”¹²⁹, aunque “...las autoridades aseguran haber construido 93% de las obras de minimización de riesgos necesaria para evitar que se repita el desastre natural”¹³⁰. Sin embargo, en la misa donde se recordaron los nueve años de la *Tragedia* de diciembre de 1999, se hizo el llamado a las autoridades presentes (*gobernador Jorge Luis García Carneiro y el alcalde Alexis Toledo*) a “trabajar por nuestro estado, por

¹²⁸ *Ultimas Noticias*, 10/12/2008, p. 38, “Se ponen pilas con lluvias”.

¹²⁹ *El Universal*, 15/12/2008, cuerpo 3, p.1.

¹³⁰ *El Universal*, 15/12/2008, cuerpo 3, p.1.

nuestra gente, desde Chuspa hasta el Junko (...) a seguir adelante con la reconstrucción del estado todos unidos, pueblo y gobierno”¹³¹.

“...el hilo del tiempo de los varguenses se determina antes o después de la tragedia de 1999. De forma similar al Antes o Después de Cristo del calendario religioso. Tras haber transcurrido nueve años, a algunos les cuesta recordar cómo era el lugar antes de, otros recuerdan claramente el antes y luchan por construir un mejor después”¹³².

La cantidad de información producida en la primera década de la *Tragedia*, se refleja de nuevo mediante “una serie de reportajes”, haciendo un recorrido por los diez años posteriores al desastre. Por ejemplo, el diario *Ultimas Noticias* inicia su proyecto “UN X VARGAS”, desde el 30 de noviembre hasta el 17 de diciembre, donde “...lleva el pulso de los 10 años del deslave que marcó”¹³³ (ver Figura 19).

Más allá de hacer un recorrido junto con esta serie de reportajes, acerca de las huellas vivas de la *Tragedia*, queremos resaltar el punto de confluencia en la producción de información, que se encuentra centrada en el *aprendizaje* que se ganó o dejó de ganar a partir de la misma. En primer lugar, la imagen de algunas personas que -como hemos visto-, se quedaron en Vargas “viviendo con el enemigo”¹³⁴, es reconocida por algunos como la lección que Vargas jamás aprendió¹³⁵; sin embargo, con el hecho de quedarse en la región y volver a construir, la sociedad varguense “...ha demostrado poseer sorprendentes mecanismos adaptativos que le han valido para reconstituirse como comunidad sobre circunstancias negativas. Entre otros aspectos recursivos, ha demostrado una enorme capacidad de supervivencia, un sólido sentido de arraigo y una clara flexibilidad ante los riesgos” (Altez, 2008:253).

¹³¹ *Ultimas Noticias*, 17/12/2008, p. 34, “Llamado a trabajar por recuperación del estado”.

¹³² *El Universal*, 16/12/2008, cuerpo 3, p. 4.

¹³³ *Ultimas Noticias*, 11/12/2009, p. 8.

¹³⁴ *Ultimas Noticias*, 9/12/2009, p. 13.

¹³⁵ *El Nacional*, 13/12/2009, cuerpo A, p. 1.

Uno de los aprendizajes más significativo de los varguenses en los últimos 10 años es saber vivir con el riesgo a la vuelta de la esquina...Quienes sobrevivieron al deslave de 1999 y, posteriormente, a la vaguada de 2005 están conscientes, probablemente más que el resto de la población venezolana, de que “más vale prevenir que lamentar...la gente ahora sabe hacia dónde correr, por dónde debe salir...Es difícil predecir cómo se desenvolvería la gente, pero lo seguro es que la reacción será mucho mejor que en 1999 y 2005¹³⁶.



Figura 19. Reproducción digitalizada de la serie de reportajes ofrecida por *Ultimas Noticias* en diciembre de 2009. Tomado y adaptado de *Ultimas Noticias*, 16/12/2009, p. 17, “En Vargas 10 años después”.

Con respecto a los actos conmemorativos adjudicados en este año a los *entes gubernamentales*¹³⁷, en primer lugar se realiza un acto donde “Veintiún salvos de cañón y el sonar de campanas en todas las iglesias del Litoral harán recordar, el próximo 15 de diciembre, que se cumplen 10 años de aquel nefasto día, cuando el

¹³⁶ *Ultimas Noticias*, 9/12/2009, p. 13.

¹³⁷ “Es un sentimiento varguense que nos une a todos. Se nos ha hecho una tradición conmemorar la tragedia. Pedimos a nuestros gobiernos que no se olviden de nosotros”, *Ultimas Noticias*, 16/12/2009, p. 30.

mar y la montaña se unieron y se llevaron a cientos de varguenses”¹³⁸. En segundo lugar, “...un decreto para reconocer el 15 de diciembre como día de duelo en el principal estado afectado por el deslave de 1999. El documento exhortará a guardar un minuto de silencio a las 12:00 del mediodía, sonar las campanas de las iglesias y colocar la bandera nacional a media asta”¹³⁹. En tercer lugar, “...fue develada la pieza Monumento a la vida. Muchos de los presentes aplaudieron la iniciativa”¹⁴⁰. La imagen de la maternidad, una escultura en bronce del artista Argenis Díaz, recordará en el puente de Los Corales la tragedia vivida hace 10 años¹⁴¹.

El hecho de realizar este tipo de conmemoraciones durante todos los diciembres posteriores al desastre del '99 (ver anexo 2. Una década de recuerdos), deja entrever en primer lugar, la práctica que da base a la construcción de la memoria colectiva en torno al desastre: *expresar lo vivido*. La *Tragedia de Vargas* no es cualquier otro evento, por lo tanto, debe ser recordado, rememorado, para cumplir así con la condición -señalada en páginas anteriores- de transmitir la experiencia traumática, es decir, *hacerla pública o colectiva*.

En segundo lugar, se pueden distinguir en las conmemoraciones a los actores que intervienen en el trabajo de construcción y formalización de las memorias (Jelin, 2002b), y con ello, destacar el impacto que tienen las actividades organizadas desde el Estado diferenciándolas de las impulsadas por la misma comunidad, ya que “...las conmemoraciones que la sociedad cultiva están articuladas en una memoria que

¹³⁸ *Ultimas Noticias*, 12/12/2009, p. 31.

¹³⁹ *El Nacional*, 12/12/2009, cuerpo C, p. 2

¹⁴⁰ *El Nacional*, 12/12/2009, cuerpo C, p. 2 “Huella de la tragedia estará presente en una escultura”.

¹⁴¹ *Ultimas Noticias*, 15/12/2009, p. 32.

puede ser entendida como ‘selectiva’, escogida de acuerdo a los intereses de quienes construyen esas conmemoraciones” (Altez, 2010b:17).

Las actividades promovidas por las comunidades varguenses tienen el objetivo de recordar y hacer tributo a las víctimas de la *Tragedia*; por ejemplo, advertimos cómo los vecinos de la urbanización Montezuma en Macuto para conmemorar la *Tragedia* construyen una capilla en honor a víctimas del desastre¹⁴², otro ejemplo, se advierte en Naiguatá cuando la *junta parroquial* fue la encargada de las serie de actividades conmemorativas que se llevaron a cabo en la Plaza El Indio, igualmente, “...el encuentro de los naiguatenses, sirvió para que los Bomberos de Vargas dieran una charla sobre el mapa de riesgo de la zona”¹⁴³, para así mantener *formada e informada* a la población. Por otro lado, las actividades impulsadas desde el Estado, han estado enmarcadas –como hemos visto- en la presentación de las obras realizadas durante el año en curso; en este sentido, estos actos conmemorativos promueven el interés más hacia la reconstrucción física de la entidad que hacia el recuerdo del desastre. Por ejemplo, esto lo podemos advertir en las palabras del presidente de CorpoVargas, general Alejandro Volta, cuando apenas en el año 2002 afirmaba –tratando de defenderse ante la acusación por la lentitud del trabajo en la reconstrucción- que: “Una tragedia se supera no en la medida en que se ejecuten las obras, sino en la medida que el pueblo se haya olvidado que hubo una tragedia”¹⁴⁴.

¹⁴² “Treinta y dos familias sobrevivientes de la tragedia de Vargas... construyeron una capilla con una gran imagen de un Cristo, para conmemorar los dos años del deslave de El Ávila, que en esta zona tuvo consecuencias devastadoras” *Ultimas Noticias*, 18/12/2001, p. 21.

¹⁴³ *Ultimas Noticias*, 16/12/2003, p. 4.

¹⁴⁴ *Ultimas Noticias*, 15/12/2002, p. 21, “En Vargas falta mucho por hacer”.

La promoción del olvido de la población para superar el desastre, desde una institución encargada de la reconstrucción del estado devastado, nos permite advertir –coincidiendo con Sandrine Revet- la *negociación del riesgo*¹⁴⁵, “...donde la percepción de éste se ve desplazada por las necesidades materiales y sociales de mejorar las condiciones de vida(...) que resultan ser una construcción diferencial de la realidad, y no una interpretación correspondientemente positiva con la vulnerabilidad material” (Altez, 2010b:182). Es decir, se vela la *Tragedia* con el manto del olvido, con la finalidad de promover la reconstrucción del estado sin planes preventivos. Con este incentivo se da de nuevo la espalda a la montaña para seguir viendo el mar y se reproducen las mismas condiciones que dieron origen al contexto vulnerable de diciembre del ´99.

En este sentido, los actores sociales que promueven las conmemoraciones, en su rol de constructores de memoria, se reparten las responsabilidades sobre el pasado y se distribuyen, en sus diferentes ámbitos de acción, el mantenimiento del recuerdo de la *Tragedia* desde las interpretaciones que sus perspectivas construyen al respecto. Por lo tanto,

El espacio de la memoria es entonces un espacio de lucha (...), y no pocas veces esta lucha es concebida en términos de la lucha “contra el olvido”: recordar para no repetir. Las consignas pueden en este punto ser algo tramposas. La “memoria contra el olvido” o “contra el silencio” esconde lo que en realidad es una oposición entre **distintas memorias** rivales (cada una de ellas con sus propios olvidos). Es en verdad “memoria contra memoria” (Jelin, 2002a:6).

Por otro lado, la conmemoración permite *marcar la fecha* para recodar colectivamente el desastre, debido a esto, se pauta una *Semana de Vargas*, que se

¹⁴⁵ Ver más en: Revet, S. (2006). “Le risque négocié. Conflits et ajustements autour de la reconstrucción de Vargas (Venezuela)”. En *Autrepart*, N° 37, pp. 163-181.

reducirá a los 15 ó 16 de diciembre. En estos días se vuelve presente ese pasado trágico, evocando los momentos vividos, mediante las expresiones públicas en las actividades conmemorativas.

Las fechas y los aniversarios son coyunturas de activación de la memoria (...) son momentos en que el trabajo de la memoria es arduo para todos, para los distintos bandos, para viejos y jóvenes, con experiencias vividas muy diversas. Los hechos se reordenan, se desordenan esquemas existentes, aparecen las voces de nuevas y viejas generaciones que relatan, crean espacios intersubjetivos, comparten claves de lo vivido, lo escuchado o lo omitido. Son hitos o marcas, ocasiones cuando las claves de los que está ocurriendo en la subjetividad y en el plano simbólico se tornan más visibles, cuando las memorias de diferentes actores sociales se actualizan y se vuelven “presente” (Jelin, 2002a:52).

Por último, la conmemoración permite hacer sensible la *Tragedia* a través de la *reproducción del duelo*, en la declaración de días de duelo regional¹⁴⁶, en las misas, como en el acto de lanzar flores al mar, recordando así, las víctimas de aquel fatídico diciembre '99. Esta última práctica conmemorativa llama la atención, ya que la gran concentración por parte de la comunidad en torno a los sucesos que generan muertes violentas, parece acaparar la mayor cantidad de recursos de memoria.

Gran parte de los rituales y los funerales ayudan a que esa situación tenga también un carácter social; ese proceso no es sólo privado tiene también un carácter colectivo... el trabajo que hacemos con el duelo se refiere al rescate de la memoria de las víctimas, de manera que ese recuerdo no sea solamente individual sino que tenga también un carácter social (Martín, 2000:38).

Entonces, el acto conmemorativo alrededor de la muerte masiva producto de la *Tragedia* del '99, articulándose con elementos religiosos (misas y marchas o

¹⁴⁶ “La alcaldía del Municipio Vargas publico un decreto mediante el cual se declaran el 15 y 16 de diciembre como días de duelo en todo el territorio del litoral central, con la finalidad de conmemorar y rendirle honores a los miles de varguenses que perdieron la vida durante la tragedia natural ocurrida hace exactamente dos años”, *Ultimas Noticias*, 16/12/2001, p. 19.

“...próximamente será promulgado un decreto para reconocer el 15 de diciembre como día de duelo en el principal estado afectado por el deslave de 1999. El documento exhortará a guardar un minuto de silencio a las 12:00 del mediodía, sonar las campanas de las iglesias y colocar la bandera nacional a media asta”, *El Nacional*, 12/12/2009, p. C/2.

procesiones con imágenes religiosas¹⁴⁷), marca sin duda sólo un paso –del gran camino que falta por recorrer- que podría garantizar una ganancia en la memoria (SOCSAL, 2003), y con ello un cambio estructural,

...la exacerbación del hito marcado por 1999, introduce en la cotidianidad de la comunidad el intento de recrearle a partir de la construcción de imágenes y significados sobre el mismo, tratando de incorporarlo a la memoria a través de rituales de carácter religioso, como lo enseña el hecho de que ‘después de la tragedia, como el vía crucis en Semana Santa, la misas los domingos, se conmemoran y recuerdan lo sufrido cada año’ (SOCSAL, 2003:83).

No obstante, únicamente si este ritual se actualiza cada vez que se realice, es decir, se vuelva “presente” y haya una apropiación del evento, y no sólo se repita sin crear vínculos o re-interpretación (lanzar una flor al mar sin saber por qué o qué se debe esto), cumplirá su papel en el proceso de transmisión de la experiencia traumática vivida a las siguientes generaciones, construyendo (o reconstruyendo cada vez que se actualice) la memoria del desastre.

Para poder transmitir los sentidos del pasado hay al menos dos requisitos: el primero que existan las bases para un proceso de identificación, para una ampliación inter-generacional del “nosotros”. El segundo, dejar abierta la posibilidad de que quienes “reciben” le den su propio sentido, reinterpreten, resignifiquen –y no que repitan o memoricen (Jelin, 2002a:126).

¹⁴⁷ “Con una procesión que comenzó en la Plaza Lourdes de Maiquetía y terminó en La Veguita de Macuto y la realización de una sesión solemne del Consejo Legislativo (Clev) en El Cardonal, se conmemoró el quinto aniversario de la tragedia de 1999”, *Ultimas Noticias*, 11/12/2004, p. 28. “Recordaron a los caídos en la tragedia”.

Memoria inclusiva: Apropiación de la Tragedia de Vargas

¿Pueden quienes no vivieron en carne propia una experiencia personal traumática participar del proceso histórico de construcción de una memoria colectiva? ¿Quién es el “nosotros con legitimidad para recordar”? ¿Es un nosotros excluyente, en el que sólo pueden participar quienes “vivieron el acontecimiento”? ¿O hay lugar para ampliar ese nosotros, en una operación por la cual comienzan a funcionar mecanismos de incorporación legítima –sobre la base del diálogo horizontal más que de la identificación vertical- de (nos)otros? (Jelin, 2002a).

A partir de la *Tragedia* de Vargas, el dolor de la pérdida tanto de espacios históricos, urbanos o públicos del estado, como de la vida de las víctimas, no sólo fue un pesar regional, sino que se convirtió en un sentimiento nacional: “La Tragedia que enlutó a Venezuela”¹⁴⁸. Esta conmoción fue expresada en el momento-impacto, mediante la *solidaridad nacional*. “La catástrofe ha dejado plasmadas escenas de desolación, caos y desconcierto, pero también ha traído consigo trazos de amor y *solidaridad* con el dolor humano, guiños de esperanza en medio del infortunio”¹⁴⁹. “Estuvimos allí y sufrimos junto a ustedes al ver como se nos venía el mundo encima”¹⁵⁰.

La apropiación de la *Tragedia* por parte del país, se refleja también en la serie de reportajes anuales realizados por los diarios nacionales.

Por supuesto, ningún imaginario se construye en forma autárquica sino en relación con el mundo exterior y a través de los medios de comunicación cada vez más universales.

¹⁴⁸ *El Nacional*, 10/12/2000, p. 4.

¹⁴⁹ *El Universal*, 20/12/1999, cuerpo 4, p. 12.

¹⁵⁰ *Ultimas Noticias*, 17/12/2000, p. 49.

La presencia de imágenes tecnológicas ajenas y que cobran peso en lo imaginarios de la población es ya casi un denominador común que influye enormemente en la aceptación o rechazo a la memoria del desastre (Maskrey, 2001:56)

Definitivamente este evento que fue la mayor catástrofe sufrida por la población venezolana en su historia contemporánea “Es un sentimiento varguense que nos une a todos”¹⁵¹. Basta preguntar a cualquier venezolano, qué sucedió en diciembre del ´99, para que sea confirmada la idea que la *Tragedia de Vargas* actúa como una memoria inclusiva, es decir, no sólo aquellos que vivieron en carne propia el acontecimiento lo recuerdan, sino que se amplía ese *nosotros (varguenses)*, mediante mecanismos de incorporación legítimos de un *nos-otros (venezolanos)*. Por lo tanto, podemos una vez más afirmar que el desastre tiene una expresión pública, transmitiéndose la experiencia traumática del individuo al colectivo, del varguense al venezolano.

¹⁵¹ *Ultimas Noticias*, 16/12/2009, p. 30.

RECONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA:

Desastres que han hecho presencia en el pasado y seguirán haciéndolo en el futuro.

La memoria no sólo se reconstruye en los actos conmemorativos que buscan transmitir la experiencia y revivir el momento traumático, sino que particularmente en el estado Vargas, la experiencia de la *Tragedia* se evoca continuamente con los eventos hidrometeorológicos menores que hacen presencia cada año¹⁵².

Como se ha advertido en capítulos anteriores¹⁵³ la población del estado Vargas para diciembre de '99, no conservaba una memoria sólida con relación a los antecedentes desastrosos de la región; esto junto con otras variables (físicas, económicas, sociales, estructurales, entre otras), la hicieron vulnerable frente al evento que experimentaron, ya que no poseían respuestas eficaces (Altez, 2010), para afrontar tal desastre. “Muy lejos quedaban los eventos de 1951, 1948, 1938, 1892 o 1798, para citar los más significativos. Desapercibidos pasaron los de consecuencias menores (...) no aportaron cambios a la cotidianidad de la región” (Altez, 2008:241).

Por lo tanto, el desconocimiento de la población acerca del entorno en el que sobreviven, de las condiciones que construyeron la realidad en la cual se desenvuelven (Altez, 2005) y de los desastres anteriores al '99, llevaron a producir expresiones de desconcierto luego de la *Tragedia*, tales como “primera vez en la

¹⁵² “El terror vuelve cada año”, *El Universal*, 16/12/2001, cuerpo 4, p. 2.

¹⁵³ Ver Capítulo 2.

historia...” o “nunca visto...”¹⁵⁴, otros aceptaban haber contemplado una crecida, pero *nunca como la de aquel diciembre*¹⁵⁵. El defecto entonces está en el fracaso de la transmisión de los eventos experimentados por los antepasados, ya que, “...un pueblo ‘olvida’ cuando la generación poseedora del pasado no lo transmite a la siguiente, o cuando ésta rechaza lo que recibió o cesa de transmitirlo a su vez, lo que viene a ser lo mismo (...) un pueblo jamás puede “olvidar” lo que antes no recibió” (Yerushalm en Jelin, 2002a:124).

Klein (2007) ofrece una explicación para este fracaso en la transmisión de la memoria de eventos desastrosos. Dos opciones pueden hacer pasar desapercibidos los desastres que han hecho presencia en el pasado y seguirán haciéndolo en el futuro. La primera explicación es la *naturalización* de los eventos “...que tiende a ignorar los peligros más cotidianos” (Douglas en Klein, 2007:125); se hacen “normales” las amenazas naturales permanentes, es decir, eventos más comunes como son las lluvias de poca intensidad (causantes de un daño menor en la población). No obstante, las contingencias posteriores a la *Tragedia* del ‘99: noviembre 2000¹⁵⁶, diciembre 2001, septiembre 2004, febrero 2005¹⁵⁷, diciembre 2008¹⁵⁸, diciembre 2010, para el

¹⁵⁴ “Por primera vez en treinta años como habitante de esta barriada ocurre algo tan desastroso ya que nunca había visto en su máximo nivel la quebrada del Ávila”, *Ultimas Noticias*, 16/12/1999, p. 61.

¹⁵⁵ “Pero lo que sucedió el 16 de este mes, con sus precedentes y sus consecuencias, no se ha visto nunca. Ha sido, sin duda, nuestra mayor tragedia”, *El Nacional*, 24/12/1999, cuerpo A, p. 6.

“...hace diez años hubo una tormenta que también fue muy fuerte, pero en mi vida había visto algo como lo que ocurrió ayer”, *El Universal*, 17/12/1999, cuerpo 4, p. 8.

¹⁵⁶ “Fue la reedición de la tragedia, casi un año después, como una cruel y recurrente pesadilla”, *El Universal*, 16/12/2000, cuerpo. 4, p.12. “El pánico volvió en noviembre”.

¹⁵⁷ “Aún sin haberse recuperado de la tragedia de ese diciembre, el sector fue golpeado nuevamente por la furia de la naturaleza en febrero pasado, cuando las lluvias arrasaron con todo”, *Ultimas Noticias*, 15/12/2005, p. 35.

¹⁵⁸ “...a las 7 pm del lunes empezó a llover en el Litoral y los varguenses volvieron a sentir el mismo temor de hace nueve años, cuando se produjo la tragedia que enlutó a la región. Muchos recordaron los

colectivo varguense no son más que la actualización de la experiencia vivida en el '99. Estos eventos permiten una evocación, pero no se les reconoce como desastre porque forman parte de su cotidianidad.

Como se distingue, estos hechos de menor escala -aquellos que denomina la población como “los que suceden cada año”¹⁵⁹-, se hacen normales y se incluyen dentro de la cotidianidad de la región, ya que los efectos en la población no alcanzan la magnitud de un desastre mayor como el de diciembre de '99. Sin embargo, es necesario reconocer –tal como lo hace García Acosta (2008)- que la acumulación de estos “pequeños” desastres, puede llegar muchas veces a compararse con las consecuencias de un evento mayor, en este sentido, el estudio de los desastres y su comprensión como proceso, permite tomar en cuenta en su abordaje los eventos desastrosos menores, evitando así minimizarlos frente a las grandes catástrofes

Es ésta una anomalía que se extiende, de manera preocupante, cada vez más. La “normalización” del riesgo, junto con el de la pobreza, de la violencia y de la marginación, entre otros, constituye una amenaza creciente que se ha derivado en buena parte de un manejo mediático e irresponsable que no podemos soslayar y que debemos combatir (García Acosta, 2008:30).

Por otro lado, el *olvido* de los eventos mayores, parece ser el producto de la baja frecuencia de aquellas amenazas con baja probabilidad de ocurrencia (Klein, 2007:127), como las lluvias extraordinarias de 1999, *eventos que, según expertos, se repiten cada 1.000 años*¹⁶⁰ (Urbani, 2008; Rodríguez, 2008; Salcedo, 2000). “Esta es la explicación más simple del olvido. Mantiene la idea de que la huella se desvanece

momentos más críticos que les tocó vivir ese fatídico día”, *Ultimas Noticias*, 17/12/2008, p. 34, “Palo de agua puso a temblar a los varguenses”.

¹⁵⁹ “...en 1982 y 1986 aquí también vivimos tragedias por crecida de los ríos pero no fueron tan fuertes como la vivida en diciembre de 1999”, *El Universal*, 16/12/2003, cuerpo 2, p. 10.

¹⁶⁰ “...un fenómeno de la magnitud del ocurrido en Vargas se presenta cada 5 mil años”, *El Nacional*, 10/12/2000, cuerpo A, p. 4.

con el paso del tiempo” (Marcilla, Alcalde y Ramiro, 1993:199). Ciertamente, tanto la *naturalización* de los fenómenos hidrometeorológicos de baja escala, como el *olvido* de eventos extraordinarios debido a una gran *distancia temporal-espacial* entre la ocurrencia de los mismos, ha contribuido a la reproducción del contexto vulnerable en el estado Vargas.

...la memoria acerca de los riesgos vividos por la comunidad (no por los individuos en especial), sólo reconoce una experiencia cercana como vivencia, y *no asocia la periodicidad de las amenazas con las que convive su comunidad, a una presencia permanente de las factibilidades de los riesgos* (SOCSAL, 2003:98).

En todos los casos debe tomarse en cuenta la reconstrucción de la memoria a partir de la ocurrencia de los “pequeños” desastres, relacionando siempre la configuración de la misma con aquello que la sociedad percibe como amenaza (SOCSAL, 2003). En el caso del estado Vargas –y coincidiendo con el planteamiento presentado en SOCSAL (2003)- no se observó una recordación significativa de grandes eventos, -a pesar de la amplia cronología de los mismos registrada a lo largo de su historia-, (SOCSAL, 2003:87), mientras que los eventos menores se reconocen como cotidianos; en consecuencia, tanto en uno como en otro caso, la amenaza ha pasado a ser normalizada¹⁶¹, esto implica una *percepción distorsionada del riesgo* – de acuerdo con Klein, 2007-, lo cual ha guiado la convivencia con el mismo.

En un escenario post-desastre (en donde los efectos del '99 se hayan aún sostenidos en el tiempo), conformado por edificaciones en ruinas, vialidad afectada por deslizamientos constantes, economía local constreñida (...), etc., la discusión –una vez más- omitió la “constante amenaza” con la cual conviven los habitantes de Vargas: la percepción de los riesgos, la memoria colectiva, la cultura del riesgo y la prevención fueron tan sólo elementos constitutivo de un discurso transformador “no concientizado”, mientras que la vulnerabilidad global siguió alimentándose en paralelo a la resignación de las comunidades (Klein, 2007:109-110).

¹⁶¹ “Nos vendieron la idea que teníamos que aprender a convivir con los riesgos”, *Ultimas Noticias*, 12/12/2003, p. 41.

Hacia una mayor comprensión del caso, es viable ampliar la propuesta de Klein (2007) al incluir dos percepciones al análisis. En primer lugar, por lógica simple, si hay una percepción distorsionada de la realidad es porque existe una percepción no distorsionada, en este caso la llamaríamos *percepción real*. ¿Quién posee esta visión real del desastre en el contexto varguense? Sin duda alguna afirmaríamos que la investigación científica se ha esforzado por correr los velos distorsionadores con el anhelo de llegar a contemplar cercanamente “la verdad”, lo real. Por lo tanto, historiadores, ingenieros, antropólogos, sociólogos y cualquier otro científico que inicie su investigación en torno al caso varguense -o el de los desastres en general-, tendrá el privilegio de alcanzar esta visión reveladora que exhibe a la realidad tal cual es.

Otro actor social que llega a tocar esta *percepción real* se encuentra representado en las autoridades, ya que el diálogo entre éstas y los investigadores y técnicos es históricamente indivisible (a pesar de que los resultados del mismo no necesariamente reflejan la materialización del conocimiento formal, sino la concreción de intereses). En el caso particular del desastre de Vargas, esta relación parece haber fluido con mayor claridad a partir de la *Tragedia*.

Sin embargo, la interlocución Estado-Academia no parece haber logrado materializar el conocimiento técnico en las gestiones emprendidas por parte del primero, evidenciando así que no sólo las comunidades varguenses tienen una percepción distorsionada del riesgo, sino que también las autoridades asoman esta condición, bien sea porque se niegan a reconocer la existencia material del riesgo, o

porque la utilizan como una estrategia para su negociación -en palabras de Revet, 2006-.

La négociation (...) commence très en amont, des la définition du risque, supposée être un acte scientifique pur. Le risque fait donc l'objet d'une mise en débat, (...) d'une élaboration á laquelle plusieurs types d'acteurs vont participer» [Decrop, 2004, p. 10]. Pour les habitants de La Veguita, le risque est partout, il est omniprésent. Vivre, c'est prendre le risque de mourir. Pour les techniciens de CorpoVargas, le risque est cartographié, cerné, et il est possible de le diminuer. Négocier les seuils de risque acceptables á la fois pour les habitants et pour l'institution qui en assumera la responsabilité, c'est créer un espace commun entre ces deux systèmes de représentations¹⁶² (Revet, 2006:180).

Se advierten claramente en el párrafo anterior las distintas percepciones de la realidad en torno al riesgo. Revet (2006) afirma que la ciencia pura define el riesgo como objeto formal, es decir, desde su perspectiva tridimensional, positiva, sensoperceptible, a la cual podríamos llamar *real*. Mientras que para las autoridades – que tienen en sus manos la decisión de la reconstrucción- esa percepción real administrada por la investigación técnica acaba siendo distorsionada, al ampliar los umbrales de aceptabilidad del riesgo. Por lo tanto, al negociar con los residentes se crea un espacio común en los dos sistemas de representación (real y distorsionado), en donde “la percepción [real] se ve desplazada por las necesidades materiales y sociales de mejorar las condiciones de vida (...) que resultan ser una construcción diferencial de la realidad, y no una interpretación correspondientemente positiva con la vulnerabilidad material” (Altez 2010b:182).

¹⁶² La negociación (...) que inició con las primeras etapas de la definición de riesgo, supone un acto científicamente puro. El riesgo es, pues, objeto de un debate formal, (...) un desarrollo en el que varios tipos de actores participarán [Decrop, 2004, p. 10]. Para la gente de La Veguita, el riesgo está en todas partes, es omnipresente. Vivir es arriesgarse a morir. Para los técnicos de CorpoVargas, el riesgo se asigna, puede ser identificado, y es posible reducirlo mediante umbrales aceptables de riesgo. Negociar para los residentes y la institución asumirá la responsabilidad de crear un espacio común entre estos dos sistemas de representación. Traducción propia.

A estas dos percepciones (distorsionada y real), es posible añadir una tercera: *percepción alucinada*. Si bien la distorsión es como una especie de miopía para la sociedad, la cual no permite vislumbrar la realidad más que de una manera deformada o borrosa, la alucinación es una cosa muy diferente: es ver algo que simplemente no está ahí, que no existe, o asumir que lo que existe posee una cualidad diametralmente opuesta a su condición real.

[Alucinación es la] percepción de alguna cosa que no existe y que no obstante se considera real. Dicha percepción, que es involuntaria y acrítica, tiene los caracteres de la sensorialidad y de la proyección. Como tal debe diferenciarse de la ilusión, que es una *distorsión perceptiva*, en el sentido de que se percibe un objeto diferente del objeto que sirve de estímulo (Galimberti, 2002:50).

La alucinación igualmente tiene su origen en la relación que establece la sociedad con su entorno, pero la diferencia es que percibe una realidad que no existe. Por ejemplo, las comunidades varguenses han forjado una realidad alucinada al establecerse en sitios que afirman son seguros¹⁶³. En este sentido, este último tipo de percepción se enmarca dentro de una mayor dimensión, siendo consecuencia directa de la presencia determinante de la modernidad, ya que ésta ha fundado la noción aparentemente irreversible de la diferencia y la superioridad de la cultura sobre la naturaleza, es decir, se alucina al pensar que el medio ambiente, y en este caso los fenómenos naturales, son manipulables en su totalidad y están a disposición de la decisión humana, mientras que la realidad es otra.

Por otro lado, se alucina también al pensar que la causa del desastre está en un ente externo: Dios o la naturaleza, y no se asume la responsabilidad social de la

¹⁶³ Otro ejemplo de este tipo de alucinación se presenta como consecuencia de las pérdidas humanas. “Es el caso de personas queridas muertas hace poco tiempo que pueden ser vistas por los sobrevivientes como ‘todavía vivas’” (Galimberti, 2002:52).

construcción de un contexto vulnerable. Expresiones que son comúnmente observadas dan cuenta de ello: “la ira de la naturaleza”, su “ferocidad”, “ensañamiento”, o “sabiduría”, pretende otorgar a los fenómenos naturales, especialmente, la condición de cierta personalidad autónoma, dotada de la capacidad de juzgar o tomar decisiones. Con ello es posible advertir que la noción de *desastre natural* no ha sido totalmente erradicada de la representación social.

Incluso a nosotros nos sucede lo mismo cuando, incapaces de asumir la responsabilidad, interpretamos nuestras fantasías como algo externo y entonces (...) el sueño, la fantasía, la imaginación, se interpretan como enviadas por un Dios, por un enemigo o por un muerto (Galimberti, 2002:52).

Mientras sigan permaneciendo estos tipos de percepciones -alucinada y distorsionada-, tanto en el colectivo como en los encargados de tomar las decisiones, la relación que se establezca con la naturaleza –y en este caso con los desastres- no tendrá las bases para una apropiación real y, por lo tanto, se reproducirán los factores que originan la construcción de contextos social y materialmente vulnerables. Es menester que la investigación científica siga revelando poco a poco la realidad varguense, con el fin de que la sociedad advierta que la amenaza está latente y se hace presente cada cierto tiempo, en menor o mayor intensidad, para que puedan desarrollar las estrategias y responder exitosamente ante el desastre.

“LA HERIDA SIGUE ABIERTA”

Memoria y aprendizaje

La gente que ha tenido que vivir muchas experiencias traumáticas desarrolla formas de enfrentar la situación. Aunque hay clínicos que hablan también de un cierto acostumbramiento como mecanismo de adaptación, sin embargo hay que “...ver el hecho traumático como un desafío para el cambio, en lugar de verlo solo como una herida, un impacto” (Martín, 2000:41).

Altez (2002a) afirma que cada contexto produce su propio orden simbólico y ello guarda una total correspondencia entre el pensamiento y el mundo de lo concreto. Los cambios en la realidad concreta producen cambios en la realidad simbólica y abstracta. “Ya Marx lo señalaba cuando afirmaba que lo que se produce con la mano también se produce con la cabeza” (Altez, 2002:171). Pero ¿qué pasa cuando no hay correspondencia entre lo que se “cree pensar” y la realidad material?

Esto es lo que se ha evidenciado en la historia de Vargas, y se ha reproducido a lo largo de estos 10 años de post-desastre. La convivencia con el riesgo se caracteriza por su sensación cotidiana en el entorno: “vivimos en ruinas”¹⁶⁴ (ver Figura 20). Se trata de una memoria espacial sensoperceptible, que permite afirmar que en la realidad varguense o venezolana no hay todavía un cambio simbólico-estructural que permita una reducción del riesgo, porque no tiene su expresión en lo

¹⁶⁴ “Esto quedo en el olvido. Aquí a siete años de haber ocurrido la tragedia de 1999, no se ha hecho nada. Las ruinas, el pedrero, la tierra y la destrucción que quedó de esa terrible experiencia siguen iguales”, *Ultimas Noticias*, 14/12/2005, p. 43.

“La infraestructura del estado recuerda que la tragedia del 99 está aún en pleno desarrollo”, *El Nacional*, 16/12/2005, cuerpo B, p. 26.

concreto-material, “...la permanencia de estos vestigios basta para explicar la permanencia y la continuidad del tiempo propio de esta sociedad antigua” (Halbwachs 2004:126).

...se han creado nuevas condiciones de vida que no representan necesariamente un camino hacia la recuperación de la región, sino que lamentablemente para las comunidades allí ubicadas, significa la prolongación casi indefinida de las consecuencias del desastre (...) Se trata de un desastre en pleno vigor y que hace mucho más sensible la fragilidad de las respuestas frente a eventos que bien podrían ser manejados exitosamente (Altez, 2008:262).



Figura 20. Fotocomposición de la realidad varguense once años después de la *Tragedia*. Arriba a la izquierda, ruinas ubicadas en la autopista principal de La Guaira recuerdan diariamente en el tránsito vehicular los restos que aún faltan por recoger. Arriba a la derecha, cauce del río San Julián en los Corales, advertimos la conglomeración de sedimentos a partir de las crecidas anuales, además de que el paisaje es aceptado por la población. Abajo a la izquierda y derecha: muchos que aún habitan Los Corales, aceptan la realidad circundante de ruinas, en contraste con algunas casas o edificios que han sido recuperadas. Fotos: Francys Vásquez, Mayo 2011.

A la vuelta de las mencionadas aproximaciones directas a la región afectada, puede decirse que el desastre de 1999 todavía se “mantiene vivo”, aún mucho tiempo después de haber ocurrido, pues continúa su despliegue (trascendiendo los impactos y los efectos característicos de la destrucción), en la preparación de las condiciones que volverán a cristalizar en un próximo evento adverso. No se trata de un ciclo, sino de un proceso: un proceso histórico y social, el cual no comienza de nuevo después del desastre, pues el desastre es sólo un indicador de dicho proceso. Todas las variables que pueden observarse como determinantes en la ocurrencia del evento anterior, continúan operando y contribuyendo a la recurrencia del propio evento, a su repetición en la historia (Altez, 2010b).

Para que puedan apreciarse los resultados de una memoria ejemplar¹⁶⁵, es necesario esperar la perduración y reproducción en el tiempo de estrategias y prácticas que alimenten la memoria de la región, las cuales podrían contar con una muy factible eficacia si logran transformar las relaciones históricas entre la comunidad y su entorno (SOCSAL, 2003).

Ha sido una nueva cotidianidad desde entonces la que se experimenta en el estado Vargas, donde la población ha aprendido a sobrevivir con su perfil de “alto riesgo” (...) se ha vuelto una costumbre ver las calles anegadas de barro, o bien saber que Naiguatá ha quedado incomunicada por deslizamientos en su carretera. Y todo esto con 20 minutos de lluvia. No cabe duda: la vulnerabilidad en el litoral central, ha elevado su rango de acción (Altez, 2008:247).

No obstante, las comunidades han tenido la oportunidad de poner en práctica (más de una vez en menos de diez años), lo aprendido con la experiencia de la

¹⁶⁵ Esta postura implica una doble tarea “...por un lado, superar el dolor causado por el recuerdo y lograr marginalízalo para que no invada la vida por el otro –y aquí salimos del ámbito personal y privado para pasar a la esfera pública- aprender de él, derivar del pasado las lecciones que pueden convertirse en principios de acción para el presente” (Jelin, 2002a:58).

Tragedia del '99. La reacción ante eventos menores, ha evidenciado la existencia de una cierta capacidad de respuesta ante los desastres¹⁶⁶, la cual se ve traducida en algunas prácticas y formas de actuar afloradas en medio del desastre (SOCSAL, 2003).

Ciertamente, la experiencia local del '99 incidió positivamente en el despliegue estratégico que desarrolló la comunidad varguense en febrero del año 2005, evidenciándose un comportamiento que amortizó el impacto material y afectivo de las lluvias de aquella fecha (...) [las respuestas manifestaron] “destrezas” empíricamente adquiridas gracias a un evento reciente, tratándose así de un aprendizaje a priori, de carácter superficial y fenoménico (...) quedando por verse si la eficacia de dichas estrategias trasciende de lo *funcional* a lo *simbólico*, esto es: si el impacto resultó suficiente para impresionar el imaginario social de los sujetos al punto de reconfigurar el mundo de las representaciones culturales, traduciéndose en memoria ganada (Klein, 2007:93).

¹⁶⁶ La *tragedia*, sin embargo, ha dejado ganancia... “Han aprendido a mirar el río; claro luego de que el deslave lavó sus cauces y los hizo visibles. Antes del 99, le gente vivía a espaldas de la montaña, veía sólo el mar” *El Nacional*, 16/12/2005, cuerpo B, p. 26.

REFLEXIONES FINALES

Afirmar que se ha logrado alcanzar un fin o conclusión sería truncar la potencialidad de estudios posteriores referentes al caso varguense. Y es que precisamente una realidad tan compleja como la que exponen los desastres, nunca tiene punto final. Por lo menos, si en la presente investigación, la aproximación hacia el desastre estuvo guiada desde la arista de la *memoria/olvido*, aún quedan por estudiarse los “otros colores” que forman la imagen caleidoscópica. Sin olvidar que la profundidad del abordaje no tiene límite; y así como un arqueólogo va descubriendo centímetro a centímetro una nueva realidad compleja, mientras se continúen estudios como el desarrollado, se revelarán nuevos escenarios, nuevas perspectivas, nuevas realidades. En este sentido, la investigación llegó a las siguientes profundidades.

Se coincide con Altez (2002a) al afirmar que *la noción de desastre no ha sido única a lo largo del tiempo*, ya que ésta es producto de la relación que la sociedad establece con el medio ambiente que la rodea, por lo tanto, estará histórica y culturalmente determinada. En este sentido, Oliver-Smith (2002) sostiene que en la historia de la humanidad la relación entre la sociedad y la naturaleza, no siempre fue de dicotomía, tal como se expresa en la modernidad:

Due to its historical hegemony and continued expansion, the model of society-nature relations dominant in the West merits special attention. This model places human beings and nature in opposition to each other. It was not always so. Although the opposition can be traced to classical Greece and Rome, in the medieval period nature was commonly conceived as in partnership with humanity (...). Human beings were seen as part of nature, part of God's creation (...)¹⁶⁷ (Oliver-Smith, 2002:30).

¹⁶⁷ Debido a su hegemonía histórica y la continua expansión, el modelo de las relaciones sociedad-naturaleza dominante en el Occidente merece atención especial. Este modelo coloca a los seres humanos y la naturaleza en oposición entre sí. No siempre fue así. A pesar de que la oposición se

El cambio de percepción que asumió la sociedad moderna frente a la naturaleza, ineludiblemente tuvo efecto en la construcción de la noción de *desastre natural*, la cual se hegemonizó dentro del pensamiento científico. La separación o desprendimiento entre lo natural y lo cultural trajo consigo la localización de las causas del desastre en el agente externo (fenómenos naturales), mientras que el interno (actor social) se mantuvo pasivo. Sin embargo, “...las visiones e interpretaciones de los factores causales de los desastres han sido desmitificadas de manera significativa durante los últimos 20 años en particular, a raíz de las nuevas discusiones e investigaciones llevadas a cabo sobre el tema” (Lavell, s/f:6).

Debido a que la línea de separación entre la naturaleza y la cultura es difusa¹⁶⁸, fue necesario “franquear esas fronteras” –en palabras de Braudel (1970)- logrando reconocer así que el *desastre no es de origen únicamente natural*, sino que *se produce en la intersección de la naturaleza y la cultura, por ende, su estudio debe abarcar tanto perspectivas naturales como sociales* (Oliver-Smith, 2002:24). Con base en esta lógica, y en el marco del *Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales* (DIRDN), se fue construyendo un modelo teórico coherente con la realidad revelada, el cual tiene su expresión en la fórmula *riesgo=amenaza×vulnerabilidad*. La conjunción de las dos variables, amplía definitivamente la percepción en el estudio de los desastres incluyendo tanto aspectos naturales (amenazas) como sociales (vulnerabilidad). No obstante, y en relación con

remonta a la Grecia clásica y Roma, en la época medieval la naturaleza fue concebida en asociación con la humanidad (...). Los seres humanos eran vistos como parte de la naturaleza, parte de la creación de Dios (...). Traducción propia.

¹⁶⁸ “¿Dónde termina la naturaleza? ¿Dónde comienza la cultura?” (Lévi-Strauss, 1969:36).

el primer factor de la ecuación, una vez más la frontera imprecisa entre lo natural y lo social complejiza el análisis de los desastres, sobre todo en contextos actuales caracterizados por la presencia de amenazas concatenadas y multi-amenazas¹⁶⁹:

Tal **concatenación** de eventos y las **sinergias** asociadas, se traducen en una dilución de la línea que separa las amenazas naturales y antropogénicas o llega a provocar que en todo caso, tenga poca validez la diferenciación absoluta entre ambos tipos de amenaza en la realidad compleja de las condiciones de riesgo y desastre. Si no hay cuidado en las interpretaciones de las causas de pérdidas y daños, entonces es fácil caer en la trampa de decir, por ejemplo, que un sismo es la causa de algo, cuando de hecho es en realidad el detonador de un proceso complejo que finalmente culmina en desastre (Lavell, s/f:11).

El abordaje de una realidad compleja como la que presentan los desastres, traspasó los límites que separaban a las disciplinas científicas (Ingeniería, Geología, Sociología, Antropología, Historia, entre otras), para abrir el diálogo entre ellas, ya que *un tópico con una realidad caleidoscópica -como lo es el desastre- exige un estudio multidisciplinario que pueda hacer frente ante tal complejidad.*

...el estudio de los desastres en general necesita de miradas transversales capaces de dar cuenta de la complejidad de variables que se cruzan y manifiestan en cada evento catastrófico. Del mismo modo que los desastres son eventos plurideterminados y multivariabilizados, los recursos analíticos que han de utilizarse para comprenderles no pueden provenir de un sola disciplina científica, y necesitan, a su vez, del diálogo multidisciplinario para llegar a comprender los procesos que se desenvuelven detrás de lo aparente, y que siguen operando luego del despliegue paroxístico de la destrucción (Altez, 2010b:182).

En este sentido, desde la eclosión de las ciencias sociales en el estudio de los desastres, la *Antropología* con su perspectiva holística proporcionó un marco teórico que –en palabras de Oliver-Smith y Hoffman– logró capturar la multidimensionalidad del desastre, abarcando todo el ámbito de la causalidad y el impacto del mismo e

¹⁶⁹ “*Las amenazas complejas o concatenadas*: al ocurrir un evento físico determinado puede desencadenar una serie de otros eventos. Un terremoto puede detonar derrumbes, incendios, ruptura de oleoductos o presas de agua causando inundaciones; un huracán se asocia con inundaciones, deslizamientos, destrucción de almacenes de materiales peligrosos, etc. (...) *Contextos de multi-amenaza*: una zona particular puede ser afectada en momentos distintos, o a la vez, por distintos tipos de eventos: inundaciones, deslizamientos, erosión, mazamoras, sismos, etc.” (Ayala, 2003:7).

incluyendo incluso el análisis de las relaciones humanas-medio ambiente (Oliver-Smith y Hoffman, 2002). Por lo tanto, -y corroborando lo afirmado por García Acosta- se ha advertido cómo el estudio histórico-social de los desastres mediante “...el acercamiento histórico y comparativo centrado en el estudio de la Cultura, ha constituido un marco idóneo que ha permitido identificar ciertos elementos teóricos y metodológicos fundamentales en este tipo de estudio” (García Acosta, 2004:128).

De esta manera, la mirada hacia los desastres no se centra en el momento-impacto sino en el *proceso histórico* a través del cual confluyen variables: naturales, sociales, culturales, ideológicas, educativas, físicas, ecológicas, técnicas, institucionales, económicas y políticas, que van construyendo un contexto social y material vulnerable, el cual ante la presencia de una o varias amenazas no es capaz de responder exitosamente. El hecho de reconocer que los desastres constituyen el *resultado de procesos* que frente a la manifestación de una amenaza se convierten en *detonadores o reveladores de situaciones insostenibles* y modelos desfasados (Hoffman y Oliver-Smith, 1999), permitió abrir las puertas en esta investigación al *estudio de los procesos histórico-sociales*.

Siguiendo esta línea de ideas, el trabajo plasmado en la presente investigación, en la cual hemos tomado como caso la *Tragedia de Vargas* en diciembre de 1999, condujo en *primer lugar*, al estudio tanto de la *amenaza* como del *contexto vulnerable* donde hizo presencia. Esto nos permitió advertir que el desastre ocurrido en diciembre de 1999 fue producto de la confluencia de las *condiciones físicas*,

*geológicas, orográficas propias de la región*¹⁷⁰, sumado a una *amenaza hidrometeorológica imperante*¹⁷¹ en un *contexto social y materialmente vulnerable*. Este último, producto de la presencia protagónica del *olvido* durante el proceso histórico, se manifiesta en “...un desconocimiento grave del entorno en el cual sobreviven y un olvido sistemático (...), de las propias condiciones que construyeron la realidad en la que se desenvuelven” (Altez, 2005:315).

Un ejemplo notable de la construcción del contexto vulnerable, puede observarse en el establecimiento anárquico de las viviendas en el estado Vargas. La mayoría de ellas ubicadas en zonas de alto riesgo (laderas inestables o conos de deyección) evidenciaron un *urbanismo sin memoria* (Altez, 2004); no obstante, es preciso señalar que este urbanismo desmemoriado que ciertamente proporcionó las bases para la producción de áreas no planificadas urbanamente (como los barrios), también planificó urbanizaciones que llegaron a ser en igual (o mayor) proporción afectadas por las crecidas de los ríos¹⁷²,

Es importante destacar que en este caso no se cumplió el supuesto sociológico que asume que los más golpeados en un desastre son los sectores populares o de bajos ingresos, o bien aquellos ubicados en zonas de mayor riesgo por detentar menores recursos para el desarrollo o ubicación de sus viviendas. Todos [los] sectores (...)

¹⁷⁰ Estas características de la serranía (montañas altas con fuertes pendientes, junto con litologías que propenden a generar grandes bloques de rocas meteorizadas) la convierten en un *escenario geológico natural riesgoso*.

¹⁷¹ El fenómeno natural debe entenderse como un evento hidrometeorológico complejo; las altas precipitaciones en la región norte de Venezuela fueron causadas por una persistente vaguada sobre el Caribe (López y Pérez-Hernández, 2010), sumado a un resto de frente frío proveniente del norte.

¹⁷² Carmen de Uria es un ejemplo esclarecedor: Este pueblo se creó en la década de 1950 de un gran proyecto urbano encargado por Pérez Jiménez al arquitecto italiano Felipe Galliard en las antiguas tierras de la hacienda de Uria. Los mapas de la ciudad fueron contruidos y el antiguo cauce del río fue desviado para la ocasión. En 1951, después de fuertes deslizamientos de tierra causados por el temporal de febrero, se construyó una presa de control de sedimentos para proteger la localidad. Aunque el proyecto fue abandonado después de la muerte de Pérez Jiménez en 1958, casas y villas se multiplicaron en esta zona dando Carmen de Uria magnitud de un pequeño pueblo. Así que a veces se induce la planificación en áreas peligrosas (Revet, 2007).

padecieron consecuencias materiales devastadoras, y no sólo la población más pobre y menos resiliente, como suele presuponerse (Altez, 2010b, 173).

En *segundo lugar*, -y siguiendo la lógica procesual del desastre- mediante la revisión y el análisis de documentos históricos, crónicas, textos, fuentes de información hemerográfica, proyectamos una mirada al pasado con el fin tanto de descubrir en él la ocurrencia de algún hecho desastroso similar en el estado Vargas, así como distinguir la presencia de los factores que fueron construyendo un contexto social vulnerable, para lograr obtener en su totalidad espacial/temporal la imagen de la sociedad varguense. El resultado de esta mirada retrospectiva permitió advertir que el desastre de 1999, no ha sido el primero ni el último que hace presencia en esta región; le anteceden –como se registró en una breve cronología– 45 eventos desastrosos de carácter hidrometeorológico de los cuales 22 ocurrieron en el siglo XX y 5 en el siglo XXI. Por lo tanto, es posible afirmar que este tipo de eventos desastrosos no son nada nuevo en el Litoral Central venezolano; sin embargo, *estos desastres no lograron grabar una impronta en la memoria colectiva, por ende, no promovieron un aprendizaje en la población varguense que le permitiese responder exitosamente en diciembre de '99*, sino que el velo del olvido se corrió ocultando aquellos recuerdos traumáticos y al mismo tiempo creando un contexto vulnerable.

Olvidar, también, es defenderse de algo cuya presencia produce inestabilidad. El miedo desestabiliza, y es por ello que generalmente es ocultado tras el olvido, encubierto en metáforas que le cambian su significado original. Sin embargo, los miedos sólo pueden ser derrotados cuando su significado es comprendido en su dimensión más real, y de allí que enfrentarlos exitosamente represente correr el velo seductor que ha hecho creer algo distinto de lo que realmente significan. Con los desastres del pasado ocurre una situación semejante: existen como metáforas en la memoria colectiva de una sociedad (...) si es que acaso logran existir de alguna manera (Altez, 2010a:14).

En *tercer lugar*, la perspectiva histórico-procesual asumida trascendió las barreras del pasado, enfocando la mirada en el “*post-desastre*” (Altez, 2008). Ya que

los procesos no tienen principio, ni fin, fue primordial seguirlos en su desarrollo posterior al momento/impacto, tomando en cuenta las actitudes que abraza la sociedad –en nuestro caso en torno al papel de la memoria colectiva¹⁷³– para la recuperación post-desastre, lo cual permite distinguir el aumento, disminución o reproducción de los factores que generan la vulnerabilidad social en las comunidades del estado Vargas.

El impacto del desastre de diciembre del '99, tanto en Vargas como en todo el país, marcó un antes y un después. La *Tragedia de Vargas* fue conocida como “...la mayor catástrofe sufrida por la población venezolana en su historia contemporánea” (CEPAL-PNUD, 2000:15):

...destruyó edificaciones y todo tipo de infraestructura, produjo pérdidas en la capa vegetal de las zonas montañosas, alteró historias locales, cambió la geografía, desapareció playas y modificó el frente costero, produjo severos daños en asentamientos urbanos, generó muerte y desolación, y un profundo pesar en el pueblo venezolano (Genatios y Lafuente, 2003:s/p).

Sin embargo, en su despliegue posterior, se puede advertir *una serie de prácticas que permiten afirmar el inicio de un gran recorrido hacia la ganancia de una memoria colectiva en torno al desastre*. Siguiendo la lógica planteada por Halbwachs (2004), en la cual afirma que la memoria del colectivo se localiza en marcos sociales, es posible advertir en el proceso de construcción de la memoria del caso varguense tres de estos marcos: lenguaje, tiempo y espacio. “Dichos marcos sociales aseguran la fijeza y coherencia de los recuerdos en ellos inscritos, y regulan

¹⁷³ “...la memoria y el olvido, la conmemoración y el recuerdo se tornan cruciales cuando se vinculan a acontecimientos traumáticos (...) o cuando se trata de profundas catástrofes sociales y situaciones de sufrimiento colectivo” (Jelin, 2002a:10-11).

de manera sistemática el empleo que de ellos hacemos. Asimismo, (...) le ‘proporcionan estabilidad y persistencia’ a la memoria” (Mendoza, 2004:4).

Con respecto al marco social del *tiempo* se encuentran las *conmemoraciones* anuales que han hecho presencia todos los 15 y 16 de diciembre en la última década,

...la memoria colectiva (...) consiste en el conjunto de huellas dejadas por los acontecimientos que han afectado al curso de la historia de los grupos implicados que tienen la capacidad de poner en escena esos recuerdos comunes con motivo de las fiestas, los ritos y las celebraciones públicas (Ricoeur en Jelin, 2002a:22).

El hecho de realizar estas prácticas conmemorativas –como lanzar flores al mar, hacer misas, actos culturales, entre otros–, durante todos los diciembre posteriores al desastre del ‘99 con el fin de *recordar la Tragedia*, deja entrever el impacto social que provocó el evento traumático en el colectivo varguense, y además se distingue el primer paso –la retención– del proceso de construcción de la memoria colectiva en torno al desastre, ya que *hay una expresión colectiva de lo vivido* con la finalidad de transmitir esa experiencia traumática, es decir, *hacerla pública*.

Debemos resaltar un aspecto determinante en las conmemoraciones, y es que su *promoción no sólo está impulsada por el Estado o distintas instituciones, las comunidades varguenses igualmente tienen presencia protagónica en la organización de actividades conmemorativas*. Estos actos “...rememoran el pasado constituyen recuerdos, pero también tratan de imponer determinadas interpretaciones del pasado, moldear la memoria, y por lo tanto, construir la *identidad social*” (Burke, 2006:71). En este sentido, los actores sociales que promueven las conmemoraciones, intervienen como constructores de memorias e identidades y asumen las

responsabilidades por el pasado, por mantener vivo el recuerdo de la *Tragedia*, cada uno desde la interpretación que hace del evento.

Por otro lado, los medios de comunicación –prensa, radio, televisión, internet– actúan como *vehículos de memoria*, no sólo transmitiendo públicamente las noticias relacionadas con la *Tragedia*, sino forjando un discurso público nacional en torno al desastre.

Los medios masivos de comunicación contribuyen en forma decisiva a que el imaginario formal termine imponiéndose. Influyen en las decisiones de respuesta inmediata de la cooperación internacional debido a la generación de imágenes exageradas y sensacionalistas del desastre. Asimismo, actúan como una medida de presión sobre las entidades nacionales para que cumplan con el papel que se les asigna en el imaginario formal (Maskrey, 2001:48).

Igualmente, la conmemoración permite hacer sensible la *Tragedia* a través de la *reproducción del duelo*. Ciertamente, en la lógica colectiva el número de muertes¹⁷⁴ producto de un evento desastroso parece acaparar la mayor cantidad de recursos de memoria (SOCSAL, 2004). “El hito que marcó 1999 se advierte como un hecho no concatenado históricamente, reforzando la pérdida (...)” (SOCSAL, 2004:83). Entonces, el acto conmemorativo alrededor de la *muerte masiva* producto de la *Tragedia* del ’99, se articula con elementos religiosos (misas y marchas o procesiones con imágenes religiosas) con el fin de reforzar el recuerdo del desastre,

...la exacerbación del hito marcado por 1999, introduce en la cotidianidad de la comunidad el intento de recrearle a partir de la construcción de imágenes y significados sobre el mismo, tratando de incorporarlo a la memoria a través de rituales de carácter religioso, como lo enseña el hecho de que ‘después de la tragedia, como el vía crucis en Semana Santa, la misas los domingos, se conmemoran y recuerdan lo sufrido cada año’ (SOCSAL, 2003:83).

¹⁷⁴ Ver más en Altez y Revet, 2004; Altez, 2007; Altez, 2010b.

No obstante, y únicamente si la memoria se actualiza cada vez que se efectúen las conmemoraciones –*etapa de rememoración* en el proceso de construcción de la memoria–, es decir, se vuelva “presente” y haya una apropiación del evento -no sólo se repita sin crear vínculos o re-interpretación (lanzar una flor al mar sin saber por qué o qué se debe esto)-, cumplirá su papel en el proceso de transmisión a las siguientes generaciones de la experiencia traumática vivida, construyendo (o reconstruyendo cada vez que se actualice) la memoria del desastre¹⁷⁵.

Para poder transmitir los sentidos del pasado hay al menos dos requisitos: el primero que existan las bases para un proceso de identificación, para una ampliación inter-generacional del “nosotros”. El segundo, dejar abierta la posibilidad de que quienes “reciben” le den su propio sentido, reinterpreten, resignifiquen –y no que repitan o memoricen (Jelin, 2002a:126).

El segundo marco social presente en el caso varguense es *el lenguaje*. Si bien hay un recuerdo colectivo del desastre del '99 que se expresa a través de las conmemoraciones anuales, lo que hace particular a este evento desastroso es su titulación como *La Tragedia de Vargas*. En el momento en que el colectivo designa al desastre con un nombre, este es apropiado y reconocido en el discurso público común. Esto implica, que el evento abre las puertas a una *memoria inclusiva*; no sólo el varguense rememora la *Tragedia*, sino todo el colectivo venezolano la siente como propia, así no haya experimentado por sí mismo el desastre.

¹⁷⁵ “‘Con el tiempo, el compartir historias comunes crea una comunidad de interpretación’ (...), lo cual se vuelve necesario, puesto que en la comunicación debe haber una cierta acogida, un recibimiento, un oído atento, para que la memoria pueda legarse, pues de lo contrario sólo se informaría y no necesariamente se entendería o comprendería” (Mendoza, 2004:8).

Al nombrar el desastre, no sólo hay una *apropiación del mismo*, sino que se rompe el *silencio*¹⁷⁶ histórico que -según Fauquié (1991)- ha sido determinante en la construcción del pasado venezolano. Este silencio es uno de los factores causante del olvido de los desastres anteriores al '99 y por lo tanto de la construcción de un contexto vulnerable, y aunque ciertamente hay un registro documental de este *pasado desastroso* en el litoral central de Venezuela, "...la dimensión de historicidad no se puede reducir a una simple cronología (...) en ningún caso es la memoria mero archivo del que recupera lo que ocurrió, sino un proceso de *elaboración narrativa que maximiza la coherencia de lo sucedido*" (Méndez-Reyes, 2008:128-129).

Al desglosar el título del desastre, es posible distinguir dos elementos fundamentales. En primer lugar, la localización temporal y espacial del evento: *Vargas diciembre '99*, aspecto constante que está presente en los títulos de otros desastres -no necesariamente de forma simultánea-, como por ejemplo: "Terremoto de Caracas de 1812", "La sequía de Paraguaná", "El terremoto de Cariaco", entre otros. En segundo lugar, -y esto hace particular al caso varguense- es la descripción del evento. Como se advierte en el nombre está señalada la amenaza que detonó el desastre: sequías, terremotos, huracanes, plagas, entre otros. Sin embargo, en el desastre de Vargas del '99 el título inicia con el término: *Tragedia*. Este vocablo no sólo es expresión de cargas afectivas como dolor, desgracia, fatalidad o infortunio, sino que internamente tiene un significado transcendental que va más allá de la simple lógica semántica.

¹⁷⁶ "...se intenta acabar con el silencio que navega sobre la amnesia, lo cual quiere decir que la amnesia, la desmemoria, el olvido, se edifican con el silencio, la antítesis de la comunicación" (Mendoza, 2004:10).

La *Tragedia* –según el Diccionario de la Lengua Castellana- tiene su origen en el nombre designado a una “...obra dramática, en que se representa un suceso de personas ilustres, y que tiene un final desgraciado, con el objetivo de rectificar o desarraigar las pasiones violentas por medio del terror y de la compasión” (Salvá y Pérez, 1847:1065). No obstante, Aristóteles “...sitúa lo trágico por excelencia fuera del terreno de la injusticia y del mero accidente desafortunado” (Trueba, 2004:118), es decir, para este filósofo la tragedia no es un suceso sorpresivo ocasionado por el destino, más bien es el resultado de una serie de acciones emprendidas por el agente o víctima.

Sin acción, dice Aristóteles, no hay tragedia. El suelo de lo trágico no es lo terrible, atroz o desmesurado de un desastre natural, por devastador y doloroso que resulte. La tragedia es, ante todo, *mimésis* de una acción y de una vida. Lo patético-trágico no obedece a la magnitud del sufrimiento ni a lo inmerecido de éste, por muy desmesurado, incomprensible o terrible que sea o que parezca ser. Lo trágico concierne, esencialmente, a la *mimésis* de una acción esforzada y completa, y a la infelicidad o la felicidad derivadas de ella (Trueba, 2004:120).

Si la palabra tragedia expresa –según Aristóteles- una lógica activa del agente social, es a partir de este planteamiento que podemos afirmar que el título del desastre de Vargas '99 asumido por el colectivo, no sólo tiene una carga afectiva, sino que representa subyacentemente una lógica activa social que se adjudica a sí misma la responsabilidad en la materialización del desastre. En este sentido, el vocablo tragedia como *categorización cultural* puede llegar a representar una sinonimia con la categoría analítica: *desastre*.

Sin duda, la verbalización de la experiencia traumática da una base fuerte para advertir los primeros pasos en el proceso de construcción de la memoria; sin embargo, en la presente investigación se ha reconocido que el nombramiento del

desastre ciertamente crea memoria más no aprendizaje¹⁷⁷. En este sentido, es posible evocar el evento desastroso mediante la palabra o título y superar los silencios que han guiado a la historia venezolana, pero este nombramiento aún no llega a penetrar las profundidades estructurales de la sociedad que alcanzan no sólo a rememorar el evento, sino a *poner en práctica de manera eficiente* la memoria, es decir, ganar un aprendizaje.

El último marco social que hace presencia en el caso varguense es *el espacio*, el cual tiene su expresión en la convivencia con el riesgo que se caracteriza por la percepción cotidiana del mismo en el entorno: “vivimos en ruinas”. Se trata de una *memoria espacial sensoperceptible, que permite afirmar que no hay todavía en la realidad varguense o venezolana un cambio simbólico-estructural que permita una reducción del riesgo, porque no tiene su expresión en lo concreto-material*, “...la permanencia de estos vestigios basta para explicar la permanencia y la continuidad del tiempo propio de esta sociedad antigua” (Halbwachs 2004:126).

...se han creado nuevas condiciones de vida que no representan necesariamente un camino hacia la recuperación de la región, sino que lamentablemente para las comunidades allí ubicadas, significa la prolongación casi indefinida de las consecuencias del desastre... Se trata de un desastre en pleno vigor y que hace mucho más sensible la fragilidad de las respuestas frente a eventos que bien podrían ser manejados exitosamente (Altez, 2008:262).

A la vuelta de las aproximaciones a la región afectada, puede decirse que el desastre de 1999 todavía se “mantiene vivo”, pues aún mucho tiempo después de haber ocurrido, continúa su despliegue (Altez, 2010b). Para que puedan apreciarse los

¹⁷⁷ Ver más en el Capítulo 1.

resultados de una memoria ejemplar¹⁷⁸, es necesario *esperar la perduración y reproducción en el tiempo de estrategias y prácticas que alimenten la memoria de la región, las cuales podrían contar con una muy factible eficacia si logran transformar las relaciones históricas entre la comunidad y su entorno* (SOCSAL, 2003).

No obstante, aunque Jelin (2002a) afirme que la aplicación de las lecciones de la historia ocurren al menos con veinte años de distancia, por el tiempo que lleva a la nueva generación acceder al poder, los cambios estructurales-simbólicos en una sociedad lamentablemente no son perceptibles en el tiempo histórico, por lo tanto, todas las estrategias y prácticas utilizadas para la construcción de la memoria en torno al desastre, sólo pueden darnos una aproximación de *pequeños cambios aparentes que podrían dar las bases para cambios mayores* que ayuden a reducir la vulnerabilidad de la población varguense ante eventos desastrosos similares.

Lo que hemos evidenciado en la historia de Vargas, es una *memoria colectiva que para el contexto de diciembre de '99 apareció inoperante* -siguiendo lo planteado por Klein, 2007:126-, ya que no existía una referencia compartida por el grupo en torno a este tipo de desastres, aunque documentalmente existía la información¹⁷⁹. A partir de la experiencia vivida en la *Tragedia de Vargas*, la población varguense si

¹⁷⁸ Esta postura implica una doble tarea "...por un lado, superar el dolor causado por el recuerdo y lograr marginalízalo para que no invada la vida por el otro -y aquí salimos del ámbito personal y privado para pasar a la esfera pública- aprender de él, derivar del pasado las lecciones que pueden convertirse en principios de acción para el presente" (Jelin, 2002a:58).

¹⁷⁹ "Pueden existir restos y rastros almacenados, saberes reconocibles, guardados pasivamente, información archivada en la mente de las personas, en registros, en archivos públicos y privados, en formatos electrónicos y en bibliotecas. Son huellas de un pasado (...) Pero éstos son reservorios pasivos (...) la existencia de archivos y centros de documentación, y aun el conocimientos y la información sobre el pasado, sus huellas en distintos tipos de soportes reconocidos, no garantiza su evocación. En la medida en que son activadas por el sujeto, en que son motorizadas en acciones orientadas a dar sentido al pasado, interpretándolo y trayéndolo al escenario del drama presente, esas evocaciones cobran centralidad en el proceso de interacción social" (Jelin, 2002a:23).

bien ha tenido una ganancia en la memoria colectiva en torno a los desastres (lo cual promueve la capacidad de responder exitosamente a eventos de menor intensidad, como ha quedado demostrado en el evento de febrero 2005), aún no es posible asegurar que esas ganancias en la memoria hayan logrado un cambio profundo (estructural-simbólico) en la sociedad venezolana, ya que son aún respuestas sensorperceptibles y envueltas con el manto de la inmediatez sin ningún tipo de eficacia preventiva (Altez, 2002b).

No obstante, en el caso del estado Vargas, la convivencia diaria de las comunidades con estos eventos periódicos de menor escala ha cimentado una *normalización* de los mismos (Klein, 2007), ya que son reconocidos como cotidianos, es decir “...la serie de desastres menores más bien pueden incorporarse a la vida cotidiana como irremediables” (Maskrey, 2001:55).

Esto conduce a compartir lo planteado por Klein (2007), cuando señala la existencia de una *percepción distorsionada del riesgo*. Ciertamente, *tanto la naturalización de los fenómenos hidrometeorológicos de baja escala, como el olvido de eventos extraordinarios debido a una gran distancia temporal-espacial entre la ocurrencia de los mismos, ha contribuido a la producción y reproducción de los contextos vulnerables en el Estado Vargas*. No obstante, al ampliar este planteamiento acerca de la percepción distorsionada del riesgo, se pudo advertir que es posible añadir dos tipos percepciones: la real y la alucinada.

La primera –percepción real- representada en las investigaciones emprendidas desde la academia a partir de la experiencia desastrosa del diciembre de ´99, mientras que la percepción alucinada está guiada por la lógica moderna de la dominación de la

sociedad sobre la naturaleza, lo cual cimienta una seguridad “falsa” ante amenazas constantes. De esta manera, mientras sigan subsistiendo tanto percepciones alucinadas, como distorsionadas -no sólo en el colectivo varguense sino también en los encargados de tomar las decisiones- la relación que se establezca con la naturaleza –y en este caso con los desastres- no tendrá las bases para una apropiación real y por lo tanto, se continuarán reproduciendo los factores que motivan la construcción del contexto social y material vulnerable. Es menester, para desarrollar las estrategias y responder exitosamente ante el desastre, que la academia siga “revelando” la realidad varguense mediante un lenguaje común, con el fin de que la sociedad advierta que la amenaza está latente y se hace presente cada cierto tiempo, en menor o mayor intensidad.

Si las estrategias desplegadas para la organización social del manejo del riesgo, apuntaran a transformar la relación de la cultura con el entorno en el que se desenvuelve, *una de las ganancias inmediatas habría de ser el reconocimiento de que los fenómenos naturales se repiten y así lo han hecho siempre*. Si la prevención funcionara más allá de la creación de estrategias para enfrentar los riesgos, las comunidades asumirían como parte de su cotidianidad la memoria de lo que la comunidad misma (como ente que trasciende el presente y que es determinado por su pasado) ha experimentado. En tanto esto no suceda, las estrategias de organización social que manejan el riesgo, sólo contarán con una eficacia funcional y no con la posibilidad de transformar simbólicamente las relaciones con el medio ambiente (SOCSAL, 2003:98).

Por último, si partimos de afirmar que los desastres son plurivariabilizados y multideterminados, lo observado en el caso de estudio, da cuenta plenamente de ello, demostrando condiciones estructurales profundamente dialécticas y complejas. La realidad varguense no se presenta ante nuestros ojos de una manera mecánica o predecible, sino que todo es contradictorio y complejo; es una realidad enmarañada en un contexto vulnerable –que además- es producto de múltiples factores: materiales, sociales, ideológicos, culturales, físicos, entre otros. En este sentido,

reconocemos que la investigación emprendida ha expuesto la complejidad de abarcar un tópico con una realidad caleidoscópica y que únicamente una metodología multidisciplinaria es capaz de abordarlo en su integralidad

FUENTES DE INFORMACIÓN

- Acosta, G.; Sanchez, A.; Valcuende, J. (2007). *La recuperación de la memoria histórica: una perspectiva transversal desde las Ciencias Sociales*. España: Centro de Estudios Andaluces, pp. 265.
- Altez, R. (2010a). *Si la naturaleza se opone...terremotos, historia y sociedad en Venezuela*. Caracas: Editorial Alfa, pp. 316.
- Altez, R. (2010b). "Más allá del desastre. Reproducción de la vulnerabilidad en el estado Vargas (Venezuela)". En *Cahiers des Amériques Latines*, Institut des Hautes Études de l'Amérique latine, Université Sorbonne Nouvelle, Paris 3, N° 65, pp. 163-186.
- Altez, R. (2010c). "Lo que puede aprenderse de un desastre de muertes masivas: la experiencia de Vargas". En López, J. L. *Lecciones aprendidas del desastre de Vargas. Aportes científico-tecnológicos y experiencias nacionales en el campo de la preservación y mitigación de riesgos*. Caracas: Fundación Empresas Polar, Instituto de Mecánica de Fluidos, Facultad de Ingeniería, Universidad Central de Venezuela, pp. 127-143.
- Altez, R. (2008). "Vivir en el post-desastre: reflexiones sobre los aprendizajes de una tragedia aún vigente El Caso Vargas-Venezuela". En Altez, Rogelio y Barrientos, Yolanda (coord.) *Perspectivas venezolanas sobre riegos: reflexiones y experiencias*. Volumen 1. Caracas: Unidad pedagógica experimental libertador, pp. 225-265.
- Altez, R. (2007a). "Urbanismo, geomorfología y ocupación del espacio en el estado Vargas, Venezuela". En *Aula y ambiente*. Volumen 7. Números 13 y 14, pp. 57-72.
- Altez, R. (2007b). "Modelos en colapso: perspectiva histórica sobre la crisis del Viaducto 1 en la autopista Caracas-La Guaira". En *Cahiers des Amériques Latines*. Paris, Francia: Institut des Hautes Etudes de l'Amérique latine, pp. 23-47.
- Altez, R. (2005) "Historia sin memoria: la cotidiana recurrencia de eventos desastrosos en el estado Vargas-Venezuela". En *Revista Geográfica Venezolana*. Número especial, pp. 313-324.

- Altez, R. (2004). "Urbanismo sin memoria: evidencias morfológicas olvidadas de aludes torrenciales en el estado Vargas". En *Boletín de Historia de las Geociencias*, nº 94, pp. 17-19.
- Altez, R. (2002a). "De la calamidad a la catástrofe: aproximación a una historia conceptual del desastre". En *III Jornadas Venezolanas de Sismología Histórica*. Serie Técnica N° 1-2002, pp. 169-172.
- Altez, R. (2002b). "Cronología resumida de riesgos efectivos asociados a intereses geológicos en el estado Vargas". En *Memorias III Coloquio de microzonificación sísmica y III Jornadas venezolanas de Sismología Histórica*. Serie Técnica FUNVISIS N° 1-2002, pp. 6-10.
- Altez, Y. y Rivas, P. (2002). *Arqueología e historia colonial de la Parroquia Caruao*. Caracas: Ediciones FACES/UCV, Fondo editorial Tropykos, pp. 181.
- Amodio, E. (2004). "Una mirada turbulenta: propuestas para el estudio histórico-antropológico de los fenómenos sísmicos". En *Boletín de Historia de las Geociencias*, nº 94, pp. 31-33.
- Aranda, E. (1990). *Anamnesis. Psicología de la memoria y el olvido*. México: Editorial Trillas, pp. 190.
- Augé, M. (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona, España: Gedisa Editorial, pp. 110.
- Baddeley, A. (1989). *La psicología de la memoria*. Madrid: Editorial Debate, pp. 494.
- Beuchot, M. (2005). *Historia de la filosofía del lenguaje*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 327.
- Blaikie, P.; Cannon, T.; Davis, I. y Wisner, B. (1996). *Vulnerabilidad. El entorno social, político y económico de los desastres*. La RED, pp. 374.
- Braudel, F. (1970). *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza Editorial, S.A., pp. 220.
- Burke, P. (2006). *Formas de historia cultural*. España: Alianza Editorial, pp. 396.
- Candau, Joël (2002). *Antropología de la memoria*. Buenos Aires: Nueva visión, pp. 128.

- Carrasco, G. (2001). "Desarrollo social: sus actores y factores condicionantes". En *Introducción de la variable riesgo en la formulación de proyectos*. Caracas: SOCSAL. Documento inédito, pp. 3-12.
- Cofer, C. (1979). *Estructura de la memoria humana*. Barcelona, España: Ediciones Omega, S.A., pp. 234.
- CEPAL-PNUD (2000). *Los efectos socioeconómicos de las inundaciones y deslizamiento en Venezuela en 1999*. México D.F Sede subregional de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), en el marco del proyecto VEN/00/008/A/08/52, pp. 97.
- De Aldrey, Fausto (1875). *Documentos para la Historia de la Vida Pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*. Publicados por disposición del General Guzmán Blanco ilustre Americano, Regenerador y Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, en 1875, Tomo 1, Caracas, Imprenta de la "Opinión Nacional", p. 355-336.
- Devereux, G. (1973). *Ensayos de Etnopsiquiatría general*. Barcelona, España: Barral Editores, pp. 399.
- Fauquié, R. (1991). *El silencio, el ruido y la memoria*. Caracas: Fondo Editorial Acta Científica Venezolana, Academia Nacional de la historia y Alfadil Ediciones, pp. 137.
- Flores, C. (1975). *La memoria*. Barcelona, España: Oikos-tau Ediciones, pp. 128.
- Foghin-Pilin, S. (2007). "La meteorología en Venezuela: Aproximación a su historia, problemas actuales y perspectivas futuras". En *Aula y ambiente*. Volumen 7. Números 13 y 14, pp. 27-55.
- Fundación Polar (1997). *Diccionario de Historia de Venezuela*. Tomo IV. Caracas: Fundación Polar.
- Galimberti, U. (2002). *Diccionario de psicología*. Buenos Aires, Siglo XXI, Editores.
- García Acosta, V. (1996). "Introducción". En Virginia García Acosta (coord), *Historia y desastres en América Latina*. Vol. I Bogotá: La RED-CIESAS.

- García Acosta, V. (2004). *La perspectiva histórica en la antropología del riesgo y del desastre, acercamientos metodológicos*. Vol XXV. Distrito Federal, México: CIESAS, pp. 125-142.
- García Acosta, V. (2005). “El riesgo como construcción social y la construcción social del riesgo”. En *Desacatos*, Revista de Antropología Social, CIESAS, México, septiembre-diciembre, N° 19, pp. 11-24.
- García Acosta, V. (2008). “Introducción”. En García Acosta, V (coor) *Historia y desastres en América Latina III*. México: Centro de investigaciones y estudios superiores en Antropología social/ Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastre en América Latina, pp. 15-37.
- Geertz, C. (1992). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, España: Gedisa, pp. 387.
- Genatios, C (2000). “Presentación”. En José López y Reinaldo García (edit.). *Los aludes torrenciales de diciembre 1999 en Venezuela*. Instituto de mecánica de fluidos: Caracas, pp. XVIII-XXV.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza, España: Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 192.
- Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona, España: Ediciones Paidós Básica, pp. 344.
- Hoffman, S. y Oliver-Smith, A. (1999). “Anthropology and the angry earth”. En Hoffman, S. y Oliver-Smith, A. *The Angry Earth: Disaster in Anthropological Perspective*. New York: Routledge, pp. 1-15.
- Oliver-Smith, A. (1999). “What is a disaster?: Anthropological perspectives on a persistent question”. En Hoffman, S. y Oliver-Smith, A. *The Angry Earth: Disaster in Anthropological Perspective*. New York: Routledge, pp. 18-33.
- Howe, M (1974). *Introducción a la memoria humana*. México: Trillas, pp. 117.
- Humboldt, A. (1985). *Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*. Tomo II, Caracas: Monte Ávila Editores, pp. 241-246.
- Izquierdo, I. (1992). *¿Qué es la memoria?*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 88.
- Jelin, E. (2002a). *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo XXI Editores, pp. 146.

- Jelin, E. (comp.) (2002b). *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas infelices*, Colección de Memorias de la represión, Madrid: Siglo XXI Editores, pp. 254.
- Klein, E (2007). *Percepción distorsionada y vulnerabilidad estructural en la construcción social del riesgo: el caso general de las comunidades del estado Vargas venezolano*. Trabajo Final presentado para optar al título de Antropología. Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela, pp. 140.
- Landaeta, M. (1900). “Tempestades, crecientes, inundaciones y huracanes notables en Venezuela desde 1789”. En *La Restauración Liberal*. Caracas 11/07/1900, pp. 2-3.
- Lavell, A. (1993). “Ciencias sociales y desastres naturales en América Latina: un encuentro Inconcluso”. En Maskrey, Andrew. *Los desastres no son naturales*. La RED, pp. 111-127.
- Lévi-Strauss, C. (1969). *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona, España: Editorial Paidós Ibérica, S.A., pp. 576.
- Lieury, A. (1985). *La memoria. Resultados y teorías*. Barcelona, España: Editorial Heder, pp. 252.
- López, J. L. (2010). “Prefacio”. En López, J. L. *Lecciones aprendidas del desastre de Vargas. Aportes científico-tecnológicos y experiencias nacionales en el campo de la preservación y mitigación de riesgos*. Caracas: Fundación Empresas Polar, Instituto de Mecánica de Fluidos, Facultad de Ingeniería, Universidad Central de Venezuela, pp. 21-22.
- López, J. L. y Altez, R. (2010). “Una visión espacial de la Tragedia de Vargas: antes y después”. En López, J. L. *Lecciones aprendidas del desastre de Vargas. Aportes científico-tecnológicos y experiencias nacionales en el campo de la preservación y mitigación de riesgos*. Caracas: Fundación Empresas Polar, Instituto de Mecánica de Fluidos, Facultad de Ingeniería, Universidad Central de Venezuela, pp. 43-64.
- López, J. L. y Courtel, F. (2010). “Un enfoque integral para las medidas de prevención contra aludes torrenciales”. En López, J. L. *Lecciones aprendidas del desastre de Vargas. Aportes científico-tecnológicos y experiencias nacionales en el campo de la preservación y mitigación de riesgos*. Caracas:

- Fundación Empresas Polar, Instituto de Mecánica de Fluidos, Facultad de Ingeniería, Universidad Central de Venezuela, pp. 81-92.
- López, J. L. y Pérez-Hernández (2010). “El extraordinario evento hidrometeorológico de diciembre de 1999 en el estado Vargas”. En López, J. L. *Lecciones aprendidas del desastre de Vargas. Aportes científico-tecnológicos y experiencias nacionales en el campo de la preservación y mitigación de riesgos*. Caracas: Fundación Empresas Polar, Instituto de Mecánica de Fluidos, Facultad de Ingeniería, Universidad Central de Venezuela, pp. 27-42.
- López, M. (1999). “La contribución de la Antropología al estudio de los desastres: el caso del huaracan Mitch en Honduras y Nicaragua”. En Yaxkin, Vol. XVIII. Instituto Hondureño de Antropología e Historia, pp. 5-18.
- Marcano, F. y Barrios, S. (2001). *Estado Vargas: aspectos socioeconómicos, función urbana y opciones de desarrollo. Litoral Vargas: corredor urbano y red vial estructurante*. Caracas: Instituto de urbanismo, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, UCV, pp. 287.
- Marcilla, A.; Alcalde, C. y Ramiro, P. (1993). “Organización, recuerdo y olvido. Estrategias de uso de la memoria”. En Navarro, J. *Aprendizaje y memoria humana. Aspectos básicos y evolutivos*. Madrid: McGraw-Hill, pp. 171-208.
- Martín, C. (2000). *Apoyo psicosocial en catástrofes colectivas. De la prevención a la reconstrucción*. Caracas: Asociación Venezolana de Psicología Social/Comisión de estudios de postgrado Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, pp. 129.
- Maskrey, A. (2001). “Comunidad y desastres en América Latina”. En *Introducción de la variable riesgo en la formulación de proyectos*. Caracas: SOCSAL. Documento inédito, pp. 27-64.
- Miller, R.; Fiori, L. y Navarro, J. (1993). “Fundamentos de la memoria y el aprendizaje en el marco asociacionista”. En Navarro, J. *Aprendizaje y memoria humana. Aspectos básicos y evolutivos*. Madrid: McGraw-Hill, pp.21-45.
- Molin, H. (1997). “Decenio internacional para la reducción de los desastres naturales (DIRDN)”. En Lavell, Alan. *Viviendo en riesgo. Comunidades vulnerables y prevención de desastres en América Latina*. La RED, pp. 267-271.

- Muguerza, A. (2001). *Aguas arriba del flujo torrencial. Un análisis geotécnico-meteorológico de la tragedia de Vargas*. Caracas: Fundación Polar, pp. 71.
- Nora, P. (2008). *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Norman, D. (1985). *El aprendizaje y la memoria*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 163.
- Oliver-Smith, A. (2002). "Theorizing disasters: nature, power and culture". En Oliver-Smith, A. y Hoffman, S. *Catastrophe & Culture. The Anthropology of disaster*. Houston, Texas: School of American Research Press, pp. 23-47.
- Oliver-Smith, A. y Hoffman, S. (2002). "Introduction: Why Anthropologists should study disasters". En Oliver-Smith, A. y Hoffman, S. *Catastrophe & Culture. The Anthropology of disaster*. Houston, Texas: School of American Research Press, pp. 3-22.
- Ontiveros, T (1999). *Memoria espacial y hábitat popular urbano*. Caracas: Tropykos.
- Pacheco, G. (2002). *Las iras de la serranía. Lluvias torrenciales, avenidas y deslaves en la Cordillera de la Costa, Venezuela: un enfoque histórico*. Caracas: Fondo Editorial Topykos, pp. 169.
- Plunz, R.; Baratloo, M.; Conard, M. (2005). *El Litoral de Caracas, Venezuela*. New York: Princeton Architectural Press, pp. 144.
- Revet, S. (2006). "Le risque négocié. Conflits et ajustements autour de la reconstrucción de Vargas (Venezuela)". En *Autrepart*, N° 37, pp. 163-181.
- Revet, S. (2007). *Anthropologie d'une catastrophe. Les coulées de boue de 1999 au Venezuela*. Paris: Presses de la Sorbonne Nouvelle, pp. 361.
- Rodríguez, J. (2002). "Mitos en torno al macizo del Ávila y a la ciudad de Caracas. La información en tiempos de desastres". En *Geos*. N° 35, Marzo 2002. Escuela de Geología, Minas y Geofísica. UCV: Caracas, pp. 42-54.
- Röhl, E. (1949). *Los diluvios en las montañas de la Cordillera de la Costa*. En Boletín de la Academia de Ciencias Físicas, Materiales y Naturales. Año 15. N° 38, p. 34-59.
- Rojas, A. (1892). "El cordonazo de San Francisco". En *El Cojo Ilustrado*. 1/10/1892. Año I, n°19, pág. 306-308.

- Rosenzweig, M. (1977). *Biología de la memoria*. Buenos Aires: Editorial Huemul, pp. 124.
- Ruiz Rodríguez, M. (2003). *Las caras de la memoria*. Madrid: Pearson-Prentice Hall, pp. 462.
- Ruiz, J. (2005). “De la construcción social del riesgo a la manifestación del desastre” En *Desacatos*, Revista de Antropología Social, CIESAS, México, septiembre-diciembre, N° 19, pp. 99-110.
- Salcedo, D. (2000). “Los flujos torrenciales catastróficos de diciembre de 1999 en el estado Vargas y en el área metropolitana de Caracas: características y lecciones aprendidas”. En José López y Reinaldo García (edit.). *Los aludes torrenciales de diciembre 1999 en Venezuela*. Instituto de mecánica de fluidos: Caracas, pp. 884-929.
- Singer, A. (2008). “Urbanismo, vulnerabilidad y gestión de riesgos”. En Altez, Rogelio y Barrientos, Yolanda (coord.) *Perspectivas venezolanas sobre riegos: reflexiones y experiencias*. Volumen 1. Caracas: Unidad pedagógica experimental libertador, pp. 171-186.
- SOCSAL (2001). *Introducción de la variable riesgo en la formulación de proyectos*. Caracas: SOCSAL, documento inédito.
- SOCSAL (2003). *Sistematización de experiencias de gestión social del riesgo. Estudio de caso de las comunidades de Anauco, Catuche y La Floresta. Documento I: elementos que mejoran la capacidad de manejo social del riesgo en las comunidades*. Documento Inédito.
- Trepát, C. y Comes, P. (2006). *El tiempo y el espacio en la didáctica de las ciencias sociales*. Barcelona, España: Editorial Grao, pp. 192.
- Trueba, C. (2004). *Ética y tragedia en Aristóteles*. Barcelona, España: Anthropos Editorial, pp. 158.
- Urbani, F. (2008). “De la geología global a la cordillera de la costa: implicaciones sobre flujos torrenciales generados por lluvias extremas en el norte de Venezuela”. En Altez, Rogelio y Barrientos, Yolanda (coord.) *Perspectivas*

venezolanas sobre riegos: reflexiones y experiencias. Volumen 1. Caracas: Unidad pedagógica experimental libertador, pp. 189-223.

Wiese, R. (1959). *Consulting Hydrologic Engineer: Hidrology for canalization of Rio Guaire*. Caracas: National Institute of Sanitary Works, Technical Department.

Wilches-Chaux, G. (1993). "La vulnerabilidad global". En Maskrey, Andrew. *Los desastres no son naturales*. La RED, pp. 11-44.

Wingfield, A. y Byrnes, D. (1988). *Psicología y memoria humana*. México: Editorial Trillas, pp. 478.

FUENTES ELECTRÓNICAS

Ayala, R. (2003). *Memoria explicativa. Mapa de riesgo siconatural específico ciudad de La Paz*. Bolivia: PNUD y Gobierno municipal de La Paz, pp. 1-20. Disponible en <http://www.crid.or.cr/digitalizacion/pdf/spa/doc15099/doc15099-a.pdf>, consultado el 8 de Junio de 2011.

Genatios, C. y Lafuente, M. (2008). *Desastres naturales o desastres sociales*, pp. 1-8. Disponible en http://acading.org.ve/info/comunicacion/pubdocs/CIV/ambiente_y_salud/3_Desastres_naturales.pdf, consultado el 26 de noviembre de 2009.

Genatios, Carlos y Lafuente, Marianela (2003). *Lluvias torrenciales en Vargas, Venezuela, en diciembre de 1999: Protección ambiental y recuperación urbana*. IMME, vol.41, no. 2-3, pp.49-62. Disponible en http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0376-723X2003000200004&lng=es&nrm=iso. ISSN 0376-723X, consultado el 26 de noviembre de 2009.

Lavell, A. (s/f). Apuntes para una reflexión institucional en países de la Subregión Andina sobre el enfoque de la Gestión del Riesgo. Lima, Perú: Predecan, pp. 1-42. Disponible en <http://www.comunidadandina.org/predecan/doc/r1/docAllan2.pdf>, consultado el día 4 de Junio de 2011.

- Méndez-Reyes, J. (2008). "Memoria individual y memoria colectiva: Paul Ricoeur". En *Agora-Trujillo. Venezuela*, año 11, no. 22, pp. 121-130. Disponible en <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/30384/1/articulo6.pdf>, consultado el 8 de Junio de 2011.
- Mendoza, J. (2004). "Las formas del recuerdo. La memoria narrativa". En *Athenea Digital*, n°6, pp. 1-16. Disponible en <http://ddd.uab.cat/pub/athdig/15788946n6a11.pdf>, consultado el 4 de Junio de 2011.
- Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales. Servicio Autónomo de Geografía y Cartografía Nacional (1999). *Crónica cartográfica de la catástrofe de Venezuela*. Caracas: Servicio Autónomo de Geografía y Cartografía Nacional. Disponible en <http://www.pdvsa.com/lexico/actualidad/atlas/fmain.htm>, consultado el 1 de noviembre de 2010.
- Negrón, M. (2000). "La catástrofe del estado Vargas o sobre la construcción de los desastres". En *Nueva Sociedad*, n° 167, pp. 37-46. Disponible en http://www.nuso.org/upload/articulos/2849_1.pdf, consultado el 26 de noviembre de 2009.
- Organización Panamericana de la Salud (2002). *Crónicas de desastres. Efectos de las lluvias en Venezuela durante diciembre de 1999*. Disponible en <http://www.paho.org/spanish/ped/pedsres.htm>, consultado el noviembre 2010.

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

El Nacional 1/03/1951, pág. 4, "Las inundaciones".

EL Nacional 22/02/1951, pág.2, "La avenidas de las aguas".

El Nacional. 23/02/1951, pág. 4, "Las lluvias".

El Nacional, 24/12/1999, cuerpo A, p. 6, "Catástrofes y política".

El Nacional, 10/12/2000, cuerpo A, p. 4, "La tragedia que enluto a Venezuela".

El Nacional, 17/12/2001, cuerpo C, p. 3, “Obispo de La Guaira pidió perdonar y aprender a olvidar”.

EL Nacional, 16/12/2005, cuerpo B, p. 26, “En Vargas no ha parado de llover”.

El Nacional, 11/12/2009, cuerpo C, p. 1, “Macuto encandila”.

El Nacional, 12/12/2009, cuerpo C, p. 2, “Huella de la tragedia estará presente en una escultura”.

El Universal, 17/12/1999, cuerpo 4, p. 8, “Las pérdidas humanas son incalculables”.

El Universal, 20/12/1999, cuerpo 4, p. 12, “Imágenes de dolor pero también de esperanza”.

El Universal, 16/12/2000, cuerpo. 4, p.12, “El pánico volvió en noviembre”.

El Universal, 17/12/2000, cuerpo 4, p. 1, “El mar se trago flores y lágrimas”.

El Universal, 16/12/2001, cuerpo 4, p. 2, “El terror vuelve cada año”.

El Universal, 16/12/2003, cuerpo 2, p. 10, “Nos ha tocado luchar solos”.

EL Universal, 14/12/2006, cuerpo 3, p. 6, “Peregrinación mariana a siete años del deslave”.

El Universal, 18/12/2007, cuerpo 3, p. 6, “Lanzan flores al mar in memórian”.

El Universal, 16/12/2009, cuerpo 3, p. 8, “Con flores y el himno de Vargas evocan 10 años de los deslaves”.

El Universal, 17/12/2010, cuerpo 3, p. 4, “Vida de Vargas quedó marcada en un antes y después de 1999”.

Ultimas Noticias, 16/12/1999, p. 61, “Afectadas más de 40 familias por crecida de la quebrada del Ávila”.

Ultimas Noticias, 17/12/2000, p. 49, “Aún no es un recuerdo”.

Ultimas Noticias, 16/12/2001, p. 19, “Decretados dos días de duelo”.

Ultimas Noticias, 18/12/2001, p. 21, “Vecinos construyen capilla en honor a víctimas de la tragedia”.

Ultimas Noticias, 15/12/2002, p. 21, “En Vargas falta mucho por hacer”.

Ultimas Noticias, 15/12/2002, p. 24, “Caraballeda: préstame tu alegría”

Ultimas Noticias, 12/12/2003, p. 41, “Sin empleo pero con casa”.

Ultimas Noticias, 16/12/2003, p.1, “Docena de flores por los muertos”.

Ultimas Noticias, 17/12/2003, p. 26, “29 familias pasan las de Caín”.

Ultimas Noticias, 11/12/2004, p. 28, “Recordaron a los caídos en la tragedia”.

Ultimas Noticias, 14/12/2005, p. 43, “En Los Corales no se rinden”.

Ultimas Noticias, 15/12/2005, p. 35, “Camurí Grande esta aún como el día después”.

Ultimas Noticias, 17/12/2008, p. 34, “Palo de agua puso a temblar a los varguenses”.

Ultimas Noticias, 12/12/2009, p. 31, “Un minuto de silencio rendirá tributo a desaparecidos”.

Ultimas Noticias, 15/12/2009, p. 32, “Huella de la tragedia estará presente en una escultura”.

Ultimas Noticias, 16/12/2009, p. 30, “Llantos, flores y canchines recordaron 10 años de dolor”.

Ultimas Noticias, 17/12/2009, p. 1, “Tributo a las almas”.

ANEXOS

Anexo 1: Tabla cronológica de hechos desastrosos relacionados con amenazas hidrometeorológicas en el Litoral Central Venezolano (1680-2010)

Nº	Siglo	Fecha	Lugar	Tipo de Evento	Descripción y daños	Fuente
1	XVII-XVIII	1680-1719*	La Guaira	Alud Torrencial		Cronología resumida de riesgos efectivos asociados a intereses geológicos en el Estado Vargas, FUNVISIS en Altez 2002b, p.6
2	XVIII	1740*	Quebrada Osorio-La Guaira	Alud Torrencial		Cronología, FUNVISIS, p.6 Revet, S. (2007), p. 348
3		12-14 de Octubre-1780	La Guaira, Macuto	Alud Torrencial	Daños graves. “ <i>Los horrorosos temporales</i> ” causaron daños en fortificaciones, enseres y el cacao del Rey.	Cronología, FUNVISIS, p.6 Altez, R. (2005), p. 321 Pacheco, G. (2002), p. 40
4		Marzo- 1781	La Guaira, Quebrada San José de Gavilán-Macuto	Fuertes lluvias	Daños considerables en fortificaciones.	Cronología, FUNVISIS, p.6 Altez, R. (2005), p. 321
5		24- Enero- 1797	Quebrada Osorio-La Guaira	Alud Torrencial	Daños considerables.	Cronología, FUNVISIS, p.6 Revet, S. (2007), p. 349
6		11/14-Enero-1798	Rio Osorio-La Guaira, Maiquetia-	Lluvias/ Alud Torrencial	Daños graves “... fue tal la avenida de piedras, árboles y tierra por el río que llenó todo el cauce ...” Sumergidas embarcaciones que prestaban servicio de mayores del comercio y pesca 5 Puentes derribados Los parques de artillería, fortificación, maestranzas y bóvedas, fueron anegadas	Cronología, FUNVISIS, p.7 Röhl, E. (1949), p. 37 <i>Documentos para la Historia de la Vida Pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia.</i> Tomo 1, Caracas, Imprenta de la “Opinión Nacional” de Fausto Teodoro de Aldrey, Plaza Bolívar, 1875, p. 355-356.

					“...padeció mucha gente cuyo número aún se ignora” Modificación de línea de la costa Destrucción de 219 casas	<i>La restauración liberal.</i> 11/7/1900, p. 2-3.
7	XIX	22-October-1817	La Guaira	Temporal	Fuerte temporal en las costas venezolanas, donde hundió a algunos buques y encalló a otros. El número de ahogados en la bahía y en la playa llega a 17.	Pacheco, G. (2002), p. 68 Altez, R. (2005), p. 326 <i>La restauración liberal.</i> 11/7/1900, p. 2-3
8		21-Diciembre-1822	La Guaira	Lluvias	Lluvias extraordinarias y una avenida, conocida entre los habitantes del puerto como la creciente de Santo Tomás, la cual se presentó a la 1 am. Se perdieron 16 buques.	Pacheco, G. (2002), p. 68 Altez, R. (2005), p. 326 <i>La restauración liberal.</i> 11/7/1900, p. 2-3
9		1845	Rio Osorio-La Guaira	Lluvias/ Alud Torrencial	Llovió copiosamente en la cuenca del rio Osorio, su curso se hinchó y la avenida que bajó de la montaña se salió del cauce que no fue capaz de soportar el volumen del agua.	Pacheco, G. (2002), p. 70
10		15-October-1881	Quebrada Curucutí	Lluvias/ Deslizamientos	Lluvias extraordinaria de carácter circunscrito, se desbordó la quebrada Curucutí. Interrumpidas carretera y línea del ferrocarril Caracas-La Guaira	Pacheco, G. (2002), p. 82
11		3-October-1890	La Guaira	Temporal	Gran Caldereta en La Guaira, causando estragos en las embarcaciones.	<i>La restauración liberal.</i> 11/7/1900, p. 2-3
12		6/7-October-1892	La Guaira, Maiquetía, Macuto	Lluvias/ Alud Torrencial	Daños graves. Extraordinario y nunca visto aguacero en todo el litoral de Venezuela, arrasando con todas las sementeras de la orilla de los ríos, que crecieron como no hay	Cronología, FUNVISIS, p.7 <i>La restauración liberal.</i> 11/7/1900, p. 2-3

					ejemplo. Puentes de las poblaciones, caminos y ferrocarriles fueron destruidos.	
					Interrumpida línea del ferrocarril Caracas-La Guaira.	<i>Agencia Pumar</i> , 10/10/1892, p.1.
13		1-Septiembre-1895	La Guaira	Vientos Ciclónicos/ Tempestad	Vientos ciclónicos se abatieron sobre la Guaira generando daños en tierra y en la marina.	<i>La restauración liberal</i> . 11/7/1900, p. 2-3
14		25-Noviembre-1895	La Guaira	Lluvias	El puerto fue estremecido por una tempestad y olas embravecidas que dañaron embarcaciones.	<i>La restauración liberal</i> . 11/7/1900, p. 2-3
15		26-Noviembre-1896		Lluvias	Una gran precipitación cayó sobre el Litoral Venezolano.	<i>La restauración liberal</i> . 11/7/1900, p. 2-3
16		5- Septiembre-1898	La Guaira	Lluvias	Gran tempestad en La Guaira, haciendo estragos los rayos, 5 de la tarde	<i>La restauración liberal</i> . 11/7/1900, p. 2-3
17		8-Agosto-1899	La Guaira	Lluvias	Fuertes lluvias cayeron una vez más sobre La Guaira. Gran caldereta.	Pacheco, G. (2002), p. 87 <i>La restauración liberal</i> . 11/7/1900, p. 2-3
18		29-October-1900	Montañas del Gobierno (Quebrada Osorio)- Macuto, La Guaira, Maiquetía.	Alud Torrencial	Baños de Macuto destruidos. 92 casas destruidas y 31 dañadas. 39 familias afectadas.	Revet, S. (2007), p. 350
19	XX	14/17-Noviembre-1909	Macuto, Maiquetía y La Guaira.	Lluvias/Mar de Leva	Inundado el Litoral; lluvias y vientos del Norte sacudieron Macuto. Cabotaje interrumpido. Daños en muelles, vía férrea, camino costero, casas y edificaciones: públicas,	Pacheco, G. (2002). P. 93-94

	XX				comerciales, industriales y religiosas. Los damnificados se contaron por docenas.	
20		Diciembre-1909	La Guaira, Macuto, Maiquetía Quebrada Germán Punta de Mulatos	Lluvias	Derrumbes de piedra. Interrupción del Ferrocarril Caracas-La Guaira En varias partes de la República la lluvia ha causado grandes daños. Casas caídas. 4 días que llueve sin cesar. Quebradas se desbordaron interrumpiendo el tráfico. Son muchos los perjuicios ocasionados hasta esta fecha.	<i>El Universal</i> , 4/12/1909, p.6 <i>El Universal</i> , 9/12/1909, pág. Final. <i>El Universal</i> , 13/12/1909, pág. Final.
21		14-Enero-1914	Puerto Cruz-La Guaira Rio Camurí Chico	Lluvias/ Alud Torrencial	Enorme lluvia meteórica medida en más de 1.200 mm, con duración entre 5 y 6 horas. Destrucción de sembradíos. Enormes deslizamientos y derrumbes. Pérdida de viviendas. 20 víctimas.	Rodríguez, J. (2008), p. 282
22		15-Agosto-1924	Rio Osorio- La Guaira. Quebrada Germán	Lluvias/ Alud Torrencial	Lluvias estimadas 580 mm. Los habitantes apuntaban no recordar referencia alguna acerca de aguacero similar. El torrente afectó numerosos inmuebles mercantiles. Interrumpida la línea de tranvías eléctricos que comunicaba La Guaira con Macuto.	Pacheco, G. (2002), p. 96
23		15/29-Noviembre-1938	La Guaira, Maiquetía, Naiguatá.	Lluvias/Tempestad/ Alud Torrencial	Daños considerables.	Cronología, FUNVISIS, p.7 Pacheco, G. (2002), p. 101

			Quebradas Mapurite, Puerta de Caracas, Quebrada Germán, Cerro de Chivera, Cerro seco, Cerro colorado.		Tráfico La Guaira-Naiguatá paralizado debido a derrumbes. Varias casas destruidas. Los aguaceros han venido sucediendo casi sin interrupción, día y noche. Las corrientes arrastran casas, muebles, vehículos y vidas. Quince personas desaparecidas, incluyendo varios niños. Derrumbes en la carretera Caracas- La Guaira.	<i>El Universal</i> , 29/11/1938, p. 10 <i>El Universal</i> , 30/11/1938, p. 1
24		Mayo-1944	Caruo, Chuspa, La Sabana	Lluvias	10 días de lluvia. Destrucción de sementeras, conucos y viviendas.	<i>El Nacional</i> , 12/5/1944, pág. Final Pacheco, G. (2002), p. 104.
25		15-Noviembre-1944	La Guaira, Mamo, Maiquetía, Carayaca, Macuto	Lluvias/ Alud Torrencial	Daños considerables. Obstruida la vía Caracas-La Guaira. Murió una niña. Viviendas, sementeras y vialidad quedaron destruidas por las proporciones alcanzadas por la avalancha.	Cronología, FUNVISIS, p.7 <i>El Nacional</i> , 18/11/1944, pág. 2. Pacheco, G. (2002), p. 104.
26		8-Abril-1948	La Guaira, Macuto.	Alud Torrencial	Daños considerables	Cronología, FUNVISIS, p.7
27		2/4-Agosto-1948	Punta de Mulatos (Guanape), La victoria, Macuto, La Guaira, Maiquetía, Piedra Azul, Quebrada Seca.	Lluvias/ Alud Torrencial	Una tempestad sin precedentes acompañada de descargas eléctricas que se presento desde las 10 de la mañana hasta las tres de la tarde. Daños incalculables.	<i>El Nacional</i> , 4/8/1948, p. 1-2.

					Derribadas centenares de ranchos y casas de habitación. Interrumpido el tránsito entre Caracas y Maiquetía. El cementerio de Punta de Mulatos fue inundado. Más de 26 muertos y cerca de 60 heridos. Más de 300 familias sin hogar. Declarados 3 días de duelo nacional.	
28		16/18-Febrero-1951	Punta de Mulatos – La Guaira, Macuto, Naiguatá, Mamo, Maiquetía, Caruao, Caraballeda.	Lluvias/ Alud Torrencial	Daños graves. Cuarenta horas de lluvia continua. Muchas personas perecieron	Cronología, FUNVISIS, p.7
29		25/26-Febrero-1951	Arrecifes, El Playon, Catia La Mar, Macuto,	Lluvias	Un torrencial aguacero de características desproporcionadas, azotó nuevamente el Litoral, más de 5 horas de lluvia continua. 10 muertos dejaron las aguas a su paso. “La crecida del rio fue impresionante y todo el pueblo está inundado”	<i>El Nacional</i>, 26/02/1951, p. 1. <i>El Nacional</i>, 26/02/1951, p. 23. <i>El Nacional</i>, 26/02/1951, p. 32.
30		15-Diciembre-1954	Los Caracas	Lluvias	Aguacero de fuertes proporciones en Los Caracas.	Pacheco, G. (2002), p. 113
31		27-31-Enero-1969	Caruao, Caraballeda, Naiguatá.	Lluvias/ Alud Torrencial	Por efecto de precipitaciones continuas e intensas, los ríos y quebradas de la zona aumentaron de nivel, produciendo daños al salirse del cauce.	Pacheco, G. (2002), p. 113
32		1972	Quebrada Osorio-La Guaira	Alud Torrencial		Revet, S. (2007), p. 354

33		25-26-Diciembre-1975	Anare, Camurí Chico, Macuto	Lluvias/ Alud Torrencial	Daños considerables	Cronología, FUNVISIS, p.8
34		15-Agosto-1977	Maiquetía	Alud Torrencial	Daños considerables	Cronología, FUNVISIS, p.8
35		8/9-Abril-1978	Arrecife y Maiquetía	Alud Torrencial	Daños graves	Cronología, FUNVISIS, p.8
36		16-Junio-1978	Maiquetía	Alud Torrencial	Daños considerables	Cronología, FUNVISIS, p.8
37		24-October-1978	Catia La Mar	Lluvias	Daños menores	Cronología, FUNVISIS, p.8
38		Junio/Diciembre-1979 Enero-1980	Maiquetía, Catia La Mar, Mamo, Camurí Chico, Todasana, Caruao, Oritapo.	Lluvias/ Alud Torrencial	Daños graves	Cronología, FUNVISIS, p.8
39		15/17-Diciembre-1999	Litoral Central	Lluvias/ Alud Torrencial	Desastre que sufrió Venezuela entre los días 15 y 17 de diciembre de 1999, cuando un gran número de regiones del país en los estados: Vargas, Distrito Federal, Miranda, Carabobo, Yaracuy, Falcón, Zulia, Táchira, Anzoátegui y Nueva Esparta, se vieron afectadas por fuertes lluvias durante tres días consecutivos. El estado Vargas sufrió la descarga más significativa del fenómeno, lo cual produjo deslizamientos de tierra masivos, desbordamiento de quebradas, aludes torrenciales con grandes cantidades de flujo de detritos, enormes daños a la infraestructura, desaparición de referentes históricos y culturales, además de significativas pérdidas humanas (Altez, 2010a).	(CEPAL-PNUD, 2000) (Altez, 2010a).

40		15-Noviembre-2000	Pariata, Maiquetía y quebrada Curucutí, Montesano.	Lluvias/ Alud Torrencial	Daños graves. 5.000 personas evacuadas y 800 pierden sus viviendas.	Cronología, FUNVISIS, p.10 Altez, R. (2005), p. 336 Pacheco, G. (2002), p.
41	XXI	4-Diciembre- 2001	Galipan, Camurí Chico, Macuto	Lluvias/ Alud Torrencial	Daños considerables. Tapiados los sótanos de varios edificios. Vías incomunicadas por 2 días.	Cronología, FUNVISIS, p.10 Altez, R. (2005), p. 336
42		8-Septiembre-2004	Macuto, Camurí Chico	Lluvias/Vientos Huracanados	Árboles arrancados de raíz. Malecones destruidos. Sepultada en arena la Playa Alí Babá.	Altez, R. (2005), p. 336
43		8/10-Febrero-2005	Macuto, Oricao, Naiguatá, Caraballeda, Oricao, Caruao, Tanaguarena, Camurí Chico, Camurí Grande.	Lluvias/ Alud Torrencial	36 horas de lluvia vuelven a causar daños en el litoral. Se desbordaron todas las quebradas en el estado Vargas. Carretera a Naiguatá quedó incomunicada por deslizamientos Los muros de gavión construidos luego de 1999 para contener deslizamientos en taludes a los lados de las vías, fueron sepultados por barro. Viviendas sepultadas. Las ubicadas en el margen de Quebrada Seca se destruyeron. Familias damnificadas.	Altez, R. (2005), p. 336
44		15 de Diciembre 2008		Lluvias	“...a las 7 pm del lunes empezó a llover en el Litoral y los varguenses volvieron a sentir el mismo temor de hace nueve años, cuando se produjo la tragedia que enlutó a la región. Muchos recordaron los momentos más críticos que les tocó vivir ese fatídico día”.	<i>Ultimas Noticias</i> , 17/12/2008, p. 34

45		Septiembre/Diciembre 2010	A nivel nacional.	Lluvias/Alud Torrencial	La crisis comenzó a mediados de noviembre en algunas zonas de Caracas. Se reportaron inundaciones y daños en Trujillo, Táchira y Mérida. Falcón, Miranda y Vargas fueron las entidades más afectadas. El 7 de diciembre amainaron los aguaceros, dejando 47 víctimas.	<i>El Nacional</i> , 11/12/2010, cuerpo C, p.1.
----	--	---------------------------	-------------------	-------------------------	---	---

* Ocurrencia dudosa.

Anexo 2. Una década de recuerdos (2000-2009). *Reproducción digitalizada de algunos titulares y noticias que presentan las conmemoraciones de la Tragedia de Vargas a lo largo de diez años.*

2000

EL UNIVERSAL CARACAS VENEZUELA

4

DOMINGO 17 DE DICIEMBRE DE 2000

CARACAS

VARGAS///La tragedia sigue viva

El mar se tragó flores y lágrimas

Carmen de Uria, ese poblado casi fantasma que el Gobierno ha decidido no repoblar, se llenó con la gente que llegó de diferentes regiones del interior para rendir homenaje a sus muertos

MARUZA DAGENINO
EL UNIVERSO

Llanto y silbo llanto. Una ola de gente silenciosa bajó a pie el mismo sendero por donde bajaron los muertos desde la capilla hasta la playa, arrastrados por la corriente. Nadie llamó a nadie. Llegaron por pura intuición, por simple instinto, empujados por esa cosa implacable que es la memoria hasta Carmen de Uria para recordar a sus difuntos. En la capilla sin paredes, la misma que las escasas familias que aún se resisten a salir del pueblo han limpiado de escombros y sembrado de flores, se elevaron plegarias por los desaparecidos.

Con el dolor contenido muy adentro del pecho iniciaron luego el descenso hacia la mar, donde desde hace un año exactamente yacen sus seres más queridos. No hubo gritos ni quejas, no hubo espacio para escenas de mal gusto. No hubo pelotones ni pescadores acostumbrados a recolectar en río revuelto.

Los pobladores y desertores, exiliados, en fin expulsores de Carmen de Uria, llevaban por dentro su proceso y la arrojaron al mar. Clavados, rosas, crisantemos y gladiolas fueron tragadas ayer por las aguas, que por un momento se inquietaron, se elevaron y saltaron sobre la gente. Era una ola humana enfrentada al mar. Un duelo para la memoria. Un día por cada desaparecido, un remillete por duelo.

El mar con tanta angustia las flores hasta el fondo. No hubo pelotas navegando mar adentro. Y una vez terminada la contienda (cada uno con el mar y cada quien con su dolor), una vez terminada la batalla entre vivos y difuntos, con sus cuentas más claras, se retiraron silenciosamente para seguir intentando eso que algunos llaman vivir.

Aquel día, cuentan, la gente tuvo apenas cuatro minutos para salvarse desde que rugió la montaña hasta que la ola arrasó con todo, y quien no lo hizo fue tragado por el lodo y por el mar. Uno, los del Gobierno, dicen que fueron mil quinientos. Otros, los del pueblo, aseguran que fueron más de ocho mil. Muchos están vivos, pero dicen que su tragedia es peor: no han falta que el Gobierno declare al pueblo campesino; cada casa es ya una tumba.

Con una palabra más, todos regresaron a sus casas en Barquisimeto, Maracay, Valencia, La Victoria y otros lugares desde donde salieron para, aunque sea una vez más, reencontrarse con los suyos.

Los pobladores y desertores, exiliados, en fin expulsores de Carmen de Uria, llevaban por dentro su proceso y la arrojaron al mar. Clavados, rosas, crisantemos y gladiolas fueron tragadas ayer por las aguas, que por un momento se inquietaron, se elevaron y saltaron sobre la gente. Era una ola humana enfrentada al mar. Un duelo para la memoria. Un día por cada desaparecido, un remillete por duelo.

El mar con tanta angustia las flores hasta el fondo. No hubo pelotas navegando mar adentro. Y una vez terminada la contienda (cada uno con el mar y cada quien con su dolor), una vez terminada la batalla entre vivos y difuntos, con sus cuentas más claras, se retiraron silenciosamente para seguir intentando eso que algunos llaman vivir.

Aquel día, cuentan, la gente tuvo apenas cuatro minutos para salvarse desde que rugió la montaña hasta que la ola arrasó con todo, y quien no lo hizo fue tragado por el lodo y por el mar. Uno, los del Gobierno, dicen que fueron mil quinientos. Otros, los del pueblo, aseguran que fueron más de ocho mil. Muchos están vivos, pero dicen que su tragedia es peor: no han falta que el Gobierno declare al pueblo campesino; cada casa es ya una tumba.

Con una palabra más, todos regresaron a sus casas en Barquisimeto, Maracay, Valencia, La Victoria y otros lugares desde donde salieron para, aunque sea una vez más, reencontrarse con los suyos.

El canto de la rana

*Ayer como llegamos salimos. ¿Es idélico, no? Vecinos sin nada hace 37 años a poblar Carmen de Uria (el familia fue la segunda en llegar). Poco a poco hicimos nuestras casas. Semos gente de días malos y no nos vamos a ir a vivir a una casta gobernadora. Aquí perdimos todo pero, aquí quedó enterrada toda nuestra historia.

nuestras familias y nuestras pertenencias, pero estamos recuperándonos poco a poco en otro lugar.

A recordar aquel día, a eso es que venimos. Nos salvamos por una recuesta de una casa. No por una calle, por una acera, por una alcantarilla.

El agua bajó por arriba, desde la quebrada, pero por el otro lado bajó de adentro de la montaña. Desde que escribimos el artículo hasta que el agua llegó, pasaron apenas cuatro minutos. Pero lo más extraño de todo, y era es una historia difícil de creer, es que unos días después el pueblo y sus alrededores quedaron invadidos de sapos.

Recordar es cosa del presente

Los urachos continuaron su ruta desde la iglesia hasta el mar

Exodo involuntario

En el refugio Costa Blanca de Tanaguarema, cuatro familias aguardaban con todos sus enseres para ser trasladados hasta sus destinos definitivos. Lara, Monagas y Nueva Esparta. Experimentados con una nueva vida pero temerosos al mismo tiempo, dejar atrás sus historias personales y no se traduce en nostalgia. Así pasaron la noche de ayer y antes de ayer, asediados por la plaga y por todas sus cosas a su alrededor.

Un fogón improvisado cocinaba lentamente las verduras para el harido, mientras una joven madre entretenía a su pequeña con su letero. Andrea Martínez, de 18 años, reconoce que nada tiene que hacer allí, aunque es agnate de tráfico en el aeropuerto. En Tanaguarema no hay servicios, todo está destruido, la inseguridad se ha intensificado, pero a donde va no tiene aún trabajo. La mamá de Andrea, escucha, traga grueso y llora.

En Tanaguarema cuatro familias aguardaban para ir a otros ciudades

Algunos se angustia a partir de su tierra

CARACAS
Chávez en el litoral

El presidente inauguró un conjunto residencial para damnificados en Araya

2

CALIDAD DE VIDA
Regalos para todos

En estas fechas no son tradicionales y obsequio un objeto especial que lo haga diferente

8

BUENOS
Piratas de marca

Efectivos de la Guardia Nacional decomisaron un rope falsificado por valor de Bs. 100 millones

12

Tomado y adaptado de *El Universal*, 17/12/2000, cuerpo 4, p.1, "El mar se tragó flores y lágrimas".

2001

Misa conmemorativa de los dos años de la tragedia

Obispo de La Guaira pidió perdonar y aprender a olvidar

RAFAEL LASTRA VERACIERTO
LOS CORALES

El nuevo Obispo de La Guaira, monseñor José de la Trinidad Valera, pidió a los varguenses aprender a olvidar el horror y, con el tiempo, perdonar a quienes cometieron excesos contra la propiedad privada en Los Corales u otras zonas devastadas de la región.

Al cumplirse dos años de la tragedia de las lluvias, el alto prelado de Vargas ofició ayer, en la iglesia Espíritu Santo de Los Corales, una misa solemne en honor a los miles de caídos y desaparecidos.

"Sabemos que hubo gente que se aprovechó de la debilidad y el sufrimiento, pero los que cometieron esos errores van a tener a Dios para conseguir el perdón; todos debemos aprender a perdonar y a olvidar el horror, para renacer en función de la juventud y la niñez del estado Vargas", precisó Valera, muy aplaudido durante su homilía.

"La tragedia quizás no tenga explicación, pero debemos abrir caminos para hacer posible, con el corazón entristecido y el espíritu renovado, el futuro de nuestros niños. Tenemos que pensar en la convivencia de todos, porque hay que dar vida para que los demás también encuentren vida", puntualizó.



Foto AMÉRICO MORILLO

Después de la misa miles de personas lanzaron flores al mar

El obispo de La Guaira defendió la labor informativa de los periodistas sobre el proceso de reconstrucción del litoral central. "Los periodistas han dicho lo bueno y lo malo; han puesto a los ojos de todos el éxito y el fracaso en este proceso. Ellos deben seguir con su labor en aras de la verdad", acotó.

El alcalde de Vargas, Jaime Barrios, y el párroco sobreviviente de Los Corales, Reinaldo Herrera, también asistieron a la ceremonia católica, que estuvo muy concurrida por gente de clase media, quienes aprovecharon la oportunidad para denunciar la lentitud de los trabajos de rehabilitación de la infraestructura.

Esther Bouza, vicepresidente de la organización no gubernamental Los Corales Renace, informó que la constructora privada Málaga "se ha llevado indiscriminadamente miles de enormes piedras de Los Corales, sin reportar un beneficio directo a nuestra comunidad. Ellos se lucran sin pagar un impuesto ni respetar la opinión de los vecinos".

Expresó que más de 200 familias del sector que fueron evacuadas en 1999 han retornado a la destruida urbanización, desafiando al miedo y la inseguridad. "Aquí también somos venezolanos y merecemos que las autoridades atiendan este reclamo", añadió Bouza.

Tomado y adaptado de *El Nacional*, 17/12/2001, cuerpo C, p. 3, "Obispo de La Guaira pidió perdonar y aprender a olvidar".

2002

EL REENCUENTRO

Será mañana el aniversario
tercero del desgarre. La
intención de los hijos de
Vargas es volver a los sitios
donde la cotidianidad se
hizo pedazos. Elevaremos la
incansable oración por los
que se fueron y desde el
desarraigo terrible de las
horas y la supervivencia nos
encontraremos otra vez en el
estado con forma de
culebrita estirada. Haydée
Briceño se sentirá
fortalecida. Por ella
brindaremos flores al mar.
Las campanas harán música
y los tambores marcarán una
nueva hora. Vargas no es
sólo playa. Pero a muchos
les falta descubrirlo.

Tomado y adaptado de *Ultimas Noticias*, 15/12/2002, p. 24, “El reencuentro”.

2003



Tomado y adaptado de *Ultimas Noticias*, 16/12/2003, p.1, "Docenas de flores por los muertos".

2004

Maiquetía. Ayer, cuando se cumplían cinco años de la tragedia provocada por el deslave de 1999, habitantes de Carmen de Uria caminaban por el desolado pueblo con flores en las manos y una oración por los difuntos en la boca.

En medio del ritual conmemorativo 57 familias recibieron la buena nueva, de boca del teniente coronel Edgar Cármejo Abreu, presidente de Fondur, de que al fin tendrán una casa digna.

Tomado y adaptado de *Ultimas Noticias*, 17/12/2004, p. 26, "57 familias de Uria ya tienen casa nueva".

2006

VARGAS

PEREGRINACIÓN MARIANA A SIETE AÑOS DEL DESLAVE

Con misas y procesiones de la Virgen de Fátima en 4 templos (catedral de La Guaira e iglesias Los Corales, Caraballeda y Tanaguarena) y ofrenda floral al mar en Carmen de Uria recordarán siete años de la tragedia. 15 y 16 de diciembre.

Tomado y adaptado de *EL Universal*, 14/12/2006, cuerpo 3, p. 6, "Peregrinación mariana a siete años del deslave".

2007



Tomado y adaptado de *El Universal*, 18/12/2007, cuerpo, 3, p.6, "Lanzan flores al mar in memóriam".

2008



Las autoridades regionales estuvieron presentes. SI ECO/JESÚS GAZZANO

Llamado a trabajar por recuperación del estado

Con una misa se recordaron los **nueve años** de la tragedia de diciembre de 1999

EC/SERVINECO

Catía La Mar. Un llamado a trabajar "por nuestro estado, por nuestra gente, por la viña del Señor de Vargas, desde Chuspa hasta El Junko", hizo el padre José Daniel Dallo, párroco de La Guaira, durante la celebración eucarística en conmemoración de los 9 años de la tragedia.

Ayer se reunieron, bajo el patrocinio de San Pedro Apóstol, las autoridades regionales civiles y militares, encabezadas por el gobernador Jorge Luis García Carneiro y el alcalde Alexis Toledo, para orar en la Catedral de La Guaira por el

descanso de las víctimas de la tragedia de 1999.

El sacerdote no dejó pasar la oportunidad para pedir a los presentes que se unifican los esfuerzos para terminar de recuperar la región del nefasto deslave. Recordó a quienes perdieron su vida en esos aciagos días. Invitó a las autoridades a seguir adelante en la reconstrucción del estado y agregó que "si nos unimos todos, pueblo y gobierno, con la ayuda de Dios saldremos adelante".

Al culminar la Misa, en la cual estuvieron representados los distintos sectores de la región, el sacerdote, quien tiene cuatro meses como párroco de La Guaira, explicó al gobernador y al alcalde los problemas que tiene la estructura del templo con el propósito de buscarle una pronta solución. ■

Tomado y adaptado de *Ultimas Noticias*, 17/12/2008, p. 34, "Llamado a trabajar por recuperación del estado".

2009



Tomado y adaptado de *El Nacional*, 13/12/2009, cuerpo C, p. 2, "Conmemoran con show los 10 años del deslave".